

Glow

Ned Beaman



Lectulandia

Raf, un joven londinense que se gana la vida en una emisora pirata y paseando a una mascota, malvive entre éxtasis, fiestas nocturnas en lavanderías *after hours* y restaurantes baratos de comida asiática. También ha probado el glow, la nueva droga birmana. La súbita desaparición de su amigo Theo, el dueño de la emisora, desencadena una acción desenfrenada, que va desde el sur de Londres hasta una oscura aldea de Birmania y que engancha desde las primeras páginas. Una trama densa por la que se circula sin embargo con ligereza. De lo absurdo, de lo marginal y miserable se levanta todo un edificio narrativo de una enorme riqueza de discurso, original como pocos por lo muy alejado de los tópicos y estándares del romanticismo cinematográfico de la segunda mitad del siglo xx, no menos noble que estos y desde luego más auténtico.

Lectulandia

Ned Beaman

Glow

ePub r1.0

Titivillus 18.02.16

Título original: *Glow*
Ned Beaman, 2014
Traducción: Pablo Sauras

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En cuanto a la hora que podía ser, no tenía la menor idea. Sabía que era de noche, pero podían ser las tres o las cuatro de la madrugada como podían ser las diez o las once; dependía, sin duda, de que uno se asombrara de la penuria de los transeúntes o del extraordinario resplandor que arrojaban las farolas y las luces de los coches. Porque era imposible no asombrarse de alguno de estos dos fenómenos, a menos que uno hubiese perdido la razón.

SAMUEL BECKETT, *El calmante*

Una vez afianzados, los intereses materiales impondrán las únicas condiciones en que pueden perdurar. Así se justifica que ganemos dinero frente a la ilegalidad y el caos, porque la seguridad que requiere se extenderá necesariamente a un pueblo oprimido. Más adelante se instaurará un orden más justo.

JOSEPH CONRAD, *Nostromo*

Glow

Ned Beaman

Traducción
Pablo Sauras

LONDRES

Mayo de 2010

Día 1

12.01 a.m.

Cuando la ve por primera vez, Raf está sentado sobre una lavadora y a punto de tragarse un octavo de gramo de lo que al parecer es una mezcla de *speed*, glutamato de sodio y un fármaco experimental contra la fobia social en los perros. Eso, al menos, es lo que le ha oído decir a Isaac, pero la música en la lavandería está bastante alta, por lo que se pregunta si no le habrá entendido mal. El polvo se ha repartido entre dos trozos de papel de liar, doblados y retorcidos para formar esos paquetes tan bien envueltos que siempre le recuerdan a las empanadillas de wantán. Isaac ya ha engullido su pastelito; Raf, en cambio, todavía tiene el suyo en la mano, porque no le quita ojo a la chica que está en la puerta. Es mitad blanca mitad otra cosa, quizá tailandesa; y tiene uno de esos rostros en los que toda la estructura ósea parece ramificarse a partir de los pómulos, creando algo semejante a un gráfico 3D de los años ochenta, con una extraordinaria economía de planos, todos muy nítidos; pero las aristas, en este caso, se ven desdibujadas por los largos cabellos oscuros que escapan del moño. La boca es pequeña y está contraída en una vaga mueca que debe de serle útil cada vez que finge disgusto y contiene la risa al mismo tiempo. Lleva una sudadera negra con capucha y la cremallera bajada; debajo, una camiseta gris suelta.

Entre Raf y la chica hay un pasillo formado por unas sesenta personas que bailan, como un vagón del metro en la hora punta que hubiese aprendido a vibrar a un ritmo determinado. Piensa en abrirse paso a empujones para abordarla («¿Quieres casarte conmigo ahora?»), pero, en ese instante, Isaac le mete prisa golpeándole en el brazo con una botella de agua de plástico. Sin dejar de vigilar a la chica, Raf coge la botella y se lleva la empanadilla de wantán a la boca, tomándosela con un trago de agua; se inclina hacia Isaac y le grita al oído:

—¿Qué has dicho que tenía esto?

—¿Qué?

—¿Qué has dicho que tenía esto?

—*Speed*, glutamato de sodio y un fármaco experimental contra la fobia social en los perros.

—¿Qué es la fobia social?

—¿Qué?

La música tampoco está tan fuerte, pero la sala es tan minúscula que los agudos golpean contra las paredes como un bebé gordo apretado en una silla de coche.

—¿Qué es la fobia social?

—No te oigo. Vamos a salir de aquí.

Raf sigue a regañadientes a Isaac hasta el pequeño patio pavimentado que hay detrás de la lavandería, donde unas cuantas personas charlan y fuman. En un rincón,

una de esas sillas de polipropileno con respaldo de listones que se propagan más rápido que las ratas. Está patas arriba, increíblemente: es casi imposible volcarla y, sin embargo, alguien la ha volcado.

—¿Qué es la fobia social? —repite Raf, quien todavía puede ver a la chica.

—Timidez, fundamentalmente.

Isaac le explica que, en los últimos años, un buen número de veterinarios norteamericanos ha empezado a diagnosticar este trastorno a los perros domésticos, y que, a raíz de ello, una serie de psicofármacos está compitiendo en el mercado. En cuanto a los demás componentes de la mezcla, desconoce la finalidad del glutamato de sodio; puede que no esté ahí más que de relleno, pero en tal caso es difícil saber por qué, de todos los polvos inertes disponibles, los fabricantes han escogido precisamente ese. (Raf se pregunta si no será una broma relacionada con el wantán). Si se ha añadido un poco de *speed* es porque no hay nada que no lleve *speed*.

—¿Qué efectos tiene? —pregunta Raf.

—Es como un éxtasis malísimo.

Durante mucho tiempo, Raf había pensado que el éxtasis era una sustancia totalmente sintética, casi una pura abstracción; así que le sorprendió enterarse hace un mes por Isaac de la razón por la cual no hay éxtasis de buena calidad en Londres: en un puerto de Tailandia se habían confiscado doscientos cincuenta contenedores de aceite de sasafrás, que antiguamente se consideraba un remedio contra la sífilis. Enterarse de que el éxtasis —como la cocaína, el opio y la marihuana— procede de una planta terrestre es como enterarse de que los ángeles tienen ombligo. (El *speed*, en cambio, se fabrica a partir de la efedrina, que puede extraerse de ciertos arbustos, pero hoy en día casi siempre se sintetiza en el laboratorio: es tan independiente del mundo exterior como un teorema de álgebra vectorial, a menos que uno retroceda hasta los hidrocarburos extraídos del crudo). Qué extraño es pensar en los miles de ligues que no se consumirán, de amaneceres que no se contemplarán y de bajones que no se podrán soportar simplemente porque un tío en Laem Chabang no pagó un soborno o porque otro tío no lo aceptó. Ningún político de los que se reúnen en las cumbres de la Organización Mundial del Comercio ha tenido jamás tanto poder. Con el tráfico de drogas, le dijo Isaac, se ha globalizado por primera vez la vida emocional.

—¿Cuándo volverá a haber éxtasis del bueno? —pregunta Raf.

—Puede que nunca —contesta Isaac—. Tenemos que conseguir *glow*.

—¿Qué es eso?

—Ya sabes, la nueva mierda. Barky dice que es la mejor que ha probado en toda su vida.

—¿Le queda algo?

—Me parece que sí.

—Y ¿piensa venir?

Isaac se encoge de hombros.

—Tiene el móvil apagado.

Si los dueños de la lavandería han aceptado que se organice una fiesta *rave* en su establecimiento es porque así pueden vender drogas al personal, aunque lo único que tienen es cocaína, ketamina y bufredona, un nuevo sucedáneo del éxtasis que se puede comprar legalmente a laboratorios chinos por internet. Ninguna de estas sustancias, sin embargo, le interesa lo más mínimo a Raf. Al mirar a su alrededor, siente de nuevo cierta amargura por no haber nacido veinte años antes, cuando salir por la noche era tomar MDMA holandesa, blanca como la nieve, en un gigantesco almacén de importación cerca de la autopista M11: la cultura de las drogas era tan maravillosa que se han escrito libros recordándola. Ahora hay que conformarse con estos ensayos doble ciego en un local urbano de veinte metros cuadrados. ¿Cómo es que Londres se ha reducido a esto?

Al poco rato, Raf entra de nuevo en la lavandería seguido por Isaac, y ve que una pareja se ha desvestido hasta quedarse en ropa interior y se ha introducido en una de las centrifugadoras grandes para besarse, tratando de apoyarse en algo con sus brazos flacos, como cobayas en un experimento aeroespacial sobre las posibilidades sexuales de los cilindros de pequeñas dimensiones. Por lo menos se han metido material del bueno, o quizá algo que no han probado antes. El discjockey está poniendo un tema que Raf ha escuchado a menudo en Myth FM.

Raf se encarama a la máquina de secar, colocándose por encima de la troposfera de la transpiración para buscar con la mirada a la chica de antes. No la ve por ninguna parte, así que se pone a bailar sobre la secadora.

2.12 a.m.

A Barky, al llegar, se le ven restos de espuma de afeitar, como pequeñas perlas, en los dos lóbulos: es posible que se haya levantado hace poco, como Raf. Lleva tres paquetitos más en la cartera, envueltos en un trozo de bolsa de supermercado naranja, con una dosis de *glow* en cada uno. Aproximadamente media hora después de haber tomado aquel otro compuesto, Raf empezó a percibir un cambio: tan leve, sin embargo, que ni siquiera estaba seguro de que fuese real, como cuando uno cree sentir una corriente de aire frío al entrar en una habitación donde no hay ninguna ventana abierta, y se pregunta si no será fruto de su imaginación. Luego esa sensación se esfumó. Así que ahora tiene muchas ganas de probar la nueva droga de Barky. Está a punto de tomar un poco y subirse de nuevo a la secadora cuando nota que alguien le toca el brazo. Se da la vuelta.

Es la chica.

Se inclina para hablarle al oído, y Raf observa el brillo del sudor en su clavícula.

—¿Qué es eso? —dice ella: la pregunta es mucho mejor que la esperada («¿Por qué me estabas mirando como un psicópata?»). Debe de haber visto a Barky pasarle

la empanadilla de wantán.

—*Glow* —contesta él.

—¿La vende tu amigo?

Tiene acento norteamericano.

—No.

Raf, sin embargo, no piensa dejarlo ahí. Ha habido, desde luego, chicas que han tonteado con él solo para conseguir drogas, y puede que la que le acaba de abordar busque lo mismo; pero, en tal caso, no parece conocer las reglas, porque no le ha dedicado una sonrisa falsa ni le ha puesto provisionalmente la mano en la parte baja de la espalda. Es verdad que en cierta ocasión llegó a acostarse con una de aquellas chicas, una islandesa a la que había conocido en una fiesta; así que ahora pregunta, con la esperanza de no hacer totalmente el primo:

—¿Quieres un poco?

Ella por fin le sonrío.

—No, gracias.

Aun así, Raf le coge la mano, coloca el paquetito y se la cierra.

—Me han dicho que es increíble.

—¿Qué?

¿Debería sugerirle salir para que puedan hablar mejor? No, todavía no.

—¿Cómo te llamas?

—Cherish —responde ella, o cree haber oído Raf. ¿Puede alguien llamarse así?
— ¿Y tú?

—Raf.

—¿Tienes agua?

—Espera un segundo.

Raf mira a Isaac, que ya no tiene la botella, y luego a Barky, que tampoco tiene ninguna. Antes le ha parecido ver un refresco de limón a medio beber encima de una de las lavadoras: ya no está. Cuando se da la vuelta, la chica se ha esfumado otra vez, como la dudosa sensación de frío producida por la sustancia psicoactiva. Les pregunta a Isaac y a Barky si saben adónde ha ido, pero ninguno de los dos la ha visto. A Barky no le queda *glow*.

5.37 a.m.

Raf sale de la lavandería a trompicones, y de pronto se ve rodeado de flores. Es como si un ánodo fenomenológico en su interior se hubiera cambiado por el cátodo, sustituyendo cada sensación por otra de carácter opuesto e idéntica intensidad: la piel por los pétalos, el sudor por el perfume, el calor por el frío, el ruido por el silencio, las luces de la discoteca por las antocianinas. Al cabo de un rato se acuerda de que todos los sábados hay un mercado de flores en esa calle. En efecto: están descargando

tulipanes y narcisos, y en ese instante el silencio se ve roto por una carretilla de acero que baja por una rampa detrás de él. Respira hondo y sigue caminando por la calle en dirección a la parada del autobús nocturno.

Isaac y Barky ya han abandonado la fiesta. Pasaron un buen rato diciendo que el *glow* no les hacía nada, y Barky se metió, además, un gramo de bufredona; así que todos acabaron frotándose un poco en las encías, acción que Raf siempre asocia con la de echar sal y pimienta a un bistec. Sin embargo, justo después —demasiado pronto para que fuese efecto de la bufredona—, los otros dos salieron corriendo al patio y se pusieron a vomitar con furia en el suelo de hormigón. Entre espasmos, Barky decía que el *glow* que habían tomado debía de estar adulterado. Raf pensó que estaba totalmente fuera de onda, porque no había oído hablar de la sustancia en cuestión hasta esta noche, y un oportunista ya andaba dando gato por liebre a la gente. Luego, horrorizado, se dio cuenta de que la chica americana seguramente estaba vomitando también por culpa suya, ya que había insistido en que tomara una dosis. Para colmo tenía más o menos la mitad de masa corporal que Barky, por lo que un veneno debía de afectarla el doble. En el improbable caso de que volvieran a encontrarse, ella no le dirigiría la palabra.

Ahora, en pleno bajón de la bufredona, Raf está pálido y nervioso, y llega a la conclusión de que, aunque no le hubiese dado nada a la chica, no habría tenido ninguna posibilidad con ella. Por fin llega el autobús, cuyas ventanas resplandecen como si fuese un camión de mercancías que transportara al mercado fotones a granel en lugar de flores. Raf se sube, saluda con la cabeza al conductor, pasa la tarjeta Oyster^[1] por el lector, y sube al piso de arriba por la escalera de caracol. Lo que ve entonces le sobresalta hasta tal punto que se olvida de agarrarse a la barra vertical: al parar el autobús en un cruce, por poco se cae.

Hay un zorro sentado unas seis filas por detrás. En cada uno de sus pelos arde una llama, y el reflejo de una farola se encoje en sus ojos negros como una muchacha pálida en una secadora centrifugadora. Raf nunca había observado que, además de en el hocico y la tripa, los zorros tienen pelaje blanco encima de los ojos, formando unas cejas enormes. El caso es que este espécimen le está mirando con un gesto distante, como de curiosidad científica. Es imposible que haya pasado delante del conductor, piensa Raf: tiene que haber entrado de un salto por la puerta trasera cuando alguien se bajaba. Mientras el autobús acelera de nuevo, Raf se sienta, y el zorro aparta los ojos de él para mirar por la ventana. Raf percibe un olor acre, mezcla de barro y gasolina, una especie de hidrocarburo sin derivados. Ya no se sube ningún pasajero más, y, cuando la voz femenina del altavoz anuncia, con su dicción entrecortada, que el autobús ha llegado a Camberwell Green, el animal se lanza al suelo y baja por las escaleras para apearse.

6.20 a.m.

Los seis primeros meses que pasó en su actual piso, Raf estaba convencido de que el iraní que regenta el colmado que hay al final de la calle trabajaba veintidós o veintitrés horas al día. Siempre que ha entrado en la tienda, fuese cual fuese la hora, ha visto la misma cara detrás de la caja; y, en el televisor adosado a la pared justo encima de las gominolas, nunca está puesta ninguna cadena que no sea Al-Jazeera. Un día se presentó, entabló conversación con el tendero, pero, la siguiente vez que pasó por el establecimiento, el tipo le trató sin familiaridad alguna. Una semana después, más o menos, Raf se asomó al interior y vio a los dos dueños peleándose: en una vuelta de tuerca propia de una mala historia de detectives, resultó que eran hermanos gemelos.

Raf compra tres plátanos y un pack de zumo de naranja, y disfruta observando el esmero, casi de oficinista, con que el tipo del mostrador humedece el dedo corazón en una almohadilla para abrir mejor la bolsa de plástico. Luego se dirige al bloque de pisos donde vive. Al lado del portal, apoyado contra la fachada, hay un colchón viejo y con manchas, listo para la recogida de basuras de la semana que viene. El número de colchones que la gente deja ahí todos los meses no parece guardar ninguna proporción con la capacidad del edificio: son como los residuos de un proceso industrial clandestino.

Raf sabe que, aunque no hubiese tomado drogas, no podría conciliar el sueño en nueve o diez horas. Está, sin embargo, tan agotado que se acuesta un rato. Como se levantó a las once de la noche, las gruesas cortinas negras aún están corridas, y el dormitorio, totalmente a oscuras, exceptuando las luces del equipo de sonido. A su alrededor, toda la parafernalia de su enfermedad: la máscara para los ojos, los tapones para los oídos, el aparato de ruido blanco y una veintena de auriculares sucios desperdigados debajo de la cama, como los excrementos de un hámster que se alimentara exclusivamente de espuma de embalaje.

Raf sufre lo que se conoce como síndrome de 24 horas sin dormir/despertar. A los dieciséis años empezó a notar que dormía aún peor que el adolescente normal, pero tuvo que ir a cuatro médicos hasta obtener un diagnóstico. Cuando el cerebro está sano, los ojos avisan al hipotálamo cuando se hace de noche y cuando se hace de día; el hipotálamo, a su vez, le dice a la glándula pineal cuándo ha de segregar melatonina, y esta hormona le hace a uno dormirse alrededor de la misma hora cada día. El ciclo circadiano normal dura veinticuatro horas, de acuerdo con la rotación de la Tierra; el de Raf, en cambio, dura veinticinco: es como si su cerebro llevara un reloj completamente novedoso.

Las víctimas de ese síndrome son en su mayoría ciegas: su hipotálamo nunca tiene manera de saber dónde está el sol. En el caso de Raf, la causa tiene que ser otra, pero ni las pruebas de sangre ni los electroencefalogramas han servido para determinarla con exactitud. La serotonina es precursora —algo así como el aceite de sasafrás— de la melatonina; así que es posible que tenga una mutación en los genes que permiten a una enzima transformarse en otra, aunque esto significaría que hay

una enorme cantidad de serotonina de más en su cerebro: justamente lo que sucede cuando uno toma MDMA; pero Raf no está eufórico todo el tiempo ni mucho menos. También es posible que algo le funcione mal en el núcleo supraquiasmático, una especie de oficina situada en el hipotálamo que tiene el tamaño de un grano de arroz.

La causa no está clara, pero el efecto es que cada mañana sufre una hora más de desfase respecto al resto del mundo, como si todos los días hiciera una breve escapada con rumbo oeste sin moverse de Londres. Al principio no le cuesta nada despertarse a las ocho de la mañana; a los cuatro días, tiene la sensación de despertarse a las cuatro; a los ocho días, las ocho de la mañana es aproximadamente su hora de acostarse; a los quince días, es más o menos el final de su tarde, y, a los veinte días, el final de su mañana. Finalmente, a los veinticinco días, vuelve a tener un día normal. El ciclo no dura veinticinco horas exactas: su cuerpo no es un mecanismo de relojería, pero la diferencia es mínima. Estaría más a gusto en Marte, donde el día solar es de veinticuatro horas y treinta y nueve minutos, un período de tiempo que se aproxima bastante a su ciclo, así que seguramente podría compensar el desfase durmiendo un montón de siestas el fin de semana bajo el débil resplandor de Fobos. El año pasado le intentó explicar su trastorno a una empleada de una inmobiliaria y enseguida se arrepintió. «Veinticinco horas, ¡qué maravilla! Te debe de dar tiempo a hacer muchas cosas», le dijo la mujer.

No se conoce ninguna cura. Raf ha probado con cajas de luz, inyecciones de vitamina B12 e hipnoterapia, pero no ha servido de nada. Durante unos meses tomó pastillas de melatonina, que sí le ayudaron un poco, aunque el médico le advirtió que, como sucede con la MDMA, cada vez necesitaría dosis mayores para obtener el mismo efecto, y que la glándula pineal empezaría a menguar al cabo de un tiempo, del mismo modo que los complementos de testosterona reducen el tamaño de los testículos. Según ha leído, ese órgano fue en otro tiempo un puñado de células fotosensibles situadas en la frente de un pez sin ojos, y la evolución acabó alojándolo en el interior del cráneo. No le gustaría nada perder el antiguo monóculo.

Raf tenía la esperanza de ser el primer miembro de su familia en ir a la universidad, pero dejó los estudios antes de examinarse de los *A levels*^[2], porque cada cuatro semanas pasaba dos durmiéndose en clase. Por lo demás, no ha tenido ningún trabajo de verdad, ni cree que vaya a casarse nunca. Isaac le ha sugerido que explore los foros de víctimas de trastornos del sueño por si encuentra a una chica que padezca el mismo síndrome. Pero el problema está en que es improbable que haya nadie con un ciclo idéntico al suyo. Para colmo, cuanto más se aproximara su ciclo al de su hipotética novia, más separados estarían él y ella. Si el de la chica durase, por ejemplo, veintiséis horas, frente a las veinticinco del de Raf, se sincronizarían cada seiscientos cincuenta horas (período en el cual él viviría veintiséis días subjetivos, y ella, veinticinco). Pero, si durase veinticinco horas y quince minutos, se sincronizarían cada dos mil quinientas veinticinco horas (período en el cual él viviría cien y un días subjetivos, y ella, cien), lo que haría que la desviación de Raf respecto

al ciclo circadiano normal pareciese insignificante.

Dicho de otro modo: durante varias semanas, sus ciclos serían inversos, y luego volverían a coincidir. Sería como si cada uno emprendiera un largo viaje de trabajo en plena noche del otro. Los dos juntos se ajustarían a la hora media de Greenwich — convirtiéndose en una pareja normal el tiempo suficiente para desayunar, almorzar y cenar a las horas indicadas— cada sesenta mil seiscientos horas, es decir, aproximadamente cada siete años. Y ¿qué pasaría si uno de los dos tuviera gripe la semana en que se sincronizaran? Además, habría que tener en cuenta la atracción gravitacional que cada uno ejercería sobre el ciclo del otro. Si a Raf no le cuesta nada hacer todos esos cálculos es porque hace tiempo, cuando intentaba aprender programación por su cuenta, llegó a transformar un programa de cálculo de biorritmos en una nueva aplicación que le permitía saber, a partir de un gráfico, en qué punto de su ciclo se encontraría en una fecha y a una hora determinadas. Pensó en utilizar el programa para planificar citas importantes. Pero estas no abundan precisamente en la vida de una persona con un síndrome como el suyo.

Esto no significa que nunca haya tenido novias ni amigos. Tiene veintidós años, una edad a la que mucha gente todavía se pasa días jugando con la polirritmia: las drogas ayudan. Su última novia era discjockey, como Isaac; así que podía pinchar desde las doce hasta las cuatro de la madrugada y acostarse a las cinco, o acostarse a las ocho de la noche e irse a pinchar a una fiesta a las cuatro de la mañana, o pasar todo el fin de semana fuera y el lunes durmiendo. Para igualar dos ritmos, a un discjockey normalmente le basta con mover un poco el regulador; pero, en la vida real —por así decir—, no era frecuente que Raf y su exnovia se sincronizaran. A ella, sin embargo, le ocurría lo mismo con todo el mundo, así que Raf no estaba en desventaja respecto a otros hombres. A veces improvisaban una especie de vida doméstica retardada: cuando ella cogía un taxi de vuelta a su piso, él ya estaba cocinando curry; luego comían juntos en la terraza mientras amanecía; más tarde salían a pasear por un parque cercano cubierto de rocío, volvían a casa a follar y fumar porros y ver DVD hasta la hora del almuerzo; dormían hasta el anochecer, y luego se juntaban con amigos en el pub. La chica era guapísima, con unos enormes ojos de jade; pero a Raf le gustaba sobre todo lo ajena que parecía al mundo, su aire distraído: todo le extrañaba, pero nada le alteraba. Él nunca había sido tan feliz tanto tiempo.

Más tarde, en marzo, ella le anunció que se iba a vivir a Berlín. Raf esperó a que le consolara diciendo que los vuelos eran tan baratos que podía visitarla cada dos semanas: más o menos la frecuencia con que se veían como es debido estando los dos en la misma ciudad. Pero entonces se dio cuenta de que no pensaba animarle a que la visitara. Nunca la había visto adoptar una actitud tan práctica. Más tarde supo por Isaac que ella ya estaba con otro, un productor de música *techno* brasileño famoso por montar DJ *sets* de catorce horas de duración. Isaac no tenía intención de contárselo, pero esa noche se había tomado dos buenas pastillas, y cuando está

colocado no sabe guardar un secreto: de ahí que casi siempre se guarde mucho de escucharlos, como un espía que rescindiera su acreditación de seguridad.

Las seis semanas transcurridas desde que ella se marchó han sido como el peor momento del peor bajón de la peor anfetamina china que nadie haya probado jamás; pero al menos la opinión de la gente parece concordar por una vez con el ciclo de Raf: si le ha dejado la novia, es normal que a veces duerma todo el día y beba toda la noche. La transformación ha sido en su mayor parte externa y no interna. Lo que ha cambiado es el mundo que le rodea. Cuando uno toma éxtasis de buena calidad, este parece capaz de extraer al instante de los objetos una alegría que siempre ha estado oculta en su interior y que, de no ser por la droga, no afloraría más que lentamente. Ahora Raf tiene la sensación contraria: esos objetos están marchitos, resecos, como si uno se pasara días con la lengua fuera sin que le cayera ni una gota. Y las cosas no están yendo a mejor.

Isaac le confesó en cierta ocasión que tenía miedo de meterse una noche tanta MDMA que los receptores de serotonina de su cerebro reventasen como las turbinas de una presa, y de no poder, después de esta última inundación, hallar placer en nada de nuevo. Así es como se siente Raf. Aunque Isaac no para de decirle que saldrá de esta, su desánimo parece permanente e inseparable de su entorno, como si la alegría todavía existiera en algún lugar pero no fuera a regresar jamás a estas calles, a este desierto donde su exnovia, sin embargo, ya no vive.

Hace cinco días, mientras subía a casa por las escaleras que ahora aborrece, pues se acuerda de las muchas veces que la besó allí, se preguntó cómo sería vivir en otra ciudad: solo imaginarlo fue un alivio tan grande que en ese mismo momento decidió marcharse de Londres. Ya ha avisado al casero de que abandona el piso. Esta mañana de sábado faltan veinticinco días —lo que dura su ciclo— para que se despida de la ciudad donde ha vivido toda su vida. Aún no se lo ha contado a Isaac, ni ha decidido siquiera adónde ir. Berlín parece divertido y barato, y, por lo que ha oído, el único sitio donde se considera normal salir de marcha nada más levantarse. Pero es también, por supuesto, la única ciudad adonde se ha prohibido ir. Una parte de él aún confía en que este mes ocurra algo que le lleve a cambiar de idea, y darle un emético a una chica guapa no es precisamente en lo que estaba pensando. Encontrarse con un zorro en un autobús quizá sí le haga dudar, pero no basta, desde luego, para alterar sus planes.

2.35 p.m.

Todos los días, Raf tiene que bajar a una perra Staffordshire bull terrier por una escalera. Al principio, el animal se retorció, pero ahora está tan feliz a hombros de Raf que a veces parece reacio a descender de su huesudo palanquín. Se llama Rose, tiene cuatro años y toda la piel negra a excepción de una mancha blanca alrededor del

cuello, y lleva trece meses viviendo en el tejado de un bloque de viviendas de protección oficial, un edificio de dieciocho pisos. Allí se encarga de vigilar un radiotransmisor que está atornillado a una pared. Una vez, en una clase de química del colegio, le enseñaron a Raf cromatografía: uno observa cómo los diferentes pigmentos antociánicos van tiñendo las tiras de papel de filtro hasta diferentes alturas, el mismo método que se utiliza para comprobar la presencia de MDMA en la sangre. Desde la azotea, una torre como esta a veces le parece una especie de gigantesca cromatografía aplicada a la calle, donde nada hay lo bastante soluble para llegar a lo alto del edificio aparte de las sirenas de los coches de policía, el ruido de las motos y, en los días calurosos, una ligera capa de niebla tóxica. Al otro lado del río se apiñan otros rascacielos, dibujando en el horizonte una serie de figuras alargadas, monigotes de papel tan poco convincentes como esas láminas que uno encuentra en las oficinas de turismo, y donde se ha pegado una docena de siluetas famosas para crear un recopilatorio de grandes éxitos.

Como todas las radios piratas, Myth FM ha instalado su antena en un edificio distinto al del estudio, que aprovecha cual garrapata la corriente alterna del ascensor: de otro modo, si una camioneta de Ofcom^[3] captara la señal, todo podría irse al traste. Basta con un haz de infrarrojos sin obstáculos para que la caja de conexiones que han arrancado de una parabólica envíe el sonido al equipo principal. Pero lo malo es que no hay nadie que vigile el transmisor, que cuesta casi mil libras, y existen en el sur de Londres muchas otras radios piratas que preferirían robarlo antes que fabricar el suyo. Theo, el dueño de Myth FM, un tipo simpático de cuarenta y un años, ha untado al portero del edificio para que le deje cerrar la puerta que da a la parte central de la azotea con dos candados gruesos; y antes probó a rodear el aparato con alambre de espino y postes de andamiaje electrificados. El problema es que los hijos de puta que saben qué hacer con un radiotransmisor robado son, por definición, técnicos autodidactas muy tozudos, y capaces de sortear cualquier obstáculo que uno idee. Así que Theo adoptó a Rose. Un ladrón podría quizá, con suerte, deshacerse de la perra a cuchilladas, aunque habría que ser imbécil para enfrentarse con un Staffordshire bull terrier adulto en un tejado sin parapeto.

En un primer momento, Theo pretendía dejar al animal en el tejado y darle de comer dos veces a la semana para tenerlo hambriento y rabioso; pero al final no supo reprimir su amor por los perros, sobre todo después de contarle Isaac que un amigo suyo necesitaba un trabajo para sacarse unos cuartos: Rose vive ahora en una especie de choza hecha con lona, cartón, espuma aislante y todo aquello que Raf pudo subir por la escalera. Hay una tina con agua de lluvia y, al lado, una pila de sábanas viejas con las que Rose puede hacerse una cama. La perra tiene, además, un vecino ruidoso: la maquinaria del ascensor. El invierno pasado, Theo llegó a instalar un pequeño calentador eléctrico provisto de un temporizador y conectado a la misma toma principal que el transmisor; pero le hizo a Raf jurar que no se lo contaría a nadie. A veces bromea diciendo que debería alquilar la vivienda a estudiantes y cobrarles

doscientas libras por semana.

Todos los días, Raf baja con Rose en el ascensor, que está lleno de pintadas, y la saca de paseo. Sabe que debe de sentirse sola y aburrirse mucho allí arriba, y lo lamenta tanto como Theo, pero no puede decirse que la perra llevara una vida placentera con su anterior amo: las cicatrices del hocico y del ojo izquierdo confirman lo que Theo se ha limitado a insinuar. Por lo demás, y aunque ha puesto mucho empeño en entender al animal, no ha tenido nunca la impresión de que necesite que la paseen y le den de comer con cierta regularidad, lo cual es bueno para él. En todo caso procura llevarla al parque cuando hay unos cuantos perros más: ella tiene lo contrario de la fobia social, se llame como se llame.

Theo siempre se alegra de ver a Rose, así que hoy Raf decide llevarla al estudio de Myth FM, que está en la misma calle, en el quinto piso de un edificio más bajo, un bloque de viviendas de protección oficial con terrazas de hormigón blanco en la fachada derecha. Entre el edificio y la calle hay un trozo de césped rodeado por barandillas de hierro. (Raf nunca ha entendido por qué se molestan en plantar nada delante de los bloques: nadie toma el sol ni juega al *frisbee* en el césped, pero el ayuntamiento tiene que cortarlo todo el verano. Podrían poner césped artificial; lo mismo daría). Desde fuera, en el pasillo iluminado por una luz temblorosa, el apartamento 24 parece como cualquier otro; pero lo cierto es que la puerta está blindada e insonorizada, y no sirve de nada llamar: hay que marcar un número de teléfono para que le abran a uno. Quien descorre el cerrojo esta vez es Dickson, un tipo bajo y fornido y con la cabeza rapada que trabaja para Theo, y tiene un montón de camisetas de *Scarface*. Se queda mirando a la perra y mueve la cabeza en un gesto de desaprobación.

—No puedes entrar con eso.

Rose nunca le ha caído bien a Dickson, y por eso Dickson nunca le ha caído bien a Raf. Lo de hoy, sin embargo, no tiene precedentes.

—¿Cómo? Nunca ha habido problemas.

—Nada de animales. Es una regla nueva.

—Y ¿qué dice Theo?

—Theo no está aquí.

—¿Dónde está?

—En otra parte.

—¿Dónde?

—En Kingston. En una boda familiar.

Dickson es hosco y taimado, así que resulta difícil saber cuándo miente y cuando dice la verdad, pero sobre todo en una situación así, en que los dos saben que no deberían estar hablando con la puerta abierta. En cualquier caso, Raf no le cree: no recuerda haber oído nunca a Theo hablar de ningún primo que viva en Jamaica. Puede que esté escondido por alguna razón.

—Me tenéis que pagar por lo menos. Ya lleváis una semana de retraso.

Dickson parece dispuesto a romper su nueva regla con tal de quitarse de encima a Raf lo antes posible. En el piso, el tufo a porros es tan fuerte, tan sólido que uno podría hervirlo para hacer caldo. Al fondo del recibidor está la puerta que da a lo que seguramente fue en otro tiempo el cuarto de estar, y en la que hay pegado un letrero escrito con rotulador que dice: «¡¡Paga antes de pinchar!!». A los discjockeys, en Myth, les cobran veinte libras la hora, pero el dinero lo recuperan más tarde, cuando ya se han dado a conocer y las discotecas les contratan. Isaac solía decir que internet iba a hacer obsoletas las radios piratas: Raf nunca lo creyó, y ahora, en efecto, existen todavía en Londres setenta como mínimo: una confederación invisible e interconectada. Internet no acabará con ellas hasta que todo el mundo tenga conexión de banda ancha en el coche, al lado del fregadero y en el equipo estéreo comprado en la casa de empeños. Aunque quizá solo sea cuestión de tiempo. Y lo mismo ocurre con la transición digital: lo más probable es que las radios legales sean las únicas en adaptarse, pasando de las polvorientas salas de conferencias y salones de baile del dial de FM a las fiestas okupa que no acaban nunca.

Raf se lleva bien con casi todos los discjockeys de Myth, así que, sin molestarse en pedir permiso a nadie, se dirige al estudio por el pasillo tirando de Rose y abre una puerta que da a una habitación estrecha. Las cortinas están corridas, aunque se distingue un bulto en la tela donde se encuentra la caja de conexiones, adosada a la ventana como un gato que apretara la nariz contra el cristal. En la pared hay una pizarra blanca con la programación de la semana, y, en un rincón, por razones que Raf aún desconoce, una máquina tragaperras. En el otro extremo de la habitación, donde los tocadiscos, las caseteras, los micrófonos, el ordenador y la mezcladora anudan sus raíces debajo del ordenador, espera ver a Barky o a Jonk o a otro de los discjockeys que a veces pinchan los sábados por la tarde; pero hay dos tipos que no ha visto nunca y que le lanzan una mirada feroz. No está seguro de su etnia, aunque le recuerdan a la chica de la lavandería: puede, en efecto, que sean tailandeses, suponiendo que ella fuese medio tailandesa. En el estudio siempre tienen un aparato de radio con Myth FM puesta a bajo volumen, y así los discjockeys saben enseguida si hay algún problema con la señal. El caso es que la pareja está aplicando el sintetizador a una especie de balada interpretada, en un idioma que Raf no reconoce, por una mujer con voz chillona. No sabe mucho de pop extranjero, así que lo único que podría decir de la canción es que es el típico tema que uno escucha en un restaurante, mientras toma fideos. Myth FM no suele pinchar estas cosas. La canción termina en plan triste, y uno de los tipos se acerca al micrófono y se pone a hablar en un idioma que parece el mismo que el de la vocalista. Raf sale del estudio cerrando la puerta.

—¿Quiénes son esos tíos? —le pregunta a Dickson.

—Están haciendo un programa de tarde para su comunidad.

—Ah, ¿sí? Y ¿qué comunidad es?

Dickson le entrega la paga semanal sin dignarse contestar. Raf cobra seguramente

más de lo que se merece por pasear a Rose, pero aun así no le alcanza para vivir, por lo que también hace algo de programación gráfica como autónomo. Como se le da bien la informática y siempre ha tenido facilidad para las matemáticas, fue capaz de aprender por su cuenta con libros de texto. Sin embargo está lejos de ser un programador nato, y su currículum es más bien escaso, así que de momento solo encuentra trabajos aburridos y repetitivos. Ahora está ayudando a una empresa polaca a desarrollar modelos de simulación lumínica para un programa que le ha encargado una constructora australiana: se trata de ofrecer recorridos *online* por casas aún no construidas.

En los años noventa no había que preocuparse mucho por la luz —siempre era uniforme e insulsa, como en el sur de California—, pero hoy en día la tecnología permite recrearla con bastante realismo, y la simulación lumínica se ha convertido en lo más importante de todo. A Raf le hace gracia que no pocos miembros de la última generación de programadores de videojuegos, que seguramente entraron en la industria confiando en especializarse en mecánica o balística (para crear motos o rifles virtuales), hayan acabado, sin embargo, por adquirir un conocimiento tan profundo del claroscuro como el más aplicado aprendiz de un retratista florentino. A veces, después de pasar todo el día en el ordenador, cuando mira el transmisor de Myth en la azotea, se pone a pensar en lo extraño que es que la onda de luz y la de radio sean ambas electromagnéticas, diferenciándose únicamente en longitud: la primera es un chihuahua y la segunda un dogo alemán (los infrarrojos son bull terriers, como Rose), pero las dos pertenecen, curiosamente, a la misma especie.

3.21 p.m.

Isaac alquila un dormitorio en su casa a tres estudiantes de moda japonesas que respondieron al anuncio que colgó en una página web. Solo hay una cama doble, donde, a pesar de que están delgadas, parece difícil que quepan las tres. Lo cual no es un inconveniente, porque las chicas se organizan muy bien las veinticuatro horas del día, como los iraníes que regentan la tienda de la calle donde vive Raf. No falla: cada vez que visita a Isaac, ya sea de noche o de día, una de ellas está durmiendo, otra está despierta, y la tercera no está en casa; cuando pasa por delante del dormitorio, casi espera ver colgada en la pared una pizarra blanca como la del estudio de Myth, y donde han apuntado el reparto de turnos. Nunca ha conseguido aprenderse los nombres de las tres, y sospecha que Isaac tampoco. La chica que se está pintando las uñas en la mesa que hay al lado de la puerta lleva unas botas militares y un vestido que parece un paraguas vuelto del revés; y la que está durmiendo en el futón, unas zapatillas de tenis doradas y una chaqueta de esmoquin a la que le sobran unas cinco tallas. Están espléndidas, como de costumbre. Al agacharse para soltarle la correa a Rose, Raf ve un enorme ramo de tulipanes en el fregadero.

—¿De quién son las flores?

—Cuando nos fuimos de la lavandería la segunda vez, ya había empezado el mercado —explica Isaac—. Los chavales de la secadora se empeñaron en comprármelas. Decían que era guapísimo. ¡Hola, Rose! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

—Pero Barky y tú os marchasteis antes que yo.

—Volvimos luego. Estábamos mejor.

—¿Por qué no me llamasteis?

—Tenías el móvil apagado.

Anoche, antes de que se tomaran las primeras empanadillas de wantán, Isaac le dijo a Raf que tenía algo fascinante que enseñarle en Walworth^[4]; parecía un contrasentido, pero no quiso contarle nada más. Una vez que la perra y su amigo se han cansado de tocarse, Raf le vuelve a poner la correa a Rose y baja con ella por las escaleras hasta el coche de Isaac: piensan dejarla en su casa de camino. El animal se resiste una vez más a ir en el asiento de atrás, como si cayera al vacío.

Alguien debe de haber roto un parabrisas frente al bloque donde vive Isaac, porque hay en la alcantarilla cristales pequeños como diamantes, que la lluvia caída por la mañana ha mezclado con un montón de pétalos blancos y unos cuantos mechones de pelo postizo enredados en un hueso de pollo, como fragmentos de un amuleto.

—He estado en Myth —dice Raf mientras Isaac arranca el coche—. Allí está pasando algo raro.

—Lo sé. Me ha llamado Jonk para contármelo.

—¿Qué te ha dicho?

—No te puedes creer nada de lo que cuenta ese cabrón. ¿Recuerdas cuando dijo que había conocido a un tío al que le salían chispas de los dedos?

—Ya, pero ¿qué te ha contado esta vez?

Al parecer, el miércoles, bien entrada la noche, Jonk se marchó de Myth FM después de su espacio de dos horas, cruzó la calle en dirección al parque infantil, y se sentó a fumarse un porro en una de esas ovejas de plástico con muelles en las que se montan los niños. Entonces vio a Theo a través de los árboles: caminaba por la calle, vio a Jonk, y estaba a punto de saludarle a gritos cuando una furgoneta se paró a su lado. Era la típica furgoneta sucia para albañiles, con su letrero diciendo «no dejar herramientas en este vehículo por la noche»; pero el caso es que los dos tipos que salieron de un salto de la parte de atrás iban de negro y llevaban unas gafas como de alta tecnología. Theo, asustado, dijo algo pero Jonk no le oyó, y entonces lo metieron en la furgoneta y cerraron las puertas traseras de un portazo, y el vehículo se alejó. Lo más extraño de todo, según cuenta Jonk, es que el motor no hacía nada de ruido: aparte del leve crujido de los neumáticos contra el asfalto, el silencio era total, y los faros barrieron el parque como los ojos de un espectro.

3.51 p.m.

Aparcan frente a un depósito de chatarra, con un letrero que dice ferretería mayorista. Detrás de la verja se amontonan docenas de radiadores, bañeras y lavabos oxidados, como una casa vieja multiplicada en un espejo roto. A la izquierda hay un almacén mediano con paneles de acero oscuros, tejado a dos aguas y puertas de garaje correderas en la parte delantera: da la impresión de que lo más interesante que se puede guardar allí son cajas de cartón llenas de repuestos para máquinas que hacen cajas de cartón.

Isaac conduce a Raf a la parte de atrás del almacén. Dos contenedores verdes con ruedas están abiertos, las tapas apoyadas contra un muro de ladrillo, y en su interior no hay más que una lata de Coca-Cola y unos cuantos trozos de plástico adherente. En el suelo, junto a la puerta trasera, un candado que alguien debe de haber arrancado con unas tenazas.

El almacén está a oscuras, así que Isaac enciende una linterna. En un rincón hay cuatro retretes en hilera, y al fondo, una balda metálica; por lo demás, el edificio está vacío. Raf ve huellas de neumáticos en el suelo.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta.

—Voy a montar una *rave*.

—Estamos al lado de Albany Road.

—¿Y qué?

—Alguien pasará en coche, oírás la música y llamará a la bofia, y en diez minutos estarán aquí.

Isaac sonríe y mueve la cabeza en un gesto de impaciencia.

—Tú sal y cierra la puerta.

—¿Por qué?

—Voy a dar en la puerta con la linterna lo más fuerte que pueda, ¿de acuerdo?

Raf hace lo que le pide Isaac. Al cabo de un minuto, más o menos, todavía no ha oído nada, así que arrima la oreja, y entonces sí siente un ruido muy leve, como si Isaac estuviese golpeando suavemente con los nudillos. Abre la puerta, y se lo encuentra con la antorcha en una mano, y la otra echada hacia atrás, como si se dispusiera a atizarle. Como Raf no acaba de creérselo, repiten el experimento, pero esta vez Isaac se queda fuera, golpeando la puerta con el candado. A continuación dan diez pasos a lo largo de la pared, luego diez más, con el mismo resultado. Las vibraciones no se notan. El almacén está insonorizado como el estudio de Myth FM, pero mucho mejor.

—¿Por qué iba nadie a insonorizar un almacén? —pregunta Raf, contemplando esta imitación de su cráneo en el momento de dormirse, aislado del exterior con la máscara y los tapones.

—No tengo ni idea, pero es perfecto. Habrá que alquilar un generador, un equipo de sonido, luces y más cabinas WC. Y habrá que asegurarse de que todo el mundo

haga cola en la parte de atrás. La policía pasaría por delante sin percatarse de nada. Aquí pueden haber cuatrocientas personas.

Cuatrocientos sueños apretados en el cráneo.

—Se acabaron las fiestas en las lavanderías.

—Exacto.

A Raf le encanta la idea.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Ya sabes que Finn siempre va por ahí en bici buscando sitios para okupar. Dice que ya ha encontrado cinco como este: almacenes que se ponen en alquiler de un día para otro, y, cuando da con ellos, ya están abandonados. Miré la foto por satélite en Google Maps, y tiene razón. Está tomada hace un mes, y el caso es que esto era una gasolinera.

Esta anodina estructura prefabricada parece, en efecto, tan poco sujeta al suelo como la típica bañera de plástico que uno utiliza para atrapar una rata que corretea por la cocina.

Raf coge la linterna y se adentra en la oscuridad. En el centro del almacén ve un objeto negro en el suelo. Lo coge.

—Eso es un cable de micrófono —dice Isaac—. Se lo debe haber olvidado alguien.

—Entonces ¿ya ha habido una fiesta aquí?

Isaac, por un instante, parece desilusionado.

—Nos habríamos enterado, seguro.

En el lugar donde estaba el cable hay una mancha que Raf, al principio, toma por otra huella de neumático, pero luego se fija en que el color es más bien rojizo. Se agacha.

—Mira esto.

—¿Qué? —dice Isaac.

Raf se pone a rascarla con la uña.

—Creo que es sangre.

Día 2

11.40 a.m.

Los ennegrecidos restos de chicle y las semillas de sicomoro atrapadas en excrementos de paloma hacen que los adoquines del sur de Londres parezcan mapas mudos de un remoto archipiélago volcánico. A veces, cuando Rose husmea el suelo, a Raf le da por pensar que la perra, en realidad, no anda rastreando un olor, sino más bien buscando la losa exacta bajo la cual un antepasado suyo enterró un hueso valiosísimo. Hoy se la ha llevado más al norte de lo habitual, casi hasta Bermondsey, a un barrio cuyas calles se quedan desiertas los sábados, y donde la infinidad de oficinas y bloques de pisos nuevos llevan viseras de madera y aluminio, como para protegerse de Myth FM y de su influencia. Está con ella en un cruce de peatones cuando de pronto ve una fotocopia de un anuncio pegada a una parada de autobús cercana.

«¿Vio usted cómo me atropellaban cuando pasaba en bicicleta por este cruce? — Da la fecha y la hora—. Heridas graves. No fue culpa mía. Tengo que llevar a juicio al conductor del vehículo para pagar la cirugía dental y la nueva bici. No llegué a ver el número de matrícula, pero era una furgoneta blanca con un motor que no hacía ruido (!). Busco testigos. Póngase en contacto con Morris». A continuación figura un número de teléfono.

4.59 p.m.

Los mensajeros que van en bicicleta exhiben una especie de musculatura famélica que también se observa en los gays de cierta edad que llevan demasiados años yendo a discotecas. La docena de ellos que se han juntado en el pub dan, por lo demás, la impresión de tener un ritmo cardíaco tan lento que habría que considerarlos clínicamente muertos.

Raf ha confesado por teléfono que no presencié el accidente, que solo quiere conocer más detalles, así que Morris le ha dicho que puede pasarse por el pub e invitarle a una pinta. El tipo lleva un par de rastas cortas debajo de una gorra de béisbol naranja y, si ya es fácil reconocerlo por los puntos de la frente y las vendas de la nariz, la sonrisa, que revela un portal oscuro donde antes estaban los incisivos, no deja lugar a dudas.

Raf se presenta, va a la barra y vuelve con dos cervezas rubias.

—El muy gilipollas se saltó un semáforo en rojo —explica Morris—. Estaba girando en el cruce y de repente me embistió. La bici está aún más dañada que la cara. Ahora uso la de mi novia; menos mal que es alta.

De los mensajeros siempre ha envidiado Raf la resonancia magnética que hacen de la ciudad: la rueda delantera de la bicicleta funciona como la nariz de un perro, y un cambio de un centímetro en la altura de un bordillo la notan en los tendones, cuando Raf seguramente sería incapaz de detectar una diferencia de diez. También les admira porque no han desaparecido, a pesar de que se dijo que internet iba a acabar con ellos, como con las radios piratas. Además vio una vez un partido de ciclopolo, y parecían pasárselo en grande.

—¿Así que el motor no hacía ruido? —pregunta Raf, quien había dado tan poco crédito como Isaac a la historia de Jonk hasta que se fijó en el anuncio de la parada de autobús.

—Exacto. No es que hiciera poco ruido, como el de un Rolls. Era totalmente silencioso.

La cerveza de Raf sabe un poco a cloaca. Es el momento de la tarde en el que la inclinación del sol da a los cristales de las ventanas una luz sucia, como de pecera vieja. Raf aguanta los bostezos: como se despertó a la una de la mañana, ahora le gustaría estar en la cama.

—¿Te ha llamado alguien más? —pregunta.

—No. Miento: me ha llamado otro tío como tú; dijo que no había visto el accidente, pero quería que le hablase de la furgoneta.

—¿Por qué?

—No me lo dijo.

—¿Quién era?

—Tampoco me lo dijo. Y no quiso venir aquí a verme. Pensé que a lo mejor era el conductor, que quería saber cuánto sabía yo.

Ahora Raf se siente obligado a aclararle sus motivos.

—Me parece que un amigo mío ha tenido problemas con la misma furgoneta.

Morris se encoge de hombros.

—Si quieres te doy el teléfono del tío ese.

Día 3

5.29 p.m.

El hombre con el que ha hablado por teléfono tenía un acento tan pijo que Raf se ha sorprendido cuando ha propuesto quedar en el McDonald's de Walworth Road. Le ha dicho que, si le apetece un sitio de comida rápida, hay un Happy Fried Chicken enfrente de su casa que también sirve hamburguesas (el animal del logotipo, más que un pollo, parece un bebé dinosaurio con una peluca *glam*), pero el tipo ha insistido en el McDonald's.

Está lloviznando. Raf entra en el establecimiento y se dirige al único cliente que lleva traje: está solo en la mesa más alejada de la ventana, y no tiene más que una bolsa de patatas fritas en la bandeja. Del techo caen gargajos de música pop, y la iluminación es lo bastante intensa para abrasar la melatonina del cerebro.

—¿Eres Raf?

El tipo tiene treinta y pico años, nariz aguileña, y una actitud que recuerda a la del jefe que te dice que le gustaría despedirte, pero que esta semana no tiene tiempo de buscar un sustituto. Sin embargo, en el transcurso de la conversación, Raf se preguntará si esa impaciencia no oculta algo parecido al miedo, lo que no significa que la impaciencia no sea real, sino que el tipo no quiere que se vea otra cosa. De vez en cuando mira con rabia a su alrededor, como si, a pesar de haberse empeñado él en que se encontraran en el McDonald's, le diese asco estar en un sitio así, aspirando los efluvios de la grasa vacuna. Ha pronunciado mal el nombre de Raf, con una vocal larga en vez de una corta (la gente a menudo piensa si no será un nombre mediterráneo, o tal vez pijo: de hecho, toda su familia es del sur de Londres desde hace varias generaciones, incluido su abuelo materno, quien adoptó esta variante de Ralph por algún motivo que el joven Raf no recuerda). En lugar de corregirle, Raf asiente con la cabeza y se sienta. El tipo no le dice cómo se llama.

—¿Hay algo que quieras contarme sobre las furgonetas blancas? —pregunta sin preámbulos.

A Raf no se le había ocurrido que pudiese haber más de una.

—Un amigo mío ha desaparecido. Alguien vio cómo lo metían en una furgoneta blanca que no hacía ruido.

El tipo hace señas para que prosiga.

—De acuerdo. ¿Y?

—No sé nada más.

—¿Eso es todo? ¿Ni siquiera fuiste tú quien lo vio?

—No.

El tipo se echa hacia atrás en el asiento.

—Esto ha sido una pérdida de tiempo. Cuando hablamos por teléfono, me dio la

impresión de que tenías algo interesante que contarme.

Raf no se ha fijado hasta ahora en que su interlocutor tiene una mancha en la solapa de la chaqueta que parece de ketchup. Se la queda mirando y el tipo lo nota, baja la vista y se pone a frotar inútilmente con dos dedos.

—De la comida. Me fastidia un montón. La chaqueta la recogí de la tintorería hace nada, el viernes.

—¿Qué son esas furgonetas blancas? —pregunta Raf.

—Aléjate de ellas.

—¿Por qué? Solo son furgonetas.

El tipo echa un vistazo a su alrededor y se inclina hacia delante para contestar casi en un susurro, a pesar de que, en una mesa cercana, un grupo de adolescentes se están riendo con un vídeo grabado en un móvil, y sus carcajadas son lo bastante estrepitosas para ahogar cualquier cosa que diga.

—En realidad no son simples furgonetas. Son vehículos militares camuflados, con motor híbrido para que no hagan ruido cuando se quedan sin batería.

—¿Cómo? ¿Vehículos militares?

—Sí, pero no del ejército británico.

—¿De cuál, entonces?

—No te lo puedo decir. El caso es que que están secuestrando a gente; sobre todo a birmanos, pero los hay también de otros países. Los conductores de furgonetas blancas tienen, desde luego, tan mala fama que a la mayoría de los londinenses no nos sorprendería nada que hubiese alguien atado en la parte de atrás, aunque lo normal, pensamos, es que sea una niña.

Raf está perplejo.

—¿Birmanos? ¿Por qué?

Se acuerda de la gente nueva que ha visto en Myth.

—No te puedo contar nada más.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Trabajo para el gobierno británico.

—¿Para el MI6^[5], o algo así?

El tipo niega con la cabeza.

—No, no es el MI6. —Su tono da a entender que su trabajo es aún más secreto—. Si te enteras de algo, tienes que llamarme enseguida. Eso es lo importante. Y tu amigo tendrá más posibilidades de salir con vida si no hablas con nadie más.

Coge las últimas dos patatas y se levanta. La chaqueta desabrochada revela una barriga considerable. Al salir con él del establecimiento, Raf ve que el cielo está despejado.

—Dios mío, ese sitio es horrible —dice el tipo.

Está a punto de cruzar la calle, pero se para en seco. Raf se vuelve para averiguar lo que ocurre.

Una furgoneta blanca viene hacia ellos. El sol se refleja en el parabrisas, así que

Raf no distingue la cara del conductor.

El tipo entra corriendo en el McDonald's y por poco derriba a un joven en chándal. Raf tarda algo más en reaccionar: el vehículo frena delante de él, pero las puertas traseras no se abren, y, al ponerse el semáforo en rojo, oye el cansado gruñido de un viejo motor diésel.

Día 4

2.27 p.m.

Raf está en casa de Isaac, jugando a un videojuego para Xbox donde el Nueva York virtual tiene un período diurno de apenas cuarenta y ocho minutos, y la simulación lumínica es mil veces más sofisticada que la de ningún programa que él haya desarrollado. Le cuenta a Isaac lo que ha oído el día anterior, aunque no le queda más remedio que reconocer que al tipo del McDonald's posiblemente le dé por responder a todos los anuncios sobre personas desaparecidas hablando de una oleada de secuestros cuyas víctimas serían, supuestamente, de una etnia determinada. Entonces Isaac insiste en cambiar de canal para ver el cricket, y Raf se pone a hojear una pila de revistas de moda japonesas casi pornográficas.

Son amigos íntimos desde que se conocieron en el colegio, a los catorce años. Los padres biológicos de Isaac eran alcohólicos, y unos años antes le había acogido una familia que resultó ser un ejemplo de tolerancia y cariño. Nunca se ha metido en líos; es cierto que antes traficaba mucho con hierba y pastillas, pero no le pasó nada grave. Respecto a si esos trapicheos se pueden considerar «meterse en líos», Isaac seguramente discreparía del Departamento Municipal de Ayuda a las Familias y Protección de la Infancia de Southwark. A los diecinueve años empezó a pinchar en Myth en horarios totalmente intempestivos, aunque no conoció a Theo ni se lo presentó a Raf hasta el año pasado.

Raf se acuerda de la noche de enero pasado en que Theo y él, de camino a una fiesta que daban en una casa, se pasaron por el piso de Isaac a recoger un lector de CD. Unas semanas antes, Isaac había buscado en internet una página donde se vendiesen hongos alucinógenos secos, y había encontrado por casualidad otra que ofrecía ejemplares frescos de *Gyromitra esculenta*, un hongo falso utilizado en la cocina finlandesa. A Isaac le fascinan los hongos falsos, porque son rosáceos y tienen surcos y un lóbulo doble, como el cerebro humano, y además contienen giromitrina, una sustancia precursora que se descompone en el hígado, dando lugar a la monometilhidracina, toxina que está presente en el propulsor hipergólico utilizado en los módulos lunares del programa Apolo y que inhibe la producción de ácido —aminobutírico o GABA—, un importante neurotransmisor que se vende en pastillas y sirve de tratamiento para la fobia social y los trastornos del sueño. Como todos los niños y ciertos adultos, Isaac lleva toda la vida tragándose pastillas sin preguntar lo que contienen, así que es normal que ahora se las dé de entendido en setas.

Cuando Raf y Theo entraron en la cocina, Isaac cogió tres latas de cerveza de la nevera y les dijo que estaba haciendo una tortilla de hongos falsos, un plato típico finlandés, y que no pensaba dársela a probar a sus invitados, porque la giromitrina podía causar dolor de cabeza, vómitos, diarrea, ictericia, delirios, coma e incluso la

muerte. Sin embargo, muchos escandinavos recios habían tomado las setas sin que les pasara nada, e Isaac había empleado tanto tiempo en hervirlas que estaba seguro de que no iba a ingerir más que la cantidad de giromitrina mínima necesaria para cumplir el objetivo de su experimento, a saber, demostrar que su organismo era capaz de metabolizar combustible para cohetes. Se puso a cantar parte de la estrofa de *Pinhead*, de los Ramones, que empieza con el estribillo «*Gabba gabba hey! Gabba gabba hey!*», pero, en ese instante, Theo se apoderó de la sartén y dijo que no iba permitir que ningún imbécil comiera setas venenosas en su presencia. Luego puso fin a la refriega llevándose la tortilla a la boca: después de tragarse más o menos la mitad, se puso a vomitar en el fregadero. Cuando Raf le preguntó por qué no la había tirado al suelo, se encogió de hombros y dijo que le había entrado el pánico. (Unas semanas después, Isaac se enteró en un foro de internet de que, como un atolondrado traficante de éxtasis, la página a la que había encargado los hongos falsos no estaba vendiendo hongos falsos verdaderos, sino hongos verdaderos, falsamente presentados como falsos. Los hongos verdaderos son ascocarpos inocuos que se utilizan en la cocina provenzal y que sí contienen hidracina, compuesto que sirvió de combustible para el cohete propulsor del avión experimental nazi Messerschmitt 163. Lo malo es que la hidracina esta ahí desde el principio, sin que intervengan las reacciones químicas del cuerpo humano, así que esas setas no tienen gracia para Isaac).

Fue una reacción impulsiva y muy propia de Theo, que ha nacido para rescatar a la gente. En cierta ocasión, Barky tuvo problemas con un mayorista de éxtasis relacionado, al parecer, con la mafia serbia, y Theo no solo le dio cobijo en su casa un par de semanas, sino que saldó la mitad de su deuda emitiendo en la radio, por la mañana, varios anuncios del taller de motocicletas que regentaba el cuñado del traficante. En otra ocasión, Theo necesitaba un centinela que protegiera el bien máspreciado de Myth FM, y, en lugar de adiestrar a un cachorro de bull terrier de los muchos que siempre hay disponibles en la zona, compró a Rose, una perra algo frágil, a decir verdad. Y no hay que olvidar tampoco la vez que salvó a Raf. Este casi había desistido de encontrar un empleo que no le obligara a quedarse solo en casa trabajando a destajo y preguntándose para qué vivir. No quería ser una de esas víctimas de trastornos del sueño que se convierten en simples esclavos de su enfermedad, pero se había dado cuenta de que seguramente acabaría así, y no sabía qué hacer para evitarlo. Fue el momento más amargo de su vida adulta, hasta que rompió con su novia. El caso es que Isaac le contó su situación a Theo, quien le ofreció un trabajo que, además de permitirle salir a la calle, hacía de su enfermedad una pequeña ventaja: si a Rose se la paseaba a horas fijas, era fácil saber cuándo el transmisor de Myth FM volvería a estar expuesto al robo durante media hora; con Raf, sin embargo, el asunto se complicaba, a no ser que el ladrón conociese su peculiar horario, solo en apariencia caprichoso.

Raf no puede evitar dividir el mundo en dos: por un lado, las personas e instituciones que son benévolas con su trastorno; por otro, las que le son hostiles. Es

como un zorro agazapado detrás de una terminal de autobuses, una criatura que intenta sacar el mayor partido posible a un entorno al que no está adaptado en algunos aspectos. Así que, aparte de la amistad que ha entablado con él en los últimos meses, está muy agradecido a su jefe, el devorador de tortillas. En cuanto a la desaparición de Theo, ¿debería ponerse en lo peor? No lo sabe, pero prefiere no creerse la historia que ha oído.

Día 5

1.51 p.m.

Los letreros que se observan debajo de los puentes ferroviarios —en caso de ver un vehículo chocar contra este puente, rogamos se ponga en contacto con Railtrack^[6]— han hecho que Raf abrigue desde hace tiempo la esperanza de presenciar algún día un accidente: entonces podría llamar por fin a uno de los números de teléfono que figuran en los carteles. En esta tarde lluviosa en que pasea a Rose no muy lejos de su casa, el suelo debajo de un puente parece el ferrotipo del vientre oscuro que hay arriba: el cuadrado de asfalto seco define el contorno, y el reguero de excrementos de paloma corresponde a las costillas de hierro. Más allá del puente hay una cancha de baloncesto.

Raf se percata al instante de que Rose ha olido algo por el modo en que estira el cuerpo. Entonces ve al zorro sentado en el muro de alrededor de un metro que bordea la cancha, y se sobresalta como cuando lo vio en el autobús el viernes, hasta tal punto que suelta la correa sin darse cuenta, y la perra echa a correr, gruñendo, intenta encaramarse a la cerca, araña el ladrillo. Lo más extraño es que el zorro está a apenas unos centímetros de Rose, pero la observa sin inmutarse: parece como si hubiese llegado a la conclusión de que está a salvo, de que no tiene por qué alarmarse. Raf sabe, sin embargo, que los animales no piensan así.

El zorro deja que las olas se estrellen contra el embarcadero un rato más y luego se da la vuelta, se baja de un salto, atraviesa parsimonioso la cancha de baloncesto, y desaparece detrás de unos arbustos. Rose sigue ladrando como una endemoniada hasta que Raf recupera la correa y se lleva al animal.

—Bien hecho, pequeña —la felicita—. Le has ahuyentado.

Gira a la derecha al final de la calle, porque quiere volver a casa para coger un paraguas antes de continuar el paseo, y en ese momento ve algo mucho más sorprendente que un zorro impasible.

Una furgoneta blanca. Dos hombres de negro. La chica de la lavandería que decía llamarse Cherish. Las puertas traseras están abiertas, y los dos tipos tiran de la chica.

Raf corre hacia la furgoneta sin pensarlo, y a Rose, todavía rabiosa, no le cuesta nada seguirle. Cuando están a pocos metros de distancia, la perra se lanza hacia los hombres de negro, como antes hacia el zorro. El tipo que está a la izquierda se lleva la mano al muslo y desenfunda una pistola que Raf, acostumbrado a jugar con la videoconsola de Isaac, reconoce como una semiautomática con silenciador, tal vez una M9. Entonces apunta a Rose.

—¡No! —grita Raf.

El tipo de la derecha le pone al otro la mano en el brazo, mueve la cabeza en gesto de desaprobación, y le dice algo que Raf no llega a oír.

Mientras Raf intenta atraer a Rose hacia sí, los dos hombres se suben a la furgoneta, cerrando las puertas traseras de un portazo. El vehículo se aleja a toda velocidad y sin hacer ningún ruido aparte del chirrido de los neumáticos al contacto con el asfalto mojado. Raf lo ve torcer a la izquierda al llegar a la escuela primaria de la esquina, y luego lo pierde de vista.

En ese momento se vuelve hacia la chica. El corazón le golpea el pecho como el mango de una linterna contra la puerta de un almacén: tan fuerte que parece increíble que no se oiga.

—Eres Cherish, ¿verdad?

Lleva la misma sudadera negra, pero esta vez con la capucha bajada: el pelo está mojado y desgredado por la lluvia.

—Sí.

Rose se pone a corretear alrededor de sus piernas, controlando así su violenta agitación, hasta que su nueva amiga se agacha y empieza a rascarle debajo del mentón.

—¿Tienes idea de quiénes eran esos tíos? —pregunta Raf.

—No. —Cherish respira hondo y se lleva la mano al pecho—. Ha sido... ¡Dios! Siento como si acabara de correr una carrera.

Así que, después de todo, el tipo del McDonald's decía la verdad, piensa Raf, y luego se pregunta una vez más dónde estará Theo.

—¿Quieres una taza de té?

—Sí, pero creo que me voy a poner a llorar de un momento a otro.

Raf se encoge de hombros.

—Vale.

2.16 p.m.

Raf no limpia la cocina demasiado a menudo, así que hay semillas de sésamo esparcidas por el suelo, y las juntas de las baldosas están casi todas cubiertas de comino. Las puertas de los armarios son de ese aglomerado barato y endeble que hace que nunca parezcan cerradas del todo.

Raf tiene puesta Myth FM en la radio. Tras subir el volumen, coge dos tazas de té lechoso y las lleva a la mesa.

—Me acabo de acordar...

—¿De qué?

—Del *glow* adulterado que te di. ¿Vomitaste luego? Lo siento de verdad.

—No lo llegué a tomar —dice Cherish. La sudadera se está secando en el radiador—. Tuve que irme nada más hablar contigo. Me salvé de milagro, supongo.

Raf se pone a soplar el té.

—¿Alguna vez has probado *glow* auténtico?

—Unas cuantas veces.

—¿Cómo es?

—Se parece mucho a la MDMA, pero dura más y es mucho más... no se me ocurre la palabra. Hace cosas con la luz; de ahí le viene el nombre.

—¿Cómo setas mágicas?

—No, no es eso. Cuando miras una luz eléctrica, la que sea, entonces ves... no sé cómo decirlo. El caso es que no puedes apartar los ojos. Una vez vi a un tío que había salido de una fiesta y estaba en la calle, observando embobado cómo cambiaban de color los semáforos. Parecía que no hubiese visto nada tan espectacular en su vida.

—¿Solo pasa con las luces eléctricas?

—Sí.

Puede suceder que el hipotálamo le lleve la contraria a la corteza visual, rechazando lo que esta ha decidido que uno vea, y se empeñe en analizar por su cuenta los datos que obtiene del nervio óptico. Este fenómeno tal vez explique el trastorno que padece Raf, pero también es posible que, a veces, el hipotálamo sepa la verdad sobre la luz, mientras que al resto del cerebro lo ha engañado un alucinógeno.

Rose está dormitando en el pasillo, con la mitad de la cara apretada contra el rodapié. Raf sabe que, cuanto más tiempo deje a la perra holgazanear en su casa, más tiempo estará desprotegido el transmisor de Myth: ya empieza a sentirse culpable. Pero qué sabe nadie: en teoría podría estar paseándola aún.

—Qué extraño que nos hayamos vuelto a encontrar.

—Sí —responde ella.

En Myth están poniendo un anuncio de una discoteca de Brixton: «Acordaos de vestir muy bien; nada de gorros, ni vaqueros, ni zapatillas de deporte».

Raf vacila un instante.

—Tenía muchas, muchas ganas de verte otra vez.

—¿De verdad?

Raf siente como si la adrenalina no solo siguiese en la cocina con ellos, sino que se hubiese expandido, disipado y finalmente condensado en la ventana, como el vapor de la tetera. Cherish sujeta la taza con las dos manos, y él se fija en el verde pálido de las venas que serpentean entre los nudillos, desembocando en una piel algo más morena que la suya. Se fuerza a recordar que nunca ha tenido en casa a una chica a la que haya —posiblemente— salvado la vida. Se inclina para besarla.

Ella tiene la lengua tibia por el té, lo mismo que los dedos que se han posado sobre la nuca de Raf. Están en una postura incómoda, que les obliga a inclinarse el uno hacia el otro con torpeza, como si el beso fuera un objeto pesado que izaran por una ventana rota. Raf acerca su silla a la de Cherish en dos saltitos, y ella gira la pierna izquierda y se la pone a él en las rodillas de modo que deja el pie colgando. Al tocarle Raf el tobillo desnudo, todo el cuerpo se le contrae. La radio que está junto al fregadero no suele retumbar, pero esta vez los bajos se cuelan en la bóveda que los dos han construido con los labios y los párpados, y allí, en la oscuridad sin límites,

parecen dilatarse, hasta tal punto que Raf tiene la sensación de estar de nuevo en la lavandería, justo al lado del *subwoofer*.

Las manos van trepando por debajo de las camisetas. Raf cuenta con los dedos las vértebras de Cherish, y luego, sin pensarlo, empieza a desabrocharle el sujetador. Ella se aparta.

—¡Eh...! —dice, sin enfadarse.

Raf se aclara la garganta.

—Perdona.

Cherish respira deprisa y los ojos le arden como si se acabara de tragar una dosis doble de combustible para cohetes. Se le ha metido un cabello, uno solo, en la comisura de los labios: se muerde el inferior y aparta la vista, como sopesando cierta idea. Entonces vuelve a mirarle, sonrío y se quita la camiseta. El sujetador es negro y sencillo. Las manos de Raf encuentran por segunda vez el cierre, y, mientras ella encoge los hombros, soltando las tiras, él la va besando desde el cuello hasta los pezones.

—¿Tienes una cama? —susurra Cherish.

—Sí.

Raf se levanta y le coge la mano. En ese momento se fija en los tres pájaros cantores que lleva tatuados en la parte superior de la espalda: uno es rojo, otro naranja y el tercero amarillo, y todos tienen la cabeza negra.

Solo se han tomado la cuarta parte del té, y él se da cuenta de que seguramente no se han dicho más de cien palabras, lo que no le importaría si estuviesen en una discoteca, pero le resulta extraño en pleno día. En cierta ocasión, Isaac conoció a una chica en un autobús un sábado por la tarde y se la llevó a casa, aunque los dos estaban de marcha desde la noche anterior.

Al entrar en el dormitorio Cherish se para en seco, y en un primer momento Raf se pregunta, inquieto, si no estará demasiado desordenado.

—Ufff... oye, a mí eso no me va mucho...

Él no entiende a qué se refiere.

—¿Qué?

Ella esta mirando la máscara y los tapones para los oídos.

—Esas cosas de ahí ¿no son accesorios sadomaso?

Él se echa a reír.

—No, son para ayudarme a dormir. Tengo un trastorno.

—¿Y eso que tienes en la almohada?

—Es un aparato de ruido blanco.

—¡Ah! Pensé que igual producía electroshocks.

3.50 p.m.

Cuando Cherish se desmontó de Raf la segunda vez, él se quitó el condón enseguida y lo dejó en el suelo, al lado de la cama. Grave error: todavía están descansando uno al lado del otro cuando Rose entra corriendo en el dormitorio y, antes de que Raf pueda detenerla, encuentra el condón, se lo traga haciendo ruido, y huye muy ufana al recibidor.

—¡Dios mío, qué asco! —dice Cherish.

—Le encantan los condones. Como a muchos perros. No sé por qué.

—¿Y le dejas comérselos? ¿Cómo una especie de premio, o qué?

—¡No!

Él suele, en efecto, acordarse de dejarlos fuera de su alcance.

—¿No le va a pasar nada?

—Tardará un día en digerirlo, más o menos.

—Es verdaderamente repulsivo.

—Ya.

Tiene una sensación placentera en el pene, como si este fuese un puente ferroviario contra el que se acabara de estrellar un vehículo. Al mover la cabeza sobre la almohada, los ojos quedan a apenas unos centímetros del hombro desnudo de Cherish. En esta posición, juraría que la piel de la chica fosforece, de modo que, si corriera las cortinas, distinguiría el contorno de su cuerpo. Es consciente, sin embargo, de que esta impresión seguramente se debe a tres cosas: la luz de la ventana al deslizarse sobre las gotas de sudor de Cherish; la sugestión que ella ha ejercido sobre él hablándole, hace una hora, de las auras que uno ve al tomar ciertas drogas; y, por último, la alegría que él siente ahora, tan confusa como la luz ilusoria que intenta explicarse, y sin embargo totalmente real: un sentimiento que no ha experimentado desde que le dejó su novia.

Le viene entonces a la memoria aquel artículo que leyó y que describía un experimento que habían llevado a cabo en Japón: un grupo de voluntarios habían pasado tres horas sentados sin moverse en una habitación oscura, desnudos y con el cuerpo muy limpio, como si celebraran un ritual purificador en un templo; y se les había fotografiado con una cámara conservada a ochenta grados bajo cero. En ese período tan largo, las reacciones químicas de sus células habían producido suficiente luz para componer un retrato. Así que es verdad que los humanos brillan, aunque un millón de veces menos que una luciérnaga pequeña. Los investigadores descubrieron, además, que el brillo está sujeto, como el cielo, a un ciclo diurno. Si se pudiese hacer una película con esa cámara, y pasarla más deprisa para potenciar el contraste, los humanos producirían un efecto estroboscópico. (Raf, naturalmente, lo produciría a su propio ritmo). Él también sabe que el sexo, como las drogas, dilata las pupilas. ¿Es posible que las pupilas se te agranden tanto que un cuerpo desnudo te revele su luz? Puede que sí: dependerá de lo bueno que sea el polvo.

—¿Tienes vodka? —pregunta Cherish.

—Sí, está en la cocina. ¿Por qué?

Cuando Raf ve a una chica levantarse de su cama y atravesar el dormitorio, suele sentir tal orgullo, y tan indisimulable, que se diría que esa mujer es creación suya. Pero esta vez es distinto, porque está demasiado asombrado por todo lo que ha ocurrido. Oye el ruido de la cadena del váter, y al cabo de un rato vuelve Cherish con una botella de vodka de supermercado medio vacía. Se sienta en la cama, bebe un trago, se seca la boca y le mira.

—No te preocupes, no me va a entrar el tembleque ni nada por el estilo. Lo tomo por la oxitocina.

—¿Qué quieres decir?

—Me he corrido un par de veces, así que el cerebro lo tengo lleno de oxitocina. Además no parabas de tocarme los pezones, lo cual es agradable, pero también aumenta la cantidad de oxitocina. El caso es que la hormona hará que esté colgada por ti y que llore si no me llamas. Pero el alcohol interfiere en la secreción hormonal del hipotálamo y la glándula pituitaria, así que, si me tomo algo neurotóxico nada más follar, luego no estaré tan colgada. Supongo que es medicina popular, pero yo me lo creo.

—¿Por qué no quieres estar colgada por mí? —pregunta Raf: no siente tristeza, solo curiosidad.

Ella le pone la mano sobre los pelos del pecho, que tienen forma de mariposa torcida.

—No es que no me gustes. Lo que pasa es que no quiero que me gustes más de lo que me gustarías si no me hubieses exprimido unas cuantas hormonas con la polla. No es nada personal; solo es una norma que me he impuesto.

—¿Debería beber un poco yo también?

—Tú eres un tío, así que de esto no sacas más que dopamina y algo de prolactina, pero nada de oxitocina. A menos que seas una nenaza, supongo.

Raf recuerda que la oxitocina es justamente lo que dilata las pupilas cuando uno está excitado, y contribuye a la eficacia de la MDMA como droga de la verdad. Isaac encargó una vez tres frascos de Líquido de la Confianza, una sustancia descrita en la página web como «el primer y único producto del mundo que sirve para atraer a las mujeres haciendo que se fíen de ti». No era más que oxitocina sintética diluida en alcohol, y había que echársela en la ropa todas las mañanas como si fuese una colonia y guardarla en la nevera. Isaac pensaba aplicársela para ir a una discoteca —una especie de emisión subliminal en una frecuencia secreta—, pero Raf le advirtió que, a menos que llevara una máscara antigás, sería él quien inhalara la mayor parte de la sustancia: algo así como intentar violar a alguien en una cita echando un temazepam en su bebida y cinco en la tuya. El caso es que Isaac se metió un poco por la nariz y luego se pasó una hora viendo vídeos de YouTube sobre teorías conspirativas en torno a los atentados del 7 de julio. Quería comprobar si la oxitocina le hacía más ingenuo, pero no obtuvo resultados concluyentes.

Raf e Isaac llevan haciendo su particular cursillo ininterrumpido de neuroquímica

para aficionados desde que al primero le diagnosticaron el síndrome y el segundo tomó anfetaminas por primera vez (las dos cosas coincidieron más o menos en el tiempo). A Raf, sin embargo, aún le choca oír a un desconocido (desconocida, en este caso) utilizar términos como «hipotálamo» y «pituitaria». No menos extraño le resulta que Cherish parezca decidida a tratar su amígdala cerebral como si fuese un vértice sin ley del Triángulo Dorado^[7], limpiándola de oxitocina con alcohol del mismo modo que un tipo del narcotráfico rocía de glifosato un campo de amapolas. Puede que simplemente tenga conocimientos más avanzados que Raf e Isaac. En cualquier caso, los laboratorios internos de serotonina de Raf ahora mismo están funcionando a pleno rendimiento, después de seis semanas de inactividad; y tiene la esperanza de que no se los vuelvan a dismantelar.

—¿Desde cuándo te interesa... todo el rollo del cerebro? —le pregunta a Cherish.

—En el instituto al que fui en Los Ángeles había tías que llevaban tomando Zoloft desde los tres años, y ni siquiera sabían lo que hacía. Hay que ser imbécil para no aprender cómo funciona todo eso. —Se rasca la rodilla—. ¿Tienes algo de comida?

Raf va a hacer un chiste sobre el otro condón, pero al final se lo calla.

—No, en realidad no.

—¿Qué tal un curry? Conozco un sitio cerca de aquí.

Él piensa a veces que nada en el mundo le hace tan feliz como tomar comida picante después de follar.

—Uy, sí, qué buena idea.

4.31 p.m.

Raf está pensando en pedir gambas en salsa madrás, pero Cherish le recomienda que mire al final del menú, en la hoja que dice platos típicos birmanos: ensalada al té verde, sopa de bagre, pollo al curry con cacahuets, cordero en salsa de tamarindo, *royal noodles*.

—¿Por qué tienen todo esto?

—Porque es un restaurante birmano.

—Siempre pensé que era hindú.

De hecho, varios detalles indican que no lo es. Raf ha observado que los restaurantes hindúes de Londres, incluso los baratos, suelen tener cierto aire de funeraria, quizá por las ventanas tintadas, las alfombras oscuras y la iluminación tenue. En este sitio, sin embargo, los suelos son de linóleo y los manteles de vinilo, y hay varios carteles arrugados con la imagen de Buda en las paredes. En la repisa que hay al lado de la puerta, dos gatos Maneki Neko, de esos que funcionan con pilas; uno blanco y el otro dorado y más pequeño, de modo que sus brazos móviles a veces están acompañados y otras no.

—Si sirven comida hindú es porque la gente no sabe qué es eso de birmano. Pero los empleados son todos birmanos.

El camarero, un tipo bajito con perilla, les trae las cervezas y saca la libreta. Cherish le ha saludado antes como si se conocieran.

—No sé qué pedir —dice Raf.

—¿Te apetece algo con curry? —pregunta Cherish.

—Sí.

Ella se vuelve hacia el camarero y le habla en una lengua extranjera, presumiblemente birmano. El camarero asiente con la cabeza y se dirige a la cocina.

—¿Así que tú también lo eres?

—¿Birmana? En cierto modo. Soy medio danu^[8], medio americana, para ser exactos.

—¿Dónde creciste?

—En una ciudad minera a mitad de camino entre Mandalay y la frontera con Yunnan.

Mientras esperan la comida, Cherish le cuenta que su recuerdo más remoto es el de la noche en que su tío Chai volvió de Gandayaw después de seis meses en la mina, y ella se echó a llorar porque parecía un monstruo: los ojos enterrados en la oscuridad de sus cuencas, las mejillas como globos deshinchados, la boca contraída en un rictus de desesperación. Él le juró que seguía siendo su tío Chai; simplemente estaba muy cansado, le dijo. Ella sabría por qué años después. Los trabajadores de la mina de Lacebark tenían dos horas al día para comer, lavarse, rezar y jugar a las cartas, y el resto del tiempo lo pasaban trabajando o durmiendo. Ahora bien, en vez de trabajar catorce horas y dormir ocho, o trabajar dieciséis y dormir seis, lo que hacían era trabajar en períodos de tres horas y cuarto: al final de cada uno, desenrollaban el colchón de espuma dondequiera que estuviesen y dormían cuarenta y cinco minutos. De este modo no llegaban a dormir, en total, más de cuatro horas al día. De mayor, Cherish se enteró de que este régimen de sueño se llamaba polifásico y se practicaba en todo el mundo: se trataba de maximizar la productividad haciendo que el cerebro del minero se acostumbrara a saltarse las primeras etapas del sueño para entrar directamente en la decisiva, la fase MOR, eliminando el sistema de tres turnos y todo lo que tenía de ineficiente. Era como aplicar criterios de agronomía al cerebro, un nuevo método de rotación de cultivos. El tío Chai reconoció que, si llevara un mes, uno solo, durmiendo apenas cuatro horas seguidas por la noche, empezaría a desmayarse como un borracho en plena jornada, y que, sin embargo, al cabo de seis meses de sueño polifásico, aún estaba en condiciones de trabajar. Por otro lado, este régimen causaba una fatiga peculiar: una especie de masa espesa, un tumor de cansancio que iba creciendo día a día y le oprimía continuamente el cráneo, aunque todavía no estuviese enfermo. La primera vez que el tío Chai volvió a casa, se echó en la cama y no se le pudo despertar durante más de un día, ni siquiera para ofrecerle el banquete de bienvenida que la madre de Cherish había pasado semanas

preparando.

Cuando su madre era joven, en Gandayaw apenas vivían unas cuantas decenas de familias. El pueblecito estaba tan aislado que muchos de sus habitantes jamás habían visto un par de zapatos. En 1989, el gobierno birmano arrendó medio millón de hectáreas del bosque de Shan, al pie de las montañas, a una empresa estadounidense: en ese terreno tan extenso había yacimientos de cobre y de rubíes. Lacebark Mining construyó unas oficinas en el límite occidental de la concesión, y a raíz de ello Gandayaw creció y prosperó espectacularmente, como un pueblo del Lejano Oeste americano: de China, Tailandia y la India, así como de otras partes de Birmania, llegaron comerciantes, mecánicos, vendedores ambulantes, albañiles, electricistas, fontaneros, médicos, intérpretes, chóferes, hosteleros, cocineros, misioneros, músicos, peluqueros, tatuadores, guardaespaldas, timadores, extorsionadores, contrabandistas, camellos, prostitutas, chulos, mendigos y funcionarios. Se veían aterrizar helicópteros tres veces a la semana, y se llegó a construir una discoteca con una sala de karaoke, un jacuzzi y un letrero en la entrada que advertía a los clientes de que estaba prohibido traer granadas de mano y comer durián. El tío Chai le dijo una vez a Cherish que el cambio había sido tan rápido que parecía como si el pueblo mismo hubiese sido raptado mientras dormía, para despertar al día siguiente en un sitio totalmente desconocido.

Además de una ciudad en plena expansión, Gandayaw era un puesto fronterizo, porque, a cambio de pagar una regalía del cuarenta y cinco por ciento al Estado birmano, Lacebark administraba el territorio como si fuera un enclave. Aunque a los guardias de seguridad no se les permitía patrullar más que una parte del perímetro del complejo minero, se rumoreaba que, si descubrían a alguien ajeno a la empresa merodeando por el bosque, le podían dar una paliza o incluso pegar un tiro. La extraordinaria prosperidad de Gandayaw se debía en parte a los directivos e ingenieros de Lacebark, pero sobre todo a ese cuerpo de policía privado, a cuyos miembros se les veía muchas veces atravesar la ciudad con aire fanfarrón, como si fueran conquistadores, y armados con fusiles Kalashnikov, para reunirse con oficiales de enlace del ejército birmano, el Tatmadaw. Los mineros, al volver a casa, siempre parecían reacios a contar su experiencia, así que a los niños de Gandayaw les dio por inventarse toda clase de fábulas: decían, por ejemplo, que los americanos mantenían el orden con tigres robot que traían al bosque en contenedores, y que, cuando un minero moría en un accidente, cosa que sucedía a menudo, se le resucitaba para que siguiera trabajando. Cherish ya sabía entonces que un día tendría que ver por sí misma lo que realmente ocurría en el complejo.

La vez que se adentró más en el bosque siendo niña fue un día, al final de la estación de las lluvias, en que vio a un zorro abrevar en un charco al pie de la colina que se alzaba a las afueras de la ciudad, y luego alejarse entre los árboles: como su madre estaba distraída en ese momento, se decidió a seguirlo. El animal iba bastante despacio, como si quisiera que Cherish lo alcanzara. Al cabo de unos minutos

llegaron a un claro donde había un ciervo comiendo de un *longan*. Al ver al zorro paró de comer, y este se puso en cuclillas y empezó a menear los cuartos traseros, como un gato cuando se dispone a saltar. Cherish se quedó atónita: parecía imposible que derribara al ciervo, que tenía unas astas descomunales. Finalmente se lanzó hacia él, pero se desvió demasiado a la derecha, así que el otro animal lo esquivó fácilmente, apartándose de un brinco. Entonces el zorro se olvidó del ciervo, y se puso a patear y husmear el trozo de tierra donde había estado. Cherish se acercó de puntillas, y lo vio masticando unos gusanos blancos del tamaño de las larvas de escarabajo que anidaban en el estiércol y con las que su tío hacía de vez en cuando una tortilla asquerosa. Luego oyó a su madre llamarla a gritos, así que volvió corriendo adonde la había dejado, resignada a recibir unos cuantos azotes.

Esa noche, antes de dormirse, creyó comprender lo que había ocurrido: el zorro había hecho al ciervo apartarse a propósito, porque de ese modo se le estiraría la piel del lomo, justo encima de las costillas, donde un insecto había puesto sus huevos. Al echarse el animal a un lado, los gusanos habían saltado como las judías de una vaina, y el zorro había conseguido una merienda fácil. Cherish no se explicaba, sin embargo, por qué el ciervo no había practicado esta operación quirúrgica él solo, sin la ayuda del zorro; aunque tal vez fuese por la misma razón por la que ella era incapaz de quitarse el hipo y siempre recurría a Zaya. Durante años asociaría, en su imaginación, tener hipo con escupir larvas blancas.

Zaya, el medio hermano de Cherish, era seis años mayor que ella. Su padre —el de Zaya— había muerto de una picadura de víbora poco antes de que él naciera. Su madre todavía era joven, y más tarde, cuando Gandayaw se inundó de dólares y Cherish se estaba criando, montó un puesto callejero en el que vendía champú y crema de *thanaka*, que apenas le daba para alimentar a sus hijos. En aquella época casi siempre se la notaba triste, y a Zaya, malhumorado. Cherish se sentía rara, diferente: sabía que no se parecía físicamente al resto de su familia, y llegó a la conclusión de que su padre debía de ser blanco. Pero nadie quería contarle nada. Más tarde empezó a pensar que su identidad era tan misteriosa e indefinida como la de su pueblo: a los niños inteligentes les molesta mucho la sensación de que el mundo se rige por leyes que todavía les está vedado comprender, pero, en un sitio como Gandayaw, los negocios se hacen de tal modo que hasta el adulto más perspicaz tiene que hacerse a la idea de que, por cada tres piezas que conoce de la maquinaria, existen siete u ocho que nunca llegará siquiera a vislumbrar.

Sin embargo, cuando Cherish tenía diez años, ocurrió algo que le reveló gran parte de la maquinaria de su vida. Una mañana, pocos días antes de la Fiesta de los Faroles, iba con su madre y Zaya a comprar hortalizas cuando un Mercedes negro pasó a su lado muy despacio: quizá uno de los ocupantes le había dicho al conductor que quería observar bien la ciudad. Cherish, que ya había visto un montón de coches así, andaba más atenta a un macaco que estaba atado con una correa en un bar de la acera de enfrente, y con el que tenía ganas de establecer relaciones diplomáticas. Su

madre, sin embargo, se paró en seco, agarró del brazo a los chicos y se los llevó a un callejón donde había dos cuervos peleándose sobre los montantes de un aparato de aire acondicionado.

—¿Qué haces? —dijo Zaya.

—Ve a abrir el puesto —ordenó su madre.

—¿Por qué?

Los amigos de Zaya se reían de él al verlo solo detrás de las cestas de cosméticos. Normalmente eran serios y reservados; hablaban en voz baja de política y se apiñaban alrededor de transistores medio rotos. Unos cuantos fumaban *yaba*: calentaban el papel de plata e inhalaban el vapor con una pajita que parecía la probóscide de una mariposa. Pero Zaya no se metía, al menos que supiese Cherish.

—Tú haz lo que te digo. Ve a abrir el puesto, que Cherish y yo tenemos algo que hacer. Volveremos más tarde.

Cuando Zaya se hubo marchado, Cherish y su madre deambularon un rato de tienda en tienda, y luego se dirigieron al edificio principal del complejo de Lacebark, una construcción en hormigón de cuatro pisos, la más alta de la ciudad, aunque en realidad era como un consulado: no pertenecía a Gandayaw, sino a un territorio extranjero, el de la concesión. De hecho, se rumoreaba que había un túnel de veinte kilómetros que unía el edificio con las minas.

—¿Vamos a entrar? —preguntó Cherish, que llevaba el *longyi* remangado hasta las rodillas, del calor que hacía.

—No.

Entraron en un salón de té donde todos los clientes se sentaban sobre tambores de detergente apuntalados con rocas y sujetos con cuerdas de bambú a respaldos de sillas giratorias viejas. Allí debieron de pasar por lo menos dos horas esperando, aunque a Cherish le pareció un mes: nunca se había aburrido tanto. A ratos se entretenía observando a un anciano calvo y jorobado, como un trozo de raíz de jengibre, que andaba renqueando por la calle, vendiendo cigarrillos y flores. Justo cuando acababa de recorrer la calle por séptima vez —Cherish se había puesto a contar—, salieron del edificio de Lacebark tres hombres blancos con traje de ejecutivo. Se estaban riendo. Su madre se levantó de un salto y cruzó la calle a toda prisa y tirando de Cherish. Un Mercedes negro, quizá el mismo de antes, esperaba a los tres tipos, y al lado del coche había cuatro guardaespaldas con pistolas. Una mujer y su hija pequeña debían de parecer tan inofensivas que casi ni se fijaron en ellas, hasta que la madre de Cherish empujó a la niña hacia el más alto de los hombres blancos y se puso a gritar en inglés:

—¡Tu hija! ¡Tu hija! ¡Tu hija!

Las palabras eran bastante claras, pero Cherish no supo en ese momento lo que significaban realmente. Se dio cuenta, eso sí, de que su madre estaba haciendo algo extraordinariamente peligroso. Habría bastado una palabra, o acaso un gesto, de uno de los hombres con traje para que se las llevaran a las dos a punta de pistola y les

dieran una paliza detrás de la discoteca; de hecho, los escoltas estaban a punto de sacar sus armas, pero se detuvieron: el hombre alto, el que había despertado la furia de su madre, debió de decirles algo. Cherish levantó la vista y le miró, y él la observó atónito, como quien ve arder un montón de basura después de haber tirado, sin darse cuenta, un cigarrillo encendido: se siente culpable por su imprudencia, pero al mismo tiempo le fascina comprobar lo que es capaz de hacer.

Todos parecieron vacilar un instante. A quienes se les notaba más incómodos era a los dos colegas del hombre alto, quien finalmente se acercó a la madre de Cherish y le susurró algo. Esta asintió con la cabeza y se agachó para besar a su hija.

—Ve con tu hermano —le dijo—. Luego me esperáis los dos en casa.

—¡No!

—Vete, cariño. Volveré más tarde.

Cherish cruzó, obediente, la calle. Sin embargo, en vez de seguir andando hasta el puesto de los cosméticos, se detuvo junto a la fachada del salón de té para ver lo que pasaba. Mientras los otros dos se subían al coche, el hombre alto y uno de los guardaespaldas condujeron a su madre al interior del edificio de Lacebark por una puerta lateral. Cherish se echó a llorar y cayó de rodillas al suelo. Estaba segura de que no volvería a ver a su madre. Al pasar a su lado, el vendedor jorobado le sonrió, seguramente para consolarla: en la oscuridad de su boca apenas se distinguían dos incisivos parduzcos, que colgaban de la encía como murciélagos del techo de una cueva.

5.49 p.m.

Raf se toma un trago de cerveza.

—¿Qué pasó al final? —pregunta.

Se siente un poco ridículo, como siempre que escucha a alguien que ha tenido una vida azarosa.

—¡Me equivoqué! Mi madre volvió esa misma tarde. A mi hermano le faltó poco para montar un comando y asaltar el edificio de Lacebark. Pero el caso es que volvió, y dijo que nos marchábamos a Estados Unidos, que ya estaba todo arreglado. Esa noche fue la última que pasé en Gandayaw. Al día siguiente, un todoterreno nos llevó a mi madre y a mí a un aeródromo cerca de un pueblo llamado Kyaukme; desde allí volamos a Bangkok, y luego a Los Ángeles. Ya estaba resuelto todo el papeleo cuando llegamos.

—¿Y tu hermano?

—No quiso acompañarnos. Dijo que se negaba a dejar Gandayaw en manos de los hombres blancos y del Tatmadaw, esas fueron sus palabras. Como si nosotros tres fuéramos la última línea de defensa de la ciudad.

—Entonces ¿le dejasteis allí?

—Mi madre le suplicó que recapacitara. Pero el chaval se fue al bosque con sus amigos. Dijo que no se le volvería a ver en la ciudad hasta que nos hubiésemos marchado. A mi madre aquello debió de destrozarla, pero estábamos sujetas a los planes que había hecho otra persona, así que no podíamos hacer nada. Ya sabía lo cabezota que era Zaya, aunque ella antes solía decir que acabaría reuniéndose con nosotras.

Raf no quiere interrumpir el relato, pero ¿cómo no comentarle a Cherish que el pollo al curry que está comiendo es el mejor que ha probado nunca?

—No hace falta que lo jures —responde ella.

El olor es tan agradable como el que percibiría uno al ser derribado por una de esas carretas del mercado de flores, y el sabor es mil veces más delicioso que el de la bufredona: da la sensación de que la ardiente capsaicina pasa directamente del velo del paladar al bulbo raquídeo.

—Me encantaría saber cocinar un plato así.

—A mí también.

—¿Averiguaste quién era el fulano ese? Tu padre, me refiero.

Ella dice que no con la cabeza.

—No lo considero mi padre. Para mí no es más que un antecesor genético.

—De acuerdo. Perdona.

—Debió de viajar a Gandayaw en 1990. Seguramente era un directivo de Lacebark que una noche se puso hasta las trancas de Johnnie Walker y violó a mi madre. Me imagino que Zaya estaba allí, en la misma habitación, o se asomó a la puerta y lo vio todo. Tendría seis años, calculo. Por eso mi madre dijo que nos fuéramos cuando vio al tío en el coche: pensaría que era posible que Zaya lo reconociera y se pusiera como una fiera, y no querría que mataran a su hijo. Puede que tuviera razón. —Cherish aprieta los labios—. Siempre me pareció raro lo que hizo ese gilipollas. Un tío que es capaz de violar a alguien en un viaje de negocios ¿cómo puede luego tener la generosidad de costearle una nueva vida a la niña que es fruto de esa violación? Ahora pienso que fue una cuestión de amor propio. O de estatus. El muy cabrón debió de decirse: «Yo no quiero ser de esos que tienen un crío viviendo en un pueblo de mierda, lleno de putas, pistolas y *speed*. Así que más vale que les dé unas cuantas perras». O puede que se sintiera culpable de veras. ¿Quién sabe? En cualquier caso, no volvimos a verle.

Raf se termina el salteado de judías.

—¿Se te hizo raro, eso de irte a vivir a Estados Unidos?

—¿Que si se me hizo raro? ¿Cómo crees que me sentía comiendo macarrones con queso en la cafetería de un colegio de Echo Park, cuando había vivido hasta entonces en una ciudad minera del sur de Birmania?

—Perdona, ha sido una pregunta estúpida.

Cherish se lleva a la boca el corazón de Raf, como una empanadilla de wantán, cada vez que sonrío.

—Sí, ha sido un poco estúpido, la verdad. Pero estoy segura de que se le hizo igual de raro al niño liberiano que se sentaba a mi lado. En eso yo tampoco era tan especial.

—¿Y tu hermano? ¿Dónde está ahora, en Gandayaw?

—No. Pero mi madre sigue viviendo en Los Ángeles. —Cherish aparta el plato, ensombreciendo así el pequeño lecho de flores doradas que ha cultivado arrancando distraídamente el papel de aluminio de la botella de cerveza. Le suena el móvil: lo saca del bolsillo y lee un mensaje de texto—. Oye, tengo que hablar un minuto con el chef. —Raf se termina el arroz. Al volver Cherish de la cocina, la ve meter algo en el monedero, pero no llega a distinguir lo que es. También lleva la cuenta en la mano—. Nos van a envolver un par de trozos de pastel de mango —dice al sentarse—. ¿Tienes algún plan para esta noche?

Lo tiene: Isaac quiere enseñarle un nuevo videojuego de Xbox.

—No.

—Entonces ¿qué tal si compramos un poco más de alcohol y volvemos a tu casa? No pienso seguir bebiendo ese vodka tan infame que tienes.

De camino al restaurante se detuvieron en el edificio donde está el transmisor de Myth FM, y Raf dejó a Rose en la azotea. Le encantaría meterse con la chica en una máquina secadora y no salir nunca, pero por otro lado quiere quedarse en el restaurante, porque sabe que en ningún otro sitio se va a sentir tan a gusto. No hay ningún reloj en la pared ni más clientes que ellos, y el tiempo transcurre al ritmo que marcan los gatos Maneki Neko con sus brazos de plástico, así que ¿por qué ir a ninguna parte? Aun así, Raf asiente con la cabeza y saca la cartera para pagar su parte.

—¿Qué estás silbando? —pregunta ella—. Me parece que conozco la melodía.

—*Gabba gabba hey! Gabba gabba hey!* —tararea suavemente.

Día 6

6.24 a.m.

A la mañana siguiente, ella ya no está.

Al principio, Raf no se da cuenta por la resaca, que, como de costumbre, espera unos segundos antes de abatirse sobre él, como si se deleitase con la expresión de su cara. Muerto de dolor, llama gimiendo a Cherish, a quien cree todavía allí, a su lado. Tiene ganas de discutir con ella la táctica a seguir frente a su enemigo común, y también de desayunar algo frito que le dé tanto placer como el pollo al curry de ayer. Sin embargo, al alargar el brazo, lo único que nota es el edredón arrugado. Se quita la máscara para mirar a su alrededor, y luego los tapones para volver a llamarla. Anoche, después del tercer polvo del día, le preguntó:

—Mañana por la mañana seguirás aquí, ¿no?

—Sí, y te seguiré respetando.

—No, lo que quiero decir... es que tienes que andarte con ojo. Por las furgonetas.

Raf e Isaac ya les han preguntado a todos sus amigos comunes por Theo, pero nadie sabe nada, al parecer.

—No me voy a ir de aquí. —Raf la envolvía con los brazos e intentaba acompasar su respiración a la de ella, pero no captaba el ritmo—. ¿Estás esperando a que me duerma? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí.

—¿Por qué?

Cuando salía con su exnovia, Raf procuraba no ponerse la máscara y los tapones mientras ella estuviese despierta, evitando así lo que consideraba el primer paso hacia una rutina conyugal de sexo cada dos semanas. A ella, en cualquier caso, le gustaba dormirse recostada sobre su pecho, así que él tenía que esperar hasta que conciliase el sueño para ponerse más cómodo. (Isaac le contó una vez que se había llevado a casa a una chica que tenía la manía de ponerse no solo una máscara y tapones para los oídos, sino también una ortodoncia y una tira que aliviaba la congestión nasal, lo que le daba el aspecto de una persona absurdamente aterrada ante la posibilidad de perder líquido cefalorraquídeo).

Al no recibir respuesta, Cherish le explica:

—Podemos estar así, abrazados, el tiempo que quieras, pero yo no me puedo dormir cuando siento cómo le late el corazón a la otra persona. Además la postura no es ergonómica; todo el mundo lo sabe, pero nadie quiere reconocerlo.

La chica, al parecer, está rodeada de barandillas de hierro negras y césped muy cuidado. Anoche se bebieron una botella de whisky en la mesa de la cocina, y ella le preguntó por sus padres, que se fueron a vivir a Essex hace unos años, y le enseñó un juego para bebedores que consistía en hacer saltar una moneda de diez peniques en la

copa. Luego, en la cama, estuvo más ardorosa, más salvaje que las otras veces, y Raf tuvo la agradable sensación de ser utilizado. Sin embargo, ella no hizo el menor ruido al correrse: fue como si se fundiera un fusible en un altavoz barato.

Hace un minuto, Raf soñaba que los almacenes vacíos e insonorizados se iban multiplicando por la ciudad hasta que sus cubiertas de acero tapaban la luz del sol en todas las calles. Ahora se da la vuelta para oler la otra almohada y comprobar de ese modo si Cherish ha sido un sueño también. No nota nada. Por lo menos las sábanas tienen un aspecto ajado, como siempre que uno ha follado mucho. Se imagina a Rose olfateando la cama, y se pregunta lo que percibiría. ¿Cómo viviría un Staffordshire bull terrier una ruptura amorosa? Todos los objetos despedirían un olor que le recordaría a su amante: tendría que irse a vivir a otro sitio y quemar todas las sábanas. Raf ha hecho algo parecido hace poco; lo único que conserva de su exnovia es una bufanda con estampados hexagonales que le regaló una vez y que notó enseguida que no le gustaba. Esta impresión se vería confirmada más tarde, cuando ella pasó a recoger sus cosas y no se llevó la bufanda. A decir verdad, además de en este objeto, su ex está presente en todo Londres: Isaac no para de decirle que es inútil huir de las reliquias de una relación. «Por pura estadística —le explicó una vez, estando los dos borrachos—, todas las cervezas que te beberás el resto de tu vida contendrán por lo menos un puñado de las mismas moléculas de H₂O que ella segregó la primera vez que tuvo un orgasmo con ese hijo de puta brasileño. Ve haciéndote a la idea». Aquello no le hizo sentirse mejor.

Lo que odia de la resaca del whisky es la síntesis que logra entre lo espiritual y lo gástrico, como si el alma quisiera vomitar y el estómago se hubiera dado cuenta de que la vida no tiene sentido. Además, los pies se le ponen más húmedos que la boca.

Se levanta y va desnudo a mirar en el cuarto de baño y en la cocina. Cherish se ha ido, no hay duda. Ahora, aparte del dolor de cabeza, empieza a preocuparse de veras. Vuelve al dormitorio y abre las cortinas: la luz de la mañana, pálida y borrosa como una vieja grabación en VHS, revela algo que no ha advertido hasta este momento, con las cortinas corridas y la lámpara encendida: por debajo de la almohada asoma la esquina de una hoja de papel. La saca y la desdobra. El mensaje, escrito con bolígrafo, debe de estar en birmano —las palabras son hileras de círculos apretados, como orugas recargadas de adornos—, pero en la parte de arriba dice en inglés: «Esto es muy importante, Raf, ¡no se lo enseñes a nadie! Besos, Cherish».

El hombro izquierdo le empieza a escocer, y entonces descubre que tiene unos cuantos arañosos. Parece como si se los hubieran hecho los pájaros cantores de Cherish.

Piensa en poner un anuncio, como Morris: «¿Vio usted cómo una joven medio birmana me obligaba a hacer peligrosas acrobacias? Heridas graves. No fue culpa mía. Busco testigos. Póngase en contacto con Raf». Finalmente, impulsado por una corazonada, se viste y sale a buscar a la perra. De camino, observa que una especie de maleza blanca ha empezado a extenderse, como un reguero de espuma, por el césped

que rodea el edificio. Recoge a Rose, que está bostezando, y luego, cuando vuelve a casa con ella, el animal hace algo insólito: entra zigzagueando, mira a su alrededor y se pone a ladrar como una endemoniada.

Alguien ha estado en su casa. Y no es Cherish —quien se ha hecho amiga de Rose—, sino otra persona. Un extraño.

Día 7

10.23 a.m.

Un electricista gordo está subido a una escalera, toqueteando la nueva cámara de vigilancia que cuelga del techo, y Raf pasa a su lado dificultosamente y se dirige a la cámara frigorífica para coger un envase de leche. Esta novedad es bastante molesta, porque Raf pasa mucho tiempo en la tienda de la esquina, y cuando uno frecuenta tanto un establecimiento, este se convierte en una habitación más de su casa: a uno no le hace ninguna gracia encontrarse a un desconocido cambiando de sitio los muebles. Luego, cuando le entrega cincuenta peniques a uno de los gemelos en el mostrador, le disgusta aún más observar que venden muchas menos clases de comida para perros de lo habitual, alrededor de la mitad. A las latas que echa en falta les han sustituido, en el estante, unas cajas de cartón con un alimento de hojaldre, y en cuya etiqueta no figuran más que unas palabras en árabe y un dibujo con una gamba sonriente. Coge una caja por curiosidad, la huele, y pregunta lo que es. Una especie de aperitivo iraní, se imagina.

—*Balachaung* —contesta el tendero.

—¿Cómo?

—*Ba-la-chaung*.

La última vez que oyó la palabra fue anteayer, porque figuraba en el menú del restaurante birmano y Cherish le enseñó a pronunciarla. Era, según dijo, un plato con gambas, cacahuetes y chile.

Se fija bien en la etiqueta, y cae en la cuenta de que no está en árabe, sino en birmano, como la nota que le ha dejado Cherish, aunque los caracteres son más abultados. Al revolver las otras cajas, encuentra un par con la etiqueta en inglés: pescado a la parrilla y mermelada de tamarindo sin semillas.

—¿Desde cuándo vendéis esto? —pregunta, con la incómoda sensación de que ciertas tendencias se están propagando demasiado rápido en su entorno, como si alguien hubiera modificado el código informático que rige el mundo.

—Desde la semana pasada. Tenemos un nuevo proveedor.

—¿Y vendéis mucho?

El tipo se encoge de hombros.

—Todavía no.

3.50 p.m.

Raf ha llamado por teléfono al hombre con el que habló en el McDonald's, y le ha mentado, o casi, al decirle que tenía noticias sobre las furgonetas blancas. Esta vez, el

tipo no ha querido quedar en el mismo sitio, ni en ningún otro público. Raf, que empieza a estar un poco paranoico, prefiere no verse a solas con él, así que ha sugerido el piso de Isaac.

La chica que está cosiendo en la mesa que hay al lado de la puerta de entrada lleva unos patines cubiertos de barro y una chaqueta con un montón de cremalleras; y la que está durmiendo en el futón, unos zapatos con tacón de aguja transparente y un vestido que parece una cáscara de plátano. Están espléndidas, como de costumbre. El tipo, al llegar, echa un vistazo a su alrededor.

—¿Quién es toda esta gente? —le pregunta a Raf.

Todavía tiene la mancha de ketchup en la solapa, como si fuese la chapa de una asociación de ayuda a los glotones. Si trabaja para el gobierno británico, ¿no debería tener más de un traje?

—No te preocupes —dice Isaac, quien se está dejando barba—. Ellas no hablan muy bien inglés, y a mí este asunto me concierne.

—¿Qué quieres decir?

—Yo también soy amigo de Theo. El que ha desaparecido. Siéntate.

El tipo mira de nuevo a su alrededor unos segundos, como si esperara que alguien le acercase una silla, y finalmente se resigna al sofá hundido de Isaac, desplomándose en el centro en vez de sentarse en el borde. Un rincón del cuarto de estar se encuentra bloqueado por un ropero con funda de plástico del que cuelgan varias camisetas mojadas, y que parece una barrera destartada para contener a las multitudes.

—¿Qué me tienes que contar? —pregunta el tipo.

—He conocido a una chica... —comienza Raf.

—Me alegro por ti.

—Han... han intentado secuestrarla como a Theo. Vi la furgoneta y a unos tíos que iban armados. Esa vez se lo impedí, pero anoche ella estuvo en mi casa y me parece que se la llevaron. Cuando me desperté había desaparecido. —Entonces describe el comportamiento de Rose—. Por eso sé que alguien ha estado en mi casa. Si entraron y se la llevaron, es posible que yo no oyera nada, porque duermo con tapones.

—Qué audaz por su parte, llevarse a la chica justo cuando está durmiendo contigo. Parece que nos las estemos viendo con Nosferatu. ¿Tienes más pruebas?

—No bebí agua.

—No te entiendo —dice Isaac.

Raf no se lo ha contado antes, a pesar de que Isaac le ha preguntado mucho por Cherish, encantado como está de que su mejor amigo por fin se haya acostado con alguien, después de seis amargos meses de castidad.

—Es imposible que un ser humano salga a la calle voluntariamente sin tomarse ni un vaso de agua, después de haber bebido la cantidad de whisky que bebimos anoche. No vi ningún vaso en la encimera.

—Igual lo enjuagó.

—No había nada en el escurridor. Todos los vasos y las tazas estaban donde los había dejado.

—Igual bebió directamente del grifo.

—Imposible. Los grifos están demasiado bajos.

—Lo siento, tío, pero es la pista más cutre que he oído contar nunca, si es que se le puede llamar pista.

Raf sabe que Isaac posiblemente tenga razón, pero, por otro lado, no hay quien le quite de la cabeza que Cherish ahora mismo está en la parte trasera de una furgoneta blanca o en otro sitio aún peor, con Theo. Se la imagina en una habitación oscura, delante de una cámara, inmóvil y desnuda y con el cuerpo muy limpio.

—En cualquier caso, te felicito por haber dado con una piba dispuesta a pasar una noche en tu casa, emborrachándose contigo solo por diversión. Esas son las mejores —añade Isaac.

—¿Nada más? —pregunta el hombre del traje—. Me estás haciendo perder el tiempo como la otra vez. La culpa es mía, supongo. Por dejarme engañar de nuevo.

—La chica ha dejado esta nota —dice Raf, y se la pasa.

—¿Entiendes lo que dice aquí?

—No, pero lee lo que dice arriba. Seguramente quería que la guardase a buen recaudo.

El tipo suspira.

—¿Esta hoja es la única pista concreta que tienes? ¿De verdad?

—Sí.

El tipo dobla el papel.

—Me la tengo que quedar, como comprenderás. Haré que la traduzca uno de nuestros analistas.

—No, me la que tienes que devolver —dice Raf.

El tipo mira la nota, luego la puerta de entrada, luego a Raf... se levanta de un salto y corre hacia la puerta.

—¡Eh! —grita Isaac.

En ese instante su compañera de piso, sin levantar siquiera la vista de su labor, alarga la pierna derecha, y el fugitivo tropieza y se golpea la nariz con el cerco de latón de la mirilla.

—¡Guau, Hiromi! ¡Enhorabuena, encanto! —dice Isaac, y luego arrastra al tipo hasta el sofá con la ayuda de Raf, quien se siente culpable por haber dado por hecho que su amigo no sabía cómo se llamaban las compañeras de piso—. Vamos a atar a este cabrón.

—No, eso no tenéis por qué hacerlo —protesta el tipo.

Les entrega la nota, y luego se saca del bolsillo una servilleta de papel con la que se limpia la sangre del labio superior. Sentado en el sofá, con un sello rojo estampado en el puente de la nariz, parece realmente molido. Raf e Isaac se abstienen de atarle.

—¿Quién eres en realidad? —pregunta Raf, inclinándose sobre él.

—Me llamo Mark Edmund Fourpetal.

—¿Trabajas para el MI6?

—¿El MI6? —Fourpetal se echa a reír—. No, nada que ver con eso. Trabajo de relaciones públicas.

—¿Qué sabes de las furgonetas blancas?

—No mucho. Están secuestrando a birmanos, como te conté la última vez. No me preguntes por qué. Solo sé que están relacionados con la empresa para la que trabajaba antes. Se llama Lacebark, y es americana.

—Lacebark es una empresa minera —dice Raf.

—Sí, pero está integrada verticalmente. Ahora lo controla todo, incluido el servicio de seguridad.

—¿Y te están persiguiendo?

—¿Qué te hace pensarlo?

—Lo que pasó cuando salimos del McDonald's, la furgoneta. Estabas asustado.

Fourpetal asiente con la cabeza.

—Sí. ¿Conoces *La cultura del Renacimiento en Italia*, el libro de Burckhardt? —Se señala a sí mismo con el dedo—. «Se pone aquí de manifiesto, diríase que con precisión matemática, lo que un hombre de talento excepcional y condición elevada es capaz de hacer movido por la pasión del miedo».

No es que soñara desde niño con trabajar para una empresa minera, les aclara Fourpetal: cuando tenía ocho o nueve años, representaba a menudo con sus compañeros la batalla de Orgreave^[9] en el patio del colegio, y nadie quería hacer nunca de minero. Pero no le quedó más remedio. Al cabo de once años de trabajo como relaciones públicas en el sector financiero, tenía fama de ser «el tipejo más cobarde, falso y desleal que jamás se haya sentado en una silla giratoria», según dijo, con tonificante franqueza, un antiguo colega suyo después de pasar una noche en un bar de *strippers* de Liverpool Street. Esa reputación no se la gana uno de la noche a la mañana.

Fourpetal cree que su perdición seguramente comenzó con el primer empleo que encontró después de terminar la universidad. A su lado trabajaba Drummers, un chico pánfilo que venía del Norte, y que parecía tener bastantes posibilidades de conseguir pronto un puesto por encima del suyo, ya que pasaba unas noventa horas a la semana en la oficina. Un día, Fourpetal se lo llevó aparte y le dijo que, si de verdad quería causar una buena impresión al jefe, lo que tenía que hacer era ofrecerle unas rayas de coca de buena calidad la siguiente vez que se juntaran todos en un bar. El chaval le agradeció mucho el consejo, sin saber que el jefe era enemigo furibundo de las drogas: su sobrina había sufrido una sobredosis en una fiesta de Nochevieja, y tenía el cerebro dañado para siempre. Drummers abandonó la empresa poco después, pero, por desgracia, siguió trabajando en el mismo sector. De hecho consiguió salir del hoyo, y al cabo de ocho años le ofrecieron un puesto directivo en la empresa en la que entonces estaba Fourpetal. En su primer día, le llamó a su despacho para

anunciarle que, en la siguiente tanda de despidos ligados a la recesión, iban a prescindir de cinco becarios, dos recepcionistas y un gestor de cuentas. El gestor de cuentas era Fourpetal, naturalmente. Drummers pareció estremecerse de placer al darle la noticia: Fourpetal llegó a preguntarse —en serio— si no se estaría masturbando debajo de la mesa.

Más tarde, buscando otro trabajo, Fourpetal se enteró de que Drummers no era el único que tenía motivos para odiarle. Estaba claro que todo el mundo los tenía. A veces, él mismo no entendía cómo se las había arreglado para joder a tanta gente en poco más de diez años. Y sin embargo sabía que su mala fama era injusta: como el mayordomo que, imitando fielmente a su amo, se dedica a pegar a su mujer todas las noches, los relaciones públicas del sector financiero londinense, a pesar de no contar con los mismos incentivos salariales, se habían apresurado a remedar la crueldad por la que se distinguían los banqueros de inversión. Fourpetal no creía ser peor que los demás; de hecho, se consideraba un chivo expiatorio, y por eso en Londres todo el mundo le daba con la puerta en las narices. Sopesó un tiempo la idea de marcharse a Estados Unidos, pero, en plena crisis económica, ninguna empresa le iba a ayudar a obtener un visado de trabajo. Ni Hong Kong ni Doha le acababan de convencer, así que llegó a la conclusión de que tendría que dejar el sector financiero y buscar otro donde nadie le conociese. La otra ventaja era que, en las reuniones de trabajo, no coincidiría tan a menudo con gente que recordara del internado al que había ido de niño.

Solicitó unos veinte trabajos, con la esperanza de encontrar una empresa que no investigara mucho sus antecedentes profesionales. Fue a la entrevista en Lacebark Mining creyendo que tendría que hablar de cobre y de piedras preciosas, pero al final le preguntaron qué sabía de los proyectos que había llevado a cabo BGR en Kazajastán y Poxham Toller en Zimbabue. El caso es que supo fingirse un experto en la materia, y le ofrecieron el trabajo. Al cabo de una semana se dio cuenta de que no iba a ser relaciones públicas de Lacebark en Europa: en realidad iba a serlo de Birmania.

El gobierno birmano había contratado antes a varias agencias, pero nunca les había pagado puntualmente los honorarios, así que ninguna quería volver a prestar sus servicios. Lacebark, sin embargo, estaba dispuesta a intervenir, porque a la empresa y a quienes habían invertido dinero en ella cada vez les resultaba más embarazosa la imagen que tenía el dueño de la mina de Gandayaw: la gente pensaba que era como el régimen nazi, solo que más chapucero. Una campaña de propaganda en los medios extranjeros, unida a la presión política, podía ser buena buena para el negocio. En el departamento de comunicación de la empresa en Londres había un ambiente extraño: por un lado, había que ironizar de vez en cuando sobre lo zumbados que estaban los generales birmanos si uno no quería parecer un pelele; pero, por otro, estaba muy mal visto mencionar las matanzas de 1988 o la detención de Aung San Suu Kyi. Y, por supuesto, había que acordarse de decir «Myanmar» y

no «Birmania». La primera misión de Fourpetal fue encontrar en el sudeste asiático una organización de derechos humanos que aceptara dinero de Lacebark a cambio de sacar un comunicado de prensa sobre la empresa. En esta tarea seguramente invirtió más tiempo del que valía la pena.

Una tarde lluviosa de principios de abril, volvió a su mesa después de comer y se desplomó en la silla. No sería mala idea, pensaba, coger todos esos plásticos grasientos que se le pegaban a diario —el acrilonitrilo gris de la alfombrilla del ratón, el polipropileno azul del auricular del teléfono, el poliuretano negro de su (legendaria) silla giratoria—, confeccionar con ellos un disfraz de lycra de cuerpo entero, meterse en el traje y subir la cremallera, y no salir nunca. Esa mañana había mandado un correo a Jim Pankhead, un directivo que trabajaba en la sede de Lacebark, en Carolina del Norte, preguntándole si tenía el último borrador del comunicado que iba a emitir la empresa sobre el impacto ambiental de sus actividades en Birmania. Justo cuando despertaba el ordenador, le llegó un correo de Pankhead con el lacónico encabezamiento «FW: Fw: Re:» y el comunicado adjunto. Fourpetal se fijó en que el tipo se había olvidado de borrar el cuerpo del correo, constituido por una larga serie de mensajes anteriores que figuraban, como siempre, en orden cronológico inverso: Pankhead y un colega suyo habían utilizado direcciones de hotmail para escribirse. Fourpetal sabía que, a raíz del escándalo de Enron, los altos directivos de un montón de empresas estadounidenses habían empezado a recurrir a direcciones de correo privadas para mandar cualquier mensaje mínimamente comprometedor, no fuera a ser que el Departamento de Justicia se incautara del servidor de la empresa. Al final de la conversación por e-mail, Pankhead le había pedido el comunicado, y el otro directivo se lo había enviado a su dirección de hotmail, así que Pankhead se lo había reenviado a sí mismo a la dirección de Lacebark, y desde ella a Fourpetal. Una vez reconstruida esta secuencia —lo que tampoco le costó mucho—, Fourpetal echó un vistazo a la conversación, y en la parte de abajo encontró un correo de Pankhead de mediana extensión, apretado contra una muralla de símbolos «>»:

Hoy la verdad es que te he sacado las castañas del fuego como un campeón, colega... ya me lo agradecerás luego. Obviamente, el asunto de la reunión era: ¿qué coño ha pasado en Gandayaw? Bezant ha participado por videoconferencia desde Londres. El tío me ha parecido subnormal, pero antes dirigía la mitad de Cantabrian, y eso por lo visto tiene un mérito que te cagas. Ha dicho que Sweet le quería echar la culpa de todo al tornado, pero ya la estaba liando mucho antes del Nargis, y no deberíamos haber tardado tanto en despedirle. También nos ha asegurado que dentro de unos meses lo tendrá todo bajo control.

El caso es que el tarado ese de Chiang Mai nos pide dos millones de dólares por tener la boca cerrada. Es para partirse de risa. El CFIUS^[10] va a

fallar en agosto sobre el acuerdo para la compra de bonos con Zhejiang, y si leen en el NYT^[11] que hemos torturado a las mujeres de unos tíos que quieren montar un sindicato, se va a venir todo abajo, o —todavía peor— nos van a empezar a dar por culo con citas. Entonces Zhejiang se echará atrás, el mundo se enterará de que el año que viene no podremos pagar los intereses, y estaremos todos bien jodidos. Y el tarado nos pedirá cien mil, suponiendo que su inteligencia le alcance para ver la oportunidad que tiene. Así que vamos a apoquinar la pasta ahora.

En cuanto al otro asunto, Bezant dice que va bien. Harenberg no para de decir que es diez veces más importante que el acuerdo con Zhejiang, lo cual me parece ridículo, pero, en fin, ya conocemos a Harenberg. No entiendo cómo Nollie le deja encargarse de nada. Bueno, ya he hablado mucho. ¿Sigo contando contigo para el acto de recaudación de fondos de este fin de semana?

A Fourpetal no le sorprendió mucho la metedura de pata de Pankhead, porque él mismo había tenido otra parecida hacía poco. Una exnovia de su amigo Rich le había mandado a este un correo quejumbroso contándole cómo la noche anterior, a las cuatro de la madrugada, había tenido que cruzar el puente de Battersea bajo la lluvia, y para colmo no llevaba bragas debajo del vestido: antes había estado a punto de acostarse con un tío al que acababa de conocer, pero había salido huyendo entre lágrimas, porque, cinco meses después de romper con Rich, todavía se le hacía triste follar con otro. El caso es que Rich le había reenviado el correo a Fourpetal, añadiendo unos cuantos comentarios crueles, y Fourpetal había respondido con otros comentarios crueles, y luego Rich había respondido con un vídeo de YouTube de un oso panda que no venía a cuento, y que Fourpetal había reenviado a once personas a las que pensó que podría gustar, entre ellas la exnovia, cuyo lacrimógeno correo seguía allí, abajo del todo. Le podía pasar a cualquiera.

Para Fourpetal, veterano en estas lides, la siguiente jugada estaba clara. Pero es que también lo estaba la jugada posterior, y la otra, y la otra. De hecho, nada más leer el e-mail de Pankhead, concibió sin apenas esfuerzo un plan extraordinario: detallado y exhaustivo, con apéndices y notas a pie de página.

Primera parte. Después de jugar unos minutos al *Minesweeper*, volvió a escribir a Pankhead: «Hola, Jim, siento incordiarte otra vez, pero necesito cuanto antes el comunicado sobre el impacto ambiental. Si ya me lo has mandado, te ruego que me disculpes: hemos tenido problemas con los servidores, así que se están perdiendo muchas cosas». Enseguida le llegó un segundo e-mail con el comunicado adjunto, pero esta vez no había nada debajo del encabezado. Fourpetal dedujo que el tipo había caído en la cuenta de su error y se había quedado mirando, horrorizado, el buzón de correo. Esa misma tarde le llamó por teléfono a su despacho y le entretuvo todo el tiempo que pudo con preguntas de lo más anodinas, sabiendo que eso era

justo lo contrario de lo que haría alguien que hubiese leído un mensaje tan comprometedor y se estuviese preguntando qué paso tenía que dar.

Segunda parte. Telefonó a un conocido suyo que trabajaba arriba, en dirección, para contarle que se disponía a informar a un periodista de *The Independent*, un tipo complaciente, de los retos a los que se enfrentaba una empresa decente como Lacebark en un sector que no lo era. ¿Qué competidores saldrían más beneficiados en el caso de que le fuese mal a Lacebark? ¿Qué directivos mandaban de verdad en esas empresas? ¿Quiénes tenían fama de consentir el juego sucio?

Tercera parte. A la mañana siguiente, antes de irse al trabajo, creó una cuenta de correo anónima en Gmail y escribió a Donald Flory, vicepresidente y asesor jurídico de Kernon Whitmire Copper and Gold Incorporated: «Trabajo en Lacebark Mining. Dispongo de información sobre la explotación minera de Gandayaw y el acuerdo financiero con Zhejiang que podría hacer mucho daño e incluso hundir la empresa en el caso de hacerse pública. A cambio quiero trabajar para ustedes en Nueva York — un trabajo muy bien pagado, que no exija demasiado esfuerzo, y que me permita viajar a menudo a países exóticos—, así como un paquete de noventa mil acciones de Kernon Whitmire, que tendrán que depositar en un fondo a mi nombre en un paraíso fiscal. ¿Está usted interesado?».

«Siempre nos gusta dialogar con profesionales de ideas afines a las nuestras que trabajan en otras empresas», contestó Flory esa misma tarde, no desde su dirección de correo de Kernon Whitmire, sino desde otra cuenta privada. «¿Está usted en nc?», preguntó; se refería a Carolina del Norte.

«No, pero viajaré allí la semana que viene para asistir a un congreso. De vuelta haré escala en Newark, donde pasaré una noche».

«Dígame en qué hotel de Newark se piensa alojar. Alguien acudirá a su habitación».

A las once de la noche, el día que hizo escala en Newark, Fourpetal estaba delante de la ventana de la habitación, bebiéndose el whisky del minibar y pensando en todas las modelos a las que seguramente se tiraría en su flamante *loft* del Lower East Side, en Nueva York. Había algo en el resplandor ámbar del aeropuerto que deformaba la perspectiva, de modo que los aviones parecían coches avanzando lentamente por el aparcamiento de un supermercado, y más lejos, al este, los rascacielos de Manhattan se encogían de miedo debajo de las monstruosas grúas del puerto de Newark.

El asunto era del máximo secreto: quizá no vendrían hasta pasada la medianoche, pensó mientras se tumbaba en la cama y ponía la CNN. Pero a las dos todavía no habían llamado a la puerta. A las tres de la mañana, ya bastante borracho, encendió el portátil y le mandó un correo a Donald Flory: «Qué cño pasa? Dentro de cuatro horas cojo un veulo a Londrs». Luego se preguntó por primera vez si no habría cometido un grave error, así que buscó Donald Flory en Google, y en una web de noticias dio con una foto suya en una rueda de prensa reciente, estrechándole la mano a Yangmin Gao, un tipo con papada que resultaba ser el presidente de Zhejiang

Copper.

Zhejiang Copper era ahora propietaria del cuarenta y uno por ciento de Kernon Whitmire.

Ni siquiera era difícil de averiguar: estaba en la segunda página de resultados de Google. Antes de escribir a Flory, Fourpetal solo se había molestado en mirar la primera página. Por primera vez en la vida deseó ser lector de *The Economist*, en lugar de hacer creer a la gente que lo era.

Así que esa era la razón por la que no había venido nadie. Flory debió de llegar a la conclusión de que le sería más beneficioso avisar a sus amigos chinos de que un desaprensivo se proponía sabotear su acuerdo financiero con Lacebark que hacer un sórdido trato con ese desaprensivo. Y debió de pensar que Fourpetal era un cretino integral por escoger Kernon Whitmire, en vez de otra empresa rival que no tuviese vínculos con Zhejiang. Fourpetal aún estaba pensando en las consecuencias de todo esto cuando se quedó dormido con la ropa puesta.

Al día siguiente, en el tren a Londres desde Heathrow, llamó a la sede de Lacebark en Carolina del Norte y pidió que le pusieran con Jim Pankhead.

—¡Oh! Me temo que el señor Pankhead falleció la semana pasada —dijo la chica de centralita.

—¿Cómo?

—Al parecer sufrió una grave reacción alérgica a un analgésico que estaba tomando.

Fourpetal notó en ese momento cómo una gasa de miedo le cubría la nuca, pero enseguida pensó que era ridículo sentirse así.

—Entiendo. Gracias.

Vivía en Bermondsey, en un bloque de pisos recién construido donde los suelos y las paredes eran tan gruesos como la pasta filo; y, por lo menos dos veces a la semana, la vecina de abajo montaba unas fiestas que no le dejaban pegar ojo. Pero ella era joven, atractiva y soltera, así que, cada vez que le paraba para disculparse por la fiesta de la noche anterior —en el tono caluroso y jovial de quien no tiene la menor intención de dejar de hacer aquello por lo que se está disculpando—, él le decía que no se preocupara, que no tenía importancia.

Ese día, cuando entraba en el portal tirando de la maleta de ruedas, vio a la vecina saliendo del ascensor.

—¡Hola, Mark! ¿Podrías decirle a tu amigo que sentimos de verdad lo de anoche? Espero que no armásemos demasiado jaleo.

—No te entiendo.

—Invitamos a unas cuantas personas, y la cosa se salió un poco de madre para ser jueves, la verdad.

—Pero ¿a quién te refieres con «mi amigo»?

—Has tenido a un amigo en casa, ¿no? Oímos a alguien arriba, dando vueltas por el piso, y, como sabíamos que estabas de viaje, temimos que fuera un ladrón; pero

esta mañana aún no se había ido.

Fourpetal cogió la maleta y salió corriendo.

El cielo era de un azul purísimo, y había unas cuantas nubes que recordaban los garabatos que uno hace al probar la tinta de un bolígrafo. Al llegar al edificio en obras que había al final de la calle, se puso a vomitar la grasa caliente del beicon que había comido. Se paró jadeante, y empezó a pensar en lo que debía de haber ocurrido. Donald Flory se lo había contado a alguien que trabajaba en Zhejiang, y ese alguien se lo había contado a un tipo de Lacebark, que se había puesto a investigar el asunto. Fourpetal se había guardado mucho de revelar su nombre y hasta su nacionalidad a Flory; solo le había dicho en qué hotel se alojaba y el número de habitación. Pero, si Flory le había pasado esta información a Lacebark, habrían podido, sin duda, averiguar que se trataba de Fourpetal, porque la reserva la había hecho una secretaria de la empresa. Entonces habrían leído todos sus correos, incluso los que había tratado de borrar, y habrían encontrado el que lo había desencadenado todo.

Habían matado a Pankhead, y ahora le iban a matar a él.

Oyó detrás de él el crujido de un neumático que aplastaba una lata de refresco. Se dio la vuelta, y vio pararse a su lado una furgoneta blanca como de albañil. Enseguida se dio cuenta de que había algo raro, aunque no sabía exactamente qué. Hacía un rato había visto la misma furgoneta, u otra similar, aparcada enfrente de su casa; pero no fue solo eso lo que le inquietó.

De pronto se abrió la puerta lateral. En el interior había dos hombres vestidos de negro, y uno de ellos tenía en la mano lo que parecía una pistola de juguete: ¿no sería una de esas que administran descargas eléctricas? Fourpetal tiró la maleta y echó a correr. Cuando giraba hacia Crimscott Street, el vehículo arrancó, dispuesto a atraparlo sin esfuerzo.

Entonces los neumáticos chirriaron, y luego se oyó otro crujido, más fuerte que el primero. Un hombre negro con una mochila voló delante de la furgoneta, como un cuerpo arrojado al espacio exterior.

4.39 p.m.

—¡Conozco al tío ese! —dice Raf—. Se llama Morris.

Ya han dejado de tratar a Fourpetal como un prisionero, aunque Isaac le ha pedido a Hiromi que recurra a sus «técnicas de ninja» en el caso de que intente robar algo otra vez. Raf temió que el comentario la hubiese molestado, pero la chica respondió simulando, en plan de guasa, una llave de kárate.

—¿Así que conseguiste escapar? —pregunta Isaac.

—Bueno, no sé si el accidente con la bici hizo que los de Lacebark me perdieran la pista del todo —dice Fourpetal—; el caso es que seguí corriendo un buen rato sin mirar atrás, y cuando me di la vuelta ya no estaba la furgoneta. Como comprenderéis,

no podía volver a casa ni recuperar la maleta, pero tenía el pasaporte en el bolsillo, así que fui a un banco y saqué dos mil quinientas libras. Eso era lo máximo que podía sacar en efectivo, y no he vuelto a utilizar ninguna de mis cuentas. Luego me registré con identidad falsa en un hotel de mala muerte. Llevo casi dos semanas escondido.

—¿Por qué no te vas de Londres? —pregunta Isaac.

—No es tan fácil. Los de Lacebark me acabarán cogiendo. Para salir de esta tengo que hacer un trato con alguien. Cuando me puse en contacto con Kernon Whitmire, en realidad no tenía pruebas sólidas: ni documentos ni fotos ni nada concreto, solo ese e-mail. Dadas las circunstancias, lo más que podía conseguir de ellos era un trabajo y un paquete de acciones, ¿no? Un acuerdo razonable, siempre y cuando se fiasen de mí. Pero, ahora que me persigue Lacebark, ya no basta con eso. Tengo que encontrar una empresa que esté dispuesta a darme una nueva identidad, quizá hasta un rostro nuevo, porque si no estaré muerto antes del otoño, como Pankhead. Lo que no puedo hacer es desaparecer por mi cuenta; me faltan medios. Y ninguna empresa se va a tomar tantas molestias para protegerme si lo único que ofrezco es un e-mail y ni siquiera pueden comprobar lo que dice. No, necesito mucho más que eso para negociar. Algo muy gordo.

—¿Algo muy gordo? ¿Como qué? —pregunta Raf.

—Todavía no lo sé bien. Llevo tres semanas investigando este asunto y no he avanzado mucho que digamos. Es normal: os recuerdo que soy relaciones públicas. Lo único que he averiguado es que han desaparecido un montón de birmanos en el sur de Londres, ya os lo he contado. Sabemos por el e-mail que Bezant, el tío que lleva el servicio de seguridad de Lacebark, estaba en el maravilloso Sulaco de la empresa, y ahora está en Londres.

—Creía que Sulaco era la nave espacial de *Alien* —dice Isaac.

—También sabemos que se ocupa de algo diez veces más importante que el acuerdo con Zhejiang, suponiendo que tenga razón ese otro tío, Harenberg, y no Pankhead. Debe de ser por eso por lo que están desapareciendo los birmanos: Bezant está haciendo un trabajo para Lacebark aquí, en Londres. Si averiguo de qué se trata, y consigo pruebas sólidas esta vez, puedo contar lo que sé a una empresa rival de Lacebark que no sea Kernon Whitmire, claro, y entonces quizá salvaría el pellejo.

—¿Por qué no vas a la policía?

—¿Y qué les digo? ¿Que me persiguen unos tíos que trabajan para una empresa de las quinientas que salen en la lista de *Fortune*? ¿Que he visto una furgoneta que daba miedo? Además os podría preguntar lo mismo a vosotros. ¿Por qué no le contáis a la policía lo de vuestro amigo Theo?

—Theo preferiría que la policía no supiese nada de él.

—Nosotros también, la verdad —añade Isaac.

—Lo que sigo sin entender es por qué quisiste que quedáramos en el McDonald's y no en el Happy Fried Chicken —dice Raf.

—Lacebark tiene unos diecinueve mil millones de dólares de capitalización

bursátil —explica Fourpetal—; McDonald's, aproximadamente noventa y cuatro mil. Procuero entrar exclusivamente en los locales de las multinacionales con una capitalización bursátil mucho mayor, porque sé que Lacebark no les va a poder sobornar ni coaccionar para que entreguen las cintas de sus cámaras de vigilancia. O para que limpien después de un asesinato.

El mismo método, piensa Raf, que utilizaba él cuando iba al colegio y los chavales más fuertes trataban de quitarle el dinero en la calle: corría a refugiarse en un sitio de comida rápida, un establecimiento bien iluminado donde se quedaba hasta que los matones se cansaban de esperarle y se largaban.

—Y, antes de que empezase esta historia, ¿sabías que Lacebark era... así?

—¿Un nido de psicópatas, quieres decir? Bueno, había oído rumores sobre sus prácticas empresariales. Nada concluyente, solo rumores. Esas prácticas eran peores, al parecer, que las de la United Fruit Company en los viejos tiempos. Quizá te sorprenda lo cerca que llegué a estar de todo eso, trabajando como trabajaba en el departamento de comunicación. —Se recuesta en el sofá—. Supón que una organización ecologista saca un comunicado de prensa criticando a la empresa. Entonces tienes que responder con otro comunicado, evidentemente. Eso es relaciones públicas. Luego elaboras un dossier sobre esa organización para responder más rápido la próxima vez. Eso también es relaciones públicas. Luego mandas a alguien a unos cuantos actos públicos de la organización para poder ampliar el dossier. Eso también es relaciones públicas. Luego mandas a alguien a trabajar para la organización para que pueda entrar en los actos privados. Eso también es relaciones públicas. Luego encargas a alguien que se infiltre en la cúpula de la organización. Eso también es relaciones públicas; pero ahora ese alguien puede ser un antiguo miembro de los servicios secretos del Estado que ficha la mayor parte del día en el departamento de seguridad de la empresa. Si me sonaba el nombre Donald Flory, de Kernon Whitmire, era porque hacía poco habíamos mandado infiltrarse en Greenpeace a una chica que antes había pasado seis meses siguiendo a Flory, seguramente en una de esas furgonetas blancas, o en un vehículo parecido que no llamase la atención, depende de donde viviera el tipo. De todos modos, si alguien me hubiese dicho que estaban secuestrando gente, asesinándola... en Birmania, quizá; pero jamás les habría creído capaces de hacerlo en Londres ni en Estados Unidos, donde está la sede.

—Entonces ¿te habría parecido aceptable en Birmania? —pregunta Raf.

—Yo no he dicho eso —responde Fourpetal, que no parece, sin embargo, demasiado molesto—. Empiezo a temer que me hayáis entendido mal. Lo tremendo del correo de Pankhead no es que unos tíos de Lacebark hayan cogido a las mujeres de unos mineros que quieren crear un sindicato y les hayan molido a golpes en la jungla, sino que la empresa es insolvente y han intentado ocultarlo. Esto sí que es grave; lo otro es un simple problema de relaciones públicas.

5.22 p.m.

Al entrar en el restaurante, Raf observa que los gatos Maneki Neko están apagados, y, por alguna razón, su inmovilidad se le hace extraña. El mismo camarero de la última vez sale de detrás del mostrador levantando el dedo índice.

—¿Una persona?

—No, solo quería... Anteayer estuve aquí con Cherish, ¿se acuerda?

El tipo asiente con la cabeza.

—Me ha dejado esta nota. Me parece que es importante, pero la mayor parte está en birmano. He pensado que quizá me la podría usted traducir.

Raf se siente ridículo (si compraras un DVD manga sin subtítulos, sería un disparate entrar en el restaurante japonés más cercano y pedirle a un camarero que te ayudara a desentrañar el argumento), pero ni a Isaac ni a Fourpetal se les ocurría en qué otro sitio encontrar alguien que hablase el idioma.

El camarero echa un vistazo a la nota y sonríe.

—Esto no lo ha escrito Cherish, sino Ko.

—¿Quién es Ko?

—El cocinero.

Entonces grita algo en birmano, y un tipo sale de la cocina. Los dos intercambian unas palabras, miran a Raf y se ríen.

—¿Quieres saber lo que dice aquí? —pregunta el cocinero, que tiene las cejas pobladas y una cicatriz alargada en la mejilla. Detrás de él, en la pared, hay dos calendarios que aún tienen la hoja de enero.

—Sí.

Ko coge la nota y empieza a leer.

—Tres cebollas. Cuatro ajos. Dos cucharadas de jengibre. Dos cucharadas de comino. Una cucharada de cilantro...

Raf recuerda haberle comentado a Cherish lo mucho que le gustaría hacer una salsa de curry como la que estaban tomando.

—Entonces ¿no es más que una receta?

A Ko le molesta su tono de decepción.

—Sí, ¡pero es la mejor que hay!

Raf vacila un instante.

—Escuchen, creo que le ha pasado algo malo a Cherish —explica—. ¿No han vuelto a saber de ella desde el miércoles?

Los dos dicen que no con la cabeza.

—¿Así que eres amigo de Cherish? —pregunta Ko.

—Sí.

—¿Quieres comprar *glow*?

Antes de que Raf pueda contestar, el camarero le lanza un bufido a Ko. Entonces se hace un silencio incómodo, que acaba rompiendo con gran acierto, y para sorpresa

de Raf, una de esas sintonías de Myth FM que los discjockeys meten de relleno una y otra vez, como una especie de tos nerviosa, mientras tratan de recordar qué anuncio hay que poner a continuación. Luego se oye un tema pop. Raf llega a la conclusión de que debe de ser el nuevo programa de Dickson, que suena en la radio de la cocina: ese que está dirigido a cierta comunidad.

—¿Están escuchando Myth? —pregunta.

—Sí, un programa birmano —responde el camarero.

—¿Sabes algo de los tipos que lo presentan?

—Son unos hijos de puta —dice con vehemencia Ko.

—Entonces ¿por qué lo escucha?

Ko se encoge de hombros.

—¿Quién más hay que ponga música birmana de verdad?

Al volver a casa de Isaac, Raf se encuentra a él y a Fourpetal sentados juntos en el sofá. Delante de ellos, sobre la mesa, está el portátil abierto.

—¿Algo nuevo? —pregunta Fourpetal.

—No. Menos mal que no te llevaste la nota; luego te habrías sentido como un gilipollas. ¿Qué estáis viendo?

—Mira esto —dice Isaac.

Es un vídeo de la feria que las Fuerzas de Operaciones Especiales organizaron en 2009 en Jordania. Dice en la página de YouTube que estaba prohibido grabar las presentaciones, pero un activista de la Organización contra el Tráfico de Armas que se hacía pasar por periodista de economía consiguió colar una cámara oculta en la sala. Uno de los que hablan es Brent Hitchner, presidente de una empresa estadounidense que se llama ImPressure*. El tipo aparenta veinticuatro años como mucho y lleva un traje gris que le está algo grande y, debajo, un polo verde.

Al comienzo de la presentación se proyecta una serie de vídeos en la pantalla que hay detrás de Hitchner. Primero sale un periodista británico hablando en la CNN: «Fuentes de la 82.^a División Aerotransportada me han contado que Faluya se consideró durante mucho tiempo una ciudad proamericana, y sus habitantes no empezaron a rebelarse de veras contra la ocupación hasta que un influyente clérigo local, Abdullah al-Janabi, les incitó a protestar frente a esta escuela primaria». A continuación, imágenes temblorosas de un grupo de iraquíes con fusiles Kalashnikov lanzando disparos al aire, y la voz en *off* de una periodista: «Los cuerpos de los cuatro contratistas de Blackwater^[12] fueron desmembrados, arrastrados por las calles de Faluya y colgados de un puente». Un oficial del ejército estadounidense entrevistado por otro periodista: «Aquí, la opinión pública... eh... bueno, se ha llegado a un punto de inflexión».

Luego aparece en la pantalla una joven de unos veintidós años que está sentada en una habitación blanca sin muebles, mirando de frente a la cámara. La tienen presa y la están interrogando, piensa Raf, hasta que se oye a alguien detrás de la cámara decir:

—¿Cada cuánto bebes vodka Suspiria?

—Nunca bebo Suspiria.

—Cuando te entrevistamos hace seis meses, nos dijiste que lo tomabas cada vez que salías.

—Bueno, sí... pero ya no tomo. Prefiero Ketel One.

—¿Recuerdas por qué dejaste de beberlo?

—No, la verdad es que no.

—¿Te acuerdas de la última vez que lo pediste?

—Bueno... creo que estábamos en Slate. Pedí un Suspiria con tónica, y entonces Ellie se puso a hablar del tío ese que sale en todos los anuncios... el que lleva una especie de sombrero, ¿sabes? Dijo que era gilipollas, y yo... eh... bueno, sí, me reí, porque es un poco gilipollas, la verdad, así que...

—¿Qué bebe Ellie?

—Eh... no lo sé.

—¿Bebe Ketel One?

—Eh... bueno, quizá.

Entonces hay un corte en el vídeo, y se ve parpadear el logotipo de ImPressure*.

—Ellie es lo que llamamos en ImPressure* un elemento perturbador —explica Hitchner, quien se pone a jugar con el micrófono que tiene en la solapa mientras observa al público: parece muy nervioso y a la vez muy pagado de sí mismo—. Hemos sido la primera empresa en investigar a fondo los elementos perturbadores, y hemos concluido que alguien como Ellie puede neutralizar una inversión de unos tres mil dólares en marketing, como promedio. Y eso es solo lo que puede hacer *offline*. ¡Imaginaos que la muy zorra tuviese además un blog! A los de Suspiria, por supuesto, les encantaría deshacerse de ella, pero eso es imposible. Lo que sí pueden hacer, quizá, es gastarse dos mil dólares en una operación de marketing dirigida específicamente a Ellie, hasta conseguir que cambie de idea... y así obtendrían una ganancia neta de mil dólares, ¿no? Un procedimiento aún mejor sería encontrar a dos amigos de Ellie, llamémosles Frannie y Georgie, y Suspiria no tendría que gastarse más de quinientos dólares en cada uno; si Frannie y Georgie cambiasen de idea, habría un ochenta y cinco por ciento de posibilidades de que Ellie lo hiciese también: la ganancia neta sería de mil setecientos. Ahora bien, antes que nada es necesario identificar a Ellie, y también a Frannie y Georgie, y comprender las relaciones entre ellos. Todo esto tiene que estar automatizado, porque es imposible ocuparse individualmente de cada elemento perturbador. Aquí es donde entra ImPressure*. Ya hay un montón de empresas que se dedican al marketing en las redes sociales, pero el problema está en que toman la estructura misma de las redes como un dato, una realidad inalterable. Lo cual es un error. Para neutralizar los elementos perturbadores no basta con mirar en Facebook. Nosotros, en cambio, cartografiamos las redes, tanto *online* como *offline*, aplicando algoritmos extraordinariamente precisos y diagramas de flujo, y luego decidimos cómo atacar los puntos débiles. Es como la técnica de los

puntos de presión que se utiliza en las artes marciales: de ahí viene el nombre de nuestra empresa. En el proyecto piloto que llevamos a cabo para Suspiria, llegamos a instalar cámaras en cinco discotecas de Los Ángeles y, mediante el sistema de reconocimiento facial de ImPressure*, cruzamos las imágenes obtenidas, es decir, las caras de los que bebían, con las fotos que se habían hecho en fiestas y habían colgado en internet. En una sola noche reunimos más metadatos sobre vectores de influencia locales de los que una empresa de investigación de mercados convencional es capaz de obtener en un año. Hace dos años, cuando fundamos ImPressure*, creíamos que íbamos a dedicarnos principalmente a vender alcohol, y no nos parecía mal. Pero luego nos dimos cuenta de que eso que la gente de marketing llama *mind share* no es muy distinto de lo que vosotros llamáis *hearts and minds*: hacer más popular una marca es como ganarse el corazón y la mente de la población en una guerra. Abdullah al-Janabi viene a ser un elemento perturbador, como Ellie. Por primera vez en la historia, la mayor parte de la población mundial vive en ciudades; además, todos los malos han visto ya imágenes de la Guerra del Golfo: saben lo que es una bomba inteligente, saben que no pueden ganar por medios convencionales, en campos de batalla definidos. Hoy en día las guerras se libran en los núcleos urbanos, donde las redes sociales son mucho más complejas que en los desiertos y las junglas. Lo que quiero decir es que las unidades encargadas de las operaciones de guerra psicológica hacen el mismo trabajo que muchos departamentos de marketing. Pero sus métodos apenas han progresado desde la Segunda Guerra Mundial. Nuestros inversores nos dijeron que al Pentágono no le iba a interesar nuestra tecnología; el sector privado siempre ha sido mucho más receptivo a las ideas nuevas. Os voy a contar un caso ilustrativo. Nuestro primer cliente (no puedo dar nombres, evidentemente) estaba a cargo de la seguridad de una multinacional europea en una zona rica en recursos naturales, y le preocupaba la volubilidad de los habitantes de una ciudad próxima. Así que, a partir de los datos que el cliente tenía sobre la ciudad, dibujamos un mapa de influencias, y concluimos que casi el setenta por ciento de los elementos perturbadores en potencia escuchaban cierta emisora de radio local. Entonces el cliente la compró discretamente, y fue cambiando poco a poco la línea informativa. Pero no solo eso. También le informamos de que cinco elementos perturbadores en potencia eran especialmente peligrosos, y no se iban a dejar influir por una operación de marketing específica. Entre ellos había un ciego que nunca salía de su choza, pero tenía un enorme ascendiente en la ciudad. El caso es que el cliente hizo lo necesario para impedir que esos cinco elementos siguieran dañando la imagen de la multinacional. ImPressure* le facilitó la tarea desde su sede, en San Francisco. La ciudad ya no ha vuelto a causarle problemas a la empresa, y el cliente no solo nos ha renovado el contrato, sino que ha solicitado nuestros servicios en cuatro sitios más. Eso es...

Fourpetal para el vídeo, dejando a Hitchner con la boca abierta y los ojos cerrados.

—El cliente del que habla es una empresa militar privada australiana que se llama Cantabrian y que colaboraba con una petrolera francesa en el delta del Níger. De eso seguramente estaban al tanto todos los que le escuchaban. Sabemos por el fatídico e-mail que Bezant dirigía Cantabrian hasta que le fichó Lacebark. Y la empresa firmó el megacontrato con ImPressure* siendo él presidente. Si al fulano ese le gusta tanto lo que hace ImPressure*, es muy probable que haya animado a Lacebark a contratarles. O por lo menos habrá tenido muy en cuenta las medidas que aconsejaron a Cantabrian tomar en África.

—¿Crees que Lacebark ha comprado Myth FM? —pregunta Raf.

—Seguramente trataron de convencer a Theo, y Theo dijo que no, y ellos temieron que fuera por ahí hablando de Lacebark —conjetura Isaac—. Por eso le secuestraron.

—Jooder.

—Ahora es Dickson quien dirige la emisora, y el tío es capaz de cualquier cosa por un poco de pasta. Theo creó Myth de la nada. Yo llevo cinco años pinchando allí, y no me cabe en la cabeza que hagan eso.

La radio, piensa Raf, le permite a uno controlar, como los caballeros de la Orden de Malta, más metros cuadrados en embajadas que en territorio soberano.

—Esos discjockeys nuevos que hacen el programa para birmanos...

—En la Segunda Guerra Mundial, el Political Warfare Executive^[13] creó una emisora de jazz en alemán —dice Fourpetal—. Los alemanes sabían que todo era pura propaganda, pero les gustaban tanto los programas que no podían evitar escucharla.

—Lacebark trata de infiltrarse poco a poco en la comunidad birmana de Londres.

—Y aún no sabemos por qué.

—Igual todo tiene que ver con Cherish. Nació en Gandayaw, y su padre era directivo de Lacebark.

—¿Qué te hace suponer que tu novia sea la única inmigrante birmana en Londres que tiene algún vínculo con Lacebark? Y, en todo caso, ¿por qué iba a ser diez veces más importante que el acuerdo con Zhejiang?

—¡Para Raf es diez veces más importante! —tercia Isaac, en una muestra de lealtad.

—Ya, bueno.

Después de marcharse Fourpetal, Isaac abre dos latas de cerveza.

—La encontraremos —le dice a Raf—. Seguro que sí. Y a Theo también.

—Estoy muy preocupado; puede que ya les hayan hecho daño.

—¿Quieres un poco de DMBDB? Te hará sentirte mejor.

—¿Qué es DMB...?

—DMBDB, una nueva droga disociativa. Barky me pasó un gramo ayer. Por lo visto es suave... Hasta ahora no ha tenido éxito ninguna droga con una abreviatura de cinco letras, ¿verdad? Al nombre le va a hacer falta una operación de cirugía.

—Isaac, en serio, ¿cómo os enteráis Barky y tú de que existen todas estas cosas?

—Mirando en Lotophage, casi siempre.

—¿Y qué es eso?

—Pensaba que ya te habrías hecho miembro.

Isaac le pasa el portátil, Raf empieza a mirar, y, cuando se da cuenta, ya ha pasado más de una hora. Lotophage es un foro en el que una serie de toxicómanos extraordinariamente tenaces e intrépidos comparan sus respectivas experiencias e intercambian consejos. Está todo en inglés, pero el sitio web se halla registrado en Rusia y alojado en un servidor de Holanda. En casi todos los mensajes aparecen los acrónimos UADUA y AQNSY: Raf se pregunta si no serán drogas, pero luego cae en la cuenta de que corresponden a las frases «un amigo de un amigo» y «alguien que no soy yo»: los harapos legales que uno tiene que ponerse para contar su experiencia como consumidor de sustancias ilícitas.

Esa gente sí que entiende de química. En un *post* se asevera, por ejemplo, que la DMBDB no es tan buena como la MDPV «porque, a diferencia de lo que ocurre con la dietilcatinona, el anillo heterocíclico no permite metabolizar la amina terciaria, dando lugar a una amina secundaria». En otro, a propósito de la acetilación de los opioides, se explica que «añadir acetato de cinamila al grupo 14-hidroxilo en la oxicodona puede aumentar la potencia [...] al incorporarse nuevos grupos funcionales de enlace; el acetato de 14-cinamila en la oxicodona puede elevar la potencia a un nivel más de cincuenta veces superior al de la morfina». Raf e Isaac saben unas cuantas cosas sobre la glándula pituitaria, pero no han llegado a estudiar tan a fondo la materia. Si alguna vez se inventa un método poco costoso para sintetizar MDMA pura que no requiera aceite de sasafrás como precursor, será en Lotophage donde den la noticia.

Leyendo los mensajes del foro, se acuerda de cuando oye a los técnicos de Myth FM (entre ellos un amigo de Theo que antes trabajaba de operador de comunicaciones en el Cuerpo Real de Ingenieros de Transmisiones, del que le despidieron por hurto) hablar de los diagramas de radiación, las varillas de los condensadores y la impedancia del punto de alimentación: aparatos y conceptos que deben de resultarle tediosamente familiares a cualquiera que tenga un *A level* en ciencias, pero que Raf tiene la impresión de que se han inventado hace nada, incorporándose a un conocimiento esotérico y de índole práctica, sin la costra académica o erudita que recubre otros saberes. Aunque existen subforos dedicados a la salvia, la ayahuasca y el opio, la discusión más viva gira en torno a los nuevos compuestos sintéticos importados de China. Los usuarios de Lotophage saben, como los naturalistas medievales, que todo lo que estudian se ha creado para algo, pero el fundamento último de ese conocimiento es tan recóndito y misterioso que apenas pueden vislumbrarlo.

Sin embargo, en el corazón de todo, Raf percibe un vacío: esa gente no parece sentir placer. Por eso Lotophage le hace acordarse también de cuando tenía dieciséis

años y hablaba de sexo con sus compañeros de colegio. Si los hombres practican el sexo es en gran parte porque gozan sintiendo cómo el pene se ve estimulado hasta la eyaculación: esta es una realidad innegable para Raf, pero en el colegio todos se esforzaban por ocultarla. Se podía hablar, por ejemplo, de «una buena mamada», pero, si alguien hubiese cometido la imprudencia de hablar de «un buen orgasmo», seguramente se habrían pasado varias semanas llamándole maricón. Aprender el goce físico en sí mismo se consideraba, quién sabe por qué, una ñoñez, un signo de afeminamiento. Era absurdo pensar así, pues lo cierto es que el cerebro de un mamífero, en especial el de un humano adolescente, tiene por objetivo primordial buscar situaciones que le permitan liberar los neurotransmisores asociados al placer. Los usuarios de Lotophage tienen la misma mentalidad: les obsesionan los medios, nunca los fines. ¿Por qué diablos toman drogas? ¿Por qué se gastan el dinero e infringen las leyes? Presumiblemente, porque quieren gozar. Y, sin embargo, nadie lo diría leyendo los mensajes que cuelgan en el foro: el placer siempre lo esconden detrás de términos como «potencia» y «dosis recreativa», como si se avergonzaran de sentirlo. Por el contrario, si Raf e Isaac desmenuzan el placer con la neuroquímica no es porque quieran destruirlo, sino porque aspiran a penetrar su esencia luminosa.

Día 8

4.56 p.m.

Si uno, en vez de pinchar un teléfono, se limita a sintonizar la emisora de radio donde trabajan los tipos que quiere vigilar, ¿se le puede llamar a eso espionaje? Raf se hace esta pregunta en el coche de Isaac, mientras escucha el final del programa de los discjockeys birmanos. A su lado, en el asiento del conductor, no está Isaac, sino Fourpetal, y el coche se encuentra aparcado al lado del parque infantil que hay enfrente del bloque de viviendas de protección oficial donde se esconde el estudio de Myth FM. A las 17.09 —según el reloj de la radio del coche—, los dos birmanos salen del edificio, y Fourpetal pone el motor en marcha, dispuesto a seguirlos.

—Creo que van a ir andando —dice Raf.

—¿Y qué?

—No les podemos seguir en coche, conduciendo despacio. Va a parecer que queremos cogerlos para una movida sexual.

—Si salimos del coche y ellos se suben a uno, les perderemos enseguida.

—En ese caso podríamos volver a intentarlo mañana. El programa lo hacen cinco veces a la semana.

Aunque les sigan a pie, tienen que hacerlo a mucha distancia para no llamar la atención. Raf no ha seguido nunca a nadie, así que no sabe ningún truco; por otro lado, está en su barrio, lo que debería ser una ventaja —la misma de la que disfrutaban los guerrilleros—, y sin embargo comprueba, para su disgusto, que no le sirve de nada conocer bien el terreno. (A un zorro, en cambio, esto se le daría estupendamente). En la calle, pasada una iglesia, hay una intersección en cruz, una isleta, un semáforo, una banda reductora de velocidad y un carril de autobuses: todas estas cosas están apelotonadas, como si el ayuntamiento hubiese tenido que deshacerse de un montón de infraestructura sobrante en una noche y a toda prisa. Al llegar allí, los discjockeys birmanos se meten entre dos casas bajas semiadosadas, y enfilan un sendero en el que Raf, aun habiendo paseado mucho por el barrio con Rose, no se ha fijado nunca.

Fourpetal y él se arriesgan demasiado: no tienen ningún pretexto para tomar ese camino, así que, si les ven, los birmanos se percatarán enseguida de que les están siguiendo. Pero no retroceden. El sendero desciende suavemente, flanqueado por árboles y matorrales. Se oye el continuo ladrido de un perro, y sin embargo este ruido no parece tener un origen material: se diría inseparable del aire, como un arco iris. A Raf le parece estar en el campo, una sensación que se ve avivada cuando llegan a un extenso terreno con maleza crecida y zarzas en flor. Cuesta creer que se encuentren tan cerca de una calle concurrida del sur de Londres. Detrás de los árboles, sin embargo, se divisan tres canchas de fútbol y, más allá, un cobertizo, una antena de

telefonía móvil y una hilera de casas con escamas de hiedra mustia en el muro trasero. Las canchas deben de ser de un colegio; quizá el gerente se equivocó dibujando el plano del terreno, de modo que el parque solo se cuida hasta un límite establecido arbitrariamente, y el resto no es responsabilidad de nadie: de ahí toda esa vegetación salvaje. A los pies de Raf hay unos cuantos envoltorios de chocolatinas que dan la impresión de saber que no son biodegradables, y sin embargo se esfuerzan por encajar en el paisaje. Entonces cae en la cuenta de que hace demasiado rato que ha perdido de vista a los discjockeys birmanos.

—¿Dónde están? —pregunta.

—Deben de haberse metido por allí —dice Fourpetal, señalando la maleza.

Seguir por ese sendero sería arriesgarse aún más, porque Raf y Fourpetal andan perdidos, y quién sabe si los birmanos no estarán a pocos metros de distancia. En todo caso, ya es demasiado tarde para volver atrás. Los dos caminan con cautela, aunque a Raf los espinos del camino no paran de rozarle los vaqueros. Al cabo de un rato se encuentran con una valla metálica alta y cubierta de enredaderas. Detrás hay una pista de tenis abandonada.

Ha desaparecido la red, pero quedan unas líneas blancas desvaídas, y entre ellas, en las juntas y las grietas del pavimento, crece la maleza. También está la silla del árbitro, roída por el óxido y con botellas rotas y trozos de madera quemada desperdigados a su alrededor, como ofrendas depositadas al pie de un trono. En el otro extremo de la pista, los arbustos han derribado la valla en varias partes, dejando en pie los postes de acero. Hay manchas en el suelo, casi todas negras, pero en un rincón hay, inexplicablemente, una morada. El ladrido del perro no se oye ni más cerca ni más lejos que antes. El recinto tiene un aire fúnebre, postapocalíptico, que sirve de *memento mori* a esos campos de fútbol tan orgullosos: un recordatorio del destino que también a ellos aguarda. Raf ya estaría pensando en montar allí una fiesta de cumpleaños si no fuera porque ha visto a cuatro personas en medio de la pista.

Los dos discjockeys birmanos, un tipo calvo con una bolsa de deporte... y Cherish.

Raf y Fourpetal se agachan.

—Joder, ¡es ella! —susurra Raf—. ¡Es Cherish!

Quiere llevarle un ramo de flores. Quiere llevarle un mercado entero de flores.

—No está nada mal, la chica —dictamina Fourpetal.

Raf cae en la cuenta de que Fourpetal y él se equivocaban por completo en su teoría sobre Dickson y el programa «para la comunidad»: es obvio que esas cuatro personas luchan juntas contra Lacebark, aunque aún no sabe cómo, y está demasiado lejos para oír lo que dicen. Va a llamar a gritos a Cherish, pero en ese instante añade Fourpetal:

—Así que solo os habéis visto dos veces, ¿no?

—¿Por qué?

—Lo pregunto porque, si ella y yo...

—¿Qué?

—¿Te molestaría?

—¿Quieres decir que si me importaría que te la tirases?

—Es una pregunta, nada más.

—¿Y cuándo ibas a poder tirártela?

—Si se diese el caso, solo digo eso.

A Raf no le da tiempo a responder, porque en ese momento ve a Cherish sacar dos sobres de su bolso y entregárselos a los birmanos. De niño se le hacía muy raro oír a su padre hablar con alguien por teléfono de asuntos profesionales, y ahora ocurre lo mismo: la actitud de Cherish no se parece nada a la de la chica con la que se enrolló. No es que se considere experto en interpretar el lenguaje corporal, pero, cuando Fourpetal le pregunta si cree que se trata de un negocio de drogas, Raf dice que no con la cabeza: conoce bien los gestos que hacen los traficantes y los clientes al encontrarse, y no son los que observa ahora. Tiene más bien la impresión de que Cherish les está dando una paga, un estipendio como el que él cobra por pasear a Rose. ¿Qué está pasando aquí? Hay algo inquietante en esta escena, pero aún no ha descubierto lo que es. De pronto, sin saber bien por qué, se acuerda de lo que vio el miércoles por la tarde. Cherish, con un pie en el asfalto mojado y el otro en la parte trasera de la furgoneta blanca. Esos dos soldados, poniéndole encima sus manos enguantadas.

Entonces lo comprende de repente. No la estaban metiendo en la furgoneta a la fuerza. La estaban ayudando a subirse.

Para digerir con calma la idea de que Cherish tal vez trabaje para Lacey, Raf necesita tener una conversación imaginaria con Isaac.

Si ahora te parece tan claro, diría Isaac, ¿cómo es que no te diste cuenta en ese momento?

Porque después de hablar con Fourpetal tenía miedo de las furgonetas blancas, diría Raf. Pero ¿por qué la estaban ayudando a subirse?

¿Caballerosidad, quizá?

No. Esos tíos tenían prisa.

Volviste a casa para coger el paraguas y ellos no querían que les vieses.

Pero iban demasiado despacio. Cherish se dio cuenta de que yo podía interpretar lo que había visto de varias maneras, y aprovechó esa ambigüedad. Cuando la «rescaté», hizo muy bien el paripé.

Así que no la secuestraron cuando estaba contigo en la cama.

Pero, en ese caso, ¿por qué insistió Rose en que había entrado un extraño en casa? Tuvo que entrar esa noche, ¿cuándo si no?

Cuando estabais en el restaurante. Fue ella la que propuso cenar fuera, ¿no?

¡Joder, es verdad! ¡No nos fuimos hasta que a ella le llegó el SMS!

Y así les dio a los tíos de Lacey el tiempo suficiente para entrar en tu casa, como antes en la de Fourpetal, y hacer lo que tuviesen que hacer.

¿Así que Lacebark me estaba investigando, y Cherish le facilitó la tarea desde el principio?

Bueno, ¿qué otra posibilidad hay? ¿No te parece mucha casualidad volver a encontrarte a esta piba justo al lado de tu casa cuatro días después de la *rave* en la lavandería?

Sí, tienes razón. Pero el caso es que, antes de decirle nada, ya quería casarme con Cherish. ¿No te parece también mucha casualidad que quien estaba ayudando a Lacebark a investigarme fuese precisamente esa chica tan guapa de la que me enamoré como un tonto nada más verla?

En toda tu vida, ¿de cuántas tías que has visto en *raves* te has enamorado como un tonto enseguida?

No lo sé, diría Raf.

¿Tirando por lo bajo?

Entre diez mil y quince mil. Habrían sido más si no fuera por la sequía de MDMA.

Entonces, por pura estadística, al menos una de ellas tenía que ser agente encubierta de una empresa minera americana.

Vale, pero sigo sin entender por qué iba Lacebark a querer investigarme. Yo no soy nadie para ellos.

Estábamos intentando averiguar lo que le había pasado a Theo.

Pero aún no sabíamos nada. Ni siquiera lo estábamos intentando en serio; no éramos una amenaza para ellos. Mira, esto no tiene sentido. Además yo estaba convencido de que le gustaba a Cherish...

La conversación imaginaria no da más de sí. Raf está tan triste como la pista de tenis. En cualquier caso, parece que las cuatro personas ya se están separando.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Fourpetal.

—Seguir a Cherish —propone Raf.

El problema es que parece enfilarse hacia las canchas de fútbol; si luego toma un atajo yendo en diagonal, más o menos en dirección a la antena de telefonía móvil, no podrán seguirla sin ser vistos. También cabe la posibilidad de recorrer a toda prisa el perímetro del parque, es decir, los dos catetos del triángulo en vez de la hipotenusa; así sería más difícil que les descubrieran, pero seguramente habrían perdido a Cherish al llegar al otro extremo.

Los discjockeys birmanos se están fumando un peta, y el tipo de la bolsa de deporte se ha acercado a Raf y Fourpetal lo suficiente para que le vean la cara. Fourpetal da un respingo.

—¡Dios! No puede ser.

—No hables tan alto —dice Raf—. ¿Qué pasa?

El tipo de la bolsa de deporte va a tomar el mismo sendero que ellos han recorrido antes, el que une la pista de tenis con la calle: como no se den prisa, les va a pillar.

—¡Es él!

—¿Quién?

Una libélula pasa a su lado.

—A ese tío le he visto la polla —explica Fourpetal.

—Tenemos que largarnos ya —dice Raf.

Agachados, atraviesan la maleza, y luego echan a correr nada más llegar al camino que hay entre los árboles. Ya es imposible volver atrás para seguir a Cherish. Al final del sendero, se ponen a buscar un escondrijo: cruzan la calle y se sientan, jadeantes, detrás del muro del cementerio. Por fin se lo puede preguntar:

—¿Que le has visto la polla? ¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. No le conozco bien, pero se la he visto. Cuando llevaba unos meses trabajando en Lacedark, mucho antes del follón de los correos, montaron una fiesta de Navidad para los empleados en un restaurante de Holborn. Luego nos fuimos unos cuantos a un puticlub. El caso es que el tío ese estaba tan borracho que de repente salió dando tumbos de una de las habitaciones, y no llevaba pantalones. Como no era colega mío en el departamento de comunicación, no le conocí hasta esa noche.

—¿Tiene algo que ver con el servicio de seguridad de Lacedark?

—Si trabaja en seguridad, me mintió ese día. No recuerdo exactamente lo que dijo que hacía, pero sí que me sonó anodino. Algo relacionado con el litio, no lo sé. Me parece que habló de Pakistán, no de Birmania.

En ese instante, el tipo al que Fourpetal ha visto la verga sale de entre las casas y tuerce a la izquierda, enfilando la cuesta que lleva a Herne Hill. Raf y Fourpetal le siguen, como antes a los birmanos, mientras el primero le va contando al segundo lo que ahora sabe de Cherish.

—Me parece muy conmovedor que hayas tardado tanto en darte cuenta de que no se puede uno fiar nunca de las mujeres —dice Fourpetal una vez que ha terminado.

Raf se acuerda de su exnovia y del discjockey brasileño experto en *techno*.

—Lo que pasa es que he tenido mala suerte últimamente, nada más.

Al cabo de un cuarto de hora llegan a una tienda de materiales de construcción. En la parte delantera, un patio enorme lleno de palés de ladrillos envueltos en tela de plástico, y que a Raf le hacen pensar en montones de bíceps. Detrás del patio y de una valla de acero hay un almacén casi idéntico a aquel otro que Isaac le enseñó a Raf el fin de semana pasado. Allí entra el tipo al que están siguiendo, y justo en ese momento se acuerda Raf de la mancha de sangre que vio en el suelo.

—Ese almacén debe de ser de Lacedark —dice mientras esperan medio escondidos detrás de una marquesina de autobús—. Igual los tienen repartidos por todo Londres. ¿Qué coño estarán haciendo allí dentro?

Una anciana pasa a su lado en una silla de ruedas motorizada, con un perro maltés entre las rodillas y una banderita británica ondeando detrás. Raf y Fourpetal procuran que su conducta no parezca sospechosa. Detrás de ellos hay una tienda vacía con un letrero en el cristal que dice se prohíbe fijar, solo esas tres palabras, como si el dueño,

al escribirlo, se hubiese dado cuenta de que no servía de nada.

—¿Esperamos a ver quién entra y quién sale? —pregunta Fourpetal.

—Quiero verlo más de cerca —dice Raf.

—¿Te has olvidado de que me están buscando? Yo no pienso entrar allí.

—Venga, hombre, tampoco tenemos que entrar.

Raf pasa por delante de la tienda de materiales de construcción y se dirige al almacén. Fourpetal le sigue de mala gana. El primero está listo para dar media vuelta y salir corriendo, pero en ese instante ve, perplejo, una docena de bicicletas atadas con candado a una barra que bordea el muro. Le desconcierta aún más descubrir que la puerta por la que ha entrado el tipo es de cristal y está cubierta de pegatinas.

Fourpetal se echa a reír.

—Ya veo. Esto es peor que lo de la receta de curry.

—¿Qué quieres decir?

Fourpetal se acerca a grandes zancadas y abre la puerta. Lo que ven no es una prisión clandestina, ni un barracón, ni un depósito de armas. El edificio no tiene nada que ver con Lacebark. Es un gimnasio para escaladores.

Hay varias paredes de fibra de vidrio que imitan montañas, con asideros de colores sujetos con tornillos. Se oye música *jungle* de mediados de los noventa, procedente de un equipo de sonido PA bastante cutre; y el olor a tiza es tan fuerte que a Raf le recuerda al del hielo seco de las discotecas. Los escaladores se parecen a los mensajeros que estaban con Morris en el pub: montones de rastas, ampollas en la piel, calzado especial, y una pertinaz fascinación por los lugares accidentados y hostiles creados por el hombre.

Los dos echan un vistazo alrededor, buscando al antiguo colega de Fourpetal, y no lo ven en ninguna de las paredes. En ese momento, sin embargo, el tipo sale de detrás de una hilera de taquillas y se dirige a las colchonetas. Lleva una camiseta y unos pantalones de correr cortos, pero aun así no parece encajar del todo en el ambiente. Ya ha empezado a calentar, moviendo los dedos y chasqueando los nudillos en un complicado ejercicio que recuerda a un hechizo de nigromante. De pronto se detiene al ver a Fourpetal, quien se acerca a darle la mano. Pero el tipo está petrificado, así que Fourpetal le coge la mano y se la aprieta como si fuese un picaporte roto.

—Soy Mark Fourpetal. Antes trabajaba en Lacebark. Nos conocimos en una fiesta de Navidad el año pasado. Vaya casualidad, ¿no?

Está claro, por la expresión de la cara, que el tipo sabe perfectamente quién es.

—No puedo hablar contigo.

—¿Por qué no? ¿Es que tienes órdenes de secuestrarme si me ves?

El tipo mira nervioso a su alrededor, como si unos mercenarios de Lacebark pudiesen llegar de un momento a otro, bajando por un peñasco artificial.

—No puedo hablar contigo.

—Bueno, Martin... Te llamas Martin, ¿no?

—Sí.

—No tienes que hablar con nosotros, Martin. Si quieres nos vamos, y luego decides si llamar o no a tu jefe para contarle que nos has visto aquí; pero no creo que lo hagas, porque te costaría mucho explicar nuestro encuentro, aunque no sea culpa tuya. En cualquier caso nos largaremos mucho antes de que venga una de vuestras furgonetas blancas. Puede que nos acaben cogiendo, no lo descarto. Aun así, y teniendo en cuenta que te salvé la vida una vez, creo que un código moral mínimamente razonable diría que estás obligado a ayudarnos contestando unas cuantas preguntas inocuas.

—¿Cómo que me salvaste la vida?

—Aquella noche, en el puticlub de Holborn. El gorila se enteró de lo que le habías forzado a hacer a la chica letona, y sacó un cuchillo. No, Martin, no digo que te habría matado con seguridad, pero, si yo no le hubiese tranquilizado, habrías acabado en el hospital hecho un poema y con muchas explicaciones que dar. —Martin le escucha boquiabierto—. Joder, ¿no me irás a decir que no te acuerdas? ¿De verdad estabas tan mamado?

Raf reprime una sonrisa: Fourpetal es un hijo de puta, pero hay que reconocer que esto se le da de maravilla. El lunes, en el McDonald's, no parecía tan seguro de sí mismo: puede que el evidente nerviosismo de Martin le estimule.

—No... no me acuerdo de nada de lo que cuentas.

—Quizá sea mejor que no te acuerdes, Martin. En cualquier caso, ahora tienes la ocasión de devolverme el favor. Solo quiero que nos expliques el fregado en el que andamos metidos.

—Si se enteran de que os he contado algo...

—No te preocupes. ¿Cómo se iban a enterar?

Martin lanza un suspiro, y luego se dirige a un banco de madera. Raf y Fourpetal se sientan con él.

—La verdad es que tampoco sé mucho.

—De acuerdo, pero podrías empezar por explicarnos qué pintas tú en esta historia. ¿No te dedicabas al litio? No hay litio en Birmania.

—Sí hay, de hecho. Un poco. Pero esto no tiene nada que ver con el litio.

Martin les cuenta que, aunque no se dio cuenta entonces, su carrera en el sector del litio terminó un día de enero, cuando volaba siete mil quinientos metros por encima de la vertiente meridional del Hindu Kush. Estaba trabajando con el portátil, mientras sus tres escoltas se asomaban a las ventanillas del avión Cessna para observar cómo la luz del amanecer incendiaba los valles nevados. Faltaba poco para que cruzasen la frontera entre Afganistán y Pakistán, y a eso de las siete, hora local, tenían previsto aterrizar en Quetta, donde Martin iba a intentar por última vez, y seguramente sin éxito, convencer al gobierno de la provincia de Baluchistán de que otorgase la licencia de prospección de los yacimientos de litio que había al norte de la ciudad a Lacebark, y no a Adosh Mining Corporation, una nueva filial de Kernon

Whitmire.

No había dormido ni comido nada desde que hicieran escala en Odesa para repostar, así que estaba cansado y hambriento, y además notaba ya en los ojos cómo el *jet lag* le empezaba a envolver la cabeza con un rollo de cien metros de plástico adherente. Siempre había llevado un despertador en la barriga, como el cocodrilo de *Peter Pan*: un mecanismo que le volvía aburrido cuando se acercaba la hora de acostarse, que le impedía trasnochar y le despertaba todos los días a las seis, incluso cuando estudiaba en Oxford. Sin embargo había cometido la estupidez de aceptar un trabajo que le obligaba a volar miles y miles de kilómetros cada año: estaba convencido de que empezaba a afectarle al corazón. En Londres todavía eran las dos de la mañana. Por lo visto, pensar mucho en eso agravaba el *jet lag*; pero el caso es que no podía apartar Londres de la cabeza: en el aeropuerto, cuando el avión estaba a punto de despegar, le había llamado su mujer al móvil. Se trataba de su hijastro.

—Tienes que venir a casa —le había dicho, llorosa.

—¿Qué ocurre?

—Dylan está en comisaría.

Al principio pensó que el chaval, de dieciséis años, había tenido un accidente de bici o algo así.

—¿Está herido?

—No, no. Han venido a casa y se lo han llevado detenido.

—¡Dios santo! ¿Por qué?

—¡Es horrible! ¿Dónde estás?

Martin sintió cómo el Cessna empezaba a despegar.

—En el avión. Se va a cortar la llamada de un momento a otro.

—¡Tienes que... a casa!

El móvil ya se estaba quedando sin cobertura.

—Cariño, estoy seguro de que ha sido un error. ¡Te llamo cuando aterrice!

En realidad no estaba seguro de que hubiese sido un error. Hacía tiempo que temía enterarse de que Dylan andaba metido en un buen lío. En las recientes vacaciones escolares había visto casi todos los días, al levantarse a las seis, una raya de luz debajo de la puerta de su cuarto. Lo cual siempre le inquietaba. A veces había pensado en llamar a la puerta, pero sabía que eso iba a desencadenar una bronca. Pagaba la hipoteca todos los meses, y sin embargo había en su casa una zona rebelde que nunca podía pisar, como una de esas barriadas tercermundistas y semiindependientes en las que ni siquiera los antidisturbios se atreven a entrar. Se lo había buscado, pensaba, enamorándose de una mujer que a los veintisiete años ya se había convertido en una madre divorciada. Lo más probable era que Dylan vendiese drogas. Hacía poco había leído en el periódico un artículo sobre las nuevas pastillas procedentes de China.

En Odesa no había conseguido conectarse a la red GSM, así que, cuando empezaron a sobrevolar Afganistán, estaba ya muy impaciente por aterrizar y hablar

otra vez con su mujer.

De repente salió de la cabina uno de los pilotos, un francés.

—Cambiamos de ruta —anunció.

—¿Hay algún problema?

—Son instrucciones de Londres.

Al contrario que su mujer, los jefes de Martin tenían el privilegio de contactar con quien quisieran en pleno vuelo.

—¿Adónde vamos?

—A Sukkur.

—¿Dónde está eso?

—A unos cuatrocientos kilómetros al sudeste de Quetta.

—Pero la reunión con el MMD la tengo a la hora de comer.

Lacebark se había gastado un dineral para conseguir que llegara a la reunión. Ya no habría otra oportunidad: se suponía que el comité había concluido sus deliberaciones el día anterior.

El piloto se encogió de hombros.

—Dicen que le llamarán para explicárselo todo en cuanto aterricemos y tenga cobertura en el móvil.

—¿No tenemos que seguir un plan de vuelo?

—Le pagarán a quien corresponda.

El avión comenzó el descenso hacia la única pista del aeropuerto de Sukkur, sobrevolando campos de arroz, algodón y yute. A la derecha se veía el Indo, cuyas riberas tenían un color ceniciento. El frío invierno y las presas recién construidas habían reducido el cauce del río, que parecía un tuberculoso vestido con un traje viejo que le está demasiado grande. Cuando las ruedas del Cessna tocaron la pista, Martin encendió el móvil y esperó a que se conectara a Telenor, un operador pakistaní. Luego llamó a su jefe, en Londres. No quería hablar con su mujer hasta saber con seguridad cuándo iba a poder regresar.

—¿Serías tan amable de decirme qué hago aquí?

—Harenberg necesita mandar urgentemente a alguien a Khairpur, pero no hemos conseguido un vuelo a tiempo. Por suerte tú ya estabas en un avión.

—¿Y qué pasa con el MMD?

—Da lo mismo, no nos iban a dar la licencia. Y Harenberg dice que esto es más importante que la reunión con el MMD.

—Explícamelo.

—Hay una furgoneta con su conductor esperándote en la terminal. Tienes que ir a la comisaría de policía de la avenida Faujdari, en Khairpur. La ciudad está al sur de Sukkur, a unos treinta kilómetros. Hay un tío en un calabozo, y están esperando a que llegues para soltarlo. Tienes que meterlo en la parte de atrás de la furgoneta y vigilarlo hasta que llegue Bezant.

—¿En un calabozo? No entiendo. —El avión se detuvo, y Martin se levantó a

coger su maleta del portaequipajes—. ¿Y cuánto tiempo va a llevar?

—Veinticuatro horas, quizá.

—Tengo que volver a Londres lo antes posible.

—Nosotros nos ocuparemos de todo aquí.

—No... Es un asunto familiar. Tengo que volver.

—Mira, Martin, si hemos desviado el avión no es porque Bezant te necesite a ti en Khairpur, sino porque le hacen falta tres tíos de seguridad y da la casualidad de que tú estás en el avión con ellos, ¿entiendes? Pero por lo menos puedes ayudarnos asegurándote de que todo vaya bien. Serán veinticuatro horas como mucho, y luego podrás volver a casa.

—¿Quién es el tío que está en el calabozo?

—Da igual. No vas a hablar con él, ni él contigo.

—¿Es pakistaní?

—No, de Myanmar.

—¿Y cómo ha acabado en Khairpur?

—Por lo visto hay un montón de musulmanes de Myanmar en el sur de Pakistán. Quienquiera que sea, tiene amigos allí.

Los escoltas formaron un triángulo protector alrededor de Martin y los pilotos incluso en el corto trayecto hasta la terminal. Era muy de agradecer que en los aviones y los aeropuertos pequeños no se sintieran obligados a llamarle a uno la atención cada medio minuto cuando le veían con el móvil: mientras hacía cola frente al control de pasaportes, Martin pudo llamar por fin a su mujer.

Ella se puso a llorar en cuanto oyó su voz, pero al cabo de un rato se tranquilizó y empezó a contarle lo ocurrido.

—Dice la policía que Dylan creó una página web donde... Por lo visto hay unas empresas en Brasil... El cliente paga trescientas libras, y hacen una película para él con dos chicas, pero si quiere pueden salir más, cien libras por cada chica extra. Les dice exactamente lo que quiere que hagan. El caso es que Dylan encargó una película y luego vendió descargas en su página web. Vendió tantas que encargó tres películas más. Según la policía, algunas chicas eran menores de edad.

—Pero las películas no las hizo él, ¿cierto?

—No, pero las vendió desde su servidor, así que legalmente...

—Hay un montón de porno muy elaborado en internet. No sé cómo se las arregló para ganar dinero.

—Será por lo que hacían las chicas.

—¿A qué te refieres?

—Solo vi como un minuto del vídeo...

Martin esperó a que continuara, pero no lo hizo. Hubo algo en su largo silencio que le trajo a la memoria aquella noche aciaga en el puticlub, después de la fiesta de Navidad, y a la chica rubia de Europa del Este. Sabía que su suegra le iba a decir a su mujer que eso no habría ocurrido si el hombre de la casa no viajara tanto, y quizá

tuviese razón, aunque era difícil saber exactamente de qué modo o por qué mecanismo la sola presencia de Martin habría llevado a su hijastro a respetar a las mujeres jóvenes extranjeras. En todo caso, había que reconocer que el muchacho tenía olfato para los negocios. En la industria del porno se podía, en efecto, ganar mucho dinero con el arbitraje. De haber ofrecido cualquier otro servicio como intermediario, seguramente le habrían nominado al premio al Joven Emprendedor del Año, o algo así. Martin pensó otra vez en la sediciosa raya de luz que había visto debajo de la puerta. Era probable que la policía hubiese entrado en la pequeña favela de Dylan para incautarse del ordenador.

—Tienes que volver —dijo su mujer—. No puedo afrontar esto yo sola.

—Estaré allí lo antes que pueda. Lacey no me deja volver hasta mañana.

—¿No puedes coger un vuelo comercial?

—No hay vuelos a Londres desde aquí.

—Por el amor de Dios, Martin, ¡nuestro hijo está en la cárcel! Le retienen veinticuatro horas, y luego puede salir con fianza. Me han dicho algo de un juez...

En ese momento se vino abajo. Martin le dijo que hablaría con ella por la mañana, que la quería y que tratase de dormir un poco.

Al salir de la terminal, los pilotos llamaron a un taxi y se dirigieron a un hotel barato de la ciudad. Martin y los guardaespaldas se pusieron a buscar la furgoneta que les habían prometido, y al cabo de unos minutos cayeron en la cuenta de que la habían tenido delante todo el rato, y el conductor, un tipo con barba, les estaba haciendo señas desde dentro. Si no se habían fijado antes era porque se esperaban una furgoneta blanca, o tal vez negra metalizada, y no esa, que parecía el tiovivo victoriano más chillón del mundo: pintada de rojo, turquesa, naranja y dorado, con un mural en un lado que representaba a Hércules luchando con un león en medio de una espiral de mariposas, flores y caracteres árabes; corazones recortados encima de los faros traseros, dibujos de peonzas en los tapacubos, guirnalda colgando de los guardabarros, y otro abigarrado mural atravesando las puertas traseras. Por un instante se preguntó Martin si uno de los agentes locales de Lacey no habría cometido un error hilarante, pero luego comprendió que, en las carreteras del sur de Pakistán, una furgoneta así llamaba mucho menos la atención que un lustroso todoterreno americano. Más tarde, sin embargo, cuando los cuatro ya se habían subido al vehículo y el conductor enfiló hacia la autopista, se le ocurrió que tenían pinta de actuar en un musical del West End sobre un grupo de pop psicodélico que estaba de gira con su gurú, y cuyos integrantes eran todos gays. En el puente que cruzaba el Indo, esquivaron vespas, bicitaxis y carros de dos ruedas tirados por burros, y el conductor les contó, en su penoso inglés, que a menudo se veían delfines en el río, pero había que fijarse bien. Este comentario le llevó por una asociación de palabras, y sin que nadie se lo hubiese pedido, a hablar de los recientes triunfos de los Delfines de Karachi, un equipo de cricket.

Finalmente, la furgoneta se paró frente a la entrada de la comisaria de Khairpur, y

un tipo les hizo señas para que se dirigieran al aparcamiento que había detrás del edificio. Dos policías les trajeron al prisionero, que estaba esposado y con los ojos vendados. Por el aspecto podía ser birmano, sí, pero a Martin le costaba creer que fuese el hombre que Lacey se había tomado tantas molestias por capturar. Desde luego, no hacían falta tres seguras para retenerlo: habría bastado con atarle una cuerda al tobillo. Parecía muy joven —veinticinco años, quizá—, estaba tan consumido como los hindúes, y tenía varias llagas rojas en los labios. Iba dando tumbos, como si se pudiese desplomar en cualquier momento. Los guardaespaldas de Martin se bajaron de la furgoneta de un salto y, después de parlamentar brevemente con los policías, lo metieron en la parte trasera del vehículo. Luego se dirigieron a un hotel que había en la esquina, donde Martin, improvisando lo mejor que pudo, y haciendo como si aquello fuese un ejercicio de liderazgo creativo, mandó marcharse al conductor pakistaní, y a los escoltas les dijo que organizaran turnos de ocho horas hasta que llegase Bezant: mientras uno descansaba, otro estaría en el hotel protegiendo a Martin, y el tercero vigilaría la furgoneta psicodélica, atendiendo al prisionero de cuando en cuando.

Sentado en la cama, Martin pudo por fin pensar en lo extraño de la situación: a menudo, en los cócteles, se negaba a explicar en qué consistía su trabajo, de tan aburrido que le parecía; y sin embargo aquí estaba, participando en una especie de operación encubierta. ¿Sería verdad que el birmano escrofuloso había cometido un delito? En el caso de que lo hubiese cometido, y suponiendo que su contribución al sufrimiento humano y el de la página porno de Dylan se pudiesen analizar con una hoja de cálculo, ¿cuál era mayor? Probablemente el birmano había sido mucho más dañino, pensó Martin, aunque tampoco estaba seguro.

Pasaron casi dos días sin que tuviesen noticias de Lacey. El primer día, Martin se durmió más o menos a la hora de comer, lo que no tenía sentido aunque su organismo siguiera regulado por el meridiano de Greenwich; y cuando se despertó al anochecer —si es que a eso se le podía llamar despertarse—, oyó la quinta llamada a la oración del día. Había leído que algunos musulmanes tardaban menos que el resto de la gente en recuperarse del *jet lag* porque se habían acostumbrado a acostarse a horas intempestivas en el mes del Ramadán; pero parecía improbable que una religión en la que el horario de culto estaba indisolublemente ligado al ritmo circadiano fuese tan flexible en ese aspecto.

Mandó al guardaespaldas por *kebabs* y agua mineral, y luego llamó a su mujer. Dylan había vuelto con ella de la comisaría y, como era de esperar, se negaba a ponerse al teléfono. Ella ya no lloraba tanto, pero Martin se sintió fatal al decirle que aún no sabía cuándo iba a regresar. El resto de la noche trabajó con el portátil, echándose en la cama de vez en cuando para dormir un poco, y a la mañana siguiente estaba tan harto de la habitación que salió del hotel con el guardaespaldas y se dirigió a la plaza que había al final de la calle para que le afeitara uno de los barberos que trabajaban allí. Cuando el tipo le estaba quitando la toalla, vio pasar a su lado,

avanzando penosamente, un carro tirado por un burro que transportaba una montaña de envases de leche vacíos sujetos con cuerdas. De pronto una de las ruedas tropezó en un bache, el carro volcó, se rompió una cuerda, y la avalancha de botellas enterró al burro hasta las orejas.

Más tarde, cuando los escoltas comenzaban el sexto turno —sin que se hubiese producido ningún incidente hasta ese momento—, el jefe le llamó por fin.

—Bezant aterriza en Sukkur dentro de media hora. Ve a buscarle y entrégale al birmano.

Antes de marcharse abrió las puertas traseras de la furgoneta para ver cómo estaba el prisionero. Se arrepintió enseguida: el tipo estaba tendido de costado en la oscuridad, un despojo caliente que se retorció un poco y olía a orina. Martin sabía que nunca iba a poder contarle a su mujer lo que había hecho en este viaje. Pero ¿cómo habría actuado un hombre de bien —ese ser conjetural— en una situación así? ¿Qué habría hecho un padre de familia decente? ¿Soltar al prisionero sin tener la menor idea de quién era? En cualquier caso, los escoltas de Lacebark no le habrían dejado, y, si les hubiese plantado cara, habría puesto en peligro su trabajo y seguramente no habría podido volver a Europa en un medio de transporte seguro. Puede que en otras circunstancias hubiese obrado con rectitud. Era imposible, desde luego, con este *jet lag*. Después de echar un vistazo al birmano, ordenó a los escoltas que lo esposaran y cerraran las puertas.

Se encontraron con Bezant en un terreno sin edificar que había entre la carretera del aeropuerto y el canal, con palmeras en un extremo. El cielo tenía el color del litio: había estado nublado desde que Martin aterrizará en Sukkur. El australiano llegó en un coche de alquiler de color canela con abolladuras, y la espeluznante furgoneta no pareció sorprenderle. Era un tipo muy fornido, incluso en comparación con los tres gorilas que acompañaban a Martin: una columna de wolframio y bistecs que hacía a un ser humano normal sentirse como un nuevo muñeco de difícil manejo que una empresa japonesa hubiese tenido la sagacidad de minaturizar para que cupiese en los bolsos de las adolescentes.

—Vamos a echar una ojeada, pues.

Martin cogió las llaves de la furgoneta de uno de los escoltas y abrió las puertas, preparándose mentalmente para ver al prisionero por tercera vez.

No había nadie. El prisionero había desaparecido.

—Está bien, ¿dónde lo habéis metido? —dice Bezant. Entonces vio la cara de espanto de Martin—. ¿No me iréis a decir que lo teníais aquí?

—Sí.

—Estáis de broma, ¿verdad?

—No.

En ese momento echaron a volar unas palomas pequeñas con reflejos rosados que se habían posado en un poste de teléfono al lado del canal.

—¿Cuándo habéis visto por última vez a ese cabrón?

—Antes de salir de Khairpur.

—¿Habéis parado en el camino?

—No. Ni siquiera había tráfico.

—¿Y no había nada en la parte de atrás, ninguna herramienta? ¿Destornilladores?

—No —contestó Martin: lo había comprobado él mismo.

—Me imagino que alguien le habrá registrado las cavidades corporales, ¿no?

Uno de los escoltas asintió con la cabeza.

—En comisaría nos dijeron que sí, y en cualquier caso nosotros le hicimos otro registro.

Bezant se volvió hacia Martin.

—¿Cuánto tiempo pasó cada uno a solas con él?

—Ocho horas.

—¿Ocho horas? Esperaba que dijese seis minutos. ¿De quién fue la brillante idea?

—El tío parecía tan débil que no creí que...

—¿Nadie te contó quién era ese hijo de puta?

—No.

—Claro que no. —Bezant se pasó una mano por el cráneo rapado y escupió en el suelo con aire pensativo—. Si no me equivoco, convenció a uno de estos tres de que le pasara algún chisme, y de camino aquí lo utilizó para quitarse las esposas y salir de la furgoneta. Lo digo porque ya ha pasado antes. El tío es un pico de oro.

—Ni siquiera sabía que hablase inglés.

—Habla el suficiente. ¿Quién crees que ha sido de los tres?

—¿Perdona?

—Has pasado los últimos días con los tres mosqueteros. ¿Quién dirías que es el bondadoso?

—No lo sé —contestó sin pensar.

¿Cómo iba a saberlo? Pero entonces miró al más alto de los escoltas, un brasileño que se llamaba Riquinho. (En el servicio de seguridad de Lacebark había muchos brasileños, ecuatorianos, nigerianos, jordanos y serbios: a la empresa le salía más barato contratar a gente de esos países). En el avión, Riquinho había seguido observando cómo el sol se asomaba por encima de las montañas mucho después de que los otros dos se hubiesen cansado de mirar; en la furgoneta, había pegado la cara a la ventana nada más mencionar el conductor los delfines; y en la plaza se había puesto tenso, como si quisiera correr en auxilio del burro, que ni siquiera estaba herido. Parecía tener mucha más curiosidad por las cosas que sus compañeros.

En 2006 se había filtrado a un periodista de *Harper's*, la revista americana, una información muy dañina para Lacebark: por lo visto habían intentado sobornar a funcionarios bolivianos (el país tenía millones de toneladas de litio bajo sus llanuras saladas). El jefe de Martin enseguida había descartado a este como sospechoso, y le había encargado un breve informe sobre cada uno de sus compañeros de

departamento que determinase si era capaz o no de traicionar a la empresa. Martin había disfrutado mucho con la tarea, y, aunque nadie más sabía que estuviese redactando los informes, durante meses había sentido como si tuviese más poder en la oficina, o como si llevara un puñal al cinto. Sin embargo, no llegaron a encontrar al culpable. Ahora, al pensar en Riquinho, se sentía igual.

—Venga, sé que tienes una opinión —dijo Bezant—. Suéltala. ¿Quién ha sido?

Martin se preguntó si el hecho de que se hubiesen visto confirmadas hacía poco sus sospechas sobre Dylan no le habría llevado a confiar demasiado en su intuición. A fin de cuentas, las pruebas contra Riquinho eran aún menos sólidas que la raya de luz debajo de la puerta. ¿A quién no le habría apetecido ver delfines? En cualquier caso, no sabía exactamente lo que pensaba hacer Bezant después de escuchar su dictamen. Nada bueno, desde luego.

—No tengo ni idea, lo siento —respondió.

Bezant y los tres escoltas le miraban fijamente. Sintió un sudor frío recorriéndole la nuca. Cuando el móvil empezó a vibrar en el bolsillo, le dio un calambre en la pierna. Era su mujer. Martin trató con torpeza de apagarlo.

—¿Quién coño ha sido de los tres? —gritó Bezant.

En ese momento se le escurrió el móvil de las manos.

—Riquinho —dijo enseguida, señalándole.

Bezant se acercó al brasileño y le miró de hito en hito.

—Puede que tengas razón —concluyó al cabo de un rato.

—¡Yo no le dije nada a ese *cuzão*! —aseguró Riquinho.

—Muy bien —dijo Bezant—. Eso ya lo comprobaremos. Vosotros dos: esposadle. Los otros escoltas no vacilaron.

—¡No! ¡Joder, que no! —gritó Riquinho.

—Espera... Solo ha sido una suposición —dijo Martin: no quería que por su culpa encerraran a otra persona en la parte trasera de la furgoneta.

—Tienes que fiarte de tu intuición, colega —respondió Bezant.

Al meterle los escoltas en la furgoneta, Riquinho golpeó sin querer la matrícula con los tacones de las botas, derribando una docena de estrellas de hojalata que colgaban del borde.

—¿Qué vas a hacer con él?

—No es asunto tuyo. Puedes coger mi coche para ir al aeropuerto. Te está esperando el avión.

Estas palabras bastaron para que Martin dejara de pensar un instante en el destino de Riquinho. En cualquier caso, se sentía incapaz hasta de agacharse a coger el móvil sin pedirle permiso a Bezant.

—Entonces ¿puedo volver a Londres?

Bezant sonrió.

—Sí, quizá mejor que estés allí. Querrás ver a tu chaval, ¿no? Es un momento importante en la vida de un hombre: la primera visita de los maderos.

7.03 p.m.

—¿Cómo sabía lo de tu hijastro y la policía? —pregunta Raf.

—Bezant siempre parece saberlo todo —dice Martin—. El caso es que se quedó unos días más en Pakistán buscando al birmano, o eso creo. No sé qué pasó al final, si le cogió en Karachi o le perdió la pista. Cuando volvió a Londres me llamó para contarme que Riquinho había confesado la verdad: que le había pasado al birmano un alfiler o algo así para que pudiera quitarse las esposas. Así que yo había acertado, y creo que Bezant estaba impresionado conmigo; de hecho, había conseguido esos informes que yo había escrito en 2006, cuando Lacebark andaba buscando al responsable de la filtración. Me dijo que eran los más minuciosos que había leído nunca, que se me daba muy bien eso de calar a la gente, y que desperdiciaba mi talento dedicándome al litio. Había un puesto para mí en su equipo, me dijo. No me quedó más remedio que aceptar. Por lo menos este trabajo me permite quedarme en Londres... bueno, dudo que me hubiesen mandado otra vez a Khairpur: a Lacebark se le ha hundido la mayor parte del negocio que tenía allí. Mi mujer está feliz, aunque no puedo contarle lo que hago; le miento diciendo que me dedico a otra cosa.

El gimnasio ya se ha empezado a vaciar. Quedan unos cuantos padres y niñas observando a los niños que trepan por las paredes como arañas. Martin lleva tanto tiempo hablando que Fourpetal le ha traído un pack de zumo de manzana de la máquina expendedora. Cerca de allí hay un aspirador de polvo de tiza con un letrero que dice se ruega no obstruir el aparato: los filtros de poliuretano están muy desgastados, como yacimientos expuestos a la erosión eólica.

—¿Y en qué consiste tu trabajo? —pregunta Raf.

—Se supone que estoy en recursos humanos, pero en realidad me dedico al contraespionaje. Bezant me encarga investigar las filtraciones.

—Tiene gracia que te dediques a eso —observa Fourpetal.

—¿Qué estabas haciendo antes?

—Casi siempre informo a Bezant sobre la gente de seguridad de Lacebark, pero a veces también sobre los birmanos que tiene untados. Esos dos tíos que habéis visto hace un rato se creen que soy un simple enlace de Lacebark, otro intermediario más. Pero mi tarea consiste en decirle a Bezant si son de fiar o no.

—¿Y qué me dices de Cherish? —pregunta Raf.

—¿La chica? No tenemos que preocuparnos por ella, es totalmente de fiar.

A Raf se le cae el alma a los pies. Y es que aún tenía la esperanza de haberse equivocado por completo con respecto a Cherish. Ella trabaja para Lacebark, y quizá sea esa la verdadera razón por la que no quiso probar el *glow* adulterado que le había pasado. Ojalá tuviese Raf tanto cuidado como ella de no tomar cualquier cosa que le diera un desconocido en una discoteca. El viernes, cuando desapareció Cherish, estaba convencido de que la tenían vigilada en un almacén o en una furgoneta blanca; y ahora se da cuenta de que seguramente estaba en lo cierto: solo se equivocó en los

detalles.

—¿Te importa que te diga una cosa? —dice Fourpetal—. Pensaba que a lo mejor hablarías, pero no me imaginaba que fueras a hablar tanto.

Martin se frota la mejilla con el pulpejo de la mano.

—Hace unas semanas, Bezant me dijo que quería ver cómo se me daban los interrogatorios: en Lacebark interrogan a mucha gente, y él creía que podía ser bueno en eso. Así que me llevaron a un almacén, y allí, en una celda, había un tío encapuchado. Tenían toda clase de métodos para desorientarle. Primero tenían las luces encendidas treinta y seis horas, y luego las apagaban y le daban de comer a oscuras, y al cabo de cuarenta minutos le daban de comer otra vez. Cuatro horas después encendían las luces, y así durante diez horas hasta que las volvían a apagar; luego le tenían a oscuras y sin comer veinte horas, y así sucesivamente. El tío no sabía cuánto tiempo había pasado ni cuándo le tocaba dormir. Además, el suelo estaba cubierto de muelles, y de vez en cuando le acribillaban con ondas sonoras de baja frecuencia para marearle. —Raf se acuerda del cable de micrófono que vio en el suelo de aquel almacén—. Tuve que presenciar el interrogatorio. Me siento incapaz de contáros lo que vi. No sé ni lo que querían sacarle a ese hombre; en cualquier caso, lo más probable es que esté muerto. Nunca quise participar: le dije a Bezant que no estaba hecho para eso, y el tío se rio. He oído a los soldados contar historias de Bezant. Lo que hizo en el delta del Níger, por ejemplo. Hay allí una secta, los Muchachos de Egbesu, que combate a las empresas petrolíferas en nombre de esa deidad local, Egbesu, el dios de la guerra. Sus adoradores presumen de que les otorga poderes especiales, entre ellos el de beber ácido de batería. El caso es que, cuando trabajaba para Cantabrian en esa zona, Bezant capturó a un miembro de la secta que había matado a tiros a uno de sus hombres en un pantano. El chico se puso farruco. Le habló de Egbesu, y Bezant, al parecer, quiso que demostrara lo del ácido. Se lo hizo beber como si fuera tequila: chupitos de ácido con sal y limón.

Ahora parece muy improbable que Theo siga con vida, que Raf e Isaac le vuelvan a ver. La idea de que Lacebark le ha liquidado viene rondándole por la cabeza a Raf desde hace días, aunque ha procurado no pensarlo. Después de escuchar a Martin, se le ha hecho imposible.

—¿Por qué no les denuncias en la prensa?

—No pienso arruinar mi vida. Tengo una familia. Además, Bezant consiguió que Lacebark le pagara el abogado a Dylan: al final solo tuvo que hacer unas horas de trabajo social.

—Aún no nos has contado qué está haciendo Lacebark en Londres —dice Fourpetal—. ¿Tiene algo que ver con la concesión que obtuvo en el bosque de Shan?

—Sí. Algunos de los birmanos que anda buscando Bezant son de un pueblo cercano. Pero me parece que eso es solo la punta del iceberg. Todavía no sé exactamente lo que se traen entre manos. Esa información me está vedada.

—Seguramente hacen bien en ocultártela —dice Fourpetal.

—Solo sé que tienen planeado algo gordo para el 1 de junio; se lo oí contar por casualidad a un tío de Fiji. Luego tuve que hablar con Bezant, claro: le dije que el tío se había ido de la lengua. Así que le han liquidado.

—Pero ¿qué le preguntaron al de la celda?

—Tienen este *software*...

—ImPressure*.

—Sí. Más que nada, necesitaban información para meter en la base de datos de ImPressure*. Todavía intentan identificar los vectores de influencia en la comunidad birmana del sur de Londres. Y no paran de hablar de un libro de un tal Villepinte. No sé por qué.

¿Será Lacebark, piensa Raf, la que ha obligado a la tienda iraní de la esquina a vender *balachaung*? Se trataría de atraer clientes birmanos y grabarlos con la cámara de vigilancia para poder añadirlos a la base de datos de ImPressure*. No basta con una tienda, desde luego: si lo hacen en varias decenas más, pueden llegar a recoger unos cuantos datos. Aun así, la idea le parece tonta. En cuanto a ese nombre, Villepinte, lo cierto es que le suena, pero no sabe de qué.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta Raf—. ¿Seguimos otra vez a los discjockeys?

—No os servirá de nada. Bezant los tiene protegidos.

—Total, que estamos otra vez en un callejón sin salida —dice Fourpetal.

—Hay algo más.

Al parecer, el procedimiento habitual de Lacebark es el siguiente: acondicionan un almacén en apenas unas horas, lo utilizan un solo día, y luego lo abandonan rápidamente. Hay, sin embargo, un viejo depósito de mercancías cerca de Bricklayer's Arms^[14] que Martin ha visto mencionado en un montón de documentos desde que empezó a trabajar para Bezant en el sur de Londres. No sabe lo que guardan allí, aunque debe de superar la capacidad de las naves prefabricadas que utilizan normalmente. En las últimas semanas ha oído hablar mucho de ese almacén.

—Sospecho que tienen que terminar algo para primeros de junio, y van retrasados. —Martin mira el reloj—. Mierda, yo también. Tenía que llevar a Dylan a ver una obra de Shakespeare. —Se levanta y mueve los hombros. Confesar lo peor por primera vez debe de haberle aliviado mucho, piensa Raf—. Antes de irme... La chica letona.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Se recuperó de lo que yo...?

Fourpetal reflexiona unos instantes.

—Me imagino que, si se toma las vitaminas, le acabará creciendo otra vez.

Día 9

6.47 p.m.

Al entrar en la cocina, Raf ve a Isaac inclinándose para meter en el horno un molde para bollos.

—¿Qué estás haciendo?

—*Takoyaki* —contesta Isaac después de cerrar el horno—. Son bolitas de pulpo asado con *dashi*. He añadido unos pocos calamares y algo de sepia. La receta me la ha dado Fumiko. Durante una semana solo voy a comer cosas con tentáculos.

—¿Por qué?

A Raf, en realidad, no le ha sorprendido demasiado, porque Isaac no se molesta en cocinar nada que no sea curry o pasta más que cuando está progresando en el campo de la neurociencia heterodoxa. Seguramente la primera y última tortilla que hizo fue aquella de setas falsas (aunque no hay que descartar la posibilidad de que un día haga una tortilla birmana, con larvas de escarabajo).

La chica que está dando cuerda a un reloj de bolsillo en la mesa que hay al lado de la puerta lleva unos zapatos de piel de serpiente y un poncho que parece la campana de una iglesia; y la que está durmiendo en el futón, unas zapatillas de ballet rosas y la mitad, más o menos, de un traje de novia. Están espléndidas, como de costumbre.

—Imagínate que tuvieses dedos en casi todo el cuerpo —le ordena Isaac—, y que se pudiesen doblar y retorcer en cualquier dirección. Imagínate, además, que en la punta de los dedos hubiese ventosas cubiertas de fibras sensitivas. ¿Te haces idea de la densidad sináptica necesaria para controlar todo eso? —Según la teoría que está verificando, para reparar los daños causados por el consumo de gran cantidad de drogas neurotóxicas como la ketamina hay que atiborrarse de comida procedente de animales con muchas conexiones neuronales—. He hablado por internet con un canadiense que me puede vender cecina de topo estrellado. —A Raf se le nota perplejo—. El topo estrellado es el único mamífero con tentáculos —añade Isaac—. Los tiene en la cara, y es capaz de oler bajo el agua.

—Venga, no me jodas.

—¡Lo digo en serio!

—Si lo que buscas es densidad sináptica, ¿por qué no comes sesos de cordero hervidos? —pregunta Raf—. Una vez pedí un plato turco sin saber que llevaba sesos.

—Tienen demasiado cortisol. Son más sanos los cefalópodos. En fin, esto va a tardar un rato en estar listo. ¿Quieres un poco de helado?

—¿La dieta de los tentáculos admite helados?

—Las vacas tienen ubres, que son bastante parecidas, ¿no? En cualquier caso, Fumiko sabe dónde conseguir helado de pulpo. —Raf se aparta un poco de la

encimera—. Pero eso viene a ser té verde.

Raf sonríe, luego bosteza. Anoche, cuando estaba a punto de ponerse, como de costumbre, la máscara, los tapones y las orejeras, se acordó de lo que les había contado Martin sobre las prisiones de Lacebark: el miedo que está en un cerebro que está en una cabeza que está en una capucha que está en una celda que está en un almacén que está en una ciudad que ni siquiera sabe que estás allí: siete matrioskas de una oscuridad impenetrable. Se angustió tanto que intentó, por primera vez en varios meses, dormir con los oídos descubiertos. Una vez oyó en un documental que los hititas enterraban a sus muertos con tapones de oro molido, aunque nadie sabe si lo hacían para impedir que entrara o que saliera algo.

Como se encuentra en una fase nocturna convencional de su ciclo, ayer se acostó a medianoche, cuando no había ruido en la calle; pero está tan acostumbrado a todos esos adminículos que le aíslan del exterior que tardó un par de horas en dormirse. Esta mañana, al despertar de un sueño agitado, aún sentía con tal nitidez la cadera de Cherish presionándole el vientre que no le habría sorprendido ver una pequeña marca en la piel.

Ahora, al volver al cuarto de estar, descubre asombrado por qué le sonaba ese nombre, Villepinte: un libro gordo de tapa blanda titulado *Oquedades* y escrito por René Villepinte lleva varias semanas rodando por ahí. Pero no tiene ni pies ni cabeza, piensa: es imposible que a los tíos de ImPressure* contratados por Lacebark les interese un libro que tienen que leer las chicas japonesas en la escuela de moda.

Le hace señas a una de ellas, la que está dando cuerda al reloj.

—Oye, ¿está bien este libro?

La chica se encoge de hombros. Raf hojea el texto de la contracubierta. «La más valiosa aportación al pensamiento posmoderno desde *Mil mesetas*, de Deleuze y Guattari», afirma un tipo que da clases en la Universidad estatal de Pensilvania. Abre el libro en una página al azar y se pone a leer. Todo le suena a chino. Entonces se sienta en el brazo del sofá con el portátil para mirar el correo: está pendiente de que la empresa polaca de modelización tridimensional le prorrogue el contrato. Pero no le han escrito todavía. Hay, sin embargo, un e-mail de alguien que se hace llamar «Horologium Florae»: en el cuerpo del mensaje solo figura un enlace a un vídeo colgado ayer en YouTube y que ha tenido apenas cuatro visitas. Raf lo ve dos veces, y luego llama a Isaac para volver a verlo con él.

El vídeo no tiene sonido, y, como está grabado de noche y con una cámara de móvil, la imagen se ve temblorosa y rojiza. Aun así, se distingue al fondo una serie de manchas blancas que forman una cuadrícula: es un bloque de viviendas de protección oficial de cinco pisos, con un tubo fluorescente encima de cada puerta. Más cerca de la cámara, al lado de una de esas zonas de césped comunitarias que a Raf siempre le han parecido tan superfluas, hay aparcada una furgoneta, y de pie en el césped, dos hombres vestidos como los soldados de Lacebark que vio el miércoles cerca de su casa, con la diferencia de que llevan la boca tapada con una mascarilla antipolución.

Uno de ellos tiene atado a la espalda un pequeño tanque de plástico con un tubo que sale de la parte de abajo, y que el tipo, laborioso como un ciervo volante, va pasando por varios trozos de césped, rociándolos con un líquido que no llega a verse en el vídeo. El otro puede que esté de centinela. La imagen se funde a negro un par de veces, seguramente cuando la persona que está grabando con el móvil se esconde detrás de un muro o de un coche. El vídeo es bastante aburrido hasta el minuto 1.12, cuando aparecen de pronto cinco zorros corriendo tan rápido que da la impresión de que el archivo está dañado. Raf tiene que parar el vídeo para contarlos. Es imposible observar con claridad lo que ocurre después: hay un revoltijo de imágenes borrosas, una serie de planos casi psicodélicos. Finalmente se ve a tres de los zorros tendidos en el suelo sin vida, y a los hombres de Lacebark volver a la furgoneta dando tumbos, los dos con pistolas y la frente manchada de sangre. Uno de ellos se sujeta una pierna y el otro la garganta.

—¡Dios santo! —dice Isaac—. Nunca he visto a unos zorros atacar así a la gente, ¿y tú?

—No. —Para Raf, los vídeos así (de aficionado, sin sonido) tienen algo inquietante, porque la cámara se convierte en los ojos del espectador, y a uno se le fuerza a mirar a través de una gruesa pared de cristal: todo ocurre delante de uno, pero no se oye ni se puede hacer nada, ni siquiera apartar los ojos—. Pero creo que hay casos de rabia en zorros.

—Ya, pero los zorros rabiosos no van en manada.

—Los zorros normales tampoco —dice Raf—. Nunca he visto juntos a más de dos.

—Deberíamos mandar el vídeo al programa ese, *Los animales hacen cosas muy raras*.

—¿Qué crees que está echando en el césped el tío de Lacebark?

—Un pesticida o un herbicida, seguro.

—Lacebark no ha venido a Londres a llevar a cabo operaciones encubiertas de jardinería. Aunque, ahora lo que pienso... ¿Por qué no buscas en internet «Horologium Florae»?

Isaac teclea el nombre en el buscador y empieza a leer:

—«El reloj floral... inventado por el botánico, médico y zoólogo sueco Carlos Linneo... Utiliza plantas que se abren o se cierran a las mismas horas... desde las del género *Tragopogon pratensis* o salsifí de prado, también conocido como barba de cabra (“¡qué maravilla, barba de cabra!”, dice Isaac), que abren sus pétalos a las tres de la mañana, hasta las del género *Hemerocallis lilio* o lirio de día, que abren sus pétalos a eso de las nueve de la noche». En cualquier caso, Linneo murió en 1778. No sé si esto nos servirá de mucho. —Isaac olisquea el aire—. ¡El *takoyaki*! —grita, y vuelve corriendo a la cocina.

Raf se queda en el sofá. De pronto le invade el desánimo: lo lleva aplazando desde que hablaron con Martin, pero esta noche tiene que decirle de una vez a Isaac

lo que piensa: que es casi seguro que hayan matado a Theo.

Día 10

11.08 a.m.

Los cinco viejos que están sentados en la esquina dan la impresión de llevar tanto tiempo jugando a las cartas que, aunque no apostasen más de un penique por partida, sus ganancias y pérdidas totales podrían hundir el sistema financiero internacional. Los tatuajes que llevan en los antebrazos se han desteñido con el tiempo, como los tejados de cobre, pasando del negro al azul oscuro. No es extraño que sean los únicos clientes del café aparte de Raf y Fourpetal: en esta parte de la calle apenas hay nada que no sean almacenes, aparcamientos, sitios así. A Raf le parece un error estar aquí, observando por la ventana el depósito de mercancías del que les habló Martin, porque este es el típico café al que vendría con resaca o si tuviese un déficit de serotonina; de hecho, cuando entró hace media hora y le llegó el olor a huevos revueltos, las zonas del cerebro capaces de concentrarse en algo serio se le cerraron automáticamente por tareas de mantenimiento. Pero hace lo que puede.

El depósito es un viejo edificio alargado de ladrillo marrón desgastado, y lo bastante alto para tener dos pisos, aunque a Raf le da la impresión de que el interior es un espacio gigantesco sin tabiques. La verja está rematada con alambre de espino, y las cámaras de vigilancia son muchas y muy visibles. Justo detrás del almacén hay un puente ferroviario por el que solo circulan vagones de pasajeros, pero que antes debía de enlazar con una serie de apartaderos para mercancías. Han visto entrar tres furgonetas blancas y salir otras dos: por lo demás, no ha ocurrido nada importante.

El camarero se acerca a preguntarles si quieren algo más. Es un chaval de diecinueve o veinte años, increíblemente apuesto, con un tupé negro y unos ojos tan grandes y brillantes que se distinguen las mismas leves iridiscencias que hay en la capa grasienta de los charcos.

—Otro café —dice Fourpetal.

—¿Qué es *salep*? —pregunta Raf, mirando la carta.

—Es té de orquídeas —contesta el camarero—. Muy dulce.

—¿Tiene cafeína?

—No.

—Tráeme uno.

—¿Sois turcos? —pregunta Fourpetal.

—Somos serbios.

Mientras el camarero se dirige a la barra, Raf le pasa a Fourpetal el ejemplar de *Oquedades*.

—Por lo visto, este libro les apasiona a los de Lacebark. No me lo explico.

Fourpetal se pone a hojearlo.

—Bueno, ten en cuenta que el ejército israelí está leyendo los textos de Tschumi

sobre la deconstrucción. A todos los generales jóvenes les encanta eso de complementar los manuales de operaciones militares con filosofía posmoderna.

—Deberíamos leerlo. Igual nos da alguna pista sobre el *modus operandi* de Lacebark.

—Sí, quizá debería leerlo alguien, pero ¿por qué tengo que ser yo?

—Porque fuiste a la universidad. —Fourpetal carraspea, irritado. En ese instante, un hombre con traje negro sale del edificio por la puerta lateral y cruza la verja—. ¿Le reconoces? —pregunta Raf.

—Todavía no le he visto la polla, si es que te refieres a eso. Pero puede que siga trabajando en Lacebark.

Fourpetal tira en la mesa un billete de diez libras y sale corriendo del café con Raf. Es una de esas mañanas de mayo en las que parece haberse adelantado el verano, y sin embargo la brisa más ligera le quita a uno todo el calor de la piel. El tipo tuerce a la izquierda al llegar al almacén de la esquina, y los dos se ponen a seguirlo a una distancia prudencial, como hicieron con los discjockeys birmanos. A Raf esto le empieza a parecer asombrosamente normal.

—Debe de ir hacia el metro. Si no, habría cogido un coche.

—¿Sabes que mi casa está como a diez minutos de aquí?

—No va a tu casa.

Aunque no hay mucho tráfico, el tipo se para en el siguiente cruce y aprieta el botón para peatones. En esta zona, los semáforos tienen coronas de pinchos para impedir que los niños trepen. Mientras espera a que aparezca el jeroglífico verde, se saca del bolsillo el móvil BlackBerry y empieza a mirar los mensajes.

Sin pensárselo un instante, Raf se pone la capucha y echa a correr.

El tipo no levanta la vista hasta que le alcanza Raf, quien no se para ni reduce la marcha: le arranca el BlackBerry, agacha la cabeza y sigue corriendo por la acera sin estar siquiera seguro de tener el teléfono en la mano. Luego gira bruscamente hacia la parte trasera de unas casas semiadosadas. No oye pisadas detrás de él, y confía en haber sorprendido tanto al tipo que no le haya dado tiempo a reaccionar; pero no las tiene todas consigo, así que sigue corriendo hasta que ya no puede más y se para a respirar. De la ventana abierta de un dormitorio que hay a sus espaldas llega la melodía de una vieja canción de *reggae*. Se quita la sudadera para evitar que nadie le reconozca y la deja debajo de un seto, al lado de un guante de niño, una prenda húmeda y manchada que le recuerda a un pequeño mamífero ciego con dedos en la mayor parte del cuerpo.

1.06 p.m.

«Solo quería confirmar la cita del lunes a las 9.30 para recorrer las instalaciones del sur de Londres. Estoy deseando enseñártelas, creo que te van a impresionar.

Saludos, Denise».

Raf y Fourpetal han quedado en un McDonald's para mirar las carpetas del BlackBerry, y este es el único correo interesante que han encontrado. Por lo menos ya saben que el tipo del traje negro trabaja en Nostrand Discovery, una empresa sudafricana, y que ha venido a Londres expresamente para visitar el depósito de mercancías; pero todavía no tienen idea de lo que hay allí dentro. Cuando tenía quince años, Raf se moría de ganas de saber lo que se sentía al follar, y era tal su frustración que pensaba que la cabeza le iba a estallar: ahora está aún más impaciente por averiguar lo que Lacebark se trae entre manos en ese almacén.

—¿Cómo vamos a entrar sin que nos pillen? —le pregunta a Fourpetal.

—Bueno, si tantas ganas tienes... hay una manera.

—¿Cuál?

Fourpetal escribe el borrador de un correo y se lo enseña a Raf.

«Hola, Denise: un colega mío ha tenido que cambiar sus planes de viaje y va a pasar un par de días en Londres la semana que viene. Me encantaría que viese lo que me has enseñado esta mañana. Siento no haberte avisado con más antelación. Voy a estar ilocalizable una temporada, así que, si puedes organizar otro recorrido, te agradecería que llamas directamente a mi colega a este teléfono».

—¿Crees que colará? —pregunta Raf.

—Sí. Mandamos el mensaje y luego lo borramos del servidor de correo. Puede que el tío de Nostrand no llegue a enterarse nunca de que le han suplantado.

—¿La idea, entonces, es que yo entre allí haciéndome pasar por un sudafricano?

—En realidad solo tienes que preocuparte por ImPressure*.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas del vídeo de presentación que vimos, ese tan divertido? ImPressure* tiene un sistema de reconocimiento facial. Si han entrado en tu casa, lo más probable es que estés en su base de datos, y en ese caso no sirve de nada que te disfracemos, por muy bien que lo hagamos: el sistema te identificará.

—¿Me pillarán, entonces?

—No necesariamente. Esos sistemas se equivocan mucho. Alguien mirará la pantalla y dirá: «ImPressure* dice que este alto directivo de Nostrand Discovery es en realidad un joven londinense que se llama Raf y que figura en nuestra lista de tíos a los hay que vigilar. Pero esto es absurdo: ImPressure* debe de haber patinado otra vez. Vamos a eliminar el mensaje de alerta». ¿Nunca te ha ocurrido ver a alguien que estás convencido de que es un amigo tuyo, y resulta que es otra persona?

Alguien ha vertido un batido de fresa cerca de donde están sentados, y un adolescente con el uniforme del McDonald's intenta fregar el suelo, pero el líquido se le escapa.

—¿Quieres decir que, si no me cogen, si no me ponen las esposas, será porque no se fían de sus sistemas informáticos?

—Sé que nunca has tenido un trabajo de verdad, así que créeme: ninguna empresa

en ningún sector se fía de sus sistemas informáticos. En todo caso, más vale que te decidas de una vez: no sabemos cuánto tardará el tío al que has asaltado en cambiar la contraseña de su cuenta de correo.

—¿Tú lo harías?

—Si quieres que te diga la verdad, no —contesta Fourpetal.

¿Está Raf dispuesto a hacerlo, a arriesgar la vida, como aquellos zorros, para enfrentarse a Lacebark? Le aterra pensar que sea imposible rescatar a Theo, el hombre que ha rescatado a tanta gente. Por lo demás, él no querría que Raf se tirara al mismo agujero sin fondo. Así que no le queda más que llorar por su amigo. También parece difícil ayudar a los birmanos secuestrados por las furgonetas blancas; y a Cherish, desde luego, no puede «salvarla». En cualquier caso, dentro de dos semanas se marcha de Londres: ¿por qué ha de preocuparle la guerra silenciosa que está librando Lacebark, la toxina que están echando por esos tubos? Lo que ocurra en la ciudad ya no es asunto suyo. Nada de esto lo es.

Entonces piensa en la razón que se dio a sí mismo para marcharse: la necesidad que sentía de huir de un sitio tan ligado a su dolor, al desengaño amoroso que había sufrido, porque esa implacable carcoma no estaba solo dentro de él, sino también fuera, en todas las cosas, desde el vals que baila en el aire el papel de fumar que se le escapa a uno de los dedos hasta el mensaje de nulo nulo nulo nulo que la máquina de billetes del metro imprime en el papelito naranja al denegar una compra. Ahora Lacebark se está introduciendo en el sur de Londres, alterándolo, sembrando un terror inaprensible en las calles a las que Raf tuvo tanto apego en otro tiempo. Cuando le dejó su novia, todo se fue a la mierda, y lo único que podía hacer era sufrir en silencio: ahora, siete semanas después, todo se está yendo a la mierda otra vez, pero en esta ocasión puede hacer algo para remediarlo.

Día 11

11.58 a.m.

Mientras espera en la verja del almacén, Raf se pone a rebuscar en el bolsillo izquierdo del pantalón y encuentra por primera vez una hoja de papel arrugada. La saca, la alisa. Es el programa del funeral de su abuela, en 2007. No se había vuelto a poner el traje desde entonces.

—¿Señor Rose?

Raf levanta los ojos y ve a una mujer con gafas de montura de alambre acercarse a grandes zancadas. Se guarda la hoja en el bolsillo a toda prisa.

—Sí —contesta con acento sudafricano: ayer vio en YouTube un montón de vídeos didácticos, así que ahora procura apretar los lados de la lengua contra los premolares.

La mujer, en cambio, tiene acento americano.

—Encantada de conocerle. Soy Denise Belasco. Hemos hablado por teléfono. — Se dan la mano—. ¿Qué le ha contado el señor Jacobs de las instalaciones?

—No hemos podido hablar mucho, pero me ha contado que le impresionaron.

Raf se acuerda de que tiene que mentir con desenvoltura, como Fourpetal. Dos seguratas de Lacebark están de guardia en la puerta lateral del almacén: al pasar a su lado, piensa en lo que sintió la primera vez que entró en una discoteca con unas pastillas escondidas en el zapato. Dentro del recinto, en una antesala sin ventanas, hay otro segurata sentado en una mesa con una serie de pantallas, y, en un rincón, una cámara frigorífica llena de botellas de agua mineral y bebidas energéticas. Ninguna pista todavía: este podría ser el vestíbulo de cualquier edificio.

—Tenemos que escanear su pasaporte —dice Belasco—. Es un incordio, lo siento, pero, como comprenderá, hay que tomar muchas precauciones en un edificio como este.

—Me temo que me lo he dejado en la caja fuerte del hotel; pero tengo el carné de conducir.

Raf lo saca de la cartera. Como Fourpetal le avisó de que esto podría ocurrir, ayer fue a casa de Jonk con Isaac, y los tres se pasaron la noche fabricando el carné. Jonk intentó una vez montar un negocio de falsificación de documentos, así que ya tenía una copia pirata de Photoshop, una impresora de inyección de tinta de segunda mano, y una caja con láminas de plástico, de esas que se pueden sellar con una plancha. El único inconveniente era que Jonk había encargado las láminas en una página web especializada en suministrar a los clientes las últimas innovaciones en falsificación, por lo que ya llevaban impresos hologramas genéricos; pero los carnés de conducir sudafricanos no tienen hologramas, sino marcas de agua rosadas. Así que el documento falso que ha sacado Raf lleva más distintivos de seguridad que uno

auténtico, lo cual no debería preocuparle, si no fuera porque Fourpetal también le ha advertido de que muchos seguratas de Lacebark son sudafricanos.

Ahora, al ver cómo el guardia pasa el carné por el escáner, Raf está tan nervioso como hace un rato, cuando esperaba en la verja y la cámara de vigilancia, como un ave carroñera, giró la cabeza hacia él. Si se queda mirándole en silencio, piensa, va a parecer aún más tenso, así que se vuelve hacia Belasco pensando en algo que decir. Pero no se le ocurre nada.

—Entonces ¿trabaja usted con el señor Jacobs en Tanzania? —pregunta ella, para gran alivio de Raf.

—Así es.

—Me ha contado que estaba en las oficinas de Nostrand en Fehedou cuando el atentado del camión. Debió de ser una experiencia horrible.

—Sí, lo fue.

En la puerta de acero que da —presumiblemente— a la parte principal del edificio hay un letrero que dice solo personal autorizado, una advertencia que a Raf, en este contexto, le parece cómica de puro superflua. (Menos mal que no le han tomado las huellas ni hecho un escáner ocular, piensa, y luego se acuerda del sistema de identificación biométrica que se le ocurrió una vez a Isaac, y en el que el usuario tenía que chupar un tubérculo piezoeléctrico durante medio minuto: se basaba en el principio de que, en el sexo oral, cada uno tiene una técnica singular e inimitable). El guardia le devuelve el carné sin mirarle.

Como parece que está a salvo por ahora, decide arriesgarse un poco:

—Le confieso, señorita Belasco...

—Denise.

—Le confieso, Denise, que hasta hace poco creía que Lacebark se dedicaba exclusivamente a la minería.

Este comentario solo tiene sentido si lo que le van a enseñar no es una mina, y lo más probable es que no lo sea, a menos que Isaac estuviese en lo cierto cuando le dijo que sospechaba que el gran secreto de Lacebark es una mina de diamantes que han excavado bajo las calles de Londres, y que la entrada está en el almacén. (Isaac nunca ha creído que la geología del subsuelo, que hace muy difícil construir túneles, sea la razón por la cual el sur de Londres no cuenta con una verdadera red de metro. Tiene una serie de teorías conspirativas al respecto que se contradicen las unas a las otras. La existencia de una mina en la ciudad vendría a darle la razón).

—No es usted el único ni mucho menos —dice Belasco—. Es verdad que Lacebark siempre se ha dedicado principalmente a actividades extractivas. Se nos conoce como una empresa minera. Pero en los últimos veinte años nos hemos enfrentado en Myanmar a muchos de los problemas que usted y sus colegas de Nostrand tienen ahora en Tanzania. Uno de nuestros principios fundamentales es no subcontratar nada que podamos hacer nosotros mismos, así que hemos destinado ingentes recursos al desarrollo de técnicas muy alejadas de nuestra actividad básica, y

la mejor manera de recuperar esa inversión es ofrecer algunas de ellas en el mercado. San Miguel hizo algo muy parecido con Sentinel en los años sesenta, como sabrá si ha estudiado la historia de Sentinel. Si en Tanzania construimos para Nostrand unas instalaciones como estas, le aseguro que quedarán satisfechos, porque nosotros ya utilizamos unas instalaciones idénticas. Nuestros clientes más exigentes somos nosotros mismos.

Raf trata de desentrañar mentalmente esta parrafada. Sabe por el correo de Pankhead que Lacebark tiene graves dificultades económicas. A estas alturas deben de andar muy necesitados de fondos, y por eso están dispuestos a prestar a otras empresas servicios que no tienen nada que ver con la minería. Como Nostrand Discovery es un cliente potencial, el «señor Rose» puede permitirse, quizá, adoptar una actitud algo más distante.

—¿Entramos, si le parece? —dice Belasco.

El guardia de seguridad aprieta un botón en la mesa, y la puerta de acero emite un zumbido, luego un ruido sordo. Belasco la abre y se la sujeta a Raf para que pase primero.

Muchas veces en su vida, Raf ha dicho sin pensar «Creía que estaba soñando», o «Tuve que pellizcarme», o «Fue una auténtica pesadilla». Ya nunca volverá a decir esas cosas. Porque jamás se ha sentido como ahora, al cruzar la puerta: una conciencia soñolienta e ingenua que flota en una dimensión desconocida.

Está al aire libre. En una calle de Londres. Arriba se ve el sol, pero la luz es débil y el astro está muy cerca, como si fuera el fin del mundo. A la izquierda hay una oficina de correos, una lavandería, una tienda de móviles, un establecimiento de pollo frito, una tienda de todo a una libra, una casa de empeños y un pub. A la derecha, un sitio de comida china para llevar, una frutería, una tienda de artículos de segunda mano con fines benéficos, una carnicería, una peluquería, un local de *kebab*, una casa de apuestas y una farmacia. Todos estos locales se reconocen con facilidad, incluso de lejos, porque los rótulos dicen simplemente oficina de correos de correos, lavandería, teléfonos móviles, etc., escritos todos en letra de palo seco. Hay líneas en zigzag en la mayor parte de la calzada, pero más lejos, detrás de una parada de autobús, se ven unos cuantos coches y furgonetas aparcados. Unos doscientos metros más allá, al final de la calle, se alzan dos bloques de viviendas de protección oficial que forman una L, y al lado hay un parquecito con columpios y un árbol. Todos los edificios relucen demasiado y están demasiado apiñados: el panorama da un poco de grima. Se oyen radios, cláxones y el ruido de un tren suburbano; y huele a grasa de patatas fritas, tubo de escape de autobús y hielo de pescadería derritiéndose en la alcantarilla. Sin embargo no hay suficiente actividad en la calle para crear esta sinfonía de ruidos y olores: no se ven más que unos cuantos transeúntes, casi todos birmanos, hombres y mujeres con ropa de deporte barata que fingen dirigirse a algún sitio. No se ven restos de chicle en el suelo, ni pegatinas en las farolas, ni desconchones en las repisas de las ventanas que hay encima de las tiendas: se echan

en falta la caspa y el sebo que distinguen un cuerpo de un maniquí. El propio Raf ha creado con el ordenador modelos arquitectónicos más realistas.

Parece claro que Lacebark ha construido una especie de set cinematográfico o de parque temático en el interior del almacén, aunque al principio, antes de entender lo que estaba viendo, Raf tuvo la sensación de que el ancho de banda de la realidad había disminuido bruscamente. Superada la alucinación, se dirige a la puerta de la frutería y saca de una caja de cartón un mango que tiene una pinta estupenda. Debajo de las frutas han colocado espuma de poliestireno para que la pila parezca más alta.

Si aquel gimnasio para escaladores era una montaña, este es el pueblo que hay al pie de la montaña. Y puede que el holograma falso del carné de conducir sea el visado que le ha permitido cruzar la frontera.

—Nuestro equipo puede construir algo así para ustedes en menos de tres semanas —dice Belasco, que se ha quedado detrás de Raf.

Se vuelve hacia ella.

—Tenía razón mi colega. Esto es... realmente impresionante.

Entonces trata de imaginar lo que le ocurriría a esta calle falsa si se dejara abandonada un tiempo, como la pista de tenis, y cómo cambiaría su fisonomía en comparación con la de una calle real abandonada en el mismo período. Al principio, el proceso de deterioro revelaría las diferencias, pero luego las iría borrando: los dos mundos —el auténtico y el artificial— divergirían y posteriormente convergerían, del mismo modo que los hermanos mellizos parecen idénticos de niños, distintos de adultos, y finalmente idénticos otra vez al convertirse en esqueletos.

Belasco le quita con delicadeza el mango y lo deja en la caja.

—Tal vez no debería decirlo, pero algunos de nuestros altos directivos no entienden por qué tenemos que construir estas instalaciones. No les cabe en la cabeza que Londres le pueda parecer exótico a nadie. ¿Quién no conoce Londres? Pero a un tipo que ha recibido su instrucción en Lagos, por ejemplo, un territorio como este le resulta peligroso. A quienes están acostumbrados a llevar a cabo operaciones en el desierto o en las montañas les ocurre lo contrario. Aquí, en unos cuantos días de adiestramiento, se puede llegar a aprender mucho: la inversión está justificada incluso antes de que hagamos los primeros simulacros tácticos específicos.

—Los que han proyectado esto ¿son londinenses?

—No —contesta Belasco—. Hemos observado que los nativos del territorio simulado tienden a distorsionar las cosas inconscientemente.

A Raf, curiosamente, le molestan mucho estas palabras. Parece mentira que estos turistas se crean capaces de describir y representar una ciudad que no entienden. ¿Cómo les va a importar la precisión si han escogido principalmente extras birmanos para poblar este microcosmos del sur de Londres? Uno de los extras acaba de entrar en la «lavandería»: a Raf le gustaría saber cómo les contratan y cuánto les pagan.

—Quiero enseñarle la sala de control —dice Belasco.

En el pub, al final de la escalera de atrás, hay otra puerta de acero. Raf entra en la

sala y ve a dos hombres más o menos de su edad sentados en sillas de oficina voluptuosamente ergonómicas, y, frente a ellos, una pared llena de monitores de videovigilancia y paneles de control digital. No hay más luz que la que emite un foco LED de color cambiante, y que ilumina a los dos tipos como los rayos crepusculares que atraviesan una vidriera. Raf se fija en que uno de ellos se estaba comiendo un *wrap* de pollo de supermercado. Hay en la sala un ambiente lánguido que le recuerda al que se percibe en casa de Isaac cuando llevan cuatro horas jugando a los videojuegos. En el suelo, un ejemplar de *Oquedades*, el libro de Villepinte.

—Desde aquí podemos observar a cualquiera y comunicarnos con cualquiera que esté en las instalaciones —explica Belasco—. También podemos cambiar el ambiente, el tiempo y la hora del día. La opción predeterminada es una sucesión de ciclos diurnos y nocturnos de tres horas, ajustándose el tiempo a la estación del año; pero eso también lo podemos modificar, claro.

Raf no puede resistir la tentación de preguntárselo:

—Entonces ¿es posible programar los ciclos de manera que duren veinticinco horas en vez de tres?

Belasco le mira perpleja.

—Naturalmente. A ver, Max, haz que sean las cuatro de la mañana y que llueva mucho, por favor. —El tipo de la izquierda teclea una serie de comandos: afuera oscurece bruscamente, mientras las pantallas pasan a visión nocturna, poniéndose la imagen de color verde esmeralda—. No se ve bien desde aquí. ¿Por qué no baja a comprobarlo?

Raf no imaginó que fuera a ser tan lelo para dejarse cautivar dos veces por este espectáculo, pero el caso es que, al volver a la «calle», nota lágrimas de asombro en los ojos, como cuando uno se pone a ver una película romántica de Hollywood y, aun sabiendo que es un simple producto industrial, acaba hipnotizado. Observando los hilos de ámbar moteado que la luz de las farolas dibuja en el asfalto húmedo, experimenta la misma sensación que al volver a casa bajo la lluvia después de una fiesta *rave*, con la serotonina corriendo todavía por las alcantarillas del cerebro. Todo es tan falso y tan auténtico como un beso de Cherish. El agua debe de salir de centenares de aspersores instalados en el tejado, pero el ruido es idéntico al de la lluvia: puede que Max haya puesto un vídeo de un aguacero real, creando la ilusión de que arriba hay kilómetros y kilómetros de nubes, del mismo modo que los videojuegos le introducen a uno en un ortoedro —caja celeste, lo llaman— que imita un paisaje lleno de colorido, cuando en realidad no es más que una especie de techo pintado al fresco.

Raf mira los dos bloques de viviendas, iluminados como naves espaciales, y entonces percibe un destello naranja en la periferia de su campo visual. Al girar la cabeza, ve algo extraordinario, inverosímil; pero no le da tiempo a mirar bien, porque en ese instante vuelve a salir el sol, y, mientras los ojos se ajustan a la luz, ese algo desaparece. Sigue lloviendo unos segundos más y luego se corta el agua como

cuando para de chorrear una manguera de jardín. La calle está llena de charcos resplandecientes, y Raf siente la ridícula tentación de buscar en el cielo un arco iris. Entonces cae en la cuenta de que Belasco está detrás de él.

—La verdad es que no me gustaría trabajar todo el día en una sala de control oscura —dice ella en un alarde de franqueza—. Pero es el trabajo idóneo para Max, porque tiene una enfermedad que se llama urticaria solar: su piel es muy sensible a la luz del sol. Le salen sarpullidos.

Raf se pregunta si los foros de internet sobre urticaria solar se parecerán a los dedicados al trastorno del sueño que él padece. Deberían organizar una liga de fútbol para las víctimas de todas esas enfermedades raras.

—Denise, ¿es posible que haya visto...?

—¿Qué?

No debería decírselo, piensa. Si se equivoca, si no ha visto lo que cree, Denise sospechará de él: a un directivo de Nostrand este campo de entrenamiento no le impresionaría hasta el punto de causarle alucinaciones. Pero tiene que salir de dudas.

—Puede que solo haya sido una ilusión óptica... pero me parece haber visto un animal. —Se aclara la garganta—. Un zorro.

Belasco asiente con la cabeza.

—Tiene usted buena vista, señor Rose. Cuando el ejército americano empezó a reproducir aldeas iraquíes, algunos militares dijeron que las imitaciones no serían realistas sin animales. Así que metieron burros, cabras, perros... y hasta camellos, tengo entendido. Nosotros seguimos el mismo criterio. Entonces, mmm... bueno, sí, tenemos zorros, y vamos a conseguir palomas también. —Raf lleva apenas veinte minutos con Belasco, así que no se puede decir que la conozca bien, pero sus titubeos le hacen preguntarse si no estará mintiendo—. Ahora, si no le importa, quiero enseñarle un simulacro básico que estamos haciendo.

El escenario del simulacro es una vivienda del segundo piso del bloque de la izquierda. En el pasillo, de camino al apartamento 14, le llega a Raf un tufo demasiado fuerte para proceder de una máquina de olores artificiales. Se vuelve hacia su guía, quien arruga la nariz y mira impassible hacia delante, como si fuera un olor corporal y le avergonzara reconocerlo. Belasco abre la puerta del piso: una vez dentro, Raf nota que el hedor que le ha golpeado es en realidad una mezcla de olores: tamarindo, lejía, estiércol y muchos más. Percibe, incluso, el olor a almizcle que despedía el zorro que vio en el autobús la otra noche. De todos los estímulos sensoriales con los que se ha encontrado en el almacén, este es prácticamente el único que reviste la misma complejidad que las cosas reales, las que hay afuera, en el mundo sin límites.

Belasco conduce a Raf a la cocina.

—Nuestro colega interpeta el papel de un objetivo de alto valor —le explica.

Un birmano delgado se está enjabonando las manos en el fregadero. A Raf se le hace raro entrar así, sin saludar, pero a lo mejor esto es como el teatro, piensa, y los

actores tienen que fingir que no te ven. El escenario está dispuesto de modo que parezca un laboratorio improvisado: las encimeras están llenas de frascos, matraces, buretas y embudos (muchos de estos instrumentos están del revés, sujetos a varillas y soportes de acero, y unidos por tubos de plástico enredados: recuerdan al sistema urinario de un androide), además de guantes de látex, tapones de goma, toallitas de papel, algodones, filtros de café, hornillos eléctricos y muchos otros chismes. En la mesa hay un ordenador portátil, y encima de la nevera una radio de la misma marca cutre que la que tiene Raf en su cocina: está encendida, y, dadas las circunstancias, lo más probable es que la emisora que tienen puesta sea Myth FM. En la repisa de la ventana, una especie de quemador de incienso hecho con dos latas de zumo de guayaba vacías de la marca Rubicon, unidas con pegamento y con varios agujeros en las tapas. Todo, en este set, parece preparado con enorme minuciosidad (si pretenden crear un mundo verosímil, es normal que pongan especial esmero en las zonas que la gente va a mirar detenidamente), lo que no cuadra, sin embargo, con la extraña reacción de Belasco al olor.

—Este piso tiene aún más cámaras por cada diez metros cuadrados que el resto de las instalaciones —dice Belasco—, pero están todas ocultas en aras del realismo. Podemos analizar cada simulacro táctico con extraordinaria precisión, y las operaciones están muy claras. Como si utilizáramos notación de ajedrez.

El birmano ha abierto el grifo y está llenando una tetera eléctrica. Las baldosas de linóleo tienen forma hexagonal.

—¿Qué se supone que está haciendo? —pregunta Raf—. ¿Fabricar explosivos?

Si han decidido que el actor siga ese guión, es seguramente porque Lacebark cree que al menos uno de sus objetivos de alto valor se esconde en un laboratorio de verdad.

—En los ejercicios tácticos, lo único que importa es la posible presencia de sustancias volátiles en el piso.

Raf ensaya mentalmente varias veces antes de hacerle la siguiente pregunta:

—Estos ejercicios tácticos los llevan a cabo en un entorno controlado, pero ¿sabe usted si alguno ha dado resultados concretos, en el terreno?

—¿Si tengo constancia de ello? Bueno, hay muchos asuntos sobre los que no dispongo de información directa. En todo caso, y por lo que me han contado empleados de Lacebark que trabajan en Londres, estas instalaciones han sido extraordinariamente útiles a la hora de preparar las últimas operaciones de la empresa.

¿Podrá sonsacarle algo más?

—Esas operaciones...

—Evidentemente, no me está permitido...

—Lo entiendo. De acuerdo.

—¿Le gustaría ver algo más?

Raf dice que no con la cabeza.

—Ya tengo mucho que asimilar —dice, y es verdad.

Al salir de la cocina, Raf se da la vuelta para echar un último vistazo, y su mirada se cruza con la del birmano, que les está observando marcharse mientras calienta la tetera. Es un momento embarazoso en el que los dos se salen de sus respectivos papeles, aunque, si el tipo le ha hecho alguna seña, Raf no sabría descifrarla.

Baja las escaleras detrás de Belasco. En la calle, ve que siguen cayendo gotas de lluvia de los árboles.

—¿Cuánto tiempo va a estar en Londres? —pregunta ella.

Raf empieza a relajarse. El recorrido ha terminado, y ahora tienen la típica conversación trivial a modo de epílogo. Ya solo tiene que llegar a la puerta de salida.

—Me marcho mañana por la mañana.

—¿Y viaja a algún otro sitio?

Raf se acuerda de la ciudad que ella mencionó antes.

—No, regreso ya a Fehedou.

Belasco frunce el ceño.

—Pensaba que Nostrand había abandonado Fehedou justo después del atentado del camión.

Raf siente como si se acabara de tragar nitrógeno líquido. ¿Cómo de grave es su metedura de pata? No lo sabe. Es cierto que no la ha jodido hasta ahora, al final del recorrido, pero Belasco aún podría dejarle en compañía de un guardia mientras llama por teléfono a Nostrand para comprobar su identidad. Se acuerda de la hoja de papel que lleva en el bolsillo: el programa del funeral de su abuela.

—Sí, es verdad —responde. Intentar explicar el error le llevaría a cometer otro. Ella tiene, sin embargo, un punto débil, y a Raf le conviene aprovecharlo—: Por cierto, Denise, estaba pensando en el olor ese que he notado en el piso. ¿Es artificial también?

Si le hubiese preguntado cualquier otra cosa, piensa, Belasco seguiría dándole vueltas en la cabeza a lo de Fehedou. El caso es que ella da ahora la impresión de querer poner fin a la conversación lo antes posible.

—Por supuesto. Todo es artificial. Utilizamos el último sistema de administración de olores Biopic, con dieciséis cartuchos ROM. ¡Me parece que hoy se notaba demasiado!

Belasco le sonrío, y él responde sonriendo con aire afable. En sus zapatos negros relucientes, los dedos de los pies están todos tan tensos que parece que se le vayan a partir.

4.15 p.m.

Glow. La clave de todo es el *glow*. Raf no para de decírselo mientras le quita la correa a Rose. Acaba de pasar por la tienda iraní de la esquina para comprar alcohol y

comida para perros.

En la casa de muñecas de Lacebark, cuando Belasco le enseñó el falso laboratorio, él preguntó si el birmano estaba fabricando explosivos: pensaba en ese momento en las noticias que había visto sobre la guerra contra el terrorismo, en las imágenes por satélite que mostraban, como si fuesen tumores, las cárceles clandestinas de la CIA. Belasco no quiso soltar prenda, y él no debería haber sacado conclusiones apresuradas. En cualquier caso, está impaciente por encender el ordenador y comprobar si su intuición es acertada. Procura no pensar mucho en el riesgo que ha corrido visitando el almacén, porque, ahora que la adrenalina se ha convertido en vinagre y está a salvo en su casa, es posible que empiece a lloriquear. Por lo demás, tiene gracia que haya recurrido instintivamente al whisky y a su perro fiel para tranquilizarse: se siente como uno de esos nobles terratenientes con la cara colorada. Pero lo cierto es que aún no se ha inventado una pastilla igual de eficaz.

Un laboratorio es como un radiotransmisor: si tienes uno en casa, es más probable que seas un delincuente que un científico aficionado. Casi todas las leyes que puedes violar con una pipeta tienen que ver con drogas o con armas. A veces se trata de drogas y de armas a la vez: así, por ejemplo, el 3-metilfentanilo es un opioide sintético seis mil veces más potente que la morfina, y cuyos adictos están dispersos en los países bálticos como una secta desconocida y miserable; pero también sirve para fabricar el aerosol que los comandos de élite rusos, Spetsnaz, introdujeron en los conductos de aire acondicionado de aquel teatro de Moscú en 2002, y mataron a más de cien rehenes. Un terrorista con espíritu emprendedor podría vender 3-metilfentanilo al por mayor a camellos y, con los ingresos obtenidos, fabricar la cantidad del opioide suficiente para cometer un atentado en el metro de Londres. En este caso, sin embargo, hay que descartar el 3-metilfentanilo, así como el gas sarín, el peróxido de acetona y los demás explosivos de alta potencia y agentes nerviosos que Raf ve enumerados en internet, porque ninguno tiene un precursor orgánico. Si Lacebark está echando herbicidas en los parquecitos que hay frente a los bloques de viviendas de protección oficial, debe de ser por la misma razón por la que los agentes de aduanas tailandeses confiscan aceite de sasafrás: se trata de acabar con uno de los ingredientes de una droga. Y está claro que lo que crece allí no es planta de coca ni *sassafras albidum* ni amapolas de opio. ¿Qué puede ser?

Raf empieza pensando en el posible precursor. Se acuerda de aquel e-mail anónimo, y de las cuarenta y tres plantas que Linneo enumeró al inventar su reloj. Pero ninguna tiene, que se sepa, derivados narcóticos. Es verdad que la amapola islandesa (que se abre a las siete de la tarde) tiene varios alcaloides en común con la amapola de opio, aunque no los suficientes, desde luego. A partir del diente de león (que se abre a las cinco de la mañana) se fabrica un vino especial, pero Raf duda mucho que sea el vino de diente de león lo que ha traído a los hombres de Lacebark a Londres. Se está apoyando demasiado en una pista seguramente falsa. Puede que el precursor sea otra planta que podría formar parte del *Horologium Florae*, pero que

Linneo desconocía. Habría, sin embargo, que buscar entre centenares de miles de especies.

Así que ahora intenta razonar al revés: partiendo de la droga para llegar al precursor. El caso es que la escasez de éxtasis de buena calidad ha convertido Londres en una feria de compuestos de vanguardia: bufredona, DMBDB, MDPV y otros muchos aspirantes a la popularidad. Pero hay uno que destaca entre todos: el *glow*. Cherish le preguntó por esta droga en la *rave*, y, unos días más tarde, Ko quiso venderle un poco. Por eso estaba pensando en ella aun antes de empezar sus pesquisas.

Fourpetal cree que Lacebark llegó a Londres hacia el mes de enero, y Raf no había oído hablar del *glow* hasta la semana pasada. Sin embargo, mirando en Lotophage, descubre que la droga aparece mencionada por primera vez en un *post* del 28 de octubre de 2009: «¿Alguien sabe algo de esa cosa nueva, el “*glow*”? Todavía no he averiguado dónde se consigue, pero tengo entendido que es un entactógeno muy potente :)» (Este emoticono es lo más parecido a un gemido de impaciencia que se haya permitido jamás un miembro del foro). En un mensaje de otro foro, el mismo usuario cuenta de pasada que vive en Londres.

Ahora bien, si el *glow* es la droga que anda buscando, su precursor tiene que ser una planta. Mientras Rose dormita a sus pies como un pequeño agujero negro cedido por un acelerador de partículas, Raf se dedica a leer, en orden cronológico, todos y cada uno de los mensajes del foro que hablan del *glow*. Al parecer, todo el mundo quiere probarlo, pero casi ningún usuario sabe dónde conseguirlo. Por lo demás, nadie conoce su origen. Los eruditos de la Universidad de Lotophage no suelen tolerar las especulaciones, pero en este caso, curiosamente, hacen una excepción: el foro es un hervidero de rumores sobre el *glow*. Un usuario dice que el *glow* existente procede en su totalidad de una remesa experimental sustraída de un hospital del sur de Gales, donde el Ministerio de Defensa lo estaba aplicando al tratamiento del estrés postraumático en los veteranos de la Guerra de Irak. Otro usuario dice que la droga es escasa, pero no nueva, y que él la tomó por primera vez en Ibiza en 1995. Y otro dice que el bombo que se le está dando es una prueba más de cómo se va extendiendo el efecto placebo entre los estúpidos habitantes del mundo desarrollado.

Hay, sin embargo, un usuario que parece saber mucho más que nadie.

El tipo, que se hace llamar Fitch, no interviene en el foro para alardear de sus conocimientos, sino solo para corregir alguna que otra idea equivocada que le irrita especialmente. Raf encuentra, por ejemplo, un foro donde los usuarios conjeturan que la diferencia entre los efectos del *glow* y los del éxtasis se debe en parte a que la transformación enzimática de dopamina en noradrenalina es más rápida en el primero: «creéis que quizá el *glow* le hace a uno sentirse así “porque” las proporciones de dopamina y noradrenalina son diferentes??? —dice Fitch—. Y qué coño queréis decir con “porque”?! Tenéis que leer *L'Amour Médecin* de Molière. Hay un médico que dice “Docto amigo, a quien estimo y reverencio, querría saber por qué el opio causa

sueño”. El otro médico contesta “Porque el opio tiene un ingrediente que embota los sentidos”. En trescientos años no ha cambiado nada excepto la terminología. “Docto amigo, a quien estimo y reverencio, querría saber por qué el MDMA le da a uno ganas de bailar”. “Porque se liberan grandes cantidades de un neurotransmisor catecólico que estimula los sentidos”. Poder explicativo nulo, poder predictivo nulo, hipótesis no falsable... no es una verdadera teoría. Hay más de cien neurotransmisores en el cerebro, y de la mayoría de ellos no tenemos ni puta idea de lo que hacen. Antes todos los fondos iban para investigar la dopamina, ahora es la oxitocina, pronto será la octopamina o la encefalina o la sustancia P o cualquier otra. ¡¡Como todavía sabemos tan poco, nada de lo que decís tiene ningún valor!! Los que intentan explicar las emociones o el comportamiento humano a partir de un solo neurotransmisor no saben de lo que hablan. Cuando se descubra cómo la actividad cerebral determina la experiencia subjetiva, ya estaremos todos muertos o al borde de la tumba... por cierto, es evidente que todo lo que tenga un grupo funcional N-metil-tio-tetrazol producirá un efecto inhibitorio en la dopamina b-hidroxilasa, así que la cadena causal la tenéis del revés».

A continuación aparece un GIF animado de un marino con tricornio mirando por el lado equivocado de un telescopio.

A Raf le intrigan sobre todo las últimas frases de los *posts*: Fitch insiste en que todas esas discusiones son una pérdida de tiempo, y sin embargo no puede resistir la tentación de imponerse en ellas. Recopilando todos sus mensajes, queda claro que el tipo es experto en *glow*. También interviene de vez en cuando en hilos dedicados a los fármacos más raros procedentes de China. En un *post* muy denso habla de la posible neurotoxicidad de las anfetaminas halogenadas, y termina diciendo: «o sea, que estáis todos jugando a la ruleta rusa con vuestra corteza cerebral». Lo curioso es que en ningún momento dice que haya probado las drogas que menciona. Si hablas mucho de drogas sin haber consumido nunca, una de dos: o estás muy alejado del mundo de las drogas, o estás muy metido en él. Al menos eso cree Raf. Puede que Fitch no sea más que un estudiante que está haciendo un posgrado de farmacología en una oscura universidad estadounidense y que se divierte dejando en ridículo a los usuarios de Lotophage. O puede que participe directamente en la fabricación y distribución de *glow*.

Raf apunta las horas exactas a las que Fitch ha escrito todos sus *posts*, confiando en localizarlo si no en el espacio, sí en el tiempo. No va a servir de mucho, porque la mayor parte de los usuarios de Lotophage tienen horarios irregulares. En cualquier caso, no encuentra ningún patrón: Fitch escribe a cualquier hora del día o de la noche. ¿Tendrá el mismo trastorno del sueño que Raf? ¿O trabajará en un colmado como el iraní de la esquina?

Rose está de pie y bostezando. Raf se agacha a acariciarla debajo del mentón. «Muy bien, pequeña, ¿qué es lo que sabemos? —le dice—. El “objetivo de alto valor” de Lacebark es un químico birmano que está haciendo algo turbio en su

cocina. Puede que esté fabricando *glow*. Igual Fitch tiene algo que ver con eso. Igual el químico birmano es él. Ladra si te parece que tiene sentido lo que digo». Pero, en ese caso, ¿sería tan bueno su inglés escrito? ¿Se pondría a citar a dramaturgos franceses? Cherish habla inglés fluido, pero eso es porque se fue a vivir a Estados Unidos a los diez años.

Raf no va a avanzar en sus pesquisas a menos que se ponga en contacto con Fitch.

Ahora bien, si Fitch está huyendo de la gente de Lacebark, y de pronto alguien le escribe intentando averiguar quién se esconde detrás de su pseudónimo, va a sospechar, sin duda, que ese alguien trabaja para la empresa. Habrían podido dar con él mirando en Lotophage, como Raf. Y nada de lo que este diga disipará esa sospecha. De nada servirá ofrecerle pruebas de su identidad: Fitch creerá que son un elaborado engaño de Lacebark, como la fruta de plástico que había en la puerta de la «frutería». Pero el engañado podría ser Raf. Supongamos que Fitch le dice «Sí, es verdad, soy un fabricante de drogas birmano; enhorabuena por dar conmigo»: ¿quién sabe si no le estará tendiendo una trampa? A lo mejor es un agente de Lacebark, un tipo que lleva muñequeras para el túnel carpiano y se pasa el día en un despacho, escribiendo esos *posts* para los que se ha documentado muy bien, y con los que espera ganarse la confianza de algún «objetivo de alto valor» de la empresa. En ese caso, Raf debería preguntarle algo que solo un traficante de drogas birmano puede saber. Pero, evidentemente, no tendría manera de comprobar la información.

Raf siente momentáneamente una gran frustración: lo cierto es que internet casi siempre se reduce a murmullos en la oscuridad. ¿De qué sirven las pantallas y los teclados? Luego piensa en Cherish y en sus fingimientos. Puedes estar en la cama con alguien, sentir su piel ardiente y cómo se estremece de placer (o eso crees), y sin embargo no tener la menor idea de quién es en realidad. ¿Y qué decir de las drogas? Todos los polvos que ha probado en las *raves* eran tan blancos como amargos: metérselos era tomar matarratas. La superficie de las cosas no dice nada. Una dirección de correo anónima, una pastilla, el candado en la puerta de un almacén, la mirada alegre de una chica: hay que averiguar lo que hay detrás, cruzar a ciegas al otro lado con la esperanza de no encontrar un vacío que te atrape.

«Lacebark ha matado a un amigo mío. No sé lo que van a hacer ahora, pero tengo que parales. ¿Me puedes ayudar?». Este es el mensaje privado que Raf le manda a Fitch a través de Lotophage.

Se termina el whisky. Rose se ha vuelto a dormir de ese modo extraño en que a veces lo hace, con los ojos entornados, como si hubiera tenido una sobredosis de 3-metilfentanilo. Raf, que aún no se ha quitado el traje del funeral, decide darse una ducha larga. Cuando vuelve al ordenador en bata, Fitch ya le ha contestado. Abre el mensaje. El corazón le late muy fuerte.

«Siento lo de tu amigo —dice—, pero ¿cómo crees que te puedo ayudar?».

«El *glow* ¿tiene un precursor orgánico o no?», escribe Raf.

Esta vez la respuesta tarda menos de un minuto en llegar. Fitch sigue *online*.

«La pregunta es absurda, todo alcaloide se puede fabricar a partir de sustancias de laboratorio, no hay que ponerse a macerar plantas, la cuestión es si, con los métodos conocidos, se producen cantidades suficientes para compensar los costes, en el caso del *glow*, la respuesta es no».

Raf: «¿Es el *glow* la razón por la que la gente de Lacebark está en Londres? ¿Por qué han venido hasta aquí?».

Fitch: «a lo mejor se han enterado de la macrofiesta UK Garage que va a haber en Elephant & Castle^[15] la semana que viene».

Raf: «Si te andan buscando, ¿no te arriesgas demasiado hablando conmigo? No sabes quién soy».

Fitch: «¡¡Da lo mismo quién seas!! En el caso de que consiguieras que Lotophage te entregara sus registros de direcciones IP, no te valdría de nada, porque accedo a la página desde un servidor proxy. Ahora mismo podría estar justo detrás de ti, sentado en el sofá, escribiendo esto con un portátil. No tendrías manera de localizarme».

Raf se siente idiota: acaba de darse la vuelta instintivamente para ver si Fitch está allí.

Raf: «¿Eres birmano?».

Fitch: «¿por qué me haces todas estas preguntas sobre el *glow*? ¿compras drogas?».

Raf: «A veces. ¿Por qué?».

Fitch: «el gobierno dice que comprar drogas es dar dinero a los terroristas».

Raf: «¿Fuiste tú quien me mandó aquel vídeo el domingo? ¿Eres Horologium Florae?».

Raf se pasa los veinte minutos siguientes mirando el buzón de Lotophage y leyendo un artículo muy largo sobre una veterinaria que por poco se muere después de inducirle el vómito a un perro que había tomado matarratas, sin saber que el fosforo de zinc del veneno se había transformado en fosfano al contacto con el agua y el ácido clorhídrico que el animal tenía en el estómago. Fitch no contesta, y Raf está impaciente, aunque, al releer los mensajes que se han cruzado, se da cuenta de que Fitch no ha dicho nada que haga suponer que tiene algo que ver con Lacebark; ni siquiera ha confirmado que haya oído hablar de la empresa. Dejando aparte la mención de Elephant & Castle, no le extrañaría que fuese estudiante de una universidad de Wisconsin.

Se viste, le llena el cuenco de agua a Rose, y sale de casa. En el cielo se ven las estelas que han dejado un montón de aviones que volaban bajo. A estas alturas de la primavera, las farolas se encienden mucho antes de que anochezca, y parecen incómodas, como los invitados que llegan demasiado pronto a una fiesta. Al llegar al restaurante birmano, Raf se encuentra con el mismo camarero de siempre, pero esta vez, por lo visto, se ha escapado uno de los gatos Maneki Neko. No tenía pensado comer allí, pero el olor de la comida le ha recordado que está hambriento.

—Querría el mismo curry que la última vez —dice nada más sentarse—, y arroz

dulce, salteado de judías, y una cerveza. Pero antes tengo que hablar con Ko.

—Ko está cocinando —responde el camarero.

—Solo será un minuto. Por favor.

El tipo aprieta los labios.

—De acuerdo.

Raf se levanta y le sigue hasta la cocina. Ko está removiendo algo en un wok, sobre una llama, mientras el otro chef pela una calabaza en menos tiempo del que tarda una persona normal en quitar el envoltorio de un huevo de Pascua. El camarero dice algo en birmano y Ko levanta la vista.

—¿Sí?

—¿Puedo hablar contigo? —le pide Raf—. Afuera, si es posible.

El otro chef se hace cargo del wok, y Raf se dirige con Ko al callejón que hay detrás de la cocina. Está algo sorprendido de lo fácil que ha sido convencerle.

Hay varios tambores de aceite vacíos apilados contra un muro, al lado de los contenedores con ruedas, y tres botellas de butano despedigados como animales de circo en una jaula. Ko se saca una cajetilla de tabaco y enciende un cigarrillo.

—Tú dirás.

—La última vez que estuve aquí dijiste que me podías vender *glow* —dice Raf—. Necesito saber dónde lo consigues.

Ko echa un anillo de humo.

—¿Quieres que te enseñe algo?

—Vale.

Ko deja el pitillo en el borde de un contenedor, y luego extrae un objeto negro del bolsillo, sosteniéndolo a la altura del pecho. Raf mira hacia abajo para ver lo que es, y en ese instante alguien que está detrás de él le agarra los brazos. Ko le pone la capucha con cuidado.

Antes de tomar conciencia de lo que está ocurriendo, siente algo apretándole las muñecas, y sus captores lo arrastran por el callejón. Se debate con ellos como puede, lanza gritos de socorro, pero es inútil: cuatro manos le alzan y le dejan en el suelo de lo que debe de ser una furgoneta, porque empieza a notar la vibración del motor en la esterilla de goma sobre la que descansa su mejilla. Las puertas se cierran de golpe y la furgoneta se aleja. Le han cogido.

La capucha huele a calcetines mojados, y lo que le oprime las muñecas da la sensación de ser una de esas bridas de plástico baratas con una hebilla en el extremo. Está acojonado. Se ha instalado en su cabeza una frase tremenda que aún no sabe interpretar, como una escultura de cadmio no euclídea que apareciera una mañana en su cocina. La frase dice: voy a morir esta noche. Lleva diez días tratando de averiguar lo que le pasó a Theo, y ahora lo va a ver por sí mismo. Puede que los de Lacebark tardaran unas horas en comprobar que el sistema de reconocimiento facial no se había equivocado, y para entonces Raf ya se habría ido del almacén: tenían que capturarlo en cuanto se presentara la ocasión. O tal vez fuera el mensaje dirigido a Fitch lo que

le delató: «Lacebark ha matado a un amigo mío. No sé lo que van a hacer ahora, pero tengo que pararles». Escribir eso era como rellenar un impreso solicitando que lo secuestraran e interrogaran.

Isaac cuidará de Rose.

Oye el motor de una vespa, y la radio de un coche eructando música *dancehall*: deben de ir por una calle con mucho tráfico. Quizá pueda averiguar dónde están, piensa, prestando atención a los giros que da la furgoneta; pero está claro que el giroscopio que tiene en el oído no es lo bastante sensible.

Alguien le vuelve a coger bruscamente por los sobacos y le coloca en una postura más cómoda: ahora está sentado contra el costado de la furgoneta, con las rodillas dobladas.

—¿Ko? —pregunta.

—No te preocupes —dice Ko.

—¿Que no me preocupe? ¿Qué quieres decir?

—No te preocupes —repite Ko.

—¿Trabajas para Lacebark?

No hay respuesta.

Al cabo de diez minutos —o tal vez cinco, o quince—, siente cómo el vehículo se arrima a un bordillo y se detiene. Entonces, cuando Ko le está ayudando a bajarse, oye ladrar a un perro, lo que es extraño, porque significa que aún están al aire libre, y los dos almacenes de Lacebark que ha visto tenían un garaje con puertas correderas para que nadie viera cómo se descargaban las furgonetas.

Ko, impaciente, le da un golpecito en la espalda. Raf avanza unos pasos y por poco se tropieza en el umbral de lo que debe de ser la puerta principal de un edificio. En ese instante oye cómo se aleja la furgoneta.

—Ahora hay escaleras —advierde Ko, poniéndole la mano en el hombro para guiarle.

Raf sube penosamente las escaleras hasta un tercer piso. En el primer rellano huele a beicon, lo que le lleva a pensar si no habrá entrado, por segunda vez en el día de hoy, en lo que suponía una mazmorra de Lacebark pero resulta ser un bloque de pisos, aunque, por el crujido de la madera bajo sus pies, este parece de verdad.

Ko llama a una puerta y grita algo en birmano. Una vez dentro, le quita finalmente la capucha.

Lo primero que ve Raf es a Cherish de pie frente a él, con la mano en el hombro de un birmano de aspecto demacrado que está en una silla de ruedas.

Luego, mientras Ko le quita la brida con unas tenazas, echa un vistazo alrededor. Está en el cuarto de estar de un piso de dos o tres habitaciones, en un edificio que parece una casa antigua rehabilitada más que un bloque de viviendas de protección oficial. Hace un instante, al oír a alguien tirar de esos dos gruesos cerrojos, se acordó del estudio de Myth FM, y ahora se da cuenta de que no andaba nada descaminado: el piso es uno de esos contenedores presurizados que uno a veces encuentra en Londres,

y que se utilizan de manera tan brutal y expeditiva, y con fines tan contradictorios, que todos los cuerpos orgánicos e inorgánicos que hay en su interior, y acaso el tejido mismo del espacio, se desgastan rápidamente hasta convertirse en una especie de *kimchi* negro. Hay bolsas de basura pegadas con cinta adhesiva a las ventanas, y cajas de cartón amontonadas en un rincón, al lado de un sofá cama. En la pared, un plano de Londres, un cartel descolorido con la imagen de un templo piramidal gigantesco en medio de la jungla, y una página de publicidad de Lacebook arrancada de una revista, y donde se anuncia la beca anual concedida por la empresa a un proyecto de investigación sobre derechos humanos. La mesa que hay al lado de la puerta que da al resto del piso se ha convertido en un laboratorio cuya finalidad es evidente para Raf, que ya ha visto otros parecidos: guantes de látex, cucharas, papel de aluminio, bolsas de plástico resellables, cubas con lactosa, básculas digitales de precisión y un cepillo para aspiradora.

—¿Qué es esto? —dice Raf—. ¿Qué coño está pasando?

Si hubiera pensado con claridad cuando estaba en la furgoneta, habría caído en la cuenta de lo que significaba que el motor hiciese ruido.

—Teníamos que sacarte del restaurante antes de que se enteraran los de Lacebook —explica Cherish—. Y también teníamos que asegurarnos de que no vieras cómo se llega hasta aquí. Ko no habla muy bien inglés, así que no le habría dado tiempo a convencerte de que te pusieras la capucha. No le quedó otra opción.

El tipo que está en la silla de ruedas susurra algo en birmano. Tiene un aspecto tan cadavérico que a Raf casi le da apuro mirarle: los pómulos y las cuencas de los ojos son desproporcionadamente grandes; la boca está rodeada de heridas relucientes, y la piel es grisácea en algunas zonas, y en otras casi traslúcida, como las gambas medio crudas. Sin embargo, la mirada y la forma de los hombros dan una impresión de fortaleza.

—Además, convenía que supieras lo que se siente cuando Lacebook le captura a uno —añade Cherish, traduciendo, al parecer, las palabras del birmano—. Ya han cogido a muchos amigos nuestros. Tenemos que ser conscientes de la buena suerte que hemos tenido hasta ahora. Por cierto, te aconsejo que no vuelvas al restaurante en una temporada. Los de Lacebook no se van a creer que te guste tanto el *mohinga*.

A Raf las esposas de plástico le han dejado irritadas las muñecas: empieza a frotárselas, pero luego se acuerda de que ha visto a menudo ese gesto en las películas, y le da tanto corte que tiene que parar.

—Pensaba que trabajabas para ellos.

—Sí, a eso me dedico la mayor parte del día —responde ella, y a continuación señala el sofá—: Siéntate. Tenemos muchas cosas que contarte.

Lleva un vestido negro de rayón de una sola pieza con cremallera, y debajo no se ha puesto leotardos. Es un atuendo sobrio, funcional, pero más femenino que las camisetas y los vaqueros que Raf siempre le ha visto llevar: el contraste bastaría para hacerle clavar los ojos en los bordes del vestido, si no fuera porque está demasiado

nervioso por todo lo sucedido.

—¿Quién es? —pregunta, refiriéndose al birmano de la silla de ruedas.

—Raf, te presento a mi hermano Zaya. —El tipo asiente con la cabeza—. Por cierto, él entiende lo que decimos: tiene buen inglés. Pero está enfermo. Aunque ya casi no toma analgésicos, le cuesta mucho pensar con claridad. Y hablar en inglés le cansa demasiado, así que voy a traducir.

Le dice algo en birmano, y Zaya empieza a contar cómo se encontraron de nuevo al cabo de ocho años.

En la época del monzón, vivir en aquel hotel rodeado de jungla era, dice, como estar medio ciego y medio sordo: una niebla cálida enturbiaba el aire y la lluvia ahogaba todos los sonidos, así que nada penetraba en el caparazón de su conciencia hasta que estaba muy cerca de Zaya. Pero este aislamiento no era demasiado molesto, porque le libraba de la ilusión de estar alerta: en diciembre todavía escuchaba atentamente cómo chillaban los bucerótidos mientras trataba de dormirse, convencido de que sabría distinguir el graznido que le avisara de un ataque inminente; en junio, sin embargo, se hacía a la idea de que en cualquier momento podía haber cincuenta soldados rodeando el edificio, y él no se enteraría hasta que lanzasen el primer disparo.

Ese día, cuando Zaya la oyó llegar, la camioneta ya estaba casi en lo alto de la cuesta. Salió corriendo al porche desde el vestíbulo, y vio cómo el vehículo, un Toyota viejo de color gris, temblaba al detenerse: parecía una mula que vuelve a casa con demasiado peso. Kham había ido a recoger a Cherish a Mae Sot, que estaba sesenta kilómetros al este, en el lado tailandés de la frontera; pero para evitar los puestos de control había que conducir por cuevas embarradas, en un viaje que duraba cinco o seis horas y le dejaba a uno molido. Desde el porche, Zaya no distinguía si había alguien en el asiento del pasajero, detrás del parabrisas chorreante, aunque sabía que era posible que Cherish se hubiese negado a ir con Kham hasta el hotel, o que, en los tres días transcurridos desde que él se enterara de que había llegado a Mae Sot, hubiese ocurrido algo que hiciera imposible el encuentro. Entonces la puerta del pasajero se abrió: la chica que se bajó de la camioneta era su medio hermana. Al verle, se le iluminaron los ojos.

Zaya observó asombrado su estatura, su belleza, su ropa de turista, y su corazón se llenó de alegría. Pero al mismo tiempo se forzó a sí mismo a recordar que apenas sabía nada de Cherish, de lo que había hecho en todos esos años —casi la mitad de la vida de ella— en que habían estado separados. Era una chica americana de la que ni siquiera estaba seguro de que estuviese de su parte: no había que descartar que cobrara dinero de Lacebark, ni que llevara un localizador GPS en alguna cavidad del cuerpo. Pero entonces se abrazaron muy fuerte, y él olvidó un rato sus temores.

—Está lloviendo mucho; vamos a entrar —dijo una vez que los sollozos de Cherish se habían hecho más lentos.

La cogió del brazo y la condujo al porche. Kham, mientras tanto, estaba

cubriendo la camioneta con una lona.

Cherish se desprendió de la mochila, y luego se secó la cara y escurrió el borde de la camiseta.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

A primera vista parecían las ruinas de la mansión de un gobernador británico. Si al edificio le faltaba un ala oriental no era por los bombardeos japoneses, sino porque nunca se había llegado a construir. Zaya le contó que, en los años ochenta, una empresa indonesia había comenzado a edificar un hotel de estilo colonial en ese terreno. El gobierno birmano había invertido mucho dinero en el proyecto, y además había pensado construir una carretera desde Kawkareik hasta el hotel: al otro lado de la cuesta había una cascada preciosa, así que seguramente la idea era atraer unos cuantos viajeros desde el norte de Tailandia en la estación seca. Al final, sin embargo, el Ministerio de Turismo no quiso aportar la mitad de los fondos prometidos, y los indonesios se marcharon. Esta conducta era muy frecuente en el gobierno birmano cuando hacía negocios con empresas extranjeras. La compulsión de emprender proyectos y abandonarlos a la mitad, desperdiciando así el dinero invertido, se había convertido en una patología burocrática, una especie de demencia.

Las pocas habitaciones que se habían terminado de construir estaban tan llenas de musgo, madrigueras de ratas y goteras que dormir allí no era mucho más cómodo que en la jungla. Pero Zaya y sus siete camaradas en realidad no vivían en el hotel, sino en un campamento cercano, y aprovechaban todos los materiales y las cosas útiles que encontraban en el edificio abandonado. En la parte trasera de este monumento al despilfarro y la estupidez, todavía estaban los desechos de plástico que habían dejado los albañiles; y, debajo de una escalera a medio construir, Zaya había descubierto un montón de revistas porno tailandesas, que la humedad acumulada en veinte años había convertido en un revoltijo de pezones verdosos.

—Me hace mucha ilusión que estés aquí; por fin, después de tanto tiempo, llega una turista americana. Por cierto, ¿me entiendes bien?

Zaya hablaba una mezcla de birmano y dialecto danu.

—Perfectamente. Casi siempre hablo como tú cuando estoy con mamá —dijo Cherish, que seguía empapada—. ¿Estás bien, Zaya?

—¿Tengo mal aspecto?

—Me recuerdas al tío Chai el día que volvió de la mina.

—Tengo sida, Cherish.

Se quedó callada un rato.

—¿Desde cuándo? —preguntó por fin en voz baja.

—Desde 2004, dos años después de que te marcharas. Pero no se me ha empezado a notar de verdad hasta hace poco.

Le habló de la noche en que se había adentrado con Sam y Chao en el complejo de Lacebark para hacer volar tres de los grupos electrógenos. Pasaron por delante de la fundición, la torre de agua, la machacadora, el taller de motores, las cocinas, la

clínica: los tres conocían muy bien el terreno porque habían trabajado un tiempo allí. Tuvieron mucha suerte; la operación fue tan fácil que Zaya pasó del miedo a la euforia, y empezó a sentir como si tuviera superpoderes. Quería quedarse en el complejo para siempre, deslizándose de un sitio a otro como un espectro vengativo, desarmándolo todo tornillo por tornillo, colándose en los dormitorios de los capataces para mearles en la boca cuando bostezaran.

Emprendieron el camino de vuelta, y casi habían llegado al agujero de la verja cuando se encendieron los reflectores y empezó el tiroteo.

Zaya recibió un disparo de fusil en la parte posterior del muslo: los otros dos le cargaron a cuestas y recorrieron alrededor de un kilómetro hasta que, creyéndose a salvo, se pararon a descansar. Mientras le hacían un torniquete, Zaya solo pensaba en una cosa: no había oído ninguna explosión. Las bombas no habían estallado; la operación había sido un fracaso.

Perdió el conocimiento. Cuando despertó, estaba en una cabaña, tendido sobre una esterilla, y un tipo le estaba desatando el torniquete. Era el médico tartamudo de Gandayaw. El instrumental lo tenía colocado en un paño, y Zaya vio que en los bordes había orín o sangre seca, o tal vez las dos cosas. Luego perdió el conocimiento de nuevo. Lo último que recordaba era una mosca que salía de la boca del médico, pero más tarde llegaría a la conclusión de que había estado delirando.

—Pasé un año medio inconsciente. Luego me fui poniendo cada vez más débil, y al cabo de un tiempo empecé a sospechar lo que había ocurrido. El médico aquel trataba a un montón de putas en Gandayaw. Sam y Chao seguramente le trajeron de la ciudad a toda prisa, y al tipo no le dio tiempo a encontrar instrumental limpio.

En su convalecencia leyó una selección de textos de Marx traducidos al birmano en los años ochenta, en un ejemplar de bolsillo con cinta adhesiva en el lomo. Marx sostenía, al parecer, que las cosas materiales influían en las personas más que las personas en las cosas materiales, una doctrina que a Zaya le recordó al animismo de sus abuelos, la creencia en los espíritus de la tribu y de la cosecha.

La herida se curó sin dejar cicatriz, como si el virus hubiese tenido la astucia de borrar todas las pruebas de su entrada en el organismo de Zaya.

—¿Te has hecho alguna prueba? —preguntó Cherish.

—No.

—Entonces ¿no estás seguro?

—Lo estoy. Tú también lo estarías si me vieses desnudo.

—Pero ahora ya hay medicamentos, ¿no? Conozco a dos tipos en Los Ángeles que tienen el virus desde hace años y ni siquiera parecen enfermos.

—¿Has visto algún dispensario de camino aquí? —replica Zaya—. No. Me voy a poner peor. ¡Vivo en la puta jungla! Hasta el aire es malsano. Vivir aquí teniendo sida es como pillar el virus dos veces. Pero voy a tardar mucho en morir, de eso también estoy seguro.

—¿Quieres que se lo cuente a mamá cuando vuelva?

—No. No le puedes contar ni a ella ni a nadie que me has visto. ¿Cómo está, por cierto?

—Está bien, contenta con su nuevo trabajo. Pero discutimos mucho. No le cabía en la cabeza que me quisiera ir de marcha a Tailandia unos meses después del ciclón. ¿Cómo fue aquello?

—¿Que cómo fue?

Zaya miró a su hermana, y por primera vez vio en ella no a una posible aliada, ni tampoco a una posible agente del enemigo, sino únicamente a una chica que apenas sabía nada de la vida. Se acordó de los dos días que había pasado en aquella barca, navegando hacia el sur, y de cómo había descubierto que, para desembarazarse de un cadáver que flotaba en el agua, lo mejor era meterle el remo debajo del brazo, de modo que, al girar, acabaría dejando atrás el cuerpo. A veces, sin embargo, se daba uno cuenta demasiado tarde de que estaba atado por la muñeca al cadáver que flotaba a su lado —seguramente esas dos personas se habían subido a una palmera, y la ligadura había evitado que el viento las separara—, y notaba cómo el segundo cuerpo golpeaba, suplicante, los talones contra la proa.

—Fue horrible. Lo sigue siendo.

—¿Y en Gandayaw?

—Gandayaw está muy al norte, así que no le afectó lo peor de la riada. Pero el complejo fue un caos durante una temporada.

—Entonces ¿a qué te dedicas ahora? ¿Te cuelas en el complejo para poner bombas? Y, en ese caso, ¿qué haces aquí? Gandayaw está a más de cien kilómetros, ¿no?

—Casi setecientos. Pero ahora tenemos que estar cerca de la frontera.

Cherish intentó matar un mosquito que tenía en la muñeca, pero la palmada no fue lo bastante rápida.

—¿Para qué? ¿Por qué me has traído hasta aquí después de tanto tiempo, Zaya? Explícamelo. ¿Estás luchando contra el régimen?

—No, no es el régimen.

Zaya le dijo que no creía que los generales fueran a durar más de cinco años en el poder. El ciclón Nargis, el Ejército del Estado de Shan, el Ejército de Liberación Nacional de Karen, los monjes de Mandalay, los vándalos de Rangún, y las grandes dificultades que entrañaba, para unos militares sin la menor inteligencia geopolítica, enfrenar a China con Occidente año tras año: por todas estas razones, el régimen estaba perdiendo el control de la situación. Según Zaya, el día de la humillación y muerte de un tirano (o, si no las suyas, las de su sucesor) estaba escrito en las estrellas desde que se hacía con el poder. Una dictadura envejecía y se debilitaba, como todos los animales; pero, si acabar con ella era como matar un elefante, acabar con una empresa era como matar una colonia de hongos dotados de conciencia. Lacey se fundó en 1919 en Carolina del Norte. En Asia solo había un régimen político —la monarquía constitucional de Bután— más antiguo que la empresa, es decir, que

hubiese sobrevivido más tiempo sin paréntesis revolucionarios ni cambios violentos. Por lo demás, Lacebark no era una compañía especialmente longeva. Freeport McMoRan tenía noventa y cinco años. United Fruit Company, ciento ocho. Chevron, ciento dieciocho. De Beers, ciento veinte. Al contrario que los gobiernos, las empresas eran eficaces, capaces de regenerarse a sí mismas, eternas. Zaya estaba convencido de que el gobernante que sustituyera a los generales, quienquiera que fuese (Aung San Suu Kyi, Maha Sammata resucitado, daba lo mismo), permitiría a Lacebark seguir explotando los yacimientos con tal de embolsarse el canon correspondiente.

Cuando llegó a Gandayaw a mediados de los ochenta, el equipo de prospección de Lacebark seguramente dio por sentado que las tribus locales llevaban allí desde la Edad de Piedra. Pero seis o siete generaciones antes, los antepasados de Zaya y Cherish ya vivían en el valle, cultivando los arrozales y comerciando con Mandalay. A menudo, sin embargo, cuando el rey de Birmania exigía demasiado arroz como tributo o demasiados jóvenes para su ejército, sus súbditos huían, como palomas inquietas, al bosque o a las montañas, donde no mandaba el monarca. Y a veces tenían que abandonar su lengua escrita y su folclore, porque este patrimonio les hacía peligrosamente inteligibles para el poder, susceptibles de ser clasificados. Hasta figurar en el censo de la población les parecía humillante. Esa facilidad para dejarlo todo atrás, tirado en el barro, era la razón por la que ningún gobierno había controlado ni llegaría nunca a controlar todo el país.

Los habitantes de Gandayaw y de los pueblos vecinos posiblemente habrían acabado volviendo al valle: ya se habían marchado y habían regresado varias veces. Pero, cuando la gente de Lacebark llegó a Gandayaw, los lugareños se deberían haber esfumado, del mismo modo que sus antepasados habían huido de todos los reyes y conquistadores; deberían haberse alejado lo suficiente para no sentir siquiera la tentación de vender su alma por un puñado de dólares trabajando en el complejo. Si Zaya hubiese sido entonces lo bastante mayor para capitanear la resistencia, quizá les habría convencido de que se fueran. Pero el caso es que les deslumbró lo que trajeron los americanos.

—¿Sabes qué es lo mejor que han traído nunca los americanos a Birmania? —dijo Zaya—. La yuca. La plantas y la dejas crecer el tiempo que haga falta; luego vuelves y te la comes en cuanto puedes: nadie se da cuenta. Ni al gobierno ni a ninguna empresa le vale la pena confiscarla. No se puede quemar ni pudrir ni secar, y no es necesario cultivarla. Puede crecer en cualquier sitio. Para un pueblo libre es el mejor alimento; pero nosotros ya no somos libres. Lacebark nos raciona la comida. —Se rasca el sarpullido de la cadera—. Si te puedes alimentar de yuca, huir a las montañas cuando el rey empieza a exigir demasiado plantea un único problema: ¿cómo llevar nada al mercado? Es imposible bajar al valle transportando madera, bambú, ganado o patatas. Solo te puedes permitir alejarte del pueblo si tienes alguna mercancía que puedas llevar a costas un día entero. Por eso las tribus de las montañas se dedicaron

a comerciar con colmillos de elefante, plumas de pavo real, *sappanwood* y rubíes. Durante un tiempo, lo mejor fue la pimienta. Hace siglos, el grano de pimienta era la mercancía más valiosa del mundo junto con el oro y la plata, y la drupa se podía arrancar de las enredaderas. Si puedes vender pimienta y alimentarte de yuca, entonces eres libre de verdad.

—¿Eso es un viejo proverbio?

—No, es un anacronismo. En aquel tiempo, cuando la pimienta aún era cara, no había yuca en Asia. Pero ya entiendes lo que quiero decir.

—Más o menos.

—¿Tienes hambre?

—Sí. ¿Qué hay para cenar? Déjame adivinar... Yuca, ¿no? Yuca con un montón de pimienta. ¿He acertado?

Zaya sonrió.

—Puede que sí. Pero es tu primera noche aquí; tenemos que celebrarlo. Vamos a salir a tomar algo sabroso antes de que anochezca.

—¿Quieres decir salir a ver si conseguimos algo?

—Eso es. Ya no llueve tanto.

Zaya entró a decirle a Kham adónde iban, y volvió con un machete, una catapulta y una bolsa de plástico llena de tuercas oxidadas. Le dio la catapulta a Cherish.

—¿Recuerdas cómo se maneja?

—Creo que sí.

—Se te daba muy bien.

Mientras Cherish practicaba disparando contra los árboles, Zaya se puso a buscar la verdad detrás de su rostro absorto. Aún podía pedir a uno de sus camaradas que la llevara de vuelta a Mae Sot. En el caso de que trabajara para Lacebark, todavía no era un peligro para ellos: pronto se iban a marchar del hotel, y Zaya no le había contado nada importante. Pero unas cuantas frases podían cambiarlo todo. Si hablaba más de la cuenta, y luego descubría que ella no estaba de su parte, tendría que hacerla desaparecer por lo menos el tiempo necesario para que no se desbaratara la operación que planeaban en Londres. Se resistía, sin embargo, a creer que su hermana pudiese traicionarle: solo de pensarlo se le revolvía el estómago. Pero en 2008 había tardado demasiado en descubrir que Chao colaboraba con el enemigo: un error que había estado a punto de costarle la vida en una redada, y que no quería cometer de nuevo. Además, Cherish ahora era americana, y Zaya sabía que todos los americanos tienen un precio.

Por otro lado, era posible que Lacebark no tuviese suficiente información sobre ella, y ni siquiera hubiese pensado en reclutarla. Unos años antes, cuando el padre de Cherish hizo los trámites necesarios para que se marchara precipitadamente del país, la empresa no había tenido ningún motivo para pensar que valiese la pena seguirle la pista en lo sucesivo. Al cabo de tanto tiempo, ¿cómo iban a relacionar a una chica de dieciocho años que vivía en Los Ángeles con Zaya o con Gandayaw? Esa era la

esperanza que él tenía: que no supiesen nada de su hermana.

—Ahora soy un desastre con esto —dijo ella, mirando la catapulta.

—Puedes practicar con los plátanos —sugirió él mientras se adentraban en la espesura.

Tomaron un sendero que la gente del campamento recorría a menudo cuando salía de caza, pero que no lo parecía, por lo menos si uno no estaba familiarizado con la jungla y veía la frondosa vegetación que había que atravesar. Zaya no podía manejar el machete demasiado rato, porque el brazo enseguida le empezaba a doler.

—¿Qué buscamos? —preguntó Cherish.

—Urogallos, o tal vez codornices. Ten lista la catapulta. —Hicieron un alto para que ella se desatara el pie de una enredadera muerta—. ¿Has estado alguna vez en Londres?

—No.

—Cuando vuelvas a casa, le dirás a mamá que te vas a vivir allí dentro de unos meses.

—¿Estás de broma?

—No.

—En septiembre empiezo la universidad, Zaya.

—Te irás a Londres a trabajar para Lacey. Eres una chica americana muy espabilada que habla birmano: pensarán en la suerte que han tenido de dar contigo. Yo llegaré allí dentro de un año, más o menos.

—¿Qué pasa en Londres?

—Pimienta —contesta Zaya.

Ve que tiene una cría de sanguijuela en el brazo: se la arranca y la arroja a los árboles.

—¿Qué quieres decir?

—Esto es muy importante, hermanita. Más que tú y que yo. Más importante que Gandayaw. Y que Birmania.

—Acabo de terminar la secundaria, y vivo en Echo Park con mamá. Todavía no entiendo bien lo que quieres que haga, pero no tengo vocación de guerrillera.

—Eres mi hermana, y sé lo fuerte que eres.

—¡Pero si no me conoces apenas! La última vez que me viste tenía diez años.

—Seguro que te acuerdas de la conversación que tuvimos aquella noche. Os marchabais al día siguiente. Te dije que me quedaba porque quería luchar. Tú volverías para luchar conmigo cuando tuvieses edad suficiente. Los dos lo juramos. Y ahora ha llegado el momento.

Entonces vio la serpiente.

Era una culebra heterodón de aproximadamente un metro de largo y color amarillo claro con manchas marrones hexagonales, y estaba saliendo de detrás de un mango. Las hojas muertas ni siquiera temblaban a su paso, como si estuvieran lejos de ella. Zaya la señaló, y Cherish dio un grito ahogado.

—¿Es peligrosa?

—Sí. Dispárale en la cabeza.

—¿Qué?

—Date prisa. En la cabeza.

Cherish apuntó demasiado rápido y las manos le temblaron, así que la tuerca atravesó un helecho que había al lado de la serpiente sin rozarla siquiera. El animal levantó la cabeza, silbando furioso, y extendió la capucha.

—Otra vez.

Esta vez la tuerca le dio justo debajo del ojo derecho, y la cabeza cayó al suelo.

—¿Está muerta?

—No, por supuesto que no; solo está aturdida. Cógela por la cola.

—¡Mátala con el machete, Zaya!

—No hay tiempo para discutir. Cógela. —Cherish se inclinó y alargó un brazo hacia la serpiente, pero no dio ni un paso adelante, así que Zaya la empujó. Entonces alcanzó, temerosa, la punta de la cola—. No, más arriba. Con las dos manos. Y no dejes que acerque la cabeza.

La lluvia hacía que la serpiente se le resbalara a uno fácilmente de las manos. Cuando Cherish logró levantarla del suelo, se retorció bruscamente. Por el modo en que la chica encogió los hombros, parecía que se enfrentase a un enemigo el doble de grande que ella. Cuando uno agarra una serpiente por primera vez, siempre le pone muy nervioso esa extraña torsión aparentemente autónoma, una especie de palanca sin punto de apoyo.

—Estámpala contra el árbol de manera que le rompas el cráneo —dijo Zaya. Cherish vaciló, y el animal, colgado boca abajo, se lanzó hacia su muslo, justo debajo de los *shorts*—. ¡No te quedes parada! Escucha: ¿sabe Lacebark que estás aquí?

—¿Lacebark?

—Conviene que le des un par de vueltas para coger velocidad. ¿Han hablado los de Lacebark contigo? ¿Te han ofrecido dinero?

Cherish aún no había acertado con el movimiento, y la serpiente se le caía.

—¿Cómo coño va a saber Lacebark dónde estoy?

—¡Dime la verdad! —Zaya le miró fijamente a la cara, sabiendo que, por primera vez ese día, iba a poder penetrar en sus intenciones. Era como abrir la boca de una serpiente para mirar por el túnel de su cuerpo.

—¡Te estoy diciendo la verdad! —gritó ella.

Zaya se sintió aliviado: ya no dudaba de ella.

Finalmente, Cherish levantó los brazos lo bastante alto para tomar impulso. A pesar de la lluvia, consiguió dar un par de vueltas a la serpiente, y luego le estrelló la cabeza contra el árbol. Se oyó un golpe seco, sobrecogedor, y al animal se le quedó todo el cuerpo tieso.

—Muy bien. Repítelo, para estar segura.

Esta vez, Cherish empleó toda su energía y, jadeando por el esfuerzo, golpeó a la

serpiente tan fuerte que saltaron varios trozos de tronco. Zaya vio que tenía parte del cráneo machacado.

—Perfecto. Ya la puedes soltar.

La culebra cayó al suelo y la cola se estremeció un par de veces más.

—¡Joder! ¡Ese bicho me podía haber matado! ¿Qué era? ¿Una cobra?

—Solo era una culebra heterodón. Duele un poco cuanto te pica, pero lo único que causa es una inflamación bastante grande. Estas cosas no te daban miedo cuando tenías ocho años.

—¡Dijiste que era peligrosa, cabrón!

—Lo es para una rana.

Zaya pensó en decirle a Cherish que despellejara y destripara al animal, pero luego desechó la idea: ya le había obligado a matarlo, y con eso bastaba. Así que lo cogió del suelo, lo puso en un tronco y le cortó la cabeza de dos machetazos. Un hilo de sangre recorrió la madera.

—¿Por qué coño me has hecho hacer eso? —dijo ella—. ¿Y por qué me has preguntado por Lacebark? Ojalá te ahogues con un hueso de pollo.

Se puso a maldecir mezclando el inglés con el dialecto danu, lo mismo que un boxeador alterna los puños. Luego rompió a llorar por segunda vez ese día, y se sentó en el suelo, agotada.

Zaya abrió la culebra en canal hasta el vientre con la punta del machete. La piel era muy elástica, tan fácil de rasgar como un condón, y las entrañas se podían arrancar casi con la misma limpieza, descubriendo una larga columna de carne rosácea que las escamas adornaban con un dibujo intrincado y descolorido, como el que a veces encontraba uno en el interior de los peces. Terminada la tarea, Zaya se acercó a Cherish. Se puso en cuclillas y trató de abrazarla, pero ella se apartó.

—No me toques.

Él sabía lo orgullosa que se iba a sentir más tarde.

—Así es como te recordaba, hermanita. Si te quedaras una semana, seguramente vendría aquí y te encontraría derribando mangos con tres pitones en cada mano. Te vas a ir a Londres, y vas a luchar por nosotros y ganar la batalla incluso antes de que yo llegue.

Cherish olfateó el aire y miró la espiral que formaban las entrañas de la culebra: parecía un trozo de lomo de cerdo introducido por un tubo de escape.

—¿Eso es lo que vamos a cocinar luego?

—Por supuesto.

—¿Está bueno?

—¿Nunca comiste serpiente cuando éramos niños?

—No.

—Sabe horrible, pero es buena para el corazón. Venga, vamos a envolverla y llevárnosla a casa.

9.04 p.m.

Es posible que a Cherish le dé apuro que Zaya casi no pueda hablar si no es a través de su hermana, y que por eso se limitara a traducir sus palabras, sin añadir ningún comentario, como si leyera una larga confesión que alguien hubiese escrito por ella. Mientras hablaban, Ko se encargó de hacer la cena: como no podía cocinar —el hornillo no funcionaba, según dijo—, se pasó el rato en la mesa que hay al lado de la puerta, cortando zanahorias y mangos para una ensalada de camarones secos.

—Cuando Lacebark empezó a operar en Londres, yo llevaba más o menos un año en la ciudad —dice Cherish—. Me contrataron enseguida.

—¿Qué explicación les diste cuando te preguntaron por qué vivías aquí?

—Les dije que había venido por la marcha que hay en Londres, que en Los Ángeles no tienes donde bailar. Lo cual es verdad. Zaya llegó en febrero, y por poco le cogen en Pakistán.

—¡Dios mío! ¿Eras tú entonces? —dice Raf, que aún tiene un plato de papel húmedo en el regazo y trozos de cacahuete en los dientes—. ¡Ya me han contado lo que te pasó! ¿Cómo convenciste al brasileño aquel de que te dejara escapar de la furgoneta?

Cherish se pone a traducir otra vez:

—Los tíos con pistolas que trabajan para Lacebark tienen más en común con nosotros que con sus jefes. Si hablas con ellos un rato, se dan cuenta. La mayoría son buena gente en el fondo. Pero no fue el brasileño quien le dio el alfiler con el que se quitó las esposas. El tío no quería ni escucharle.

Raf se pregunta lo que diría Martin si supiera la verdad.

—Pero, si Zaya no llegó a Londres hasta febrero, ¿qué hacían aquí los de Lacebark el año pasado?

Cherish deja de traducir:

—Es verdad que Zaya pasó cinco años sembrando el caos en el complejo, pero la venganza es lo de menos para Lacebark. Han venido a recuperar el *glow*.

—¿Recuperarlo?

—Para fabricar grandes cantidades de *glow* hace falta un precursor orgánico. ¿Sabes lo que es eso?

Raf asiente con la cabeza.

—El precursor es una flor que en danu se llama *glo*. Antes de que la trajéramos a Londres, solo había un lugar en el mundo donde creciese. Ya habrás adivinado cuál es.

—¿El complejo?

—Sí. Pero ahora está en todo el sur de Londres. Llevamos plantándola aquí desde que llegué.

Lacebark empezó a operar en el bosque de Shan en 1989, explica Cherish. Ya era demasiado tarde para alterar la evolución del *glo*, y a nadie le extrañará que las

plantas de esta especie tengan ciertos genes que les permiten florecer en entornos artificiales o antropogénicos. La mayor parte de las plantas que se abren y cierran lo hacen a las mismas horas todos los días, y prefieren la alta temperatura de color del sol. (Raf entiende mucho de temperaturas de color por los trabajos de infografía tridimensional que ha hecho como autónomo. A los promotores inmobiliarios también les gusta la temperatura alta). Al *glo*, en cambio, le alimentan y seducen las longitudes de onda de la luz artificial. Si lo plantas cerca de una luz que esté encendida las veinticuatro horas del día —como las que instalan las empresas de seguridad en las urbanizaciones—, su ritmo fotonástico se irá acelerando, y llegará un momento en que la flor se abra y se cierre cada ocho o nueve horas. La persistencia de la luz parece compensar las condiciones climáticas adversas, de modo que el *glo* florecerá en regiones con temperaturas medias bastante más bajas que las de la jungla birmana, mientras no esté nunca oscuro. Hay en Stockwell un bloque de pisos de protección oficial que está en ruinas, y el departamento de vivienda puso unos maceteros de hormigón muy grandes en todos los balcones para embellecerlo un poco, pero las plantas se murieron todas el verano pasado, y ahora lo que crece allí es *glo*. Linneo desperdició varios años de su vida tratando de aclimatar la planta del té a los inviernos del Norte, de modo que las potencias europeas no tuviesen que gastar tanta planta procedente de Sudamérica en mercancías chinas. El *glo* le habría sido más útil en su investigación.

—¿Sabes qué más hemos traído de Gandayaw? —añade Cherish—. A la única persona en el mundo que sabe fabricar *glow*, la droga, a partir de *glo*, la planta.

—¿La única que conoce el proceso?

—Sí.

—Pero ¿qué más le da a Lacebark? Ya tienen minas de cobre y de rubíes.

—Sí, pero eso ya no se les da tan bien. Están buscando otro negocio. ¿Sabes qué significa la abreviatura 3M? Minnesota Mining and Manufacturing Company. La empresa antes se dedicaba a la extracción de alúmina, y ahora gana mucho más dinero vendiendo *post-its* y cinta Scotch. Por eso Lacebark quiere empezar a fabricar y vender *glow*. Si nadie más tiene la planta ni conoce el proceso de fabricación, conseguirán un monopolio como el que la Compañía de Indias Orientales tuvo con el opio en China. El mercado mundial de éxtasis mueve unos veinte mil millones de dólares al año. Es imposible saber cuáles son realmente los ingresos anuales de Lacebark, porque se dedican a falsear la contabilidad al estilo Enron para que la gente no se entere de que están jodidos; pero la cifra estará por los siete mil millones y debe de estar cayendo rápido. Si Lacebark lograra que el *glow* fuese la mitad de popular que el éxtasis, podría dejar la minería y centrarse en un negocio eternamente rentable, y nadie sabría nunca lo cerca que estuvieron del precipicio, y ningún directivo iría a la cárcel.

—Pero son una empresa legal.

—Esos laboratorios chinos que fabrican mefredona y bufredona también lo son.

Pronto formarán todos parte de grandes grupos. Así funcionan las cosas ahora.

Isaac sostiene la teoría de que las drogas como la mefredona son una especie de venganza tardía por las Guerras del Opio: finalmente, doscientos años después, los chinos consiguen vender otro narcótico a los británicos.

—Pero Lacebark está sometido a las leyes de Estados Unidos —dice Raf—. Tendrán que empezar a lavar dinero.

—¡Ya lo hacen! La mayor parte del dinero que ganan operando en el complejo va a parar a cuentas bancarias en Macao, y así no pagan el impuesto de sociedades. Si les va bien con el *glow*, seguramente el complejo seguirá abierto, y lo utilizarán como una tapadera más: fabricarán suavizante o lo que sea. Eso es lo que las tribus birmanas tenemos en común con Lacebark: nos encanta evadir impuestos.

—Entonces ¿los de Lacebark te pagan para que les ayudes a encontrar a Zaya y al químico ese?

Cherish traduce de nuevo:

—Nuestro pueblo no tiene muchas leyendas, pero hay una muy importante para nosotros que tiene como ochocientos años. En aquel tiempo hubo un rey arrogante que quiso hacer un censo de la población. Nadie lo había intentado antes. El caso es que le bajamos a rastras del trono y le cortamos la cabeza.

—¿Esa es la leyenda?

—Sí. La moraleja es que no nos gusta que registren nuestros nombres.

—¿Y ahora lo está haciendo Lacebark?

—Efectivamente. Saben que el *glow* se fabrica y distribuye entre la comunidad birmana del sur de Londres, y por eso creen que, si identifican lo que ellos llaman nuestros vectores de influencia, acabarán averiguando de dónde viene la droga. Se supone que yo les ayudo en la tarea, pero la mayor parte de la información que les doy es falsa, evidentemente. Siempre que voy a la pista de tenis a hablar con esos gilipollas, tus colegas de la radio, me acuerdo del viejo hotel.

Hay tanta información que asimilar que a Raf, por primera vez, le entran ganas de seguir la misma dieta que Isaac, la de los tentáculos, porque al parecer favorece la neuroplasticidad. Aún no les ha contado su visita al campo de entrenamiento de Lacebark.

—He visto un poco del tinglado por dentro.

—No te entiendo.

Raf se lo explica, y Cherish y Zaya parecen tan sorprendidos como si les hubiera contado que retó a Bezant a una pelea.

—Eres un tipo valiente —dice Zaya: es la primera vez que Raf le oye hablar en inglés.

—Bueno, sí, la verdad es que pasé mucho miedo, pero ahora no sé de qué ha servido. En realidad lo único importante que averigüé fue que Lacebark anda buscando a un químico: justo lo que me contasteis unas horas después.

—A Lacebark siempre vale la pena darle por el culo —dice Cherish, traduciendo

las palabras de Zaya—. Mientras no muera nadie.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—A finales de mes, la empresa va a cambiar de táctica.

—Ah, sí. El tío de Lacebark con el que hablé me contó que planean algo gordo para el 1 de junio.

—Creemos que los de Lacebark han secuestrado, interrogado y asesinado a unas ocho o nueve personas desde que llegaron a Londres... tu amigo Theo entre ellas. Lo siento de veras —añade al ver la cara de Raf—. En cualquier caso, no les está sirviendo de nada. Y Bezant se está impacientando. Si a finales de mes todavía no han conseguido lo que quieren, van a tomar medidas muy enérgicas. Redadas simultáneas en toda la ciudad. En una noche van a matar a un montón de gente.

—Pero esto es Londres —dice Raf sin demasiada convicción.

—Ya, y como esta es una ciudad del Primer Mundo y tiene unos bares de tapas estupendos, no puede pasar nada malo, ¿no? Ninguno de los soldados de Lacebark ha estado nunca aquí. Para ellos, Londres solo es un campo de batalla más. Les da lo mismo trabajar aquí que en Rangún o en Mogadiscio. Se la suda, y a nosotros también. Es una guerra entre dos pueblos sin Estado que se libra en el territorio de un Estado. —Zaya añade una nota histórica—: Esto no es nuevo para nosotros. Si Bayinnaung, en el siglo XVI, logró conservar su imperio fue porque reclutó mercenarios portugueses con armamento más avanzado.

Raf, por el síndrome que padece, siempre se ha sentido un poco apátrida. Arizona sigue el horario de verano, pero en el territorio del estado hay una reserva de navajos que se niega a seguirlo, y dentro de esta reserva hay una de indios hopi que sí lo sigue: las dos reivindicaciones de autonomía se anulan la una a la otra. Sin embargo, ningún enclave, aparte del complejo de Lacebark, ha tenido nunca el valor de abandonar del todo el horario convencional. Quizá no sea exacto decir que Raf se ha declarado independiente del mundo: sucede, más bien, que el núcleo supraquiasmático de Raf se ha declarado independiente de Raf. Esos anticuados diagramas del cerebro siempre le han parecido como el plano de un territorio; en su caso particular, el NSQ sería un Gandayaw microscópico que se rebela contra el gobierno. Y ahora se pregunta por primera vez si no se habrá dejado enredar en este asunto (incluso después de caer en la cuenta del peligro que suponía, y aun cuando creía casi imposible rescatar a Theo y sospechaba que la chica por la que estaba loco colaboraba con Lacebark) en parte porque se siente preparado para participar en un conflicto fantasmagórico, ajeno al Londres normal, el de todos los demás.

—Entonces ¿cómo pensáis paralles? —pregunta.

Cherish mira a su hermano.

—Todavía no tenemos ni puta idea. Lo único que está claro es que no nos vamos a entregar.

—¿Y por qué no llamamos a la policía para dar un chivatazo anónimo? Les decimos que el almacén es un vivero de marihuana gigantesco, o algo así.

—No funcionaría. Y, aunque lo hiciera, ya has visto la cantidad de birmanos que hay allí, ¿no? Los actores, me refiero. No pensamos joderle la vida a esa gente.

—Pero trabajan para Lacebark.

—Imagínatelo. Pierdes a tu familia en el ciclón. Pasas seis meses en un campo de refugiados en la frontera con Tailandia, y luego consigues llegar a Londres, donde te ofrecen un trabajo que consiste en deambular por un almacén, y por el que cobras tres veces más que un conserje en el turno de noche. ¿Qué otra opción te queda? No, no les reprochamos que trabajen para Lacebark. Todavía están al margen de esta guerra. No queremos bajo ningún concepto que los detengan ni que los deporten; no lo aceptamos ni como daño colateral.

—Entonces ¿no puedo hacer nada para ayudarlos?

—A lo mejor te encargamos algo dentro de poco. Solo queríamos que supieras lo que está pasando. —Se levanta—. Y me gustaría presentarte a alguien.

Al seguirla por el pasillo, Raf siente como si el índice de refracción del aire variara un instante. Mira a su alrededor, y se pregunta si lo que ve es real. Cuando Ko le sacó de la furgoneta, oyó ladrar a un perro y notó cómo una brisa le acariciaba la nuca, pero podía haber sido una cinta con efectos de sonido y un ventilador eléctrico, respectivamente. Igual está de vuelta en el almacén, y Cherish es leal a Lacebark, y Zaya no es más que un actor, y las bolsas de basura que están pegadas en las ventanas ocultan un muro de acero que rodea la casa. El almacén no tenía más de dos pisos, y para llegar aquí subió tres tramos de escaleras; pero ahora, de pronto, está tan inquieto que se pregunta si la supuesta planta baja de este edificio no estará en realidad dos niveles bajo tierra. O quizá le pusieron en una de esas escaleras para correr de los gimnasios. Así que procura fijarse bien en los trozos de masilla Blu Tack de las paredes y en las avispas muertas que parecen tomar el sol en la lámpara de papel, alrededor del borde inferior de la pantalla: Lacebark sería totalmente incapaz de falsificar estos ínfimos detalles de la realidad, como las filigranas de los billetes.

Entran en la cocina.

—Raf, te presento a Win.

Raf se pone aún más nervioso al caer en la cuenta de que ya ha ensayado esta escena: vuelve a ver a un birmano al lado del fregadero, y una encimera atestada de instrumentos de laboratorio; pero es de suponer que esta vez los instrumentos funcionan, y que el birmano sabe algo de química aplicada. No cabe duda de que los de Lacebark reprodujeron bastante bien el laboratorio: este tiene un aire muy similar al del almacén. Por otro lado, los objetos parecen aún más cutres e incongruentes, y falta ese hedor inexplicable, así como la tensión fugaz entre Raf y el birmano cuando sus miradas se cruzan.

—Win desarrolló el proceso de transformación de *glo* en *glow* cuando estaba en Gandayaw —explica Cherish—. Todos y cada uno de los gramos de *glow* que se han consumido nunca los ha fabricado él. Pero no habla muy bien inglés.

Raf deduce que Win no puede ser Fitch, el tipo de Lotophage: menos mal, piensa, que no les ha hablado de él, porque ahora se sentiría idiota por haber dado tanta importancia a un usuario anónimo de un foro que seguramente no tenga nada que ver con este asunto.

Hay un portátil al lado de la estufa, pero la pantalla está bajada y el cable enrollado un par de veces alrededor del adaptador de corriente. Raf saluda con la mano, y Win la levanta también. Es en ese instante cuando Raf se fija en el quemador de incienso que hay en la repisa de la ventana. Un escalofrío le recorre el cuerpo: el chisme es idéntico al que vio en el escenario del simulacro de Lacey, solo que las dos latas con las que está hecho son de zumo de maracuyá, no de guayaba, y de color morado, no rosa.

Se lo cuenta a Cherish.

—¿Y qué? —responde ella.

—Los de Lacey podrían acertar con el aspecto general de una cocina donde se fabrican drogas, pero ¿cómo iban a adivinar un detalle así? Eso quiere decir que han entrado aquí: os tienen vigilados.

—En ese caso, ya nos habrían cogido hace días. —Cherish dice algo en birmano y Win le responde—. Win fabricaba quemadores de incienso en Gandayaw; no los ha inventado aquí dentro.

A Raf le asombra que esté tan tranquila.

—Ya, pero la marca de zumo es la misma.

—Es pura casualidad, Raf. Relájate.

Se acuerda de cómo reaccionó Isaac cuando le dijo que estaba convencido de que los de Lacey habían secuestrado a Cherish, porque no había visto ningún vaso usado en la encimera. Así que le pide que explique este detalle.

—Tenías zumo de naranja en la nevera —dice ella—. Bebí directamente del envase, y luego lo volví a dejar allí.

—Ah, vale.

Isaac tenía razón, piensa Raf: era una idiotez de pista. Ahora ya no está tan seguro de que el quemador de incienso demuestre nada. La moraleja de todo esto es que los zumos de frutas son siempre una fuente de confusión.

Cherish tuerce la cabeza.

—Te noto mustio de repente. ¿Es que tienes miedo de pillar mis gérmenes?

Uno de los defectos del simulacro de Lacey era que el actor no parecía haber personalizado la cocina donde se suponía que su personaje trabajaba por lo menos dos horas en una jornada de tres. Ahora, sin embargo, se fija Raf en dos fotos que hay pegadas en la nevera, y donde se ve a un tipo sonriente y sin camisa. Las imágenes son aún más amarillentas y borrosas que las que suele tomar una cámara de usar y tirar con el flash encendido, pero tienen un inconfundible aire íntimo. En una de ellas se le han pintado los labios al tipo con un rotulador rojo.

—Oye —dice, señalándoselas a Cherish—. Este tío me suena de algo.

Entonces se acuerda. Es el camarero joven del café serbio que había enfrente del almacén. No tiene mucho sentido, piensa.

—Es Jesnik, el novio de Win.

—¿El novio?

—Queríamos tener el almacén vigilado todo el tiempo, pero todos teníamos otras cosas que hacer, y además nos parecía peligroso merodear tanto rato por el barrio. Así que le pagamos a Jesnik para que vigilara. Vino aquí un par de veces a contarnos lo que había visto, y la primera vez se quedó a solas con Win... No se entienden en ningún idioma, así que no tengo ni idea de lo que pasó. En cualquier caso, me alegro por Win: ¿a que es mono Jesnik? Vale, puede que haya exagerado con lo de novio, pero creo que se gustan mucho.

—Si queréis evitar que Lacebark siembre el terror en Londres, ¿por qué no os lleváis a Win a otra parte? Os aseguráis de que sepan que está muy lejos, y así tendrán que ponerse a buscarlo otra vez.

—Sí, eso es lo que pensamos hacer a largo plazo, pero de momento es demasiado peligroso trasladarlo a otro sitio. Lacebark tiene demasiados ojos, y hasta que encontremos el modo de hacerle parpadear... En fin, cambiando de tema: tenemos que ocuparnos de otra cosa antes de que te vayas.

Raf la sigue por el pasillo hasta una habitación que está a la izquierda, y que resulta ser un cuarto de baño. Hay otra bolsa de basura cubriendo la ventana, enfrente del váter. El esmalte de la bañera está tan sucio que se diría que la han sacado de una laguna, y en el fondo reposa, desganada, una alfombrilla antideslizante de goma muy vieja.

—Solo tenemos como diez minutos —dice Cherish—. Luego Ko tiene que llevarte a casa.

Raf mira su reloj digital. 9.51. Lleva casi dos horas allí.

—¿Diez minutos para qué? —Entonces ella se pasa la lengua por los labios y le empuja contra la pared—. ¿Ahora?

Estas cosas increíbles suelen pasarle a Isaac, no a él.

Cherish asiente con la cabeza.

—¿Por qué tiene que ser Win el único que folle en este piso?

—Antes me has traído aquí esposado y encapuchado.

—Sí, y te vas a marchar igual. No puedes saber dónde estamos.

—Pero la semana pasada me dijiste que no te iba el rollo *bondage*. —Ella se ríe, le coge del pelo y le fuerza a besarla. Su labio superior sabe a mango, como el placer mismo. Entre un beso y otro, añade él—: Durante unos días estuve convencido de que trabajabas para Lacebark. De que estabas en el otro bando.

—Todavía no me conoces bien.

Le empieza a desabrochar los vaqueros con mucha maña.

—Espera, me tienes que prometer...

—¿Prometerte qué?

Raf baja la vista.

—Prométeme que no vas a arrancármela con una catapulta y estamparla luego contra un árbol.

—Basta de bromas, ¿vale? Estate callado un ratito.

Cherish baja la mano izquierda hasta la cinturilla de los *boxers* y le agarra los testículos, y con la otra mano le tapa la boca: llega incluso a meterle tres dedos, como si fueran instrumentos de odontología. Raf se vuelve física e intelectualmente incapaz de hablar. Entonces ella se pone de rodillas, le coge la polla y se la chupa el tiempo suficiente para que las terminaciones nerviosas empiecen a brillar como bengalas de socorro marítimo. Se pone de pie, y él le hace darse la vuelta, la atrae hacia sí, le levanta el vestido y le mete una mano en las bragas mientras la besa en la nuca. Al cabo de un rato, Cherish se acerca a la repisa de la ventana y, después de quitar de en medio dos botes de champú vacíos, se sienta con las piernas abiertas y el vestido arremangado hasta la cintura. Raf se pone un condón que ha sacado de la cartera, y, cuando va a intentar hacer algo con las bragas, ella, impaciente, dice que no con la cabeza, lo que le obliga a un movimiento raro, pero no imposible. Hasta ahora Cherish ha dominado de tal modo la situación que, al penetrarla, Raf cree que se va a quedar fría. Pero ella se pone a jadear escandalosamente, y los dos se miran con los ojos muy abiertos, como suelen hacerlo los amantes en los primeros segundos: parece como si acabaran de descubrir algo extraordinario y trascendental que nadie ha imaginado nunca. Mientras le hinca la polla con fuerza, ella se muerde el labio y echa la cabeza atrás, contra la ventana tapada; y es en ese momento cuando él observa por primera vez que se ha desprendido un trozo de cinta celo de la esquina superior derecha, de manera que la bolsa de basura está doblada hacia dentro, y detrás del pequeño triángulo de cristal hay una vista de la calle.

Su mente se divide enseguida en dos partes; una está derretida y la otra helada: arriba, el interior envolvente de Cherish y la presión de sus uñas; abajo, la conciencia de que no puede mirar afuera y la duda de si decírselo o no. Por suerte, el descuido de Cherish no es demasiado grave, porque desde allí no se ve el letrero de ninguna calle, ni ningún pub, ni nada que pudiese conducir a Lacebark a este piso en el caso de que le interrogaran: el *peep-show* se reduce a una papelera, un árbol y el toldo de un restaurante de *noodles*. Al menos está seguro de que no le han traído al almacén.

Luego, cuando Cherish entrelaza los tobillos detrás de sus pantorrillas, se da cuenta de que el restaurante no es de *noodles* sino de «noodels»: Noodels City, la falta de ortografía más famosa de todo el sur de Londres. El rótulo luminoso de color rojo, con sus dos óvalos de *chow mein*, lo ve cada vez que pasa por Camberwell Green en el autobús. Así que ya sabe más o menos dónde está la casa: para encontrarla bastaría con ir a Noodels City y ver si enfrente hay algún edificio con las ventanas tapadas en el tercer piso. Ha descubierto por pura casualidad lo que le estaba prohibido saber. Y tiene la sensación de que le valdría más no saberlo.

Cherish le dice entre susurros que vaya más deprisa. Atrapado entre esas dos

rendijas, como el rayo láser en el experimento que demuestra que la luz es una onda y a la vez una partícula, Raf piensa que ojalá se hubiese quedado ciego en los últimos minutos.

Día 12

11.22 a.m.

Anoche, justo antes de caer en la cama como un cadáver por un precipicio, aún le quedaron fuerzas a Raf para mandarle un mensaje más a Fitch: «Sé que no eres el químico que fabrica *glow*. Quién eres entonces?». Está en una etapa de su ciclo en la que el sueño ocupa casi toda la mañana. Al despertarse, ve que ha llovido mientras dormía, aunque no tiene la sensación de habérselo perdido; le parece, en efecto, haber visto llover en el almacén, luego en el relato de Zaya, luego en el sueño tan agitado que acaba de tener y del que no recuerda más detalles: tres lluvias irreales que se han confundido en una real.

Vuelve al ordenador. La respuesta («cómo sabes que no soy yo?») llegó hace diecisiete minutos, así que es posible que Fitch siga *online*.

«Porque ayer conocí al químico —escribe Raf—. No hablaba inglés, al contrario que tú».

El siguiente mensaje lo recibe, como esperaba, al cabo de unos minutos: «eras tú el tío blanco ese, el que parecía no entender nada? Veintipocos años, ojos azules? De hecho, mi inglés no es malo, tú ya lo ves, lo que pasa es que ella casi no nos dejó hablar».

Raf está tan estupefacto que la siguiente pregunta se la hace sin pensar: «Así que fuiste tú a quien vi en la cocina cuando estaba con Cherish?».

El mensaje final llega al instante. Es como una bofetada: «nada de nombres, pedazo de subnormal».

Raf trata de contestar, pero el sistema de mensajes de Lotophage no le deja.

Fitch le ha bloqueado.

Cuando hablas *online* con alguien a quien no conoces ni tienes manera de ver, la extraña acústica de internet crea la ilusión de que la otra voz está muy cerca, de modo que su silencio te asusta y te hace sentir más solo de lo normal, como si los pájaros que cantan en la ventana se hubiesen callado todos de golpe. Raf podría abrir otra cuenta en Lotophage y mandarle desde allí un mensaje a Fitch/Win, pero parece imposible que le respondiese. Así que ya solo queda pensar en el misterio de por qué Cherish le hizo creer que Win no hablaba inglés. Sea cual sea la razón, está claro que Win aceptó el engaño, porque no abrió la boca para corregir a Cherish. Suponiendo que no se quedara callado por timidez, la explicación más verosímil que se le ocurre a Raf es que ella le tiene por un bocazas al que hay que impedir que hable con nadie de fuera, por si acaso empieza a revelar información confidencial: no se le permite ni la conversación más trivial. Por un lado, Cherish hace bien en desconfiar de Win, que no para de alardear innecesariamente de sus conocimientos en internet, aunque ella seguramente no sabe que el químico birmano habla de *glow* en Lotophage, porque, de

lo contrario, ya se lo habría prohibido. Por otro lado, él no puede ser tan imprudente, si ha cortado la conversación en cuanto Raf ha cometido la estupidez de nombrar a Cherish.

Mientras se prepara para salir —hace mucho que le debe un paseo a Rose, y además necesita despejar la cabeza—, Raf oye anunciar en Myth FM la *rave* que Isaac montará el viernes en el almacén vacío que Lacebark tiene en Walworth. El aviso repite como nueve veces un número de teléfono al que se puede llamar el día de la fiesta para preguntar por la dirección. Raf le manda un SMS a Isaac: «Sigues poniendo anuncios en Myth??». Se siente culpable por escuchar la emisora, pero es que no hay, por desgracia, ninguna otra que ofrezca tanta música de la que a él le gusta.

Isaac le contesta con otro SMS: «Dickson sigue pagando. ¡¡¡Además, si no consigo que se apunte mucha gente, Lacebark habrá ganado!!!».

Día 13

12.33 p.m.

Fourpetal le pasa un artículo arrancado del *Evening Standard* de anoche. Falta la mayor parte del titular, así que Raf lee directamente el texto.

El cantante de rock Matty Wilton comparecerá hoy de nuevo ante la justicia por cargos relacionados con las escandalosas fiestas que organiza en su casa.

El músico de veinticuatro años, líder del grupo The Calmatives, recibió hace poco una sentencia condicional por posesión de cocaína, y ahora deberá declarar ante el Tribunal de Primera Instancia de Southwark, acusado de violar una orden judicial que le instaba a reducir el ruido. La resolución se dictó en marzo a raíz de las denuncias de varios vecinos. Según funcionarios del ayuntamiento, Wilton persiste en su conducta, con fiestas que duran toda la noche.

«Mi mujer y yo tenemos dos hijas que no pueden dormir por la música que se oye al otro lado del tabique», dice Latimer Nollie, vecino del cantante. «A veces hay que soportarlo cuatro o cinco noches a la semana».

Se ha fotografiado a varios invitados, entre ellos la presentadora de televisión Tabitha Derby y la modelo Lizzy Kyeremateng, abandonando la casa de Wilton a altas horas de la madrugada. La vivienda, de cinco dormitorios, se encuentra en Camberwell Grove, al sur de Londres, y es al parecer propiedad de sus padres.

Encima del artículo hay una foto con la leyenda «La casa de las fiestas», y donde se ve, en efecto, la vivienda del cantante, así como una franja de cielo azul, solo empañada por las huellas grasientas de Fourpetal. Se ha insertado una imagen más pequeña en la que aparece Wilton con sombrero de paja y gafas de aviador.

—¿Qué tiene esto que ver con Lacey? —pregunta Raf.

Han vuelto al McDonald's: a veces parece como si tuviesen un lío y este fuese su lugar preferido para citas discretas.

—Latimer Nollie es el director de operaciones de la empresa. Su mujer es inglesa; antigua alumna de Bedales^[16], me parece. Por eso pasan la mitad del año en Londres y la otra mitad en Carolina del Norte. A él le oí hablar una vez en un congreso.

—¿Cómo sabes que es la misma persona?

—¿Crees que hay mucha gente en Londres que se llame Latimer Nollie?

—Vale. ¿Cuánto gana al año el director de operaciones de una empresa como

Lacebark?

—Calculo que unos dos o tres millones de dólares, incluyendo primas, *stock options* y aportaciones a planes de pensiones.

—¿Y me estás diciendo que vive en Camberwell, a menos de un kilómetro de Noodles City?

—¿Has visto esas mansiones georgianas que hay en el extremo sur de Camberwell Grove? No se parecen mucho al resto del barrio. Pero tienes razón hasta cierto punto... Igual su mujer tiene apego a esa zona. En cualquier caso, podemos ir hasta allí y buscar la casa de los padres del cantante guiándonos por la foto. Ya sabemos que Nolic vive en una de las casas de al lado.

—¿Y de qué serviría eso?

—Sería nuestra única oportunidad de pillar a Nolic cuando no estuviese en la oficina, rodeado de guardias de seguridad. Le secuestramos la próxima vez que salga a hacer *footing* o algo así, y luego le retenemos hasta que Lacebark acceda a retirar sus tropas del sur de Londres.

—¿Lo dices en serio?

Por su invencible misantropía, Fourpetal seguramente está más dotado que la mayoría de la gente para vivir como un fugitivo, sin nadie de quien fiarse, pero a Raf no le parece que esta existencia haya sido muy buena para su equilibrio anímico: le conoce desde hace diez días, y, en este tiempo, el tipo da la impresión de haberse deshilachado por dentro, como si la mancha de tomate de la solapa solo fuese el indicio más visible de una herida profunda.

—Totalmente. Tú mismo has dicho que aquí las cosas se van a poner muy feas dentro de poco, va a haber mucha sangre; y tus amigos guerrilleros no tienen ni idea de lo que hacer. Así que hay que tomar medidas extremas. En cualquier caso, los secuestros ahora están muy de moda, por lo visto. Casi me da vergüenza decirlo, pero nunca he secuestrado a nadie. Es como ser el último de la clase en meterle mano a una chica.

—No. Me parece una mala idea.

—Mira, yo voy a ir a buscar la casa aunque no me acompañes. Además, Harenberg está a las órdenes de Nolic, y Pankhead le mencionaba en el correo. Puede que Nolic sea el verdadero responsable de todo lo ocurrido, el que manda allí. ¿No te gustaría verle la cara por lo menos?

Raf se pone a jugar con la pajita, pastoreando los cubos de hielo que han quedado en el fondo del vaso. Anoche, justo antes de volver a casa encapuchado, le preguntó a Ko por qué andaba metido en este asunto.

—Lacebark mató a mis amigos en Gandayaw —contestó.

—¿Y ahora qué? ¿Cuál es el plan?

Ko se encogió de hombros.

—Que dejen de matar.

Una idea sensata, sobre todo considerando que Nolic no le va a perdonar la vida

a nadie. Lo cierto es que Raf siente curiosidad por verle.

6.25 p.m.

Fourpetal tenía razón cuando dijo que Camberwell Grove no se parece en nada al resto del barrio de Camberwell. Observando los sicomoros que se inclinan, protectores, sobre la calzada, y la arrogante distancia que separa las casas semiadosadas de la acera, parece impensable que llegue a haber nunca el menor barullo; jamás se permitiría. Lo cual ilustra una paradoja que Raf ha advertido en ciertas zonas pijas de la ciudad: cuanto más tranquila es la calle, cuanto más aislada está, tanto más probable es que los arquitectos / urbanistas hayan ocupado minuciosamente el espacio entre el bordillo y las viviendas a ambos lados con verjas, barandillas, árboles, setos, bolardos y muros de piedra superfluos, como si creyeran que la calle iba a inundarse dos veces al día de gente, ganado y quién sabe qué más, y que para contener las riadas hacía falta una planificación meticulosa.

—Fue John Coakley Lettsome quien plantó los jardines que hay detrás de las casas —dice Fourpetal—. Muy apropiado en estas circunstancias.

—¿Lettsome? ¿Quién es ese?

—Como la mayoría de los personajes de nuestra historia, coleccionaba plantas raras y hierbas con fines experimentales. Se vino a vivir aquí hacia 1780, cuando Camberwell era solo una aldea con un pozo y sufría una plaga de erizos.

Raf se encoge de hombros. Siempre ha pensado que, si uno necesita indagar en el pasado de Londres para encontrarle el interés o la magia a la ciudad, es que uno no merece vivir allí. Los dos están escondidos detrás de una casa rosa con torrecillas, estilo Wendy, en el jardín que hay enfrente de la mansión de Latimer Nollic. En el caso de que los pillen, tienen intención de hacerse pasar por desquiciados fans de The Calmatives. Si ya han localizado la casa de Nollic es porque un todoterreno se paró hace media hora justo a la derecha de la de Matty Wilton —la presunta mansión de los vicios—, y Fourpetal reconoció al directivo de Lacebark cuando entraba en la vivienda. Desde entonces, Raf ha pasado el rato hablándole a Fourpetal de lo ocurrido ayer, primero en el almacén y luego en el piso de Camberwell Green. Ya le refirió lo esencial en el McDonald's, pero había muchas cosas que contar y estaba demasiado impaciente para entrar en detalles.

—¿Así que la tía de Lacebark llamó a ese sitio «instalaciones»? —dice Fourpetal—. ¿Incluido el piso con el químico inverosímil?

—Sí.

—Pues tiene gracia. En las biografías de los aristócratas lees mucho eso de que el conde tal o el duque tal instaló a su amante en tal sitio. «La instaló en el Hotel Dorchester». «La instaló en un elegante piso del Marais». Como si no fuese una persona, sino un electrodoméstico. Puede que sea la palabra justa en los dos

contextos.

—¿Cómo vas con *Oquedades*?

—Al cabo de varias horas de lectura, he aprendido que la guerra es como la sastería: una cuestión de transversalidad, aporías y endopolítica.

—¿Y qué quiere decir eso?

Fourpetal suspira.

—Bueno, el caso es que leí algo de Kant en Cambridge y entendí la mayor parte. Pero con el libro ese no me entero de nada. Lo que demuestra definitivamente, supongo, que el amigo Villepinte es más listo que Kant.

Se abre la puerta de la casa de Nollíc, y los dos se agachan más. Una niña de unos siete años baja las escaleras, debajo del frontón; luego aparece otra niña casi idéntica, luego un perro de raza pomerania con correa, y finalmente Nollíc, que ha cambiado el traje por unos pantalones caqui y una camisa suelta a rayas. La escena parece sacada de un anuncio de un seguro médico privado muy caro.

—Papá, ¿nos llevarás al muro de escalada el sábado? —dice una de las niñas.

—No, será Alicia quien os lleve; pero mamá y yo no nos perderemos vuestro partido de fútbol del domingo.

Entonces se alejan, y Raf y Fourpetal dejan de oírles.

—Vamos —dice Fourpetal.

Raf le recuerda que Nollíc va acompañado de dos niñas gemelas y un perro.

—Creo que no es el mejor momento para seguirle.

—¿Qué vamos a hacer si no?

Echan a andar. En lo alto de la cuesta hay un bloque de viviendas de protección oficial. El edificio, incongruente con el entorno, tiene un tejado de dos aguas con trozos de musgo amarillo en los bordes, y antenas parabólicas debajo, entre los tubos de desagüe. Nollíc y sus hijas atraviesan el parque infantil anejo: está claro que se dirigen al hipermercado que hay al otro lado. Raf y Fourpetal se quedan indecisos en el aparcamiento un par de minutos, y luego cruzan la puerta automática.

—Parece mentira que todo esto lo hagan por una simple droga recreativa —dice Fourpetal en voz baja—. Que conste que respeto la coca de buena calidad, pero siempre he pensado que las drogas las inventaron los directores de cine cuando la inflación volvió obsoletos los maletines con dinero.

—¿Por qué le han dejado entrar con el perro? A mí nunca me dejan meter a Rose en las tiendas.

—La gente como Nollíc puede hacer lo que le dé la gana. Cuentan con la natural sumisión de la clase trabajadora.

Al principio, recordando la historia de Zaya, Raf tiene la esperanza de que Fourpetal y él puedan merodear por el hipermercado sin ser vistos, como espectros vengativos; pero, cuando un empleado le aborda de repente, forzándole a probar una muestra de *brownie* con malvaviscos, se da cuenta de que tienen que cambiar de táctica. Así que coge una cesta.

—¿Qué se supone que vamos a cocinar? —pregunta Fourpetal.

Pueden aprovechar la receta de curry de Ko.

—Vamos a pillar cebolla, ajo y jengibre. Y leche de coco también. Ese tipo de cosas.

Raf ha observado que, en las cadenas de supermercados como esta, la leche de coco que uno encuentra al lado de la salsa de chile dulce y los *papadams*, en la sección de alimentos asiáticos (pensada para gente que no es de Asia), es por lo menos el doble de cara que la que hay al lado de los frijoles y los sesos vegetales, en la sección de alimentos caribeños (pensada para gente que sí es del Caribe). Así que es verdad lo que le cuentan a uno muchos traficantes de maría que trabajan en barrios en fase de aburguesamiento: se puede ganar bastante dinero vendiendo el mismo producto a diferentes precios, según el grupo étnico.

—¿Somos una pareja de gays? —dice Fourpetal.

—No, somos compañeros de piso.

Fourpetal frunce el ceño.

—¿Tú y yo? ¿De verdad? ¿Y cómo nos hemos hecho amigos?

—No tengo ni idea.

Encuentran a Nollic en el pasillo de repostería, y pasan un rato observándole a cierta distancia. El tipo lleva al perro bajo el brazo; sus hijas balancean la cesta entre las dos. A lo mejor quieren hacer tortitas o algo así. Raf se pone a pensar en lo que ha hecho Lacebark: en los agitadores asesinados en el complejo; en las mujeres torturadas en Gandayaw porque sus maridos pretendían montar un sindicato; en los amigos de Zaya (y el amigo de Raf) secuestrados, interrogados y finalmente liquidados a pocos kilómetros de aquí. Un superior de Bezant tuvo que ordenar estas atrocidades, o por lo menos consentirlas. No es que Raf se esperara a un ser con pezuñas —sabía que iba a tener un aspecto normal, y llevar traje—, pero le cuesta mucho creer que Nollic sea esa persona, quizá no tanto por lo cariñoso que se muestra con sus hijas como por los mimos que le hace a ese perro ridículo, que parece de algodón de azúcar.

Varios millones de dólares al año para sostener una dictadura militar: Nollic seguramente podría sobrellevarlo. Ríos ennegrecidos por los desechos tóxicos de las minas: seguramente también. Lo que no aguantaría serían decenas de asesinatos. Escuchando a Martin, Raf comprendió que todos estos tipos tienen un precio, como dijo Zaya, pero también un límite, aunque no sean conscientes de él hasta que de pronto les frena, como el cinturón de seguridad del coche. Esto no significa necesariamente que en el fondo sean buena gente: lo que pasa es que quieren mirarse en el espejo y sentir que lo son.

Raf se acerca a grandes zancadas.

—¿Qué haces? —susurra Fourpetal, asustado.

—¿Latimer Nollic? —dice Raf justo antes de llegar a las baldas del azúcar.

Nollic se da la vuelta.

—¿Sí?

—Trabajas en Lacedark.

—Sí, claro. ¿Nos conocimos en...?

Fourpetal le alcanza por fin y, presa del pánico, se pone a tirarle del brazo; pero Raf no le hace caso.

—Hay un tipo en Londres, Bezant, que trabaja para ti. Has oído hablar de él, ¿no? Nollic suspira.

—¿Son ustedes periodistas? Miren, estoy con mis hijas. Así no se hacen las cosas.

Tiene el pelo oscuro, con algunas canas, y un cuerpo envidiable: no es que esté muy bronceado ni musculoso, pero todavía parece bien cuidado y atlético, como si llevara una malla de platino muy fina debajo de la piel.

—No, no somos periodistas. A un amigo mío lo ha matado gente de tu empresa.

—¿Están haciendo un documental?

Raf respira hondo. Puede hacer que esto funcione, piensa.

—Seguro que sabes lo que está pasando ahora mismo en Londres, y que está en tu mano detenerlo. Sé que necesitáis *glow*: estáis muy lejos de conseguirlo, créeme. Los otros os dan cien vueltas. Si seguís adelante con vuestros planes, estoy convencido de que lograréis matar a mucha más gente, sí, pero nada más. Así que ¿por qué no lo dejáis ya? Podría ponerlos en contacto con la gente a la que andáis buscando. Podrías negociar, incluso. Igual estáis a tiempo todavía de sacar algún provecho de todo esto.

—Ah, ya lo entiendo. Ustedes son activistas, luchan por la libertad en Myanmar. No sé si saben que cada seis meses publicamos un informe sobre derechos humanos.

—Sí. Antes los escribía yo —replica Fourpetal.

Nollic le mira perplejo.

—He estado en Myanmar. La situación no es la óptima, pero les aseguro que va mejorando. Hacemos lo que podemos. En cualquier caso, este no es el sitio más adecuado para hablar del asunto.

—¿Has estado en Gandayaw? —pregunta Raf.

—Por supuesto. Estuve en 2001 y unos años antes... en 1990, me parece.

De la boca del perro cuelga una lengua muy larga. Parece una de esas cintas de las que hay que tirar en caso de emergencia.

—Contrátenme otra vez —dice Fourpetal de pronto.

—¿Disculpe? —dice Nollic.

—Contrátenme otra vez. Sé más de todo esto que nadie en Lacedark.

Raf le mira incrédulo.

—¿Qué coño estás diciendo?

Una de las niñas se ríe al oír la palabrota.

—Con la información que tengo, Lacedark podría cogerlos a todos mañana mismo —le explica Fourpetal a Nollic—. Solo prométame que estaré a salvo. Acepte

el trato, por favor.

Raf sospecha que Fourpetal decidió hacerle esta proposición a Nollic en el momento mismo en que las palabras salían de su boca. Piensa rápidamente en todo lo que le ha contado hoy. Fourpetal sabe que Cherish ha estado engañando a Lacebark. Sabe cómo encontrar el piso de Zaya. Sabe que Ko trabaja para él y que el chaval del café serbio vigila el edificio de Lacebark además de acostarse con Win. Y también sabe, desde luego, que Raf consiguió colarse allí a base de mentiras. Si Fourpetal habla, quienes no huyan a tiempo morirán todos en un almacén de la empresa.

Nollic ha cambiado de expresión. La punzada de desprecio que hay ahora en su mirada indica que ya está cansado de fingir que no entiende nada de lo que le dicen.

—Debo dejarle clara una cosa, señor...

—Mark Fourpetal. Estuve en el congreso que hubo en Carolina del Norte. Me gustó mucho su discurso.

—Mire, señor Fourpetal, no sé de qué me habla, y este no es el momento oportuno para discutir ningún trato. En cualquier caso, no necesito ni tengo el menor interés en llegar a ningún acuerdo, sea del tipo que sea, con usted ni con su amigo. ¿Entendido? Confío plenamente en todos los empleados de Lacebark, y estoy convencido de que este trimestre cumpliremos todos nuestros objetivos.

Por el tono está bien claro lo que quiere decir: «Vamos a ganar esta guerra».

Raf se da cuenta de que no llevaba razón en lo de antes. Si Nollic tiene un límite, aún le falta mucho para alcanzarlo. Quizá debería estar prohibido dar miedo cuando uno lleva un perro de la raza pomerania acurrucado debajo del brazo, pero lo cierto es que Nollic da miedo, más que nada por su aplomo: no parece alterarle lo más mínimo que los agentes patógenos que se alojan en sus cálculos estratégicos hayan invadido su vida de este modo. Está seguro de que nada puede afectarle. Raf y Fourpetal no son más peligrosos que los zorros de su jardín.

—Me necesita, créame —dice Fourpetal—. Cuando haya escuchado lo que sé... Me necesita.

—No, señor Fourpetal, yo no le necesito. ¿Han terminado ustedes ya?

Raf reconoce esa mirada nerviosa de Fourpetal: ya se la ha visto antes, cuando estaba en casa de Isaac. Por eso sabe que va a darse a la fuga un segundo antes de que lo haga. Pero es demasiado tarde para detenerle.

Por desgracia, Hiromi no está ahí para ponerle la zancadilla. Raf deja a Nollic a lo suyo, suelta la cesta y echa a correr detrás de Fourpetal, que se ha equivocado de dirección: se está alejando de la puerta de la salida, y antes o después tendrá que retroceder por otro pasillo. La persecución subsiguiente parece una escena de claqué mal montada en un musical de segunda: los dos van esquivando coches de bebé, carritos de la compra y señales amarillas de suelo mojado, desviándose torpemente cada pocos segundos, sin llegar a coger velocidad. Al poco rato, Raf suelta un gruñido de frustración, porque le gustaría coger un bote de leche de coco de una balda y tirárselo a la cabeza a Fourpetal, pero tiene miedo de dar a la persona

equivocada. En cualquier caso es más rápido de reflejos que él, y cuando, después de dar la enésima vuelta, llegan a la sección de frutas y verduras, en la parte delantera del supermercado, ya casi está lo bastante cerca para agarrarlo del cuello.

Pero en ese instante nota cómo alguien le toca el brazo.

—¡Caballero! —Un guardia de seguridad barrigudo se interpone en su camino. El tipo, que lleva una cresta de pelo naranja engominada, le mira furioso—. ¿Le importaría vaciar sus bolsillos, caballero?

Raf señala indignado a Fourpetal, que ya está a punto de cruzar la puerta automática.

—Y él, ¿qué? ¡Deténgale también!

—Si lo prefiere podemos ir a la trastienda, caballero.

Raf demuestra lo más rápido posible que no ha robado nada, y el guardia le deja marcharse por fin, no sin antes advertirle de que está prohibido correr «en el interior del establecimiento».

Sale a toda prisa al aparcamiento, que está lleno de coches. Las farolas de halogenuro metálico son como husos que retuercen los últimos hilos dorados del poniente.

Fourpetal ha desaparecido.

8.19 p.m.

En la ventana del consultorio dental hay dos macetas con plantas que nadie parece cuidar, y unas doce prótesis maxilares desperdigadas como insectos muertos después de una fumigación. Raf ve reflejadas en el cristal las farolas y la intersección en cruz de Camberwell Green, que funcionan como una máquina de reparto de paquetes, enviando autobuses al sur, al norte, al este o al oeste según las señas que figuran en la etiqueta. Lleva un rato en la puerta de entrada, a la izquierda de la ventana, apretando repetidamente el botón del tercer piso en el telefonillo. Está convencido de que Zaya vive allí.

No va a ser grato explicarle a Cherish por qué no le ha contado hasta ahora que vio la fachada de Noodles City desde el cuarto de baño. ¿Qué excusa va a darle? «Estábamos follando, y no quería que pararas»: no vale. «Pensé que te cabrearías, aunque no fue culpa mía»: tampoco vale. Diga lo que diga, se va a poner tan furiosa que seguramente no volverá a verla desnuda, así que no haría mal en confesarle el motivo más profundo por el que no fue sincero con ella: que, a pesar de las muchas revelaciones que le hizo esa tarde, aún tenía la impresión de que le ocultaba algo importante (sospecha que se vio confirmada al día siguiente, cuando descubrió que Fitch/Win hablaba un inglés perfecto), y decidió, por una razón estratégica o quizá solamente pueril, ocultar algo él también.

Va a ser una conversación tensa, sí. Pero no le queda más remedio. No cree que

Fourpetal sea tan imbécil como para intentar por segunda vez hacer un trato con Lacebark después de que Nollic le haya rechazado de manera tan humillante. Pero podría cometer muchas otras insensateces. Hoy, antes de perder a su único aliado, estaba hablando de secuestrar a un hombre a plena luz del día: mañana a lo mejor se ata una pistola de agua al cuerpo y asalta las dependencias de la empresa. Que se haya convertido en un peligro inmediato es en parte culpa de Raf, porque, si no hubiese abordado a Nollic, atrayendo así a Fourpetal hacia el pozo gravitatorio de su poder, el cabrón no habría tomado esa decisión tan funesta. Y ha sido Raf quien le ha dado información detallada sobre el movimiento clandestino birmano. Tiene que avisar a Cherish y a Zaya.

Pero nadie contesta al telefonillo.

Ni siquiera está seguro de que tengan conectado el intercomunicador. En cualquier caso no puede quedarse mucho rato allí, con la capucha puesta, porque podría llamar la atención, y hay que evitar a toda costa que nadie se fije en esos pisos.

Los letreros manuscritos que hay al lado de los botones están tenuemente iluminados por detrás con una luz ámbar: son como persianas que ocultan el interior de las casas. Raf prueba a llamar al segundo piso con la esperanza de entrar por lo menos en el edificio; pero el botón debe de estar roto, porque no se oye ningún pitido. Luego aprieta el del primer piso. Al cabo de unos segundos contesta una voz femenina:

—¿Sí?

—Tengo que entregar una pizza en el tercer piso, pero no contesta nadie.

La mayor parte del cielo está nublado, de modo que el sol poniente parece brillar más por el contraste, como cuando el dormitorio de uno está a oscuras y de pronto, al abrirse la puerta, entra la luz del pasillo.

—No dejes entrar a desconocidos —dice la mujer.

La voz se oye entrecortada, pero Raf distingue un acento irlandés.

En ese instante ve, perplejo, un pequeño gofre pegado en el dintel. Pero luego se acuerda de haberle oído contar a Cherish que los miembros de la etnia danu utilizan los panales como amuletos, porque creen que los fantasmas solo entienden los ángulos rectos, y de ahí que les desconcierten los hexágonos. Zaya debe de ser más supersticioso de lo que pensaba. No hay que olvidar, sin embargo, que Cherish se dedica, entre otras cosas, a proporcionar a Lacebark información que no servirá de nada a la red creada por ImPressure*, que solo es compatible con los cuadrados.

De camino a casa, Raf se pregunta qué hacer. No tiene el teléfono de Cherish, que además le ha prohibido expresamente volver al restaurante birmano. Pero no puede quedarse esperando a que ella le llame. La única manera de ponerse en contacto con un miembro de la organización de Zaya es a través de Lotophage. Hasta ahora no le ha parecido que valiese la pena crear una segunda cuenta, porque Fitch/Win podría bloquearla también, o incluso pedirles a los administradores del foro que bloquearan su dirección IP. El asunto es, sin embargo, demasiado urgente para que lo ignore Win.

El problema es que, si este transmite la advertencia de Raf a sus camaradas, Cherish se enterará de que han estado hablando por internet sin que ella lo supiera. Win seguramente querrá evitarlo. O puede que, por el contrario, no le importe.

Al llegar a casa, Raf se sienta delante del ordenador y echa un vistazo a los últimos *posts* de Fitch para saber si es probable o no que Win mire el correo dentro de poco. Entonces observa desanimado que Fitch lleva más o menos un día sin aparecer en Lotophage: la última vez que entró en el foro fue para discutir acaloradamente con otros dos usuarios sobre las posibles interacciones entre el pramipexole y el aminopropilo. El debate empezó a las seis y once de la tarde y acabó hacia las once de la noche. Raf no sabe bien qué hacer, así que se pone a pensar en otro problema: ¿cómo encontrar a Fourpetal? El tipo no tiene mucho dinero: debe de estar viviendo en un hotel barato o un hostel del sur de Londres. Suponiendo que haya seguido el mismo principio que en el caso del McDonald's, es posible que se aloje en un hotel de la cadena Premier Inn, porque el grupo al que pertenece, InterContinental, tiene una capitalización bursátil de cuatro mil millones y medio de dólares aproximadamente, una cifra mucho más baja que la de Laceybank y mucho, mucho más baja que la de McDonald's, aunque superior a las de Whitbread y Travelodge. Pero hay un Premier Inn en Greenwich y otro en Southwark, y Raf no puede vigilar dos hoteles a la vez.

Sigue pinchando en diferentes enlaces, hasta que cae en la cuenta de que hay algo raro en los *posts* que acaba de leer en Lotophage. Fitch mandó mensajes cortos y de tono socarrón a las 9.38, 9.45, 9.49 y 9.56. Cuando Raf vio el portátil de Win en la cocina, le dio la impresión de que llevaba varias horas sin utilizarlo, porque la pantalla estaba bajada y el cable desenchufado y enrollado alrededor del adaptador de corriente. Justo después, cuando estaba en el cuarto de baño con Cherish, miró el reloj, y eran las 9.51.

En realidad esto no demuestra nada. Raf tiene la impresión de que Win le oculta a Cherish que es usuario de Lotophage, así que es posible que guardara el portátil a toda prisa en cuanto la oyó llegar, y luego lo sacara otra vez en cuanto ella se marchó. Pero esas horas le siguen dando que pensar.

Entonces vuelve a la hoja de cálculo donde introdujo las horas exactas de todos los *posts* de Fitch, y, en lugar de examinar la lista a ojo, lo que hace es adaptarla a un formato que le permite descargarla en el programa que pergeñó hace un par de años para analizar sus ciclos de sueño y vigilia. El programa empieza por asignar cada hora al múltiplo de quince minutos más próximo, y luego representa los resultados en un gráfico lineal donde el eje de abscisas corresponde a las horas —y está dividido, por tanto, en noventa y seis intervalos de quince minutos—, y el eje de ordenadas, al número de mensajes. Al principio, Raf no observa ningún patrón: la distribución de frecuencias es fuertemente aleatoria, como lo sería la partitura de la máquina de ruido blanco que tiene en su dormitorio.

A continuación procede a un complicado análisis polifásico para descartar la

descabellada hipótesis según la cual Fitch sufre el mismo trastorno del sueño que él. El eje de ordenadas lo hace tres veces más largo en la pantalla, y luego va disminuyendo poco a poco los intervalos horarios. Antes de que se reduzcan a cero minutos, aparece el patrón: Raf siente como si una flor hubiese abierto sus pétalos, o una chica hubiese separado las piernas, o un trozo de bolsa de basura se hubiese despegado de una ventana. Le dan lástima los algoritmos de ImPressure*, que pueden hacer miles de operaciones así en un segundo, pero no llegarán nunca a sentir este entusiasmo, la emoción de descubrir algo.

Está viendo una onda de sierra invertida con una fase de ciento ochenta minutos: parece el tono más grave producido nunca por un sintetizador. Lo más frecuente es que Fitch cuelgue mensajes a las 12.15, las 3.15, las 6.15, etc., y lo más raro es que los cuelgue a las 3.00, las 6.00, las 9.00, etc. En los intervalos de ciento sesenta y cinco minutos entre las crestas y los valles, la frecuencia disminuye suavemente. La explicación más verosímil que se le ocurre a Raf es que cada tres horas exactamente, sucede algo que impulsa a Fitch a volver al ordenador; entonces tarda unos diez minutos en leer las sandeces que ha escrito la gente en su ausencia; al poco rato se pone a escribir, y en algún momento de las siguientes tres horas se desconecta. Esto no es así en todos los períodos de tres horas, ni siquiera en la mayoría: la onda es de poca amplitud, y Fitch a veces cuelga *posts* a las 3.00, las 6.00 y las 9.00. Con todo, su comportamiento es demasiado regular; hay una pauta que no puede ser casual.

Raf tiene la impresión de que a Fitch le gusta dormir cuando está oscuro, pero cada tres horas se encienden las luces, y él se despierta.

2.46 a.m.

Si Raf estaba en lo cierto, y Belasco le mintió al decir que Lacebark había introducido zorros a propósito en el campo de entrenamiento, puede que la única razón por la que siguen allí sea que la empresa no sabe deshacerse de ellos. Es imposible que se hayan instalado en el almacén, porque a Lacebark, en ese caso, no le costaría nada encontrar sus madrigueras y estrangular a las crías, seguramente uno de los pasatiempos preferidos de Bezant para las tardes tontas de los viernes. No: los animales deben de vivir cerca, y tener algún medio para entrar y salir del edificio (lo mismo que los muyahidines se deslizan por los desfiladeros) que Lacebark todavía desconoce. Queda, naturalmente, la cuestión de qué fue lo que les atrajo al almacén en un primer momento, pero Raf tal vez lo averigüe cuando vuelva a colarse allí.

El recinto está delimitado en tres lados por una verja muy alta rematada con alambre de espino y cámaras de vigilancia, y en el cuarto lado por el viaducto ferroviario. Antes de salir de casa, Raf buscó la zona en Google Maps, y observó que el almacén contiguo, orientado al sudoeste, forma un ángulo recto con el viaducto, pero el depósito no se alinea con ninguna de las dos construcciones, por lo que existe

un hueco molesto como los que uno encuentra en las cómodas mal montadas, y que no mide más de dos metros de ancho. En la imagen por satélite, no es más que una púa gris y marrón, y se ve borroso, así que Raf no tiene manera de saber si podrá entrar por el hueco hasta que lo vea de cerca.

Ahora se encuentra al lado del café serbio, en un callejón extrañamente limpio e inodoro. La verja del depósito, observa, está casi pegada al muro nordeste del almacén contiguo: imposible colarse por ahí. Entonces pasa un rato pensando si no habría sido mejor subir al puente, recorrer un corto trecho de vía, y luego bajar al depósito. Pero no: seguro que la habría cagado, aunque Isaac corría aventuras así continuamente cuando se dedicaba a hacer *graffitis* (una afición que terminó bruscamente la noche en que se hundieron unos tablones podridos, y su amigo cayó con los espráis a una fosa séptica que había en un establecimiento de *kebabs*). Así que tendrá que rodear el almacén en el sentido de las agujas del reloj para ver si puede entrar por el otro lado.

Raf tira de los cordones de la capucha y, al mirar arriba, ve la pastilla plateada medio disuelta en la lengua de la noche. Entonces una nube cubre lentamente el cielo, atenuando la luz de la luna, lo que le parece un buen augurio. Pero al mismo tiempo siente como si tuviera un montón de prótesis maxilares en el estómago, dando vueltas y castañeteando.

Casi ha llegado a la parte trasera del almacén cuando ve justo lo que esperaba: un zorro pasea por el callejón que da al muro lateral de ladrillo del viaducto. Sin embargo, nada más notar que alguien le observa a sus espaldas, el animal se esfuma como el recuerdo de un sueño, y, antes de que pueda acelerar el paso, Raf se encuentra otra vez solo en la oscuridad. Pero por lo menos cree ir en la dirección correcta. A la derecha ve una verja oxidada, y más allá, entre el almacén y el viaducto, un patio estrecho y alargado que no observó en la imagen por satélite. Esta verja, al contrario que la del depósito, tiene huecos de varios centímetros entre los postes (lo que les viene muy bien a los zorros) y mide apenas dos metros de alto (lo que le viene muy bien a Raf). Si la franquea, estará allanando propiedad ajena, aunque el almacén parece abandonado: casi todas las ventanas están rotas. Es cierto que en la entrada hay un cartel que dice recinto vigilado por teymur security systems, pero el número de teléfono que figura debajo empieza por 0171 en lugar de 020, lo que indica que el letrero debe de tener por lo menos diez años.

La verja tiene una gruesa cadena con candado que está, sin embargo, algo suelta, así que Raf abre la verja todo lo que puede, y luego se aúpa apoyando un pie en la cadena como si fuera un estribo. Meter las dos piernas por el hueco resulta mucho más difícil, y por poco se sodomiza a sí mismo con un barrote; pero pronto aterriza al otro lado, jadeando. En el otro extremo del patio hay una furgoneta blanca idéntica a las de Lacedark, y que seguramente fue remolcada hasta allí después de que se incendiara el motor: el capó está levantado, y dentro se ven los restos calcinados de la máquina, mezclados con trozos de pintura gris. El cielo sigue nublado, y está

empezando a llover. Raf no tiene adónde ir, así que se encarama al techo de la furgoneta para mirar por la rendija que hay entre el muro del patio y la viga del viaducto.

Entonces ve otro patio alargado y aún menos atrayente. A la derecha, junto a una tapia, un cúmulo de desperdicios que llega casi a la altura del pecho: neumáticos, trozos de cartón, espuma de poliestireno, botes de pintura, bolsas de basura, guías de teléfonos, teclados de ordenador, flores artificiales, palés de madera rotos, y una colección sorprendentemente extensa de catálogos con muestras de moqueta.

Y también ve, debajo de esta montaña, la cola llameante de un zorro.

Se baja de un salto y empieza a apartar trastos para hacer un túnel. Huele a humedad, pegamento rancio y ratas muertas; puede que haya unas cuantas pudriéndose ahí debajo. No tiene idea de dónde puede haberse metido el zorro, pero por fin, al cabo de un rato, descubre una pequeña cavidad en el ladrillo por la que antes debió de pasar una cañería o un conducto de ventilación. En cualquier otro momento le habría parecido imposible, pero ahora, ni corto ni perezoso, se tiende en el suelo, encoge los hombros y se cuela poco a poco por el agujero hasta golpearse la cabeza con un obstáculo. A pesar de la oscuridad, es evidente que al otro lado hay mucho espacio a lo alto, pero poco a lo ancho; en otras palabras, Raf solo puede atravesar el agujero en horizontal, y salir en vertical. Se siente como Santa Claus, trepando por una chimenea más dificultosa de lo normal, y pensando que ojalá tuviese varios cuellos y cinturas.

Va introduciendo el cuerpo centímetro a centímetro, y luego, por fin, consigue ponerse de pie. Se encuentra en un pasillo frío y demasiado estrecho para permitirle girarse. Está totalmente a oscuras: como aún no se atreve a encender la linterna que ha traído, empieza a tantear a un lado y a otro. Tiene la extraña sensación de estar atrapado entre bastidores en medio de una función teatral.

Al poco rato, sin embargo, sus dedos encuentran una escalera en el muro. En realidad no es una escalera propiamente dicha, con peldaños metálicos, sino una columna de listones de madera atornillados a intervalos regulares en el ladrillo. Pero tiene que llevar a algún sitio, así que decide subirla.

Cuando ya está a unos tres metros del suelo y ha cogido cierta soltura, empieza a preguntarse cuánto más sería sensato escalar. De pronto oye una música que no sabe de dónde puede venir, y se distrae: cuando alarga el brazo para agarrar el siguiente listón, y resulta que no existe, pierde totalmente el equilibrio enseguida y se cae hacia atrás. Asombrosamente, la pared que hay a sus espaldas se desploma también.

Entonces le ciega una luz.

Fitch le está mirando.

—Hola.

Raf está tendido en una nevera. Mejor dicho: tiene la mitad del cuerpo dentro, y las piernas le cuelgan por fuera, como cuando se estaba deslizando por el agujero del muro. La nevera, piensa, debe de tener una abertura en la parte trasera, una especie de

trampilla que da al otro lado de la pared de la cocina. El escenario es idéntico al que le enseñó Belasco, aunque ahora lo ve desde otro ángulo, evidentemente. La luz que entra por la ventana pequeña que hay encima del fregadero tiene una alta temperatura de color para simular la luz del día.

La única novedad son los zorros. Debe de haber por lo menos una docena: algunos en el suelo, otros encima de la mesa de la cocina y en el pasillo. Al ver a tantos juntos por primera vez, se da cuenta de lo variados que son. Hay uno muy robusto y con los colmillos enormes (parece un cruce entre Rose y otro bull terrier); otro más delgado, de movimientos ágiles y precisos, casi como una araña; otro tiene la boca muy ancha y un cráneo que parece un diamante aplanado. A Raf le asombran las miradas, los olores, el colorido. A los zorros, en cambio, el recién llegado no parece interesarles lo más mínimo.

Raf, que tiene todo el cuerpo manchado de arenilla húmeda, sale de la nevera y se levanta.

—¿Estoy a salvo aquí?

—Solo un rato —contesta Fitch—. Seguramente no habrá más simulacros hasta mañana por la mañana... la mañana de verdad.

Raf no se fijó mucho en él la última vez que le vio, así que ahora le observa detenidamente. Debe de medir apenas un metro y medio y tiene la tez bastante oscura, incluso para ser birmano, y unas facciones delicadas que no concuerdan con su actitud.

—Sé que eres Fitch, de Lotophage, pero ¿cómo te llamas en realidad?

—Win.

—¿Sabe Lacebark quién eres?

—¿Eres tonto o qué? ¡Claro que no! No saben que soy químico; se creen que solo soy un actor al que han contratado para hacer de químico. Si conociesen mi verdadera identidad, ¿por qué iban a estar buscándome por todo Londres?

Tiene un fuerte acento birmano, aunque de vez en cuando asoma un dejo inconfundiblemente estadounidense, lo que da a su habla un aire fragmentario. Su sintaxis es la de un tipo que ha estudiado concienzudamente el inglés de los raperos y de los foros especializados de internet.

—¿Y qué me dices del tío que está en el piso de Zaya y que utiliza tu nombre?

—Un gilipollas que no tiene nada mejor que hacer.

Raf empezó a comprenderlo todo nada más ver el gráfico. Cherish tiene a un químico falso en una cocina auténtica (como un hongo auténtico falso), mientras que Lacebark tiene a un químico auténtico en una cocina falsa (como un hongo falso auténtico), pero no lo sabe. El quemador de incienso hecho con latas de zumo de guayaba está aquí porque lo fabricó el propio Win; el otro quemador está en la cocina de Camberwell Green porque Cherish pensó que haría al falso Win parecer más verosímil a ojos de Raf. Quizá no se le ocurrió pensar que la reproducción de un detalle así, que Lacebark jamás habría adivinado, hacía que los dos modelos se

asemejasen tanto que costaba mucho creer su historia. (Si Cherish tuviese al químico de verdad, y Lacebark al falso, las cocinas parecerían distintas, puesto que Lacebark no conoce a Win: se limita a adivinar sus costumbres. Las cocinas solo pueden ser idénticas en el caso de que Cherish sea la falsificadora, porque ella conoce a Win lo suficiente para lograr una imitación perfecta de su lugar de trabajo).

—¿Qué hacen los zorros cuando Lacebark está montando un simulacro o enseñándoles este sitio a los visitantes? —pregunta Raf.

—En cuanto oyen llegar a alguien, se esfuman.

—Esta vez no lo han hecho.

—Porque saben que no eres una amenaza para ellos.

—¿Cómo lo saben?

—Puede que lleven algún tiempo observándote.

Raf piensa en el zorro del autobús, en el de la cancha de baloncesto, y en los cinco del vídeo.

—¿Es que... —vacila— es que se están volviendo más inteligentes?

—Bueno, tampoco se van a poner a hablar, pero sí, eso es. El *glo* tiene ese efecto. Se vuelven más sociables y su inteligencia espacial mejora. Creo que empiezan a utilizar la luz igual que los olores. Trazan mentalmente una especie de mapa tridimensional.

—¿Te refieres a la planta *glo*?

—Sí, les encanta comerla. Si vienen aquí es porque yo se la sirvo. Sabes cómo se fabrica *glow*, ¿no? *Glow*, la droga.

—No.

—Los zorros metabolizan el precursor a partir de los alcaloides presentes en la planta. Entonces lo obtengo de la materia excrementicia, y lo purifico.

Raf vuelve a acordarse de Isaac y su combustible para cohetes.

—Espera, ¿me estás diciendo que el *glow* viene del pis de los zorros?

—Y de la mierda también, sí. No pongas esa cara de sorpresa. ¿Cómo crees que empezaron esos chamanes siberianos a colocarse con falsa oronja? No puedes coger las setas directamente de la tierra y comértelas: son venenosas. Esperas a que un reno se las coma, y luego te bebes su orina. —Fitch ahuyenta a un zorro con plumas en las mejillas que está sentado en una silla, y se la ofrece a Raf—. Mira, está claro que no tienes ni puta idea. Me parece que te lo voy a tener que contar todo desde el principio.

Es posible que el *glow* no hubiera existido nunca de no haber entrado Win en un bar de Gandayaw una noche lluviosa de 2007 para ver un combate de *muay thai* que echaban en la televisión. A uno de los boxeadores tailandeses le estaba haciendo papilla el otro, y, en el viejo televisor del bar, la imagen no paraba de temblar, como si la antena parabólica sintiese los puñetazos que se estaban arreando en Bangkok. Solo había cuatro clientes aparte de Win: un tipo apuesto de raza blanca que tenía la camisa empapada de sudor, y tres adolescentes birmanos que estaban borrachos, y a los que Win había visto varias veces por Gandayaw en el mes transcurrido desde que

llegara a la ciudad.

Unos diez minutos después de sentarse con una botella de cerveza delante del televisor, empezó a oír voces airadas a sus espaldas. Era evidente que los tres chavales estaban decididos a venderle un cartón de tabaco al hombre blanco, pero hablaban tan mal el inglés que el tipo creía que le estaban pidiendo tabaco en lugar de ofreciéndoselo, y no paraba de señalarles el cartón:

—¡Pero si ya tenéis de sobra! —les decía—. Debe de haber diez paquetes ahí.

Los jóvenes llegaron a la conclusión de que el forastero les estaba poniendo las cosas difíciles a propósito, y uno de ellos sacó una navaja.

Win se levantó y fue a la mesa del tipo.

—Lo que quieren es venderte la caja. Dales cinco dólares y te dejarán en paz.

—¡Ah! —dijo riéndose—. Joder, no entendía. De acuerdo.

Encontró un billete de cinco dólares en la cartera (que escondía debajo de la mesa como una mano de póquer: los turistas creen evitar así que nadie vea que llevan mucho dinero encima, pero el efecto es justamente el contrario: salta a la vista que lo llevan) y se lo dio. Los tres se rieron de él, y después se marcharon del bar.

El tipo levantó la vista y miró a Win.

—Gracias —le dijo—. ¿Quieres... mmm... quieres algo de dinero tú también? ¿O una copa?

Se miraron un instante a los ojos sin hablar, y luego Win llamó al barman y pidió un Johnnie Walker Red con Coca-Cola, la bebida más cara que se servía en el local. El tipo le dio la vuelta al cartón de tabaco, volcando todos los paquetes sobre la mesa.

—Aquí no hay más que cuatro —observó, y se echó a reír otra vez.

Win sabía que, si el tipo volvía más tarde al hotel con él, seguramente le ofrecería dinero de nuevo, y no estaba seguro de si lo aceptaría o no. Y es que aún no tenía claro qué era más de mafiosos: rechazar el dinero que le ofrecen a uno a cambio de sexo (porque a los mafiosos no se les puede comprar) o aceptar dinero siempre, sea cual sea la contrapartida (porque los mafiosos no descansan jamás). En cualquier caso daba lo mismo esa noche, porque tenía muchas ganas de follar con el hombre blanco. Hacía tiempo que no se acostaba con nadie que no fuese Hseng, y acostarse con Hseng era como si a uno le dispararan diez mil empanadillas de cerdo calientes a quemarropa con un mortero.

—¿Eres de Lacebark? —le preguntó.

—Sí. Llegué de Yakarta justo ayer, pero vivo en Carolina del Norte. —En el cenicero había una avispa casi muerta que describía pequeños círculos temblorosos, como un móvil que se deja vibrando en una mesa. El tipo se quedó callado un buen rato, como si le resultara tan extraño tener una conversación así que hubiese olvidado las reglas de la banalidad. Finalmente dijo—: ¿Y tú? ¿Eres de esta zona?

—No, soy de Mong La.

—Ah. No he oído hablar de ese sitio.

Mong La era una ciudad en la frontera con China donde el ejército de la etnia wa

ganaba tanto dinero con el opio que un año tuvo la extravagante idea de invertir una parte en la construcción de un museo dedicado a la erradicación de las drogas. Cuando Win tenía quince años, su tía le había mandado a trabajar a la pequeña fábrica de yaba de Hseng. La jornada era muy larga y el sueldo muy bajo, y para colmo los gases le daban dolor de cabeza; pero le consolaba saber que para ser un mafioso había que estar cerca de las drogas y del dinero. Además le fascinaba la química del proceso: la seductora lógica de las reacciones catalíticas, la gramática de los olores, las transformaciones de la sustancia precursora, como las del alma que atraviesa, uno a uno, los treinta y un planos de existencia; y la interminable búsqueda de la pureza absoluta. Le encantaba, incluso, observar cómo las básculas electrónicas vacilaban, puntillosas, antes de dar el peso definitivo, y el brillo polar del producto cristalizado nada más sacarlo del vaporizador.

Su jefe, Hseng, era un chino obeso con la piel llena de manchas y un insaciable apetito de efebos. Una vez a la semana, a veces dos, llevaba a Win a la parte trasera de la fábrica, cerraba la puerta con llave y se desabrochaba el cinturón de marca falso. Tenía, sin embargo, lo que Win reconocería más tarde como un defecto poco común en los hombres: el uso de la fuerza no parecía excitarle. Le gustaba que se la chupase por el precio de un tazón de sopa, pero, si el chico empezaba a resistirse, se le ponía floja enseguida. Así que Win tenía cierto poder de negociación, y pronto lo aprovechó para pedirle que le dejara recibir lecciones de los químicos de la fábrica y pasar unas cuantas horas a la semana en el cibercafé de la esquina, mirando páginas web como Lotophage.

Al cabo de dos años ya dirigía la fábrica en lugar de Hseng. En esa época se alcanzó un récord de producción.

Las cosas fueron bastante bien durante un tiempo. Win cobraba cuatro veces más que antes, y un día Hseng, avergonzado, le dio un regalo: un reproductor de CD cutre, fabricado en China, con el que podía escuchar *hip hop* en cualquier sitio. Fue también en esa época cuando empezó a llevar un collar que había hecho él mismo, y que representaba el anillo hexagonal del benzeno, presente en todas las anfetaminas.

Una noche, hacia el final de la estación de lluvias, Hseng se presentó en casa de la tía de Win y le pidió que despertara a su sobrino, porque le necesitaban urgentemente en la fábrica. Win, soñoliento, salió de la casa con él, y los dos se pusieron a hablar debajo de un baniano.

Hseng le contó que un coronel del ejército de los wa quería asesinarlo y robarle el negocio.

—Tenemos que irnos de Mong La. Tengo un sobrino que vive en una ciudad que se llama Gandayaw, como a ciento cincuenta kilómetros al oeste. Él nos ayudará a instalarnos allí. Podemos montar una fábrica más grande, y tú lo supervisas todo si quieres.

—¿Por qué me voy a marchar? —dijo Win—. Mi tía es la única pariente que tengo.

Hseng pareció dolido.

—Tienes que largarte conmigo. Te matarán a ti también: te sacarán las tripas y te colgarán de un gancho.

Tiempo después, Win caería en la cuenta de que Hseng le había mentado: el coronel no solo no le habría matado, sino que probablemente le habría ofrecido un trabajo mejor. Además, era casi seguro que Hseng había hecho alguna tontería para provocar al militar, porque por un negocio de medio pelo como el suyo no valía la pena matar a nadie. Pero Win no era entonces lo bastante espabilado para comprenderlo, así que hizo la maleta, se despidió apresuradamente de su tía y partió al oeste con él.

Nada más llegar a Gandayaw, vieron claramente que, aunque en la ciudad había un montón de drogadictos y camellos, era imposible crear una fábrica. Las relaciones entre el Tatmadaw y el servicio de seguridad de Laceyark nunca habían sido tan malas, por lo que habría bastado que uno de ellos transigiera con el negocio para que el otro lo cerrase. Por lo demás, el primo de Hseng se había marchado a Tailandia casi un año antes. Así que Hseng decidió montar un casino. Casi todo el dinero que trajo de Mong La lo utilizó para comprar un antiguo puticlub que había cerrado por un incendio, y donde pretendía instalar mesas para jugar al bacará y al blackjack. (También estaba empeñado en poner una pecera y llenarla de tortugas con espejitos incrustados en el caparazón, como bolas de discoteca). Sin embargo, como no tenía contactos en la ciudad, y nadie se fiaba de los chinos, acabó pagando por adelantado la mayor parte de los materiales y de la mano de obra. En Gandayaw, pagar por adelantado era como dar dinero a un monasterio: uno podía olvidarse de obtener ningún beneficio en esta vida. El caso es que, al cabo de un mes, el local parecía aún más ruinoso que cuando lo compró. Una mañana decidió que Win empezara a ayudarlo con la remodelación, pero este hizo —a propósito— tantos agujeros en las paredes que, a la hora de comer, Hseng cambió de idea y le excluyó del proyecto. Ahora lo único que hacía Win era vagar por la ciudad, añorando su reactor, su horno de secado y su prensa giratoria.

El hombre blanco se llamaba Craig. Era «consultor de gestión» de Laceyark, especializado en «optimización de procesos», y la empresa le había enviado tres meses a Gandayaw para que averiguara cómo aumentar la productividad de la mano de obra en el complejo. Hoy en día, la consultoría de gestión se basa exclusivamente en la neurociencia, según le contó a Win: los viejos e imprecisos términos como «atención», «capacidad de iniciativa» y «motivación» remiten a estados cerebrales concretos que se pueden describir con mucha más exactitud utilizando el lenguaje científico. Cuando Win le empezó a hacer preguntas sobre la dopamina y la norepinefrina, Craig quiso saber por qué entendía tanto de esas cosas.

—En Mong La dirigía una fábrica de yaba.

—¿Qué es yaba?

—Una mezcla de metanfetamina y cafeína.

—¿De verdad? ¿Estabas en el negocio de las drogas?

Craig era de cabello oscuro, pero tenía pelos grises y rojizos en la barba.

Win asintió con la cabeza y apretó un puño sobre el corazón.

—Para toda la vida. —Entonces recitó unas frases de *rap*—: «El químico es un guerrero. Los catedráticos del Pyrex luchan por el *crack*, matan a sus socios por un millón de dólares».

—¿Hiciste negocios con las fábricas tailandesas? Las anfetaminas las producen como si fuese leche en polvo. Nada que reprochar en cuanto a la eficiencia, pero hemos hecho un par de estudios, y creemos que, a la larga, lo mejor es dividir el proceso en tareas pequeñas, repetitivas, con los trabajadores sentados. El sistema no funciona tan bien en el caso de la extracción de metales pesados... Joder, lo siento, tengo que dejar de hablar de mi trabajo.

Se tomaron tres copas más, y luego se marcharon. El hotel donde se alojaba Craig estaba en la parte norte de la ciudad, y era propiedad de Lacebark.

El americano tenía el pene más grande que Win había visto nunca, sin contar los de los actores porno. Después, Win se quedó en la cama agotado, y Craig se levantó y empezó a revolver en la maleta. Las ventanas estaban abiertas, pero el aire seguía muy cargado, como si el motor de sus cuerpos entrelazados hubiese sintetizado una molécula demasiado compleja para filtrarse por la mosquitera.

Craig le enseñó una bolsa con granos de café.

—¿Has probado esto alguna vez? Es café de civeta. Lo he conseguido en Yakarta. La civeta se come los granos, los reblandece en el estómago y los caga. Luego tú los tuestas y ya tienes el café. Sabe estupendo, como a cerezas. La idea se les ocurrió a los indonesios en el siglo XVIII, porque los holandeses no les dejaban pillar granos de las plantaciones, pero no podían impedir que recogieran mierdas de civeta con las palas. —Se puso a jugar con un aparato que había sobre la mesa, y que parecía bastante caro—. Antes de marcharme le pedí a la empresa que me enviara esto al hotel. Soy un fanático del café, desde luego, y no estaba dispuesto a vivir tres meses en un hotel sin mi propia máquina de moler. En Estados Unidos están prohibidas en los hoteles, porque la gente como tú las usa para cocinar meta. Hasta en los buenos hoteles, tengo entendido. ¿Quieres una taza?

—No.

Craig frunció los labios, como disculpándose.

—Preferiría volver a la cama, pero en Carolina del Norte todavía es por la tarde, y seguro que tengo miles de correos. Parece que nunca hayan oído hablar de las zonas horarias.

Más tarde, Win volvió andando al antiguo puticlub. Craig no le había ofrecido dinero, lo cual le alegraba. La sala color turquesa de la parte trasera del local estaba a oscuras cuando llegó, pero Hseng aún no se había dormido.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

Win se tumbó a su lado en el colchón.

—En un bar, viendo vídeos.

—Hueles raro.

En el hotel, pensó Win, se debería haber limitado a lavarse la polla y el culo, en vez de tomar un baño de espuma: no había estado tan limpio en varias semanas, y Hseng lo notaba.

—De camino aquí me he bañado en el arroyo.

Se escupió en la mano y luego buscó debajo de la sábana el rábano gordo que Hseng tenía entre las piernas. Haciéndole una paja ahora mismo, lograría disipar —al menos momentáneamente— sus sospechas, y a la vez evitaría que le exigiese otras cosas que Win estaba demasiado cansado para darle.

A partir de entonces se citó con Craig en el bar casi todas las noches, mientras Hseng seguía en el puticlub, sin avanzar demasiado en su proyecto. Aparte de los diversos placeres que le ofrecía el americano, Win descubrió lo divertido que era tener un secreto agradable. Como hasta ese momento solo los había tenido tristes o vergonzosos, había dado por sentado que los secretos, como los haloalcanos, eran intrínsecamente neurotóxicos: ahora sabía que no lo eran.

Una noche, después de que se revolcaran dos horas como combatientes de Muay Thai, Craig se levantó, como de costumbre, a trabajar con el portátil, pero, en vez de hacer café, sacó de la bolsa de viaje una bolsita de plástico llena de lo que parecían pétalos blancos.

—¿Qué es eso? —preguntó Win.

—Solo es una flor que crece en el bosque. La mayoría de los birmanos que he entrevistado en el complejo dicen que no les gusta el régimen de sueño polifásico que hemos impuesto, pero resulta que, si se comen la flor, lo llevan un poco mejor. La probé ayer, y funciona. No es tan potente como el Adderall, pero, si quieres escribir un informe entero en una noche, te ayuda más que el café. Y lo mejor de todo es que luego no te cuesta nada dormirte. Puede que empecemos a prescribirla oficialmente después de hacer unas cuantas pruebas. —Tiró la bolsita a la cama—. ¿Quieres tomar un poco? No tienes más que masticar y tragar con agua.

La droga era suave, como le había dicho Craig, y sin embargo, en los primeros sesenta minutos después de comerse los pétalos, Win percibió con claridad algo más, una especie de incandescencia que se ha extinguido, un pensamiento acuciante que se ha silenciado. Esta cualidad estaba presente en las minúsculas costuras de su conciencia, en los momentos de distracción o atontamiento, cuando giraba la cabeza, se lamía los labios o se rascaba el cuello. Lo que le había distinguido de los químicos más expertos que trabajaban en la fábrica de Hseng no era solo la facilidad con la que asimilaba las cosas, sino también una facultad de introspección de la que ellos carecían por completo: era como si los glóbulos oculares de Win pudiesen girar 180 grados y ponerse a escudriñar el lóbulo frontal del cerebro. Por lo demás, había probado suficientes lotes distintos de yaba para saber cuándo el verdadero potencial de una feniletilamina estaba aún por explotar.

—Puedo mejorar esto —le dijo a Craig.

—¿Qué quieres decir?

—Puedo mejorar la calidad de la droga que les das a los trabajadores; no necesito más que unos cuantos instrumentos y sustancias de laboratorio.

Para Win, en realidad, no se trataba de satisfacer las necesidades de Lacebark haciendo que los mineros estuviesen más despiertos y aumentando su capacidad de concentración. No, eso era demasiado aburrido: a lo que aspiraba con una formulación más potente del *glo* era a desarrollar ese núcleo luminoso y anárquico que ya había intuido. Pero aún no podía confesarle su verdadera intención.

Craig estaba perplejo.

—¿Y cómo coño esperas que te consiga todo eso?

—Igual que has conseguido la máquina de moler.

—Ah, ya.

Craig reconoció que a lo mejor no sería tan difícil encargar el material al departamento de aprovisionamiento con el pretexto de que lo necesitaban en la mina. La gente todavía bromeaba recordando a aquel directivo —nadie estaba seguro de quién era ni de si seguía en Lacebark— que cinco o seis años antes había desviado fondos de la empresa para instalar a su amante birmana y a la hija que habían tenido en Los Ángeles, en una casa en la playa.

Cuando por fin llegaron los suministros, Win los colocó en uno de los dos lavabos del puticlub: le dijo a Hseng que había encontrado todos esos cacharros revolviendo de puro aburrimiento en un vertedero. El chino, que ya se había visto obligado a vender todas sus joyas de oro, aceptó la explicación con un silencio receloso, como de costumbre. Craig empezó a traer todas las semanas varias bolsas de *glo* del complejo para que Win las utilizara en sus experimentos. Al principio, Win intentó extraer algo del *glo* más o menos del mismo modo en que uno obtiene morfina de una amapola, cocaína de una hoja de coca y efedrina de un arbusto. Sin embargo, no tuvo suerte con la oxidación, ni con la destilación fraccionada, ni con la extracción ácido-base, ni con ningún otro procedimiento documentado: los alcaloides de la flor tenían un no sé qué huidizo, casi pícaro. Era como si la molécula madura no se pudiese pelar sin destruir la pulpa.

Un día, al entrar en el laboratorio que tenía montado en el lavabo, encontró todas las bolsas de *glo* rasgadas. Naturalmente, acusó a Hseng, porque sabía que ya había empezado a sospechar, y era muy propio de él expresar sus celos con un acto así, tan bárbaro y tan patético. Pero el tipo insistió en que no había sido él. El caso es que aquello ocurrió dos veces más, para desconcierto de Win. A la tercera, sin embargo, pilló in fraganti a los culpables.

Cuando entró, los dos zorros se le quedaron mirando. Todavía estaban masticando los pétalos. Win nunca había visto un zorro al natural. Entonces uno de ellos dobló las patas traseras y se puso a cagar en el suelo parsimoniosamente, como si este fuera el único comentario que se dignaba hacer. Finalmente, los dos animales pasaron

como un rayo a su lado y se alejaron por el pasillo.

Win distinguió tres nuevos olores en el lavabo: los del excremento y el almizcle de zorro (eran de esperar), y un tercero que parecía emparentado con el regusto que dejaban los pétalos de *glo*. Le vino a la memoria el café de civeta que le había ofrecido Craig, y entonces se puso unos guantes de látex, cogió la mierda del suelo y comenzó otro experimento.

Dos semanas después se presentó en la habitación del hotel con un octavo de gramo de polvo blanco.

—¿Lo esnifamos? —preguntó Craig.

—No, pica un montón.

El americano sirvió dos vasos pequeños de Coca-Cola y disolvió la mitad de la dosis en cada uno. Se los bebieron de un trago, y luego Craig le besó y echó un vistazo alrededor.

—Parece mentira que lleve tanto tiempo viviendo aquí. Nunca pensé que llegaría a echar de menos el horrible apartamento de Charlotte.

Win observó que Craig había escrito una frase a mano en un trozo de papel, y lo había pegado en la pared, al lado de su mesa. Se acercó a leerla: «Y aquella risa evocaba al instante las rosadas encarnaciones, las perfumadas paredes contra las que parecía ir a frotarse aquella risa y de las que, acre, sensual y reveladora como un aroma de geranio, parecía transportar consigo algunas partículas ponderables, irritantes y secretas».

Se volvió para mirarle.

—Solo es una frase que me gusta de Proust —explicó Craig—. ¿Te he contado que estudié literatura francesa?

En internet había archivos PDF que reproducían los cuadernos de laboratorio que el químico Alexander Shulgin había llevado en los años sesenta, cuando su empresa, Dow Chemical, le recompensó por la invención de un nuevo pesticida llamado Zectran sufragando sus experimentos con drogas como la MDMA y la mescalina. Shulgin había hecho continuamente anotaciones minuciosas sobre la «distorsión visual», la «coordinación mental», la «actitud mental», etc., intercalando de vez en cuando gráficos dibujados a mano. (Los procesos químicos eran complejos, pero Win los entendía mucho mejor que comentarios como este que había hecho a propósito de cierto compuesto: «Ha sido una euforia en minatura, palabra que utilizo aquí en el mismo sentido que cuando describo un tema del pianista de jazz Bud Powell como una miniatura»).

Win se propuso imitar los métodos de Shulgin, incluida su irritante manía de apuntar la hora exacta a la que pasaba tal o cual cosa (¿a quién le importaba eso?), y convenció a Craig de que tomara notas también. A la mañana siguiente echaron un vistazo. Craig solo había escrito lo siguiente:

12.30 a.m. Por ahora nada.

12.50 a.m. Algo excitado... me recuerda a la única vez que tomé éxtasis, en NY.

1.10 a.m. No, esto es mucho mejor que el éxtasis.

Y luego: ¡¡¡luces!!!

Win no había escrito nada de nada.

—¿Te dije algo muy cursi anoche? —preguntó Craig.

En los ratos que no habían pasado apagando y encendiendo la luz fluorescente que había encima del espejo del cuarto de baño, o mirando el neón rojo del edificio de enfrente, se habían dedicado sobre todo a follar distraídamente, la posibilidad de correrse muy remota.

—¿Sobre qué? —dijo Win.

Craig sonrió y apartó la mirada.

Cuando llegó al puticlub a mediodía, Win no encontró a nadie. Era la primera vez que había pasado toda la noche fuera: pensó que tal vez Hseng se habría dado cuenta. Estaba demasiado cansado para trabajar en el laboratorio, y tenía la piel levantada en las muchas zonas donde se había restregado demasiado rato contra Craig sin sentir, sin embargo, ningún dolor ni decirle que parara. Así que se quedó en la cama comiendo a pequeños mordiscos un par de pasteles de semilla de amapola: le duraron toda la tarde. Como al anoecer aún no había llegado Hseng, empezó a preocuparse. Se puso otra vez las chanclas y salió a la calle. En el horizonte se veían franjas azules, doradas y rosas, como los rollos de seda que se amontonan en la balda de una sastrería.

En la puerta del bar donde había conocido a Craig estaban los tres chavales que se habían empeñado en venderle un cartón de tabaco.

—¿Buscas a tu novio, el chino gordo? —preguntó uno de ellos. Win, que no tenía ganas de gresca, se limitó a asentir con la cabeza—. Prueba en el vertedero.

Una vez allí, Win pasó mucho rato de rodillas, observando cómo dos gatos negros le roían la punta de los dedos a Hseng. El montículo de cartón podrido y plástico quemado había tapado algunas partes del cadáver: parecía que llevase siglos enterrado bajo la basura, y que el tiempo y la erosión lo hubiesen ido descubriendo poco a poco. No daba, desde luego, la impresión de que una furgoneta acabara de arrojarlo allí. Tenía tres heridas en la espalda que no sangraban mucho, quizá porque las balas se habían cansado en su largo trayecto por la masa adiposa de Hseng.

Tal vez había dejado de pagar un préstamo. O puede que un viejo enemigo de su primo hubiese regresado a Gandayaw. En cualquier caso, su muerte se podía considerar digna de un mafioso. Win desechó esas conjeturas más tarde, cuando un trapero calvo le contó que a Hseng lo habían matado esa tarde en la puerta del hotel de Lacebark. Si la visión del cadáver apenas le había causado un leve dolor en el vientre, las palabras de aquel tipo le alarmaron de veras. Se dirigió enseguida al hotel, y una vez allí no notó nada raro, así que le preguntó a una vendedora ambulante de

biryani si sabía algo. Lo había visto todo, le contó muy agitada. Un chino gordo se había acercado corriendo desde un callejón en el preciso instante en que un americano salía del hotel, y le había clavado una espada de samurái en la tripa. Entonces un guardia de seguridad de Lacebark que se estaba fumando un cigarro a pocos metros de allí le había disparado al chino con un kalashnikov. Win le preguntó por el cadáver del americano: al parecer lo habían envuelto en una bolsa de plástico y transportado de nuevo al interior del hotel. Una vez que la mujer se hubo alejado por la calle con su carreta, Win se puso a mirar la fachada del edificio, buscando la ventana de la habitación de su amante.

Día 14

4.54 a.m.

La mayoría de los zorros ya han desaparecido sigilosamente, como si no quisieran escuchar el final del relato.

—¿Cuánto tiempo te quedaste en Gandayaw? —pregunta Raf.

—Seguí fabricando *glow*, pero ahora tenía que pagar a unos tíos del complejo para que me trajeran la flor. Ellos me contaron muchas historias sobre los zorros de la jungla, que por lo visto se comportaban como las personas. Creo que estaba hecho polvo por lo de Craig, pero... como dice la canción, «Mola que te paguen, por muchos colegas tuyos que se carguen». —Raf no se acaba de creer su chulería—. Entonces Sam, un camarada de Zaya, vino a verme una noche. Me dijo quién era, y me contó que Lacebark me andaba buscando: tenía que largarme de Gandayaw cuanto antes.

—Pero ¿cómo sabía Lacebark quién eras?

—Zaya lo dedujo todo.

Win le explica que los de Lacebark seguramente inspeccionaron la mesa de Craig, y encontraron allí esa nota manuscrita que hablaba de algo «mejor que el éxtasis». Si mandaron una muestra de sangre de la arteria femoral a Carolina del Norte (este era el procedimiento normal que seguían, por el asunto del seguro, cuando moría un empleado estadounidense), por descontado que se detectaron restos de una anfetamina poco conocida. Así se enterarían enseguida de que Craig tomaba drogas. Pero había más motivos de sospecha. El asesino de Craig era primo de un chino tuerto que traficaba con heroína, y que había huido de la ciudad un año antes porque se había retrasado apoquinando el dinero que el Tatmadaw le exigía a cambio de protección. Además, en sus primeros informes, Craig había mencionado una flor rara que recogían los mineros del complejo, y que tenía unas propiedades estimulantes muy prometedoras. Más tarde había hecho un encargo al departamento de aprovisionamiento: entonces no había llamado la atención, pero ahora parecía claro que los suministros eran para un laboratorio de drogas. Lacebark tenía, por tanto, suficientes motivos para pensar que su consultor de gestión (treinta y siete años, soltero, y propietario de una máquina de *espresso* programable que valía setecientos dólares) había intentado establecerse en Gandayaw como una especie de traficante de poca monta: un proyecto absurdo, condenado al fracaso. Además era probable que la empresa supiese por los empleados del hotel que un joven birmano visitaba con frecuencia a Craig, y por el servicio de seguridad local, que al chaval se le conocía en la ciudad como lacayo del primo del traficante chino, es decir, del asesino de Craig.

En resumen: Lacebark tal vez empezó a perseguir a Win por razones estrictamente de seguridad, y mucho antes de enterarse de que era la única persona en

el mundo capaz de sintetizar la sustancia que Craig tenía en la sangre. Sin embargo, estas hipótesis no explican por qué Lacebark dirigió de pronto su atención al *glow*, por qué reorientó su estrategia con tanta premura. Aun suponiendo que hubiese unos cuantos directivos jóvenes de mentalidad lo bastante abierta para considerar la posibilidad de que una droga nueva, de propiedades extraordinarias, llegara a ser más valiosa que las languidecientes minas de cobre y de rubíes, una nota manuscrita, un análisis toxicológico y una serie de rumores sobre una flor que crece en el bosque no habrían bastado para convencer a la empresa de la necesidad de diversificar su producción. Por eso Zaya está seguro de que Craig llevaba un diario, el muy imbécil.

—Me marché de Gandayaw, y Sam me llevó a un campamento en el bosque — prosigue Win—. ¿Has leído el *Diario de Bolivia*, del Che Guevara? Pensé que iba a molar, pero es el libro más aburrido que he leído nunca. «Hoy ha llovido, y nos hemos tenido que desplazar». «Hoy ha llovido, y nos hemos tenido que desplazar». En mi caso también fue así. ¡Además me hicieron comer murciélagos asados! Zaya me quería sacar de Birmania, pero teníamos a Lacebark en los talones. Entonces llegó el ciclón Nargis: esa fue nuestra gran oportunidad. Aprovechando que todo era un puto caos, me sacaron por fin del país. En el equipaje llevaba un condón lleno de semillas de *glo*.

Raf toma un sorbo de té.

—¿Y por qué Londres?

—Por los zorros. Londres está plagado de zorros, y además la gente toma un montón de pastillas. Necesitamos las dos cosas, animales y consumidores. Y no hay muchas ciudades que nos sirvan.

—¿Y por qué tienen que ser zorros? ¿No vale ningún otro animal?

—No lo sé. Tengo entendido que hay jabalíes en Berlín, en el centro mismo de la ciudad. Y los berlineses también toman muchas pastillas. Igual habría funcionado, pero no queríamos correr riesgos.

—Entonces ¿cómo acabaste en un campo de entrenamiento de Lacebark? — pregunta Raf, conteniendo un pequeño bostezo: ahora es cuando se abre el diente de león en el reloj floral, dos horas después de la hora de acostarse.

Ha oscurecido en el sur de Londres ficticio que hay detrás de la ventana, y el sol comienza otra revolución de tres horas alrededor de este globo terráqueo como de escuela. Al corto período transcurrido desde que Raf entró en la cocina se superponen también las semanas que han pasado tan veloces en el relato de Win. Isaac le explicó una vez las dos teorías antagónicas que existen sobre el tiempo: según una de ellas, el pasado, el presente y el futuro son reales, y el presente es como una máquina de picar carne, porque convierte irremediabilmente el futuro en pasado; según la otra, los tres tiempos son ilusorios, y todos los instantes están cosidos como las páginas de un libro, en una sucesión secuencial y a la vez estática. Aquí, en el campo de entrenamiento, Lacebark podría realizar la segunda teoría cambiando una de las tres dimensiones espaciales por la dimensión temporal: un único plano se dilataría hasta

convertirse en una mancha infinita, como esas cronofotografías que salen en las revistas, y que captan el movimiento de un palo de golf o una raqueta de tenis. Al caminar, uno no avanzaría ni un centímetro por la calle, sino que se deslizaría desde el amanecer hasta el crepúsculo, y un ejército de extras interpretaría a un solo individuo, que existe en muchos tiempos diferentes, pero en el mismo punto.

—¿Sabes por qué los animales tienen un punto ciego? —dice Win—. Porque el hueco en el que el nervio óptico se une a la retina es la única zona donde no puede haber células fotorreceptoras. Eso es lo que pasa aquí: Lacebark tiene vigilado todo Londres, menos este sitio.

—Pero estamos rodeados de cámaras.

—Esas cámaras están conectadas a un sistema aparte, cerrado. Los algoritmos de reconocimiento facial no procesan las imágenes.

—¿Así que tú te escondes aquí, en el punto ciego?

—Eso es. Llevo en este sitio desde que lo montaron. La mitad de los extras en realidad trabajan para Zaya. Ellos traen el *glo* y yo se lo doy a los zorros, que luego lo cagan en mi bañera. Una vez extraído el precursor, hago todo el trabajo de laboratorio. Lo que obtengo al final es una sustancia a la que le falta una sola aminación reductora para convertirse en *glow* puro. Les entrego el producto a los extras, ellos se lo llevan a Zaya, y sus hombres terminan el proceso. Si trabajase en otro sitio, los de Lacebark habrían rastreado la cadena de suministro y dado conmigo hace meses; pero les falta imaginación. No se les pasa por la cabeza que el centro de la red de Zaya y el de la suya puedan ser... joder, ¿cómo se dice? —chasquea los dedos—, que puedan ser homotópicos. Los viajes de los extras desde sus casas hasta el almacén, las interacciones que se producen entre ellos cuando están juntos... lo gracioso es que Lacebark procura excluir todo eso del mapa de ImPressure*, porque no quieren que haya distorsiones artificiales en los datos. Pero nosotros vivimos en esas distorsiones. «¡Las llamadas vienen de dentro de la casa!». ¿Has visto esa película? En cualquier caso, no podríamos haberlo hecho todo nosotros solos: ahora mismo, la mitad del dinero que ganamos vendiendo *glow* va a pagar a los tíos de la sala de control que hay encima del pub. Ellos se aseguran de que las cosas vayan como queremos.

—¿Me estás diciendo que los de Lacebark ya no controlan su propio campo de entrenamiento, y que ni siquiera lo saben?

—Se están empezando a dar cuenta. Todavía no entienden lo que pasa, aunque sospechan que algo va mal. Pero nadie está dispuesto a reconocerlo, por miedo a que le despidan. ¡Todos los días montan simulacros aquí dentro! Entran de repente, me encapuchan y me llevan a rastras a una furgoneta. Ya me han cogido cientos de veces, pero no lo saben. Ojalá pudiese ver la cara de Bezant cuando se entere.

Para Lacebark, piensa Raf, esta situación debe de ser como una de esas novelas de misterio en las que el crimen parece imposible, porque se ha cometido en una habitación cerrada a cal y canto: en este caso, el sur de Londres es la habitación

cerrada.

—¿Qué piensas hacer entonces? Si te vas del punto ciego, te cogerán de verdad.

Win sonrío con suficiencia.

—Por supuesto que salgo de aquí. Necesito follar como todo el mundo.

—No entiendo.

—Voy al café a ver a mi chico, Jesnik. No me cuesta nada: salgo como tú has entrado. Sé adónde apuntan las cámaras.

Win confiesa que, cada vez que se abre camino bajo el montón de basura del patio, piensa en el cadáver de Hseng, tirado en aquel vertedero de Gandayaw.

—¿Lo sabe Cherish?

—Ella se ha dado cuenta de que Jesnik y yo tenemos algo, pero no sabe que salgo de aquí para verle. Piensa que solo nos masturbamos el uno al otro cuando él viene a traerles café y *baklava* a Belasco y a los otros.

—¿Le dejan entrar?

—Sí. Le pagan para que no abra el pico, como a todos los demás.

A Raf le intrigan las fotos que vio en la nevera del piso de Camberwell: parecían hechas con una cámara de usar y tirar, pero ahora cae en la cuenta de que podían ser imágenes de *webcam* sacadas de una página de contactos.

—¿Por qué no le has dicho a Cherish que hay una salida secreta?

—Tengo que guardarme las espaldas. Déjame que te lo explique. El tío de Jesnik es un gángster. De los de verdad.

Win le cuenta que es célebre en la mafia serbia, entre otras razones porque una vez se cargó en los lavabos de un teatro, y valiéndose únicamente de un tubo fluorescente, a tres tíos grandullones que querían asesinarlo. El plan es el siguiente: cuando Win haya abandonado por fin el almacén —esta vez para siempre—, le llevarán, sin que nadie se entere, a una granja a las afueras de Majdanpek. Allí el campo está lleno de zorros, así que Jesnik y Win crearán un vivero de *glo* y una fábrica de *glow* lo bastante grandes para permitirles exportar centenares de kilos de droga cada año. El tío de Jesnik se mostró escéptico al principio, porque nunca ha ganado mucho dinero con el éxtasis, pero ya está negociando con ellos las condiciones del negocio. No sabe, por supuesto, que su sobrino es gay: cree que Win y él solo son socios.

Otra vez las matrioskas, piensa Raf. Esta vez, sin embargo, cada muñeca es un secreto ignorado por la que la contiene: el almacén es desleal a la ciudad, el laboratorio es desleal al almacén, y el químico es desleal al laboratorio. Es como si, dentro de la reserva de hopis, que está dentro de la reserva de navajos, que está en el estado de Arizona, hubiese otra reserva de un solo habitante.

—¿Piensas traicionar a Cherish y a Zaya? —pregunta.

Win se encoge de hombros.

—Me trae sin cuidado todo ese rollo Sendero Luminoso. Solo quiero ser rico y vivir en una casa grande con Jesnik el resto de mi vida.

—¿El resto de tu vida? ¿En serio?

—Por supuesto.

—¿Así que te has enamorado de él? —pregunta Raf: se siente como si fuera su padre.

—¿Cómo me voy a enamorar de un tío al que no le gusta el *rap*? —responde Win, aunque en realidad, a juzgar por el tono, quiere decir que sí.

Raf se acuerda de los viejos que jugaban a las cartas en el café. Win se engaña, sin duda, si cree que la mafia serbia va a jugar limpio con él. Y, aunque hay verdadera ternura en la voz del químico cuando habla de su pareja, Raf está contento de no haber roto con ninguna de sus novias estando los dos aislados en una granja dedicada a una actividad ilícita, en un rincón de los Balcanes donde no para de llover.

—Escucha, Win: ahora mismo no estarías vivo de no ser por Zaya. Los de Lacebark te habrían cogido en Gandayaw y torturado hasta que les explicases cómo se fabrica el *glow*. Cherish y Zaya te necesitan para continuar su lucha. Y estás en deuda con ellos. —Al ver la expresión de Win, Raf se da cuenta de que es inútil decirle nada. Además hay una pregunta que lleva queriendo hacerle desde que escuchó su relato de lo ocurrido en Gandayaw, aunque sabe que debería dejarla para otro momento—. Si Lacebark piensa utilizar el *glo* para regular el sueño polifásico en el complejo, eso quiere decir que la planta puede actuar sobre los ritmos circadianos, o hacer más fácil cambiarlos, ¿verdad?

—Sí, es posible.

—Eso quiere decir... ¿Crees que puede existir un derivado que...? —Raf se da cuenta de que va a tener que explicárselo todo—. Verás: tengo una enfermedad...

Entonces oye pasos en el pasillo. Se da la vuelta.

Hay un soldado de Lacebark en la puerta.

Lleva el típico uniforme de operaciones encubiertas: parece un golem fabricado a partir de la oscuridad que hay en el interior de una capucha utilizada como medio de privación sensorial. Tiene una pistola en el muslo, y pinta de romper rótulas como quien revienta burbujas de plástico. El primer impulso de Raf es huir por la nevera, pero entonces descubrirían la salida secreta de Win, y seguramente los acabarían matando a los dos. En cualquier caso, el aullido de terror de sus nervios acalla cualquier orden que el cerebro pueda enviar a las extremidades.

El soldado le mira fijamente.

—¿Qué coño haces aquí? En la hoja dice que no puede haber más de un objetivo de alto valor, y que tiene que ser birmano. No valen caucásicos.

Cree que Raf solo es un extra más. Aun así, Raf no sabe qué contestar. Su corazón va más rápido que un troquel de fábrica.

El tipo se acerca a grandes zancadas, coge la taza de té de Raf y le derrama el contenido en el regazo.

—¿Hablas inglés, o eres uno de esos polacos? Más te vale no estar aquí cuando empiece el simulacro, tonto del culo; no querrás que Bezant te meta su Taser en la

boca. ¿Está claro?

Raf dice que sí con la cabeza, mientras siente cómo el líquido le va empapando los calzoncillos. El soldado se le queda mirando un buen rato, y luego se da la vuelta y se marcha por el pasillo.

12.01 a.m.

Desde fuera, nadie diría que se ha producido un golpe de Estado en el almacén, que tiene exactamente el mismo aspecto que cuando se lo enseñó Isaac la semana pasada. Pero lo cierto es que Lacebark no ocupa el edificio ahora, y esos dos millones de litros de espacio vacío están cantando un nuevo himno. En la parte trasera, palmeando a la gente en la espalda en busca de armas, hay un tipo achaparrado con unas ojeras que recuerdan a las bolsas de sangre de los hospitales. Raf reconoce a este portero de otras fiestas que ha organizado Isaac, así que se pone a charlar un rato con él. Por lo visto, la insonorización del almacén ha sido un inconveniente mayor del que esperaba Isaac: casi todo el mundo pregunta al llegar si se ha anulado la *rave*, porque no hay en la calle ningún ruido que les oriente; y luego, en la cola, se impacientan aún más que de costumbre, porque suele ser el latido de la música que se oye desde fuera lo que entretiene la espera. La puerta de acero le hace acordarse de un gag de los dibujos animados antiguos: del silencio total a un ruido atronador nada más entreabrirse la puerta, y luego, vuelta al silencio nada más cerrarse.

Raf paga los nueve dólares, y, una vez dentro, los ojos se le llenan de lágrimas, como cuando observó la lluvia falsa en el depósito de mercancías. Pero esta vez, además sonríe.

Isaac ha triunfado. Esta es una auténtica macrofiesta de almacén clandestina con música de principios de los noventa: una experiencia que Raf no pensó que llegaría a vivir nunca, aunque los temas que suenan pueda uno escucharlos todos los días en Myth FM. La gente creía que ya casi no quedaban agujeros en la superficie de Londres, que la ciudad estaba envuelta en una funda impermeable brillante; pero resulta que Lacebark ha hecho unos cuantos orificios por los que ahora se deslizan centenares de personas. El portero le ha dicho a Raf que seguramente no tardarán en colmar el aforo, que no es sino el número máximo de personas que Isaac, sin demasiado rigor, calcula que pueden entrar en el recinto antes de que bailar deje de ser divertido. Al sentir cómo los *subwoofer* le lamen las costillas con sus ásperas lenguas de bull terrier, Raf comprende con claridad que, después de esta noche, ya nunca podrá volver a aquella lavandería. Solo le desagrade pensar que la última vez que sonaron bajos muy fuertes aquí fue para ablandar a alguien en un interrogatorio. Pero cree que esta es la mejor manera de consagrar de nuevo el almacén: con una *rave* que ahuyente el veneno de todas las frecuencias.

De camino a la mesa de caballete donde se sirven las bebidas, roza a una pareja

sudorosa que va de la mano, y le alegra mucho observar que es la misma que vio metida en la máquina de secar hace un par de semanas. Tienen un aire risueño y angelical, y las pupilas muy dilatadas. A Raf le gustaría decirles que, si creen que esta es la mejor noche de su vida, posiblemente estén en lo cierto.

En ese instante nota cómo alguien le toca el brazo. Ya sabe quién es: tiene cierta experiencia.

—Esto es impresionante —le dice Cherish al oído.

Nunca la ve llegar ni marcharse: simplemente aparece de pronto, como Batman. Un día le encantaría observar cómo desenreda los cascotes de la bufanda o de la tira del bolso al entrar en un pub.

La besa enseguida, como si fuese su novia.

—Sí, lo es —responde, y entonces se acuerda de la razón por la que no debería estar divirtiéndose ahora—. Oye, tengo que hablar contigo de Fourpetal.

Cherish le pone la mano en el brazo.

—No pasa nada. Lo tenemos vigilado.

—¿Sabéis dónde está?

Ella asiente con la cabeza.

—Entonces ¿estáis seguros de que no va a hacer ninguna tontería? ¿No le van a interrogar?

—Relájate, Raf. Está todo bajo control, te lo aseguro.

Le inquieta un poco su aire despreocupado. Está claro que no basta con vigilar a Fourpetal: así no evitan que Lacebark lo capture. La propia Cherish lo debería haber cogido y encerrado en algún sitio. Y lo prioritario para ella esta noche no debería ser divertirse con Raf en una *rave*... a menos que esté segura de que Fourpetal ya no es un peligro.

Es posible, piensa Raf, que Fourpetal esté muerto y Cherish no quiera que lo sepa. A fin de cuentas, Zaya es un soldado, y no vacilaría en matar a alguien que estuviese a punto de desbaratar una operación. Es físicamente incapaz de hacerlo él mismo, claro; pero Ko podría encargarse. O quizá Cherish. Raf la mira y se pregunta si sería capaz de asesinar a alguien por razones puramente prácticas. No le pega, desde luego, pero quizá sea porque es guapa y a él le falta imaginación. Además, no hay que olvidar que ella también es una soldado. Raf no sabe lo que pensaría si se enterara de que a Fourpetal, en efecto, lo han liquidado, si le parecería moralmente justificado o no. Repasa mentalmente, por enésima vez, la lista de personas que podrían morir si el ex empleado de Lacebark hablara. Cherish, Zaya, Ko, Win, Jesnik, él mismo.

En cualquier caso, Cherish tiene razón: debería relajarse. Aunque Lacebark hubiese conquistado el resto de Londres, eso no importaría lo más mínimo en las próximas dos horas. Esta noche, el almacén es una zona desmilitarizada.

—Tengo que saludar a Isaac.

Los dos se abren camino entre la multitud hasta llegar a la tarima donde se han instalado los platos. Isaac está compartiendo un porro con el maestro de ceremonias.

Al ver a Raf, le saluda con la mano y se baja de la tarima de un salto.

—¡Has venido, colega!

—¿Cómo no iba a venir?

Isaac mira a Cherish.

—¿Es ella?

—Sí, soy ella —dice Cherish.

Isaac se vuelve hacia Raf, y luego se pasa un buen rato felicitándole con un variado repertorio de gestos. Hasta Cherish se ríe.

—¿Cuándo pinchas? —pregunta Raf.

—A las tres, suponiendo que aparezca el siguiente DJ. Si no, dentro de veinte minutos.

—No te olvides de poner el tema ese con el *sample* de arpa.

—Escucha: Barky por fin ha conseguido *glow* del bueno —anuncia Isaac—. ¿Quieres un poco? Ya sé que no es el mejor momento, teniendo en cuenta de dónde... —mira a Cherish— de dónde viene.

A Raf le entra pánico. Es como si Isaac blandiera una jeringuilla con tiopentato de sodio. Si Raf se coloca con Cherish, la oxitocina le hará sentir que nada hay tan placentero como contar de golpe todos los secretos de uno. Ella no sabe que ha visitado al Win auténtico en el campo de entrenamiento, ni que Win está negociando con la mafia serbia. Aunque el químico esté dispuesto a traicionar a Cherish, no le parece justo a Raf traicionar a quien le ha hecho tantas confidencias.

—Esta noche no me apetece.

—¿Por qué no? —pregunta ella.

Raf siente una especial frustración, porque estaba muy impaciente, claro, por probar el *glow*; pero también porque sabe que, una vez que este hiciese su efecto, Cherish le parecería más guapa que nunca —objetivamente guapa, por el brillo de euforia que la droga daría a su cara, y subjetivamente guapa, por la euforia con que él la miraría—, y que el amor que cada uno encontraría en el otro sería plateado e insondable como el pequeño universo que existe entre dos espejos, aunque luego se desvaneciera.

Además, en una fiesta así, ¿cómo no tomar *glow*? Raf sabe, sin embargo, que no debe. Así que improvisa una excusa:

—Cuando follemos más tarde, quiero poder correrme —le dice a Cherish, procurando que Isaac no le oiga.

Está casi seguro de haber percibido un matiz de alivio en su sonrisa: seguramente tenía, piensa, la misma preocupación que él. Y es que Cherish también guarda muchos secretos, de eso está convencido.

—De acuerdo —dice ella—. Si tú no pillas, yo tampoco.

—Así que ahora el amor es vuestra droga, ¿no? —bromea Isaac—. Muy bien. Así habrá más para mí.

—Vamos a pedirnos unas copas, y luego quiero bailar —dice Cherish.

Raf le da un achuchón a Isaac.
—Te veo luego.

Día 15

5.26 a.m.

Raf, que no se ha fijado mucho en lo que ella compraba en la tienda, se queda extrañado al ver que Cherish no lleva más que dos latas de Guinness, una botella de salsa Tabasco y una bolsa con limones para el «picnic». Cuando salieron de la *rave*, se encontraron con un amanecer excepcionalmente caluroso y radiante: ella dijo que quería estar un buen rato al aire libre, y a él no le pareció mal la idea, por muchas ganas que tuviese de llevarla otra vez a su casa y quitarle la ropa. En el patio que había en la parte trasera del almacén flotaba un olor acre, porque mucha gente, cansada de hacer cola delante de los inodoros portátiles, se puso a mear detrás de los contenedores. Así que fue un alivio salir a la calle.

Ahora están sentados con las piernas cruzadas en el centro de la pista de tenis abandonada, a la que han tardado apenas media hora en llegar desde el almacén. A esta hora del día, las plumas de luz que brillan entre los árboles hacen que la pista parezca más un jardín que un cementerio. Este sería un buen emplazamiento para el *Horologium Florae* de Linneo.

Cherish saca del bolso un blíster de aluminio con ocho pastillas de color malva, y se lo pasa a Raf.

—Ponte una de estas en la lengua y deja que se disuelva.

—Pensé que nada de drogas.

El zumbido que la *rave* le ha dejado en los oídos es como un líquido turbio atrapado en la cóclea.

—Tú solo prueba una.

La pastilla sabe como a frutas.

—¿Esto qué es? ¿Temazepam para niños?

Cherish utiliza el abridor que tiene en el llavero para cortar el limón en cuatro trozos, y le da uno a Raf.

—Muérdelo.

—Pero si solo es un limón.

—Fíate de mí.

Raf hace, con cierta aprensión, lo que dice ella. Hay un momento de incertidumbre en su boca, como cuando uno mete el dedo en una palangana de agua fría creyendo que está caliente; pero luego se da cuenta de que el limón está buenísimo.

—¿Qué es lo que me has dado? —Entonces encuentra una cita impresa en el dorso del blíster—: «Comprobamos una vez más que la dulzura no está realmente en la cosa saboreada; pues, aunque la cosa permanezca inalterada, lo dulce puede tornarse amargo, como cuando la fiebre u otra afección vician el paladar». George

Berkeley.

—Están fabricadas a partir de bayas mágicas. —Cherish le explica que en África Occidental crece una planta que se llama *Synsepalum dulcificum*, y cuyo fruto contiene una glicoproteína que deforma los receptores de dulzura de la lengua de modo que respondan a los sabores ácidos en vez de a los dulces—. Ko me ha dado unas cuantas. Hace un montón que quiero probarlas. —Entonces abre las dos latas de Guinness—. Ahora bebe esto.

Raf se toma un trago.

—¡Sabe a batido de chocolate!

La salsa Tabasco es un sirope picante.

Ella lo prueba todo ahora. A lo mejor hay en el complejo un arbusto a partir del cual se puedan fabricar unas gotas para los ojos capaces de convertir a cualquiera en una belleza como Cherish. Se inclina hacia delante y le da un beso largo. Raf le mete una mano en el top.

—Tu boca está tan dulce como todo lo demás —dice él después.

—Sí, pero eso es porque todavía tengo el sabor de todo lo demás en la lengua. No creo que las bayas mágicas afecten a la saliva: de lo contrario, notarías el sabor de tu boca. Muy bien, ahora enjuágate con Guinness, como si estuvieses en el dentista.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te quede nada de Tabasco en la boca cuando me comas el coño. —Se empieza a quitar la falda. Sorprendido, Raf mira a su alrededor como un suricato—. Vengo mucho aquí con los tíos de Lacebark, y nunca he visto a nadie más —le tranquiliza ella.

A Raf le fastidia que haya nombrado a Lacebark, porque ahora se acuerda de Fourpetal, un asunto que le sigue preocupando. Y piensa también en Win, tan chulo y a la vez tan indefenso, metido en la boca del lobo. Pero entonces cae en la cuenta de que al químico birmano no le pasaría nada si interrogaran a Fourpetal, que solo sabe del falso Win. Todos los mercenarios que la empresa tiene en Londres asaltarían el piso de Camberwell, pero el fabricante del *glow* auténtico seguiría en el punto ciego de Lacebark. Lo cual le hace pensar en una pregunta que lleva tiempo queriendo hacerle a Cherish:

—¿Qué hacías al lado de mi casa la semana pasada? Estabas en la furgoneta con los soldados de Lacebark. Si yo todavía no andaba metido en este asunto, ¿por qué me vigilaba Lacebark?

—Porque yo les dije que te vigilaran.

—¿Y por qué?

—Porque eres muy guapo, y quería tener fotos tuyas para llevármelas a casa.

—¿De verdad?

—No.

Cherish le explica que parte de su trabajo como agente doble consiste en distraer a Lacebark con pistas falsas. Se trata de convencerles de que vigilen a mucha gente

que no tiene nada que ver con el *glow*. Ahora bien, esos objetivos no puede escogerlos al azar: si quiere que Lacebark se siga fiando de ella, tiene que dar con personas que podrían estar vinculadas con la organización de Zaya (aunque no lo estén). Raf era como el tipo que la policía incluye en una rueda de reconocimiento porque da la casualidad de que tiene el mismo peinado que el delincuente que buscan. Al darle a Cherish el falso *glow* en la fiesta de la lavandería, se convirtió en candidato; y, cuando Lacebark se enteró de que trabajaba para Myth FM, ella ya no tuvo que insistir.

—Pero después de registrar tu casa y vigilarte un día o dos más, desistieron y pasaron a otra cosa.

—¿Les dijiste que nos acostábamos?

A Raf le repele la idea de que Lacebark pueda utilizar la red de ImPressure* para informarse de la actividad sexual de la gente: una especie de chismorreo de pueblo. Si Fourpetal les contara a los de Lacebark que Jesnik tiene una relación prelingüística con Win, lo anotarían entusiasmados (aunque asociaran este último nombre con otra persona). El Win verdadero quizá estaría a salvo un tiempo, pero ellos podrían arrebatarse a Jesnik. Raf trata de imaginar lo que sentiría si esos mercenarios le hiciesen algo a Cherish. Desaparecido Jesnik, Win seguramente ya no tendría ganas de traicionar a Zaya y pasarse a los serbios. Es más: su odio a Lacebark le llevaría a jurar lealtad eterna a Zaya y a lo que él llama el «rollo Sendero Luminoso».

—No les conté nada —dice Cherish—. Solo les dije que te había besado para evitar que sospecharas.

Raf se acuerda de aquella tarde. Entonces se fija en el blíster con las bayas mágicas.

—Oye, ¿te he dicho algo que te haya hecho pensar que no me gusta cómo sabes? Es que...

—¡Qué va! Solo quería probar eso. Quítate los pantalones y tumbate boca arriba.

Cherish se pone a cuatro patas encima de Raf para que se puedan lamer el uno al otro. Él nota cuando su lengua está en el sitio justo, porque la boca de ella vacila un segundo, y luego se acelera de nuevo.

Al cabo de un rato ella para.

—¿Qué sientes? —pregunta.

Los dos se han quedado sin aliento.

—Sabes bastante bien, pero no tan dulce como los limones.

Cherish recorre con una uña la vena dorsal del pene, y Raf se estremece.

—¿Estás decepcionado? ¿Qué esperabas, que supiese a helado de galletas?

—Sí, algo así.

Isaac le habló una vez, recuerda, de una ayudante de fotógrafo con la que salió una temporada, y que tomaba unos estabilizadores del estado de ánimo que no solo reducían sus secreciones, sino que las volvían inodoras e insípidas, para desconcierto de su novio. Le contó que, para un devoto del cunnilingus como él, aquello era como

follar con un Estado del Bienestar escandinavo. A Raf le parece de lo más sugestivo el descubrimiento de que la capacidad de placer puede transmitirse a las glándulas y los folículos. Se podría decir que la dulzura que sus quimiorreceptores deformados han percibido en el clítoris de Cherish no es más que una especie de alucinación oral. Pero lo cierto es que su sabor le parece más auténtico que nunca. Si uno tomara las bayas mágicas a menudo, empezaría a creer que esas pastillas revelan la dulzura oculta en las cosas exteriores, del mismo modo que la MDMA a veces parece revelar la alegría: un fondo luminoso y huidizo como los alcaloides que tanto le costó a Win extraer de los pétalos de *glo*. A fin de cuentas, la dulzura no es solo un sabor, sino también el goce que le es inseparable. En el placer, como en el dolor, no caben las equivocaciones: si uno cree sentirlo, es que lo siente. Por lo demás, pocas cosas hay tan dulces como los anticongelantes: Raf ha leído que, para disuadir a la gente de beber etilenglicol, lo mezclan con un «agente químico amargo», seguramente obtenido a partir de las lágrimas que se derraman en las almohadas.

—¿Y a qué sabe mi polla?

—No lo sé todavía —contesta ella, y luego se la vuelve a chupar.

Raf recorre con las manos el cuerpo de Cherish, buscando sus vectores de influencia. Su cadera refleja intensamente la luz del sol, como si fuera una moneda o la esfera de un reloj; y, al correrse, él tiene la sensación de estar desviando la luz hacia el interior de su boca. Después, ella escupe en el suelo dos veces y coge una lata abierta de Guinness.

—¿Cómo ha sido?

—Peor —dice Cherish con voz ronca—, mucho peor que otras veces.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé, pero no lo debería haber probado; ha sido una pésima idea. Dios, qué horror —dice ella, y se echa a reír.

En los árboles, los estorninos se acosan los unos a los otros.

—Ojalá estuviera aquí Rose —dice él.

—¿Por qué? ¿Es que le gusta mucho el semen?

—¡No! Últimamente la paseo poco, y este sitio le gustaría.

—Estupendo: si quieres vamos a buscarla al tejado.

—No está en el tejado. La tengo en casa desde hace días: si Lacebark dirige ahora Myth, me trae por el culo el transmisor. Pero, sí, vamos a buscarla; me parece buena idea.

Se levanta y empieza a recoger los restos del *picnic*. Está desnudo de cintura para abajo, y la grava le hace un dibujo en la parte posterior de los muslos.

—¿Está en tu casa? —dice Cherish: le ha cambiado la expresión de la cara.

—Sí. Podríamos aprovechar para dormir un poco. Aquí no creo que vaya a pegar ojo: está saliendo el sol.

—Mejor que no vayamos a tu casa.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho; no quiero volver a un sitio cerrado.

—Bueno, si quieres yo recojo a la perra y tú me esperas fuera.

—Vamos a quedarnos aquí un rato. Ya la recogeremos luego.

Cherish apoya la cabeza en la pierna de Raf: un gesto que no parece muy natural. Una de las extrañas cualidades de la intimidad física es que, en momentos de exasperación, le da a la mujer un pretexto para intentar coaccionar físicamente a su pareja tirándole de la muñeca, sentándose en su regazo como una niña, o por otros medios. Ella está haciendo algo así, piensa Raf.

—Está bien —dice él con aire alegre, y acto seguido se sienta otra vez: aunque sospecha algo, quiere darse tiempo para pensar.

¿Cree Cherish que Raf correría peligro si volviese a casa? ¿Cree que Lacebark está al acecho? Antes dijo que le habían descartado enseguida como sospechoso. Es verdad que no tardarían nada en dirigir de nuevo su atención hacia él si Fourpetal les revelara hasta qué punto anda metido en todo esto, pero difícilmente podría decirles nada si está muerto, y lo más probable es que lo esté, porque de otro modo no se explica la tranquilidad de Cherish... a menos que a ella, por algún motivo, no le importe que capturen hoy a Fourpetal. Pero ¿cómo no iba a importarle, si, en ese caso, Zaya, Ko, Win, Jesnik, Raf y la propia Cherish correrían peligro?

Raf se para a revisar esta lista. Pensándolo bien, ni a Cherish ni a él les pasaría nada, porque están en la pista de tenis. A Win tampoco, porque Lacebark lo confundiría con el falso Win. En cuanto a Zaya y Ko, quizá no tengan nada que temer, porque, si realmente están vigilando a Fourpetal, tendrían tiempo de sobra para huir en el caso de que Lacebark le cogiera.

En realidad, los únicos que correrían peligro serían Jesnik, el falso Win y otros birmanos de la organización de Zaya a quienes no se hubiese avisado a tiempo. Si Fourpetal les contara a los de Lacebark todo lo que sabe, no esperarían hasta el 1 de junio para pasar a la acción: enseguida harían redadas por todo Londres, confiando en declararse victoriosos a la mañana siguiente. Pero no cogerían a nadie importante: no harían más que desperdiciar un día en un espasmo inútil. Raf se acuerda de lo que le dijo Cherish cuando hablaban de la posibilidad de sacar a Win de la ciudad: «Es demasiado peligroso trasladarlo a otro sitio. Lacebark tiene demasiados ojos, y hasta que encontremos el modo de hacerle parpadear...».

Ahora, sin embargo, le ocurre lo mismo que cuando, al ajustar el gráfico, se hizo una idea clara de quién era Win: lo comprende todo de golpe, como si se le hubiera inyectado la verdad por vía intravenosa; aunque esta vez hay partículas de veneno suspendidas en la sangre.

Zaya quiere que Lacebark coja a Fourpetal. Y también quiere que haya redadas.

Al final del día, Lacebark solo tendrá a Jesnik, al falso Win y a unos cuantos birmanos prescindibles. Y Zaya tendrá a la única persona que necesita de veras: un químico triste, furioso, leal a la causa, y dispuesto a irse de Londres.

Si el plan funciona, será solo porque Fourpetal le habrá dado a Lacebark un

montón de información falsa. Él, sin embargo, la cree verídica, porque la ha obtenido de Raf, que también estuvo equivocado al principio, porque Cherish se ocupó de engañarle cuando estuvo en el piso de Camberwell. No fue una casualidad que viera la foto de Jesnik en la nevera: ella quería que supiera que Jesnik y Win estaban liados. Tampoco lo fue que un trozo de bolsa de basura se hubiese despegado de la ventana, ni que follaran justo allí, en el cuarto de baño: él tenía que creer que la localización del piso era un gran secreto, para luego presentársela como tal a Fourpetal. No se podía ser más ingenuo.

El plan lo tiene que haber urdido Zaya, no Cherish. Raf podría entender que ella no hiciese nada para evitar que Lacebark capturara a Fourpetal: esta decisión quizá tendría cierta justificación moral, y explicaría, por lo demás, que Cherish no tomase *glow* anoche. Pero sería inconcebible que permitiera que matasen a Jesnik con el propósito de manipular a Win, cuando, por lo que ella sabe, el chaval está totalmente al margen de este asunto. Así que tiene que estar siguiendo órdenes de Zaya, sin entender el sentido de todo. Esta es la única explicación lógica.

Raf está dudando si contarle o no lo que piensa, cuando ella dice de pronto:

—¿Qué pasa? ¿Ya estás ido?

—Sí, un poco.

—¿Qué hora es para ti?

—Las doce de la noche, más o menos.

—Tengo que hacer pis.

Se levanta, se pone las zapatillas sin molestar en atar los cordones y se dirige a los árboles. El móvil lo ha dejado en el suelo: Raf lo coge pensando que quizá los mensajes de texto o el registro de llamadas le ofrezcan alguna pista; pero resulta que es imposible entrar sin el PIN.

Puede hacer algo, pero tiene que decidirse ya, no hay tiempo para pensar. Luego no habrá vuelta atrás.

Raf tira de la tapa trasera, saca la tarjeta SIM, y la dobla lo bastante fuerte para resquebrajarla por la mitad, pero sin llegar a partirla en dos. Luego la deja donde estaba y deposita el móvil, que ahora está clínicamente muerto, en el suelo. Cuando vuelve Cherish, él se está poniendo los pantalones.

—¿Adónde vas?

No suena preocupada. Miente mucho mejor que Belasco, piensa Raf.

—Voy a volver a la tienda a pillar un poco de agua o zumo. Deberíamos haber traído.

—Te acompaño.

—No, no te molestes. No tardaré nada.

Pensó que se iba a salir con la suya. Pero enseguida se ha dado cuenta de que ella sabe que él lo sabe.

La verdad ha salido a rastras de la maleza y está tirada en medio de la pista de tenis, y ahora se interpone, descarnada y humeante, entre los dos. En cuanto se

marche, Raf va a hacer todo lo posible por impedir que Zaya lleve a cabo su plan, y Cherish va a hacer todo lo posible por impedir que él lo impida. Se van a putear el uno al otro a base de bien, y los daños van a ser irreparables, y los dos lo saben, pero ninguno quiere reconocerlo en voz alta. Lo cierto es que no tienen nada que perder diciendo lo que piensan, porque es imposible que cambien de idea; pero él no hablará hasta que ella lo haga, y al revés. Así que están encadenados el uno al otro en un uroboros de silencio que tiene la misma forma que el polvo que acaban de echar, interpretando sus respectivos papeles como los extras contratados por Lacebark. Él la mira a los ojos, y es tal su frustración que siente que el corazón le va a estallar de un momento a otro como la bombilla de un microondas.

—De acuerdo —dice Cherish.

Raf nota cómo ella trata de contener las lágrimas, y le entran ganas de llorar también. Da un paso adelante para besarla, pero al principio los dos están rígidos, porque saben que, si este beso es más apasionado que el que uno le daría a su novia, casi por obligación, antes de marcharse a hacer un recado, entonces estropeará el juego absurdo al que están decididos a jugar. Luego, sin embargo, parecen acordarse los dos a la vez de que, cuando una pareja ha follado hace un rato, es normal que haga del siguiente beso una modesta imitación del ardor al que se ha entregado antes. Finalmente se separan de mala gana, los dos demasiado tristes para seguir disimulando.

—¿No sientes a veces como si hubiera... un vacío en las cosas? —dice Raf en voz baja.

—No —responde Cherish moviendo la cabeza, como para recalcar lo trascendental del asunto—. No, Raf. No hay un vacío en las cosas. Hay un vacío en las personas.

Raf se aleja, despidiéndose con la mano tímidamente, sin levantarla apenas. Quizá todas las rupturas sentimentales, incluidas las que ocurren en circunstancias de lo más extrañas, vengan a ser iguales. Toda esa oxitocina que se libera con el amor es fantástica hasta que uno trata de huir con ella, y entonces se transforma en un agente químico amargo: es como cuando uno roba un banco y el cajero esconde en la bolsa del dinero una bomba de tinta que estallará diez segundos después de que uno cruce la puerta donde está el radiotransmisor.

—Te veo luego —dice él.

Cherish mira al suelo. Nulo nulo nulo nulo.

10.04 a.m.

Cuando Isaac llega al parque infantil que hay enfrente del estudio de Myth, Raf se fija en que tiene las pupilas de distinto tamaño. Por lo demás, sin embargo, parece lúcido, lo cual es un alivio para su amigo, quien temía que a estas alturas estuviese

demasiado ido para poder ayudarle. Hay una vieja máquina de gominolas vacía tirada en los arbustos, y que no estaba ahí la última vez que Raf vino al parque. El cielo se refleja en el cristal abovedado como en un casco de astronauta.

—¿A qué hora ha acabado la *rave*? —pregunta.

—No ha acabado todavía. Me has hecho abandonar mi propia fiesta, joder. ¿Qué pasa?

Raf le cuenta lo que sabe ahora.

—¿Y todo esto lo has deducido simplemente porque Cherish estaba un poco rara hace un rato?

—Estoy seguro, Isaac. Tenemos que avisar a todo el mundo para que puedan esconderse antes de que empiecen las redadas.

Sin embargo, y aunque supiesen dónde encontrar a Ko y a todos los demás, sería inútil, le explica Raf, ir de puerta en puerta avisándoles. No hay manera de saber con certeza a quiénes ha decidido proteger Zaya: quizá solamente a Win, a Cherish y a sí mismo, por creer que, cuanto más amplias sean las redadas, tanto más tardará Lacebark en comprender que Zaya está interesado en que se produzcan. Además, no bastaría con alertar a tiempo a unos cuantos, porque las personas capturadas en las primeras redadas se desmoronarían en un interrogatorio y acabarían delatando a sus contactos, con lo que el peligro se iría extendiendo por todas las dendritas de la red de ImPressure*. Raf aún no sabe cuántos inmigrantes birmanos tiene Zaya repartidos por todo Londres, en las diferentes células de la organización, pero puede que sean varias docenas, y que vayan cayendo casi todos en las siguientes redadas.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

A Raf le gustaría reclutar a unos cien zorros para que asaltasen el campo de entrenamiento de Lacebark. Win quizá podría organizar una operación así, pero Raf no. Así que señala con el dedo el edificio de enfrente:

—Hablar por la radio.

—¿En el programa para birmanos?

—No, tiene que ser antes. Ten en cuenta que muchos de los que escuchan el programa están enganchados a Myth el resto del día. Si conseguimos avisar a unos cuantos, luego ellos avisarán a los demás.

Su plan es entrar en el estudio y hacerse con el micrófono engañando al discjockey, o reduciéndole con la ayuda de Isaac.

—¿Y qué vamos a decir?

Tienen poco tiempo: Dickson o quienquiera que esté al mando esta mañana no tardará en echarles del estudio.

—«Si tienes algo que ver con el movimiento birmano de resistencia contra Lacebark o con la producción y distribución de *glow*, márchate a algún sitio donde nadie te pueda encontrar, y quédate allí. De lo contrario, Lacebark te puede coger y asesinar».

Si lo consiguen, puede que las últimas dos semanas no hayan sido en vano.

—También diremos que ahora solo hay que pagar seis libras para entrar en mi *rave*.

Cruzan la calle, y Raf ve a lo lejos el viejo gasómetro, su estructura cilíndrica cubierta hoy casi del todo por el prepucio de acero. Una vez dentro del edificio, abre el ascensor con sus llaves, y los dos suben al quinto piso. Raf marca el número de móvil al que hay que llamar para entrar en el estudio, pero no contestan. Esto ya ocurría de vez en cuando antes de la desaparición de Theo, las noches en que Dickson estaba tan colocado que ni se molestaba en abrir la puerta: puede que la disciplina se haya relajado aún más en los últimos tiempos, piensa Raf. Marca el número otra vez, luego una tercera.

—Deberíamos buscar un transistor para ver si por lo menos están en el aire — propone Isaac.

Pero en ese instante oyen a alguien tirar de los cerrojos. Mientras se abre la puerta, Raf decide que va a poner el grito en el cielo por lo mucho que han tardado, evitando así explicar por qué se presenta en el estudio un sábado por la mañana sin Rose.

En la puerta hay un soldado de Lacebark que debe de medir dos metros, y con unas narizotas que se rompió en algún momento, y luego le recompusieron tan chapuceramente que ahora parece un personaje de dibujos animados que trata de olerse una oreja. El tipo les mira y frunce el ceño.

Raf, que no está tan acojonado como la última vez que vio a un mercenario, confía en salir del aprieto sin perder la calma. Pero Isaac, de pronto, echa a correr. Y, si uno de ellos huye, el otro tiene que huir también.

El soldado tarda en reaccionar, pero, cuando los dos han doblado la esquina y entrado en el ascensor, ya no está muy lejos. Raf golpea el botón de la planta baja y luego, frenéticamente, una y otra vez, el de cierre de puertas, mientras trata de recordar si es o no un mito que este botón no funciona nunca. El caso es que las puertas empiezan a cerrarse, y el soldado se precipita hacia el ascensor con el brazo extendido: sin embargo, el sensor de seguridad no se activa, y el tipo enseguida retira la mano, mientras Raf da gracias a Dios por el mal mantenimiento de los edificios de protección oficial.

—¡Joder! —grita Isaac en cuanto el ascensor empieza a bajar—. ¿Ese tío era uno de ellos? ¿Tienen todos esa pinta?

—Sí.

—¿Y qué coño hacía allí?

—Lacebark debe de estar cerrándolo todo.

El soldado seguramente ha bajado por las escaleras, así que, nada más abrirse las puertas en la planta baja, los dos salen corriendo otra vez, y llegan a la parada que hay al lado del lavadero de coches justo a tiempo para subirse detrás de tres chicas con *hiyab* a un autobús en dirección oeste. Al mirar por la ventana trasera del piso de arriba, no ven a nadie siguiéndoles.

—Tienes todavía la llave de la azotea, ¿no? —pregunta Isaac.

—Sí.

—Deberíamos subir allí, cortar el enlace de infrarrojos y enchufar un micrófono en el transmisor. Ya veremos cómo, pero se puede hacer. Ayer me pasé todo el día montando el sistema PA más cutre del mundo.

—No, es imposible: Theo puso pegamento en todos los enchufes que no pensaba utilizar. Muy listo, el hijo de puta. —Los dos sonríen con tristeza—. En cualquier caso da lo mismo, porque, si los de Lacebark están vigilando el estudio, también estarán vigilando el transmisor. Deberíamos darles la llave a los serbios.

—No te entiendo.

—El transmisor y la antena, los dos juntos, deben de valer... ¿cuánto? Diez mil libras por lo menos, ¿no? Vamos a ver a Jesnik, le damos la llave de la azotea y le decimos que su tío se puede quedar con todo el equipo gratis. Si quiere puede montar una emisora que retransmita música para bodas serbias.

Theo le contó una vez que los cárteles mexicanos han creado, como los militares, sus propias redes de radio en las zonas del desierto donde es difícil o peligroso comunicarse por móvil. Pero la idea tal vez no cuajaría en el sur de Londres.

—¿Y qué ganaríamos con eso?

—Le robaríamos la emisora a Lacebark antes de que dieran con otras formas de aprovecharla. Tenemos que empezar a pensar como Cherish: todo lo que sirva para distraerles es bueno.

La otra opción es darles el chivatazo a los de Ofcom, cuyos vehículos de vigilancia camuflados eran los únicos por los que tenía que preocuparse Raf hasta que empezó toda esta historia. Pero la sola idea de hacerle un favor a esa gentuza le da náuseas.

—¿Te acuerdas cuando Barky trató con los serbios? —dice Isaac—. Puede que Jesnik esté bien, pero algunos de esos tíos dan mucho miedo. Si vamos a regalar el transmisor, por lo menos que sea a alguien como Jonk. Lleva queriendo montar su propia emisora desde que éramos enanos.

—Si los de Lacebark están vigilando la azotea, no tiene nada que hacer. Pero seguro que los serbios van armados.

El tipo calvo y sudoroso que está sentado delante de ellos lleva un rato preparando un batido en un termo con una bolsa de proteína en polvo con sabor a fresa y un cartón de leche semidesnatada. Cada vez que frena el autobús, abraza los tres recipientes.

—Si renunciamos a la radio, ¿cómo vamos a avisar a todo el mundo de las redadas?

—No podemos. Así que tenemos que impedirlos como sea.

—Pero eso es imposible a menos que impidamos que Lacebark coja hoy a Fourpetal.

El tipo calvo se termina el batido y eructa.

—Exacto —dice Raf.

—Y no tenemos ni idea de dónde puede estar —dice Isaac, y luego le mira—. ¿Verdad?

12.13 p.m.

Mientras se acercan al gimnasio para escaladores, Rose empieza a tirar nerviosa de la correa, como si ya hubiera adivinado que está a punto de ocurrir algo importante. El cielo es de un azul tan diáfano que las nubes más cercanas parecen chisporrotear en los bordes, como la piedra de un mechero, al tratar la retina de acostumbrarse al contraste. Si Fourpetal está, como cree Raf, vigilando la entrada al almacén, tiene que procurar ver al empleado de Lacebark antes de que él le vea, así que piensa en las líneas visuales y hace una serie de cálculos trigonométricos rudimentarios para decidir el camino; y luego va moviéndose alternativamente de un lado para otro, acercándose poco a poco al recinto. Esta vez se siente como un auténtico espectro vengativo. El sitio más seguro es el patio de la tienda de materiales, y allí entra finalmente, confiando en que su aspecto sea el de alguien que se dispone a comprar unos soportes para vigas; y tiene la suerte de encontrar a Fourpetal acurrucado detrás de unos bloques de hormigón, comiéndose una bolsa de cortezas de gambas.

—Hola —le dice.

Fourpetal echa un vistazo alrededor. Raf sabe que va a salir corriendo —siempre lo hace—, así que prescinde de formalidades y suelta a Rose enseguida: Fourpetal le tira a la perra el ejemplar de *Oquedades*, pero falla por unos centímetros, y Rose se pone a morderle la pantorrilla izquierda antes de que el asa de la correa de nailon haya tocado el suelo. Fourpetal empieza a dar alaridos, y Raf le dice a Rose que pare. Siempre le ha gustado pensar que sabe reconocer de inmediato a un gilipollas integral, aunque puede que, en este caso, la hostilidad obedezca únicamente a motivos de clase.

—Debería dejar que te despedazara, pero no lo voy a hacer.

Fourpetal se agarra la pierna con las dos manos y se menea, pero Raf ve que Rose ni siquiera le ha desgarrado los pantalones.

—¿Me has estado siguiendo?

—No. Simplemente he adivinado lo que te proponías. Pensabas que secuestrar a una de las hijas de Nollíc sería más fácil que cogerle a él.

—Sí.

—¿Y qué ibas a hacer cuando saliesen? ¿Darle un puñetazo a la niñera y llevarte a la niña?

—No, a la niñera pensaba distraerla: solo recurriría a la fuerza en el caso de que fallase el plan. El problema es que todavía no las he visto, y ni siquiera estoy seguro

de que vengan a este gimnasio. Me parece que hay otro en London Bridge. Puede que Martin se apuntase a este solo para lamerle el culo a Nollie.

Raf mira a su alrededor.

—Levántate. Tenemos que irnos.

—¿Qué quieres, llevarme a donde está tu novia? ¿Me va a juzgar una especie de tribunal paramilitar?

Ojalá siguiera siendo su novia, piensa Raf... o lo hubiese sido alguna vez.

—No.

—¿Adónde, entonces?

—No te lo voy a decir.

—Muchas gracias por la invitación, pero lamento tener que rechazarla.

—Tú eliges: o te mata Lacebark, o te mata Zaya —baja la vista—, o te mata Rose: lo haría encantada.

Entonces ve a Fourpetal levantar las cejas, sorprendido, y se da la vuelta.

Ko está ahí delante, con la mano metida en un bolsillo de la sudadera: llevará un arma, piensa Raf, aunque es imposible distinguir de qué tipo. Ya sabía que Zaya habría enviado a uno de sus hombres a vigilar a Fourpetal, pero confiaba en que le hubiese dado la orden de no intervenir bajo ningún concepto: no quería que Fourpetal le viese, ni que Lacebark le capturara a él, además de a Fourpetal.

—Hola, Ko —dice Raf—. Cherish me ha encargado coger a este tipo.

Ko mueve la cabeza con gesto incrédulo.

—No.

Igual ya ha hablado con ella.

—Muy bien. ¿Cuál es la siguiente artimaña? —dice Fourpetal.

Raf respira hondo.

—Ko, tú ya sabes que este hijo de puta y yo no estamos en el mismo bando. Me has visto soltarle el perro. Y también sabes que no tengo nada que ver con Lacebark... pero tengo que llevármelo.

—No te lo puedo permitir —dice Ko.

—Zaya va a dejar que Lacebark le coja, y el tío cantará de plano: delatará a un montón de gente, y todos morirán a menos que Zaya cambie de idea. ¿No te parece injusto? —Esta táctica podría funcionar si Zaya no se hubiera ganado la lealtad de Ko, pero ahora mismo el semblante del birmano no le dice nada a Raf—. Escucha: Fourpetal se merece lo peor, de acuerdo, pero de eso se debería encargar uno de nosotros, y no Lacebark. Sé que eres fiel a Zaya y a Cherish; pero solo tienes que decirles que me he llevado a Fourpetal, y que no lo has podido impedir. Por favor, Ko. Me dijiste que te habías metido en esto porque no querías que muriera nadie más; yo igual. Venga, deja que nos marchemos.

Aún es imposible interpretar la cara de Ko. Raf piensa en lo que ocurrirá si hay violencia: en el caso de que Ko tenga un arma cortante y no de fuego, Rose quizá podría derribarle antes de que él se la clavara. O puede que la perra no sea tan rápida.

En cualquier caso, Raf no sabe si está dispuesto a ponerla en peligro.

Entonces Ko dice algo en birmano que suena a taco, se saca la mano del bolsillo y se hace a un lado.

6.31 p.m.

Raf lleva treinta horas sin dormir. Siempre ha tenido la esperanza de que el síndrome que padece sea algo más que un error en su peculiar *software*, y pueda convertirse en un superpoder en ciertas situaciones. Sin embargo, esta facultad especial tendría que haberse manifestado tras la desaparición de Theo, y no ha sido así. Es cierto que a veces, por la noche, está más alerta que una persona normal, pero varios centenares de miligramos de cafeína producen el mismo efecto. No existe una hora secreta —las 3.67, las 25.04— reservada para el salsifí de prado, o a la que se pueda acceder por la parte trasera de una nevera falsa. Raf no cuenta más que con una longitud de onda anómala. Si la trama de Lacebark funcionara según un sistema horario de veinticinco horas, él posiblemente lo habría notado antes que nadie en Londres: una prueba definitiva de la precisión de su núcleo supraquiasmático. Pero la empresa solo impone horarios anómalos en las minas y en los campos de entrenamiento. Raf es como Monet, que al parecer adquirió la facultad de ver la luz ultravioleta a raíz de una operación de cataratas, suponiendo que el pintor hubiese vivido en un mundo sin fuentes conocidas de esa luz. Será un superpoder, pero no sirve de mucho. Lo único cierto es que ahora está menos cansado que si se hubiese levantado a las nueve de la mañana el viernes, en vez de a las dos de la tarde.

La entrega seguramente se parece a la que hizo Martin en Pakistán, aunque no se han citado fuera de la ciudad, sino en el aparcamiento de una tienda de alfombras baratas. Todavía hay unas cuantas apretadas contra el cristal del escaparate, pero, por lo demás, el local parece abandonado. Alguien ha pegado unos carteles de circo morados, de esos que se ven mucho en los escaparates de la zona (a pesar de que Raf nunca, ni siquiera cuando era niño, ha oído hablar de nadie que haya ido al circo en el sur de Londres, lo que le lleva a pensar si no serán en realidad una especie de hiedra que ha desarrollado un camuflaje tan astuto como anticuado). Raf ha traído a Fourpetal y a Rose, y los dos gorilas serbios, que llevan cazadoras con adornos, han llegado en una furgoneta.

—¿Es él? —pregunta uno de ellos. Tiene el lóbulo izquierdo vendado: Raf no se explica cómo puede uno herirse allí, hasta que imagina, horrorizado, a alguien arrancándole un pendiente en una reyerta—. ¿Entonces nos lo llevamos a la granja con los otros? ¿Ese es el trato?

—Sí, os lo lleváis y lo retenéis allí. A cambio de la emisora de radio.

Isaac, que negoció el trato siguiendo sus instrucciones, quería estar presente en la entrega, pero Raf le dijo que sería correr un riesgo innecesario. Antes se preguntó si

los serbios tomarían alguna precaución antes de rescatar a Win. A diferencia de Zaya, ellos sabían que, para salir del campo de entrenamiento, Win no tenía que hacer «parpadear» a Lacebark; y seguramente contaban con más medios que los birmanos para sacar a gente de Londres. Aun así, la operación iba a ser complicada.

Raf ha obtenido la respuesta hace un par de horas, cuando estaba sentado con Fourpetal en una mesa del Happy Fried Chicken, tratando de matar el tiempo hasta el encuentro con los serbios. En el televisor del local estaba puesto un canal de noticias que emite las veinticuatro horas del día, y en los partes de tráfico se veían imágenes tomadas desde un helicóptero de un incendio en un almacén cercano a Elephant & Castle que había causado un pequeño atasco en Old Kent Road. Ya sabía por Google Maps el aspecto que tiene el depósito de mercancías visto desde el aire.

—¿Se queda en la granja?

—Eso es: no le dejéis escapar —contesta Raf—. Si queréis le ponéis a trabajar para que se gane el techo y la comida.

El gorila asiente con la cabeza. Su colonia huele a *alcopop*.

—De acuerdo.

—¿Cómo que una granja? —dice Fourpetal—. ¿Qué granja?

Raf le entrega el ejemplar de *Oquedades*.

—Cuando no estés quitando la mierda de zorro congelada, puedes pasar el rato leyendo esto.

El otro gorila abre la puerta trasera de la furgoneta, que se parece mucho a las de Lacebark, y Raf ve a Win y a Jesnik sentados en el suelo, besándose. Se separan apresuradamente. El tipo no se ha fijado en lo que hacían o finge no haberse fijado. Fourpetal, al que parece haberse agotado el ácido de batería en las últimas horas, se sube obediente a la furgoneta.

Raf cae en la cuenta de que esta es su última oportunidad para hablar con Win en persona. Tienen que terminar la conversación que empezaron en el campo de entrenamiento.

—Win.

—Sí.

—¿Recuerdas que hablamos de cómo el *glo* podía cambiar tus ritmos circadianos? Tengo un trastorno del sueño...

—Ya... Quieres saber si el *glo* te puede ayudar, ¿no?

—Eso es.

—No lo sé, colega. Pregúntales a los de Pfizer.

Uno de los gorilas cierra la puerta, y los dos se suben a la parte delantera. La furgoneta se aleja.

Raf decide buscar un pub. Mientras camina, piensa en Fourpetal, Win y Jesnik, que se van de Londres para siempre, y, por primera vez en mucho tiempo, se acuerda de que se había hecho el firme propósito de marcharse él también.

Pero no quiere.

No es solo que prefiera vivir en el sur de Londres antes que en un rincón perdido del campo, en Serbia: prefiere vivir aquí antes que en ningún otro sitio. Lo único que necesita es pegar algo con forma de panal encima de la puerta de su casa. Nada, por horrible que sea, puede dejar una mancha indeleble en la ciudad: ni las rupturas sentimentales, ni Lacebark, ni la muerte de Theo. Debería tenerlo claro a estas alturas, después de dos semanas en que han pasado cosas tremendas. Cherish tenía razón: no hay un vacío en las cosas. Si ahora mismo viese a un zorro saliendo de debajo de un coche aparcado, le parecería tan apropiado, tan inevitable, tan perfecto que casi no se cree que no vaya a ocurrir. Está mirando a su alrededor con optimismo cuando el móvil le empieza a vibrar en el bolsillo. En la pantalla aparece un número desconocido, pero enseguida adivina quién es.

—Hola.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —dice Cherish—. Win ha desaparecido. Creemos que le tienen los serbios, pero igual sabes más que nosotros.

—Él no quería seguir trabajando para vosotros.

—No se trata de lo que él quiera o deje de querer. El asunto no es Win ni Zaya, ni siquiera Lacebark. Estamos hablando de una revolución: íbamos a tomar el norte de Birmania y convertirlo en un narcoestado como Bolivia o como Guinea-Bissau. El primer y único narcoestado benéfico. Habríamos lavado el dinero a través de los mismos bancos que utiliza Lacebark. Al Qaeda tiene un presupuesto anual de veinte millones de dólares. Ni siquiera el de Hezbolá es demasiado grande: cuatrocientos millones. ¿Te imaginas lo que podríamos haber hecho con diez mil millones de dólares al año gracias al monopolio del *glow*? Habríamos liberado a todos los hombres, mujeres y niños que trabajan como esclavos para las grandes corporaciones. Primero en el complejo, luego en todos los demás sitios. ¿Te das cuenta del bien que habríamos hecho? ¿Todas las vidas que habríamos salvado? Has sido tú quien nos lo ha impedido, porque ahora los serbios tienen *glow*. Por culpa tuya, tu amigo Theo ha muerto para nada.

—Pero ibais a dejar morir a toda esa gente, no solo a él. Estaban de vuestro lado, y les ibais a abandonar.

—Para hacer el bien a veces hay que dejar morir a gente. O matarla. ¿Crees que estampar una serpiente contra un árbol fue el peor rito de iniciación que me impuso Zaya cuando le visité en Birmania?

Raf no quiere ni pensar en lo que está insinuando. Recuerda haberle oído a Zaya decir que no quería que le pasara nada a ninguno de los extras birmanos, que estaba decidido a evitar daños colaterales.

—Tienes que dejar de escuchar a Zaya. No sé cómo te ha convencido de que lo hagas, pero...

—¿Convencido, dices? Entonces ¿das por sentado que eso solo se le podía haber ocurrido a un hombre? ¿Me tomas por gilipollas, o qué? Fue idea mía, Raf. Dejar que Lacebark cogiera a Fourpetal fue idea mía, no de Zaya.

—¿Y también fue idea tuya darme toda esa información falsa sobre Win?

—Sí.

—Entonces, cuando lo hicimos en el cuarto de baño, ¿ni siquiera estabas cachonda? Solo era parte de tu trabajo, ¿no?

—No se te ha ocurrido pensar que, si estaba tan cachonda, era precisamente porque aquello formaba parte de mi trabajo.

Trozos de poliestireno aplastado huyen por la acera, empujados por la brisa. Rose va a orinar a una farola. Raf se ha sentido ridículo preguntándose, pero le pareció que tenía que saberlo. Además pensó que tal vez así allanaría el camino para la pregunta que realmente quiere hacerle: la de si significa algo que ella tratase de protegerlo. Esta mañana, Cherish debió de pensar que, si él volvía a casa a recoger a Rose, era posible que cayera en una redada de Lacebark. Así que trató de evitarlo. Raf sabe, sin embargo, que hay muchas razones por las que pudo haber tomado esa decisión.

—Cherish, tú sabías que lo iba a hacer, ¿verdad? —le pregunta en cambio—. En la pista de tenis noté que te habías dado cuenta. Pero no trataste de impedírmelo.

Ella se queda callada un instante y luego responde:

—No sabía que ibas a sabotearme el puto móvil.

Eso es lo de menos, piensa Raf. Ojalá pudiese hablar otra vez con ella cara a cara.

—¿Te volveré a ver alguna vez?

—¿En serio? ¿De verdad me estás preguntando eso? No, por supuesto que no me vas a volver a ver nunca. Y tampoco vas a volver a ver Londres. Espero que ya lo sepas.

—No te entiendo.

—Los de Lacebark no van a tardar en ir a por ti.

—¿Me vas a entregar?

—No, Raf. Podría, y Zaya seguramente me diría que lo hiciese, pero no quiero. Cuando Lacebark se entere de que Win ya no está en Londres, empezarán a preguntarse en qué ha fallado todo. Echarán otro vistazo a los metadatos de ImPressure*, y estoy segura de que el sistema les dirá que hay que capturarte. Te tienes que marchar a algún sitio donde nunca se les ocurriría buscarte.

—Pero quiero quedarme en Londres. Lo acabo de decidir. Ahora empieza el verano.

—No. Lárgate. Y no vayas nunca a Birmania.

Cherish le cuelga. Raf se mete el móvil en el bolsillo y mira a su alrededor. No ve ningún zorro.

ÞJÓÐEVGUR 1 (ISLANDIA)

Diciembre de 2010

Por la tarde, supuestamente

Isaac lleva casi cinco horas siguiendo a la furgoneta blanca. Como ya sabe la dirección que lleva (la autopista Þjoðvegur 1 es una M25^[17] gigantesca que atraviesa Islandia, y no hay otra manera razonable de llegar a Dalvík desde Reikiavik), no ha tenido que seguirla de cerca todo el tiempo: puede que el conductor ni siquiera le haya visto todavía. Mientras conducía, el sol se ha encaramado al parapeto del horizonte, se ha quedado allí un rato jadeando, y luego se ha desvanecido con un gemido de resignación cobrizo, y sin dejar más rastro que sus últimos arañazos en las nubes que se ven al sur. Ahora es de noche otra vez. Durante el largo crepúsculo, Isaac ha recorrido un tramo de autopista que bordea lo que estaba casi seguro de que era un fiordo, y ha visto cuatro ponis pastando en una ladera, cerca de una granja con tejado rojo, como de jengibre: parte de esta región se parece a Yorkshire, pero a lo bestia. Lleva en la cartera el número de teléfono de una rubia alta a la que conoció en el aeropuerto, y cuyo genotipo debe de ser perfecto, en el mismo sentido en que lo son las circunferencias y cuadrados descritos en las demostraciones geométricas. La chica le explicó cuatro o cinco veces cómo se pronuncia Þjoðvegur, pero él no acertó ni con la primera sílaba.

Uno distingue los gigantescos acantilados que se alzan sobre Desník, al otro lado de la bahía, hasta cuando está oscuro. Cerca del puerto, Isaac se aproxima a la furgoneta, porque por primera vez no sabe exactamente a dónde va, y no quiere perderla entre los almacenes, los contenedores y las plantas de procesamiento de pescado abandonadas. Esta debe de ser la típica ciudad islandesa que en los últimos diez años empezó a avergonzarse un poco de no valer más que para la pesca, y ahora vuelve a estar orgullosa de ello. La furgoneta se dirige al penúltimo muelle, donde ya hay un buque esperando a recibir el valiosísimo cargamento. Isaac aparca no muy lejos de allí. Al principio teme que no haya venido nadie a recibirle, pero, al cabo de un instante, alguien golpea con la mano la ventanilla del coche. Isaac se baja, y Raf le da un achuchón: en ese momento, y aun con sus jerséis y sus parkas, los dos parecen luchadores de sumo. Fuera hace varios grados bajo cero, y del mar llega un viento cortante.

—Joder, no me creo que vivas aquí —dice Isaac.

—Vivo al final de la carretera.

Isaac ha visto una señal que decía «Akureyri» justo antes de dejar la autopista.

—En Islandia, quiero decir. El paralelo 60. Debe de ser como vivir en una de esas ciudades de África Occidental donde solo tienen diez minutos de luz eléctrica al día. En este caso es luz natural, claro.

—Deberías haber venido en junio.

Si tuviese que vivir en otra latitud, Isaac cree que le costaría adaptarse menos que a la planta de té de Linneo, pero mucho más que al *glo* de Win.

Entonces mira hacia la furgoneta, tiritando.

—¿Estás listo?

El conductor, un hombre con barba, ya ha abierto la puerta trasera, y un tipo ha bajado por la pasarela del barco para ayudarlo a descargar. Se oye un alboroto en el interior del vehículo. Al acercarse Raf e Isaac, los dos tipos se dan la vuelta para ver lo que quieren.

—¿*Já*? —pregunta el conductor.

Isaac observa a Raf vacilar un instante, pensando en cómo decirlo. Las luces del puerto arrojan sombras alargadas.

—He venido a saludar a mi perra.

—¿Perdón?

—Solo quiero saludarla antes de que suba al barco.

El conductor dice que no con la cabeza.

—Hay que poner en cuarentena a los animales en cuanto llegan a la isla.

De camino al puerto, Isaac pensó que, si fuera el gobierno islandés, también tomaría medidas discretas en Hrísey para prevenir el contagio a través de las personas. El coronavirus va a llegar antes o después, y toda precaución es poca.

—No necesito sacarla de la perrera para saludarla —objeta Raf.

—Está prohibido todo contacto. Espero que no hayas venido desde Reikiavik solo para eso.

—Yo sí —dice Isaac—. Escucha: mi amigo lleva más de seis meses sin ver a su perra, y va a tardar otro mes en volver a verla. Ella no sabe a dónde coño la llevan, ni si va a volver a ver a este hombre en su vida. Solo deja que se saluden a través de la rejilla.

A Raf e Isaac no se les ha ocurrido otro plan mejor. De haber sabido cómo se las arreglaron los birmanos para llevar a Win a Londres, o los serbios para llevarlo a Majdanpek, quizá habrían podido sacar a Rose de Akureyri, valiéndose, posiblemente, de un refugio en las islas Feroe. Para que un animal entre legalmente en Islandia hay que obtener un montón de certificados y ponerle un microchip en el oído, y a Raf no le dio tiempo a hacerlo antes de huir de Londres al principio del verano. Isaac no podía marcharse enseguida, por si acaso alguien seguía al acecho; así que esperó seis meses, y luego gestionó la emigración de Rose. Si la perra superó todas las pruebas de sangre, eso solo podía deberse, pensó Isaac, a que la veterinaria aún no estaba en condiciones de detectar la caótica multiplicidad de esporas y endoparásitos que sin duda pululaban en sus tejidos después de una vida entera en las calles del sur de Londres.

Raf podría haber ido a Reikiavik esta mañana, pero, por razones de seguridad, le era imposible entrar en la zona del aeropuerto donde los dueños de mascotas tienen que esperar a que comprueben los certificados correspondientes antes de que el animal comience un período de cuarentena de treinta días. Isaac y él descubrieron que, de los dos centros de cuarentena que hay en Islandia, el más barato estaba en una isla a menos de cincuenta kilómetros de la ciudad donde vive Raf: parecía lógico, por

tanto, que se encontraran en el puerto.

—Por favor —dice Isaac en islandés: le pidió a la rubia del aeropuerto que le enseñara a decir «estaríamos eternamente agradecidos», pero era demasiado difícil.

El conductor mira al otro tipo y luego a Raf y a Isaac.

—Si estás aquí cuando saque a la perra de la furgoneta... —Se encoge de hombros—. Bueno, estarás aquí.

Los islandeses comienzan a cargar las perreras en el barco. Trabajan más rápido de lo que esperaba Isaac, que no puede, sin embargo, decirles que vayan más despacio, por si acaso cambian de idea. Durante un rato teme que Rose les pase inadvertida como un tambor de aceite de sasafrás en un control de aduanas; pero, al salir de la furgoneta, la séptima caja empieza a menearse, y se oye un ladrido: parece que se esté preparando para una reacción termonuclear. Rose ha captado el olor de Raf. Los islandeses dejan la perrera en el suelo, y Raf se pone en cuclillas para la visita carcelaria, un encuentro que les sabrá a poco a los dos, pero por lo menos infundirá cierta esperanza a Rose, ayudándola así a cumplir la condena lejos de sus amigos.

Isaac también la va a echar de menos. Hace tiempo que tiene intención de sustituirla por otra mascota: al principio pensó en un topo de nariz estrellada, y se documentó sobre los topos en general; pero ahora le interesan más las ratas topo desnudas, que en realidad no están emparentadas con los topos. Estos roedores son extraordinarios en varios aspectos. Para empezar, la rata topo desnuda parece un pene arrugado con colmillos, y es el único mamífero que tiene reinas y obreras como las abejas y las termitas: cuando ve fotos de los nidos, Isaac se acuerda de un grabado del siglo XIX del artista Toyokuni que Hiromi le enseñó una vez, y que representaba a Príapo y su progenie. Además es inmune al cáncer —cosa bastante extraña—, y su piel carece de un neurotransmisor, la sustancia P, que transmite el dolor en otros animales. Como la falta de ventilación hace que el aire en los nidos esté cargado de dióxido de carbono, se acumula gran cantidad de ácido en sus tejidos: si tuviese la sustancia P, sentiría un continuo malestar. Para Isaac, esto es un ejemplo de la desigual piedad de la evolución, que no se ha molestado en evitar que el parto en los humanos sea insoportablemente doloroso —porque este sufrimiento no hace más improbable que las mujeres se reproduzcan—, pero sí ha procurado, en cambio, aliviarles el dolor a esas ratas, como un jefe que acepta a regañadientes que el empleado descanse cada tres horas y cuarto, creyendo que así, quizá, se volverá más productivo. Cuanto más lee Isaac sobre el problema de la conciencia, más convencido está de que la solución radica en comprender la relación entre las funciones que el placer y el dolor desempeñan en el cerebro y el modo en que uno los siente. Las experiencias subjetivas del color, el sonido y la temperatura no significan nada en sí mismas, mientras que las del placer y el dolor entrañan un «¡Sí!» y un «¡No!». ¿Cómo es posible? ¿Cómo puede la nimia materia lograr algo así?

Al cabo de un rato, Raf se levanta de mala gana y dice adiós con la mano

mientras suben la perrera al barco. Ahora que ya han comprobado lo sinceras que eran sus palabras, los islandeses parecen relajarse un poco.

—¿De dónde sois? —pregunta el conductor una vez terminada la tarea.

—De Londres —contesta Isaac.

—Ahora vivo en Akureyri —añade Raf.

—¡Yo estuve en Londres una vez! Muy buenas discotecas.

—Sí, las conozco bien —dice Isaac.

—¿Habéis estado en Reikiavik?

—Vamos mañana por la noche.

—¿Queréis comprar *glow*?

Isaac y Raf se miran perplejos.

—¿Hay *glow* en Dalvík?

—Un amigo mío tiene un laboratorio cerca de allí.

—¿Cuánto cuesta?

—Quince mil coronas por gramo.

—Eso es mucho.

—Estamos en Islandia —dice sonriendo el conductor.

—Ya, pero tu amigo no paga IVA ni aranceles —replica Raf—. Diez mil.

Al final, Isaac y Raf le dan más de doce mil coronas, en parte por la novedad de comprar feniletilaminas en el puerto de Dalvík. Se despiden de los islandeses —aunque el tipo del barco no ha abierto la boca en todo el rato— y se suben al coche de alquiler para calentarse mientras ven el buque zarpar hacia Hrísey.

—Hace seis meses nadie fuera de Londres había oído hablar del *glow* —dice Isaac—. Ahora ya se vende aquí. Increíble, ¿no?

—Ya sabíamos que los serbios no iban a poder monopolizarlo.

—La MDMA tardó setenta años en hacerse popular. Además no creo que haya zorros aquí.

—Los zorros polares fueron los únicos mamíferos en llegar a Islandia antes que los humanos. Los he visto más de una vez, pero no mola tanto como ver un zorro en Londres. ¿Sigues con ganas de ver la aurora boreal esta noche?

—Claro que sí, joder. Tengo un receptor MBF. También deberíamos llevar un poco de *glow*.

—Pero el *glow* solo funciona con luz artificial —objeta Raf—. Eso dice todo el mundo.

—Para empezar, nunca me he creído eso, porque ¿cuál es la razón científica? Además, la aurora boreal son átomos de nitrógeno y oxígeno que emiten fotones al volver al estado fundamental desde el estado excitado: es como los tubos fluorescentes, las lámparas LED y los rayos catódicos. Se parece mucho más a la luz artificial que a la natural.

—Bueno, sí, podemos probarlo.

Entonces deciden volver a Akureyri para cenar primero.

—¿Cómo es la vida aquí? —pregunta Isaac en el trayecto.

—Agradable. Aburrida. Más barata que en Reikiavik, lo cual se agradece: me encargan más trabajos de infografía que antes, pero sigo cobrando una mierda. También doy clases de inglés.

—¿Sales con alguien?

—Estuve con una tía durante un tiempo, pero me dejó hace un par de semanas.

—¿De verdad? Qué putada. ¿Y ahora la evitas?

Isaac se lo pregunta porque le conoce bien.

—¿Estás de broma? Akureyri es muy pequeño. Hay cuatro bares, y solo uno de ellos abre hasta las tres de la madrugada, así que siempre me estoy encontrando con ella. Pero no me importa.

—¿Y qué tal tu ciclo menstrual?

—No lo noto mucho —dice Raf.

—¿Eso es lo que esperabas?

—Sí. En mitad del verano y del invierno todo el mundo tiene unos ritmos muy irregulares. Te levantas. Te acuestas. Puede ser de día o de noche, da lo mismo. El reloj no cuenta mucho.

—¿Sabes que todos los topos menos los musaraña americanos y japoneses son igual de activos de día que de noche? Salen de sus madrigueras cuando les apetece. Esos bichos te podrían aceptar, lo mismo que los marcianos y la gente del norte de Islandia.

—Gracias colega. Me consuela mucho lo que dices.

Comen unas hamburguesas infames en Akureyri, repostan en una gasolinera, y luego, recorrida la mitad del camino de vuelta a Dalvík —quieren evitar la leve contaminación de la ciudad—, paran al lado de la carretera. Isaac se quita de mala gana los guantes para preparar los dos *tortellini* de *glow*, cada uno de medio gramo, que van a tomarse con cerveza local.

—Parece mentira que vaya a probar esto por primera vez ahora, después de tanto tiempo —dice Raf.

—Brindemos por Theo —dice Isaac, juntando su lata de cerveza con la de Raf.

—Por él, y por todos los demás.

Mientras esperan a que la droga haga su efecto, Isaac le pone las pilas al receptor MBF, que encargó en una de esas páginas web donde Myth FM a veces compraba piezas de repuesto. Con los aparatos adecuados, la aurora boreal se puede oír además de ver: es como una emisora de radio celestial que transmite las mismas longitudes de onda que utiliza el gobierno para ajustar la señal horaria oficial a los relojes atómicos. Y en efecto: las luces las oyen antes de verlas, como cuando uno oye crujir las hojas muertas bajo sus botas mientras los pájaros pían a lo lejos. Pasa mucho rato hasta que aparece en el cielo un tenue remolino esmeralda.

Los dos salen del coche para verlo mejor. Seguramente no es la aurora boreal más espectacular de la historia, pero a Isaac le encantaría contemplarla cada noche el resto

de su vida. Se acuerda de aquella tarde, hace nueve o diez años, en que faltó al colegio con Raf para ir a la presa de Nunhead: se colaron por un hueco de la verja, y luego se sentaron juntos sobre una de esas compuertas de hormigón cubiertas de *graffitis* que había en lo alto de la colina. Más que la puesta de sol, lo que querían ver era cómo se iba iluminando más tarde la ciudad. Se estaban haciendo amigos, y a uno, cuando es adolescente, le avergüenza reconocer que ha hecho grandes esfuerzos solo por ver un paisaje bonito. Pero aquella tarde estaban a gusto.

Isaac ha echado de menos a Raf en los últimos meses, y ahora se alegra de estar aquí con él, mientras arde la magnetosfera. El *glow*, sin embargo, no les ha hecho ningún efecto.

—Esos tíos nos han timado —dice Isaac, moviéndose a un lado y a otro para entrar en calor.

—En el fondo me da igual —responde Raf.

—A mí también. Por lo menos te han dejado ver a Rose.

—Sí. Por cierto, ¿cómo están las chicas japonesas?

—Me jode decirlo, pero la verdad es que se han abandonado mucho en los últimos meses.

—¿De verdad?

—No. Están estupendas, como siempre.

La señal del receptor MBF se está haciendo más intensa. Isaac se imagina las neuronas de su corteza visual centelleando para formar un dibujo que reproduce la ionización del aire, aunque a escala reducida y con cierto retraso, como una niña pequeña que se pone a bailar cuando ponen en la televisión un videoclip de una canción pop.

—¿Recuerdas que dijo que el laboratorio estaba cerca? Seguro que está en esa isla. No hay otro sitio mejor, ¿verdad?

Hasta ahora no han hablado apenas de lo que ocurrió en mayo. Hablar con Raf del pasado no siempre es fácil: a veces parece amargado, cosa sorprendente en alguien tan joven. La nostalgia es como una red de ImPressure*; la mayor parte de la base de datos es inocua, pero hay conexiones inesperadas, y uno nunca está a más de dos clics de distancia de los objetivos de alto valor y los *inputs* eliminados. Isaac decide no aplazarlo más:

—¿Sabes que Zhejiang Copper va a absorber Lacebark?

—Coño, no lo sabía.

—Lo han anunciado esta mañana.

Sin embargo no se ha publicado nada en la prensa sobre las actividades de Lacebark en el complejo ni en Londres. Isaac sabe que Raf ha filtrado información de manera anónima a un montón de periodistas y bloggers. No estaba seguro de cómo dosificarla: si les contaba todo de golpe, era difícil que le creyesen. Además faltaban pruebas sólidas: el vídeo de los zorros desapareció de YouTube, y Raf no tenía ninguna copia del correo aquel de Pankhead que llevó a Fourpetal a convertirse en un

fugitivo.

—¿Sabes algo de la granja? —pregunta Isaac.

—Hace como un mes me llegó un mensaje privado de Win a través de Lotophage. Me contó que seguía allí con Jesnik, fabricando *glow*. Parecía muy contento. Pero por lo visto ha desaparecido Fourpetal: una noche robó las llaves de uno de los todoterrenos, y no tienen ni idea de adónde ha ido.

—¿Tienes noticias de alguien más?

—No.

—Entonces ¿no sabes nada de Cherish?

Isaac ha pensado que podía preguntárselo, porque Raf parece haber encajado muy bien la ruptura con esa chica de Akureyri. Pero su amigo se queda callado, e Isaac no quiere insistir. Durante unos instantes, el silencio solo se ve roto por el canto de las luces en el cielo.

CORDILLERA DE SIMANDOU (GUINEA)

Agosto de 2011

6.03 a.m.

El problema empezó cuando al campamento llegaron rumores de lo ocurrido en Mauritania. Hace tres semanas, a raíz del hundimiento económico de la empresa, un grupo petrolero chino se marchó del país de un día para otro, dejando en la estacada a casi un centenar de mercenarios que ya habían sido contratados como cuerpo de seguridad para el proyecto. La comida comenzó a agotarse, y los hombres pronto se dieron cuenta de que no les iban a pagar el sueldo ni el billete de vuelta a casa. Les habían abandonado como perros. Pasaron varios días saqueando el campo, y luego se dispersaron después de una serie de enfrentamientos con el ejército. Casi todos los que no estaban muertos o presos andaban ahora por las calles de Nuakchot, buscando por todos los medios el dinero para el billete de avión. Y es que no existe un consulado para mercenarios.

Cuando se enteraron, los chicos de Bezant empezaron a temer que les pasara lo mismo a ellos. Lo que no tenía nada de raro: los mercenarios siempre se vuelven neuróticos al comenzar una nueva misión. En otras circunstancias, Bezant se habría limitado a recordarles que Zhejiang Copper no era una empresa de medio pelo, que su facturación anual superaba el PIB de Guinea, y que en las cajas registradoras de las cantinas para empleados había más dinero que en la mayor parte de los bancos de sus países de origen. Dicho de otro modo: tenían que dejar de hablar de Mauritania, porque desde luego que iban a cobrar. Sin embargo, Angus Yu anunció que, para «recuperar su confianza», se les iba a pagar de inmediato un anticipo del sueldo. No había consultado con Bezant, lo que hizo que la cadena de mando pareciera endeble.

Lo que llegó anoche por correo aéreo no fue una maleta de acero, sino una simple caja de cartón blanca, como si alguien hubiera encargado unos zapatos de tacón por internet. Dentro había una bolsa de polietileno que contenía docenas de fajos de billetes de cien dólares empaquetados al vacío. Como la caja no cabía en ninguna de las cajas fuertes del campamento, se apostaron tres hombres en la puerta del laboratorio de metalografía, que nadie utiliza nunca, para vigilarla hasta que se repartiera el dinero. Bezant no les dijo, sin embargo, que iba a pasar la noche dormitando sobre una esterilla de bambú desplegada en el rincón que hay al lado de la fuente lavaojos, así que Angus Yu entra en la nave sin ventanas poco después de las seis de la mañana creyendo, seguramente, que va a poder estar solo. Bezant espera a que cierre la puerta y encienda las luces para levantarse de la esterilla bostezando y estirándose aparatadamente.

—Buenos días, Angus. ¿Me has traído el desayuno?

Va a ser un auténtico placer observar cómo se revuelve Yu. Desde que llegó al campamento, el chaval se ha mostrado tan altivo, quisquilloso y autoritario que Bezant a veces se adormece fantaseando con meter sus extremidades en la machacadora. Lástima que no pueda hacer eso ni nada parecido: Yu es el hijo de uno de los vicepresidentes de Zhejiang Copper. Este principito, que estudió cuatro

semestres y medio en Harvard, tiene que haberse portado realmente mal para que le hayan enviado a administrar una mina en Guinea. Tiene que haber matado a alguien, tal vez en Estados Unidos, tal vez con barroquismo. El caso es que no tiene ni idea de minería, y, aunque una vez dijo que estaba «demasiado ocupado» para informarse de la diferencia entre Guinea, Guinea-Bissau, Guinea Ecuatorial y Papúa Nueva Guinea, se pasa casi todo el día viendo *sitcoms* y chateando por internet con la conexión vía satélite.

Es verdad que Bezant no tiene gran cosa que hacer aquí, en estas montañas cubiertas de maleza. Nunca hay incidentes. Han corrido, sí, rumores absurdos sobre el Ejército de Liberación de Gandayaw: dicen que la organización opera en África Occidental, pero Bezant no está nada preocupado, porque le consta que el gilipollas que se hacía llamar Zaya murió a principios de año, aunque nadie sabe cómo. Además, los trabajadores son dóciles. Las pastillas de color turquesa que llegan todas las semanas por correo aéreo les mantienen despiertos y les impiden cometer errores y quejarse. Es posible que, cuando termine su contrato, parezcan muñecos vudú de sí mismos, pero Yu asegura que las pastillas son químicamente análogas a los nootrópicos que varios amigos suyos tomaban para preparar exámenes en Harvard, así que no pueden ser tan dañinas.

Sin embargo, el uso de estos fármacos sigue siendo un secreto: Zhejiang está aún más obsesionado que Lacebark con la «optimización de procesos», pero por otro lado quiere evitar la imagen de violador de los derechos humanos que la empresa estadounidense empezaba a tener —como si le hubiera salido un herpes en la cara— antes de la adquisición. El año pasado anunciaron a bombo y platillo que estarían encantados de someterse a inspecciones por parte de organizaciones de derechos humanos y equipos de televisión, aunque les avisaran con poca antelación. La primera inspección se llevó a cabo en una mina de la provincia de Shaanxi. Como tenía acceso a los servidores de correo de la ONG, Zhejiang se enteró varias semanas antes, y construyó a pocos kilómetros de la mina otra falsa que dismantelaría apenas terminada la visita de los inspectores. La empresa consiguió engañarles. Bezant ha oído que muchos de los que trabajaban para Lacebark en los campos de entrenamiento para la guerra urbana se ocupan ahora de la escenografía y los efectos especiales en las minas Potemkin. Entre ellos hay, al parecer, un inglés conocido alternativamente como El Cojo y El Hombre Invisible, porque, cuando hace sol, lleva una de esas máscaras de látex que las chinas se ponen en la playa para no broncearse. En cualquier caso, esa inversión vale la pena: Zhejiang no tendrá que montar la farsa demasiado a menudo. Cuando hay muchas buenas noticias, la gente se desentiende.

—¿Quién ha abierto este paquete? —pregunta Yu, señalando la caja que hay encima de la mesa de acero, en el centro de la sala.

Es de esperar que intente salir del paso en plan chulesco, aunque ahora, como siempre que está nervioso, no para de jugar con los gemelos de la camisa que lleva debajo de su ridículo *blazer* de marca.

—Yo —contesta Bezant.

—No estás autorizado para abrirlo.

—Sí lo estoy.

—Debería haber estado presente.

—He contado el dinero: trescientos cincuenta mil para setenta hombres, es decir, cinco mil para cada uno.

—¿Y qué?

El joven Angus manosea los gemelos —primero uno, luego el otro— con tanta energía que parece un hombre en caída libre tratando de desplegar un paracaídas defectuoso.

—Como sabes, ahora mismo solo hay cuarenta y ocho machacas en el campamento, así que no hacen falta más de doscientos cuarenta mil: aquí sobran ciento diez. Debiste de pensar que nadie comprobaría los papeles, como en esos restaurantes chinos donde te dan la cuenta sin detallar para que no te percales de que te han timado. Allí lo aprendiste, ¿no? El viejo truquito *mu shu*.

—Ese lenguaje es racista —dice Yu.

—Estás desesperado porque le debes dinero a alguien: lo comprendo. Lo que no me explico es la urgencia. Ese alguien, quienquiera que sea, no va a venir hasta aquí a cobrar la deuda. Estamos en el puto Simandou.

—Quiero que te marches ya.

—Escucha, Angus: sé lo que querías hacer y que no puedo demostrar nada. Pero, si crees que puedes quedarte con ese dinero, es que no tienes dos dedos de frente. Me vas a tratar con más respeto de ahora en adelante, ¿de acuerdo?

Aunque lleva intentando aprender chino mandarín con una cinta desde que Zhejiang absorbió a Lacebark, Bezant no entiende nada de lo que masculla Yu al salir de la nave. Justo antes de que cierre de un portazo, el amanecer dibuja un rectángulo de luz que choca débilmente con la fluorescencia del interior. Nada más echar el pestillo, Bezant coge la mochila que ha dejado al lado de la fuente lavaojos, se dirige otra vez a la mesa donde está la caja, y empieza a contar los veintidós fajos de billetes que se va a llevar a su habitación. De pronto siente algo duro presionándole la nuca.

—Me parece que no es una pistola —dice sereno.

—No lo es —responde la persona que está detrás de él—. Es una remachadora sin cables. No hará mucho ruido. Pon las manos en la nuca.

La chica tiene acento americano. Bezant no reconoce su voz.

Notas

[1] Abono de transporte utilizado en Londres. [*Esta nota, como las siguientes, es del traductor.*] <<

[2] Los *A levels* son unos exámenes optativos a los que se presentan los estudiantes del Reino Unido al final de la enseñanza secundaria. <<

[3] La agencia reguladora de las telecomunicaciones en el Reino Unido. <<

[4] Barrio del centro de Londres, perteneciente al distrito de Southwark. <<

[5] La agencia de espionaje exterior británica. <<

[6] El consorcio Railtrack controló las vías, los túneles, los puentes, los pasos a nivel, casi todas las estaciones y el sistema de señalización de la red ferroviaria británica entre 1994 y 2002. <<

[7] La principal región productora de opio del Sudeste asiático. <<

[8] Los danu son un grupo étnico que habita principalmente en las Cuevas de Pindaya, en el estado birmano de Shan. <<

[9] Uno de los episodios más famosos de la huelga de los mineros británicos de 1984-1985 fue el enfrentamiento entre la policía y los trabajadores de una planta de British Steel en Orgreave (Yorkshire). <<

[10] Siglas del Committee on Foreign Investment in the United States, el comité gubernamental que supervisa las inversiones extranjeras en empresas estadounidenses. <<

[11] *New York Times*. <<

[12] Empresa militar privada estadounidense que ofrece servicios de seguridad y que actuó, de hecho, como un ejército mercenario en la Guerra de Irak. <<

[13] Esta organización secreta, creada por Winston Churchill, se encargaba de difundir propaganda y llevar a cabo acciones de guerra psicológica en los países ocupados por los nazis. <<

[14] Famoso cruce de carreteras del sur de Londres. <<

[15] Barrio del sur de Londres, situado en el distrito de Southwark. <<

[16] Bedales School es uno de los internados más caros de Inglaterra. Se encuentra en Hampshire, en el sudeste del país. <<

[17] Autopista de circunvalación que rodea Londres. <<